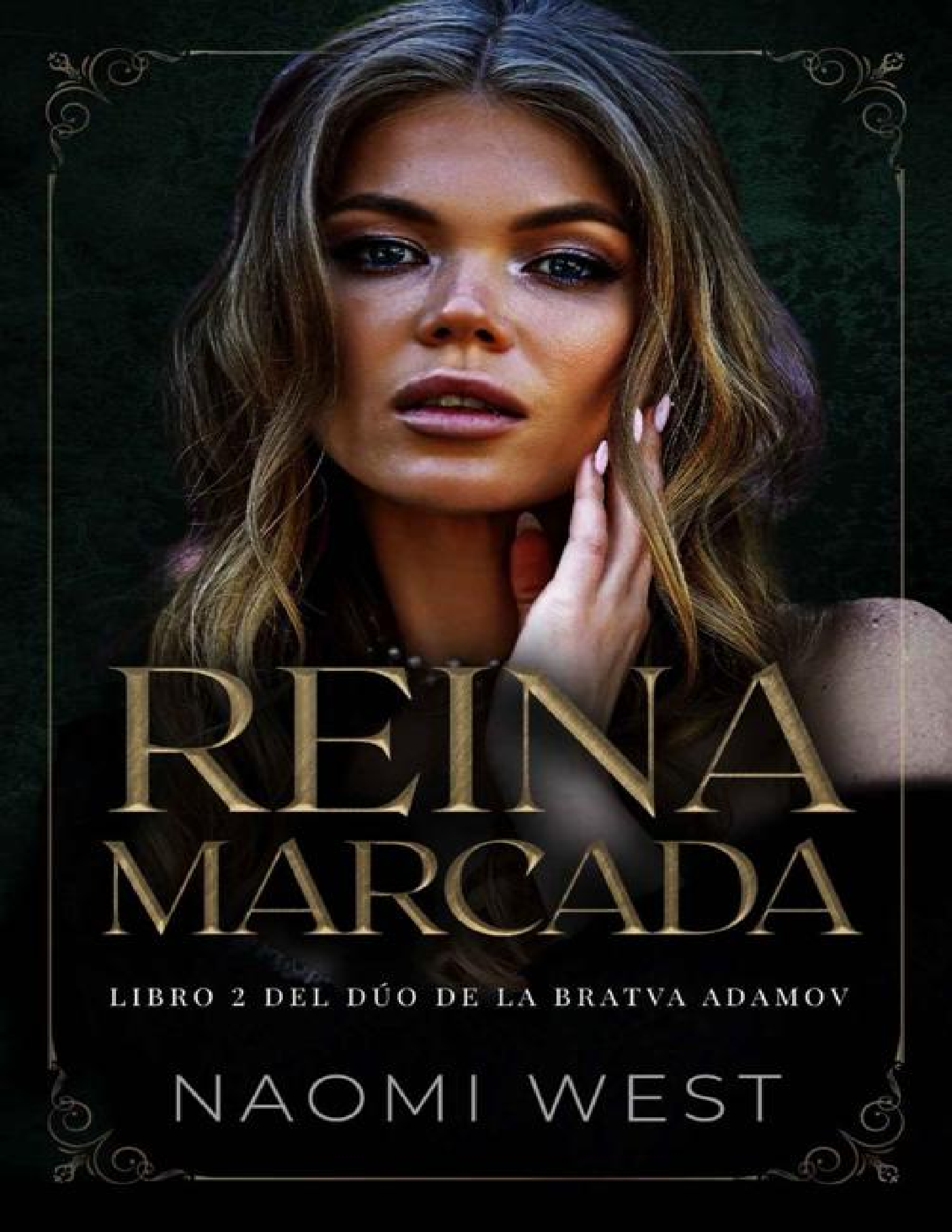

REINA
MARCADA
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA ADAMOV
NAOMI WEST

# REINA MARCADA

LA BRATVA ADAMOV

LIBRO 2

NAOMI WEST

# ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Reina Marcada

1. Arsen
2. Arsen
3. Laila
4. Laila
5. Laila
6. Arsen
7. Arsen
8. Laila
9. Arsen
10. Laila
11. Laila
12. Arsen
13. Laila
14. Arsen
15. Laila
16. Arsen
17. Laila
18. Arsen
19. Arsen
20. Laila
21. Laila
22. Laila
23. Arsen
24. Laila
25. Laila
26. Arsen
27. Arsen
28. Laila
29. Laila
30. Arsen

31. Laila
32. Arsen
33. Arsen
34. Arsen
35. Laila
36. Arsen
37. Laila
38. Laila
39. Arsen
40. Laila
41. Laila
42. Arsen
43. Arsen
44. Laila
45. Arsen
46. Arsen
47. Laila
48. Laila
49. Laila
50. Arsen
51. Arsen
52. Laila
53. Laila

Epílogo: Laila

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

# MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

# OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

**La Bratva Chekhov**

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

**La Bratva Kulikov**

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

**La Bratva Zakharov**

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

**La Bratva Zaitsev**

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

**La Bratva Tasarov**

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

**La Bratva Nikolaev**

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

**La Bratva Sorokin**

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

**La Bratva Aminoff**

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

# REINA MARCADA

LIBRO 2 DEL DUETO DE LA BRATVA ADAMOV

**Mi jefe me dejó embarazada.**

**Me obligó a casarme con él.**

**Y ahora...**

"¿Qué quieres decir con que «me vas a enviar lejos»?".

¿Es esto algún tipo de broma?".

Pero la expresión de Arsen dice que nada de esto es gracioso.

Habla en serio: nos va a enviar a mí y a nuestra bebé recién nacida a Dios sabe dónde y por Dios sabe cuánto tiempo.

¿Es "por mi seguridad"?

Sí, ya he oído esa frase antes.

Es lo que dicen los hombres cuando hacen algo solo para ellos mismos.

Pero está bien.

Si eso es lo que Arsen quiere, que así sea.

Pero me llevo mi corazón conmigo.

Así que, si él quiere la familia que firmamos en la línea punteada para crear…

Tendrá que venir a luchar por ella.

***REINA MARCADA es el Libro 2 del dueto de la Bratva Adamov. La historia de Arsen y Laila comienza en el Libro 1, REY MARCADO.***

# 1

# ARSEN

—Recuérdame por qué vamos a la inauguración de este club —Dominik se ajusta el cinturón de seguridad una vez más. Hace dos meses, nunca lo usaba. Ahora, dudo que se siente en un autocine sin abrocharlo.

—Porque nos invitaron. Y porque tengo razones para creer que Alessandro Calcagno estará presente.

La mandíbula de Dominik cae al suelo. —¿Por qué no lo supe antes?

*Porque, si te lo hubiera dicho, no te habrías subido al auto.*

*Porque habrías intentado disuadirme.*

*Porque no quería escuchar ni una sola de tus opiniones sobre el asunto.*

—Es información reciente. Me enteré hace unas horas.

Calcagno ha mantenido un perfil bajo desde que nos sacaron de la carretera a Dom y a mí y casi nos ejecutan gracias a la recompensa que puso por la cabeza de mi esposa. Si va a aparecer en este evento, hay una buena razón.

—No puedes actuar contra él en público, Arsen —me advierte—. Hace un mes lanzaste Pobeda. Ahora socavarás su éxito si asesinas públicamente a un empresario destacado como Calcagno.

—¿Quién ha hablado de un asesinato público?

Lo he estado pensando en voz muy alta, pero nunca lo he *dicho*.

—Puede que sobreestimes tu autocontrol, pero yo te conozco mejor.

Han sido un par de meses difíciles, pero Dominik aún me conoce mejor que la mayoría. Yo mismo habría atacado el Hotel Calcagno hace dos meses si no me hubiera distraído matando a los hombres que envió a estrellar mi auto favorito.

Considero que esta es una venganza retrasada.

—*Blyat'* —Dominik se pasa una mano por la cara cansada—. Esto va a ser un puto desastre. Debimos haber pedido más refuerzos.

—Por el amor de Dios, hombre, ¿cuándo te volviste tan aguafiestas?

—Vaya, no lo sé —pretende pensarlo mucho—. ¿Quizás en la época en que decidiste atacar a nuestros enemigos a plena luz del día sin ningún plan? Esto no es propio de ti, Arsen.

—Solo porque no lo haya compartido contigo no significa que no tenga un plan.

—Lo olvidé: ahora trabajas solo. Es justo como con Laila y Nina… tú sabes lo que estás haciendo, entonces que se joda quien quiera saber qué está pasando, ¿no?

Tomo la esquina rápidamente y me detengo en seco junto a la acera. Dominik apenas evita romperse la nariz con el tablero del auto.

Me mira fijamente. —Muy maduro.

Salgo del auto, cierro la puerta de golpe detrás de mí y le arrojo las llaves al joven valet que mira mi auto como si fuera una mujer desnuda. —Hay cien dólares para ti si mantienes el auto aparcado y listo para mí aquí mismo. Si no lo haces, te romperé una pierna.

Luego, entro al club, pasando a grandes zancadas junto a los porteros que ni siquiera intentan detenerme.

Las paredes vibran con música de bajos intensos y luces estroboscópicas. La gente se relaja en cabinas oscuras en la periferia. Bailarines empapados de sudor se mueven eróticamente en el centro de la pista, perdidos en el encanto del alcohol y la música.

Los atravieso y me dirijo hacia las cuerdas de terciopelo de la sección VIP. La anfitriona en la entrada es una rubia de piernas largas con una cara que olvidaré tan pronto como deje de mirarla.

—Sr. Adamov, es un placer. Tenemos su habitación lista.

Nos guía por un pasillo de puertas cerradas, balanceando sus caderas como si eso pudiera distraerme del italiano apagado que escucho filtrarse a través de cada puerta por la que pasamos. Al final del pasillo, abre una puerta con llave y la empuja para nosotros.

En el centro hay una mesa de cristal con puros gruesos esparcidos por toda la superficie junto a una botella de Dom Perignon.

Paso junto a la mesa y me dejo caer en el sofá de terciopelo, debajo de un cuadro de un cazador del siglo XVIII corneando a un toro.

*Qué apropiado.*

En el momento en que la puerta se cierra tras nosotros, Dominik recorre el perímetro. Recorre las paredes como si estuviera esperando que se abra una trampilla y nos atraviesen unos clavos.
—Te enteraste de esto hace un par de horas, pero ¿tienes una habitación privada?

—La solicité. Una condición para aceptar la invitación en primer lugar.

Dominik arquea una ceja. —Tuviste tiempo para eso, ¿pero se te olvidó decírmelo?

—Estás de mal humor hoy.

—¡Tú eres el que ha estado de jodido mal humor! —se gira hacia mí —. Enviaste lejos a Laila para castigarla, pero también estás castigando al resto de nosotros.

—No es un castigo; fue por su seguridad y tú lo sabes, joder.

—Sí —murmura—. Intenta explicárselo a ella.

Tal vez lo haría si respondiera a mis llamadas. Aunque probablemente yo tampoco lo haría.

Estoy a punto de preguntarle si eso es realmente lo que ella piensa… él lo sabría, pues ella sí acepta sus llamadas… pero me detengo justo a tiempo. Nada bueno puede resultar de abrir esa caja de Pandora.

El silencio se extiende, se rompe solo por la transición amortiguada de una canción a otra que rebota a través de las paredes de concreto, hasta que Dom levanta las manos. —¿A quién diablos estamos esperando? Llegan tarde.

Está nervioso. Lo entiendo… la última vez que estuvimos en una habitación como esta, Dom terminó con una bala en el pecho.

También recuerdo eso muy bien.

No permitiré que vuelva a suceder.

Antes de que pueda responder, se filtran voces desde el pasillo. Una se eleva por encima de las demás… áspera, profunda… y familiar.

Dom se gira hacia mí con un gruñido. —¿Organizaste una reunión con el propio Alessandro y no dijiste ni una palabra? Gilipollas…

—Te dije que tengo un plan, Dom. Lo dije en serio.

Mi mano se dirige al bulto apenas perceptible que tengo en la cadera. Si alguien saca un arma, seré yo.

No parece consolado cuando la puerta se abre y Alessandro entra pavoneándose, con su hijo a su lado y dos guardias corpulentos que los eclipsan a ambos.

—Arsen —saluda Alessandro con frialdad—. Qué bueno verte.

No quiero mentir, así que no digo nada mientras Dom se mueve para ponerse a mi lado.

El mayor de los Calcagno hace el ademán de mirar a mi alrededor como si esperara ver a alguien más. —Dime, ¿dónde está esa linda mujercita tuya? No la he visto en mucho tiempo.

—No, no la has visto.

*Yo tampoco, pero eso no viene al caso.*

Sus ojos brillan con diversión, no tiene idea de que es inmerecida. —Espero que no le haya pasado nada malo. Pero, de nuevo, tienes la mala costumbre de perder esposas.

—Cuidado —advierte Dominik.

Alessandro chasquea la lengua hacia Dominik. —Calma a tu perro faldero, Arsen. No estoy aquí para luchar.

Me inclino hacia el sofá, con los brazos extendidos sobre el respaldo. —Por supuesto que no. Prefieres pelear sucio.

Enzo se recuesta contra el marco de la puerta, a unos pasos de distancia del séquito de su padre. La distancia parece intencional.

—No estoy seguro de lo que quieres decir —ronronea Alessandro—. Me dijiste que me ocupara de mis asuntos y no me entrometiera en tu camino, y eso es lo que he hecho… tal como querías.

—¿A eso le llamas una recompensa de diez millones de dólares por la cabeza de mi esposa?

Su sonrisa lobuna se tensa, pero la mantiene en su lugar. —No había oído hablar de eso.

—Qué extraño, porque las transferencias bancarias, las intervenciones de llamadas telefónicas y los dos intentos de asesinarme apuntan a la misma persona: tú.

Alessandro arquea una ceja con curiosidad. —Lanzar acusaciones erróneas en nuestra línea de trabajo es peligroso, Sr. Adamov.

—Atacar a mi familia es aún más peligroso. Y obtuve todas las pruebas que necesitaba cuando alguien me llamó de la nada y pidió una audiencia privada —busco un cigarro y lo enciendo—. Te ofrecería uno, pero no tiene sentido desperdiciar un puro en perfecto estado en un hombre muerto.

Alessandro se pone rígido. —Mientes. Ninguno de mis hombres me traicionaría jamás.

Dominik nos mira a los dos, tratando de averiguar quién de nosotros miente.

El silencio se extiende y la cara de Alessandro se pone roja. Sus mejillas tiemblan mientras se gira para inspeccionar a sus hombres. —Si uno de ustedes se vuelve contra mí, serán…

Pero su amenaza es interrumpida por el sonido de un disparo.

La boca de Alessandro todavía está abierta mientras la sangre corre por su barbilla. Sus dos matones musculosos se mueven casualmente hacia un lado para evitar el chorro mientras su jefe se derrumba sobre la mesa de café de vidrio, rompiéndola bajo su peso.

Directamente detrás de él está Enzo, con el brazo todavía levantado, el arma humeante.

—Le diste una muerte limpia —acuso—. Lástima.

Se encoge de hombros mientras vuelve a enfundar su arma. —En lo que sea que se haya convertido, sigue siendo mi padre.

—¡*Blyat*! —Dominik nos mira a mí y a Enzo—. ¿Planearon esto juntos?

Enzo se arregla cuidadosamente los puños. —¿Fue un buen espectáculo?

—No lo celebraría todavía, Enzo —le advierto—. La muerte de Alessandro por sí sola no es suficiente compensación por los últimos meses.

—La recompensa ha sido retirada. Me aseguraré de que ese mensaje se repita ahora que estoy al mando de la mafia Calcagno —hace un gesto para que se vayan los dos secuaces, que se retiran sin mirar atrás—. Yo también tengo una esposa, Arsen. Y no hay nada que no haría para mantenerla a salvo. La familia debería estar fuera de los límites. Como don, te doy mi palabra de que así será.

—Has sido don durante sesenta segundos. Tu palabra no significa nada todavía.

—Pero lo hará pronto. Organicemos una reunión —ofrece, sin inmutarse—. Una reunión *adecuada*. Estoy seguro de que podemos llegar a algún tipo de acuerdo. Estoy dispuesto a hacer que valga la pena.

Apago mi puro en la pálida mejilla de su padre, me levanto y le ofrezco la mano. —Si me siento a la mesa, más vale que así sea.

# 2

# ARSEN

Jasper salta de la cama cuando entro a su habitación. Está pálido. La camiseta que lleva puesta lo engulle por completo. Debajo de ella, es solo piel y huesos.

—Has perdido peso.

—La sobriedad puede hacerte eso.

Echo un vistazo rápido a la habitación. Está vacía y es deprimente… una cama individual empujada contra la ventana y una cómoda torcida con una pila de posavasos en lugar de la cuarta pata. No hay muchos lugares para esconder algo en esta habitación, pero Jasper siempre fue creativo.

—Conozco esa mirada —cuadra los hombros—. *Estoy* sobrio ahora, Arsen. Dolorosamente —abre los brazos como si fuera un espectáculo de magia—. Solo tuvieron que pasar cuatro meses y un par de intentos de suicidio antes de que viera la luz.

He leído sus informes. No una, sino dos veces, intentó cortarse las muñecas con un cuchillo. Matvei y Valentin estaban allí para detenerlo. Sin ellos, no estaríamos teniendo esta conversación.

No puedo decidir si ese hubiera sido el mejor resultado.

—¿De verdad has visto la luz, Jas, o solo me estás diciendo lo que quiero oír?

—No te mentiría.

—Ya lo has hecho antes.

—Déjame reformularlo: no te mentiría mientras estoy sobrio —se cae al borde de su cama y se pasa una mano por el cuero cabelludo rapado, con la mirada baja—. Sé que te decepcioné. Sé que la cagué. Y sé que no es la primera vez.

Me apoyo en el marco de la puerta y no digo nada.

—¿Cómo está Dominik? —pregunta, inquieto en el incómodo silencio.

—Recuperándose. No puedo decir lo mismo de su opinión sobre ti.

Jasper suspira. —No puedo culparlo. Es la segunda vez que lo mando al hospital.

—Me alegra ver que llevas la cuenta.

—Y va a ser la última vez, Arsen —dice entre dientes—. Lo juro. Estoy harto de juntarme con la gente equivocada. Estoy harto de ser estúpido.

—Ya lo he oído todo antes, Jas. ¿Por qué debería creerte esta vez?

Se muerde las uñas, aunque ya las ha mordisqueado hasta la piel. —La sobriedad es una perra, pero me ha dado algo de claridad. Puedo ver lo patético que era. Lo débil. Pasé por un mal momento cuando saliste de prisión antes que yo. Y te culpé por ello.

Arqueo una ceja.

—No tiene sentido, lo sé —añade rápidamente—. Pero en ese momento, sentí que me estaban abandonando. Y cuando finalmente me liberaron y vine a ti… —se aclara la garganta torpemente—,

estábamos en dos lugares diferentes. Me sentía muy por debajo de ti. Era como si me estuvieran abandonando de nuevo.

—¿Y ahora?

Deja de caminar y se queda firme frente a mí, la imagen de un soldado leal. —Ahora estoy dispuesto a hacer lo que necesites de mí. Envíame a las trincheras, haz que trabaje desde abajo, dame cualquier trabajo degradante que puedas imaginar. Cavaré zanjas, por el amor de Dios. Palearé mierda. Esta vez no me destrozará.

Oigo la voz de Dominik en mi cabeza. *La lealtad de un adicto siempre será hacia su adicción primero.*

Cuando se pone de pie de nuevo, noto la cicatriz roja y furiosa en la parte inferior de su muñeca de su primer intento de suicidio. Puedo distinguir las líneas perpendiculares del trabajo de costura improvisado de Matvei.

—Alessandro Calcagno está muerto, Jasper —le digo sin rodeos. —Enzo está al mando ahora.

—Eso es… —entrecierra los ojos, como si sospechara una trampa—. ¿Por qué me lo cuentas?

—Porque mis hombres deberían saber lo que está pasando —digo con calma.

Sus ojos brillan cuando el significado se asienta. —Ya veo.

—Aún tienes mucho trabajo por hacer —le recuerdo—. Mucha confianza por construir.

Asiente con entusiasmo. —Soy consciente.

—Vas a tener que empezar desde abajo y seguir órdenes.

—No hace falta decirlo.

Doy un paso hacia él y le agarro el hombro. —No te metas en problemas, Jasper, y podrías encontrar un lugar aquí. Estás en tu

última vida.

Algo destella en sus ojos. —No lo decepcionaré, señor.



—¡No me cierres la puerta en la cara! Vengo en son de paz.

Los ojos de Polina se entrecierran hasta que casi desaparecen detrás de sus gafas de lectura. —Arsen.

—¿Me extrañaste?

—Extraño al hombre que solías ser.

Tiene la puerta entreabierta solo unos centímetros. Todo lo que puedo ver es una pequeña parte de su rostro, pero es suficiente para entender que no está menos furiosa que el día que se fue.

—Si me vas a reventar las pelotas —digo—, al menos invítame a pasar primero.

Frunce los labios, sopesando un no. Luego, después de que su vacilación se prolongue lo suficiente como para que empiece a preguntarme si realmente podría negármelo, suspira y abre la puerta.

—Vale, pero no lo hago por ti; lo hago por tu madre.

—No sabía que me estaba mirando.

Después de cómo han ido los últimos meses, espero, por su bien, que no lo esté.

—Si quieres hablar conmigo, tendrás que dejar esa actitud en la puerta, jovencito.

Levanto las manos. —Considérala dejada.

Se hace a un lado lo suficiente para dejarme entrar. Huele a manzanas y canela, tal como lo recuerdo. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve aquí, en este pequeño y acogedor apartamento, en su pequeño y acogedor callejón sin salida. Le había ofrecido mejorarlo hace años, pero ella se negó. Le había ofrecido de nuevo, y me amenazó con un cuchillo de carnicero hasta que dejé el tema por completo.

Me lleva a la sala de estar con el mismo sofá amarillo descolorido. —¿Té o café?

—¿Qué tal si me das diez minutos de tu tiempo? Es todo lo que realmente quiero.

Ella se deja caer en el sillón verde frente a mí. —Si estás aquí para pedirme que vuelva a trabajar, la respuesta sigue siendo no.

—No conoces las circunstancias de mi presencia aquí.

—¿Están Laila y Nina de nuevo en esa casa?

—No…

—Entonces, no me interesa.

Me inclino hacia atrás y cruzo las piernas. —Sabes, es un poco desalentador saber que, en cuestión de meses, Laila te ha hechizado tan completamente que tu lealtad hacia ella es mayor que tu lealtad hacia mí.

—No se trata de lealtad, Arsen. Se trata de lo correcto y lo incorrecto. Enviar a Laila lejos de esa manera estuvo mal. Así de simple.

Polina no ha respondido a ninguna de mis llamadas en los últimos meses, pero tengo la sensación de que, como Laila, ha estado hablando con Dominik. Todos suenan demasiado similares para que sea pura coincidencia.

—Hice lo que tenía que hacer para mantenerla a salvo. ¿Lo crees?

—Creo que *tú* lo crees, pero eso no cambia nada para mí.

—No me sorprende. Has dejado bastante clara tu opinión sobre este tema.

—Y tú aún te niegas a escucharme. Tampoco me sorprende —parece que quiere lastimarme, y esas agujas de tejer suyas están demasiado cerca para que me relaje por completo—. Te conozco, Arsen. Sé de qué tienes miedo.

—No tengo…

—Después de lo que pasó con tu padre, no puedo culparte.

Me tenso, apretando mi rodilla con los nudillos blancos. —A pesar de lo que pareces pensar, mi pasado no dicta cada decisión que tomo en el presente.

—Hm —Polina me mira fijamente sin pestañear—. ¿Por qué estás aquí, Arsen?

—Quiero que vuelvas. La casa no es la misma sin ti.

—¿No acabas de decir que lo he dejado claro? Conoces mis condiciones.

—También sé que, por mucho que quieras estrangularme ahora mismo, no lo harás. Me conoces, Pol, lo que significa que sabes que no estaría aquí si no tuviera una oferta convincente.

Su mirada astuta se fija en mí. —¿Qué es?

—Te estoy ofreciendo la oportunidad de confiar en mí. Puedes volver y…

—¿Y olvidar lo que hiciste? ¿Cómo lastimaste a la gente que te amaba? —me espeta—. No lo haré. Ni siquiera por ti, Arsen.

Quizá Dominik tenía razón… ahora trabajo solo. Podría decirle a Polina lo que tengo planeado, pero no tengo deseos de hacerlo. Si no confía en mí después de los años que hemos vivido y trabajado

juntos, entonces no la quiero de vuelta en la casa. Me aseguraré de que pueda vivir cómodamente en esta pequeña choza y nunca más tendrá que hablarme.

Pero una parte de mí… la misma parte que comía los pasteles de manzana y canela que Polina hacía en cada cumpleaños, la parte que vio su rostro llenarse de arrugas y volverse como papel… quiere que ella confíe en mí. Quiero que regrese.

—Siempre dijiste que era el hijo de mi madre, Polina —me levanto con un suspiro—. Vuelve y déjame demostrártelo.

Salgo del porche y estoy por la mitad del camino de entrada cuando oigo que se abre la puerta principal. —En una hora tendré todo listo —me grita—. ¿Vas a enviar un auto a buscarme o tengo que coger el autobús?

# 3

# LAILA

—Trabaja conmigo, bebita —le suplico mientras Nina balbucea.

Me imagino que está diciendo algo como: *¿Adónde vamos a las dos de la mañana, Mamá? ¿Y por qué llevas esa ropa tan rara?*

Puede que tenga razón. En honor a mi bebé, debí haberme puesto unos jeans y una camiseta, pero intenté adoptar el estilo de ladrona, al estilo de *Ocean's Eleven*. Por eso, llevo unos leggings negros sin bolsillos y un fajo de billetes metido en mi sujetador deportivo negro.

Pantalones cargo podrían haber sido una elección más inteligente.

—Te expliqué el plan hace días —susurro—. Gedeon ya debería estar en pleno ciclo REM, así que tenemos que movernos.

Ella gorgotea un poco más fuerte y yo presiono suavemente un dedo sobre sus labios. Nina solo se ríe.

La bajo en el portabebés atado a mi pecho y busco debajo de su cuna la pequeña bolsa de lona negra que escondí allí antes por la tarde.

Por lo menos algunas cosas van según lo previsto.

Lo que no va según lo previsto es que Nina esté despierta ahora mismo. Mi plan maestro dependía de que durmiera profundamente

durante las próximas cuatro horas, pero se despertó cinco minutos antes de que yo pusiera las cosas en marcha, así que me he visto obligada a improvisar.

Eso significa más que todo cantar *Estrellita Donde Estás* una y otra vez mientras salgo a escondidas del apartamento que hemos llamado hogar durante los últimos tres meses y me dirijo a la planta baja.

El auto de alquiler debería estar aparcado en la calle, delante de la panadería. La cooperación y el silencio de Massimo me costaron doscientos dólares más, pero bueno, tengo dinero de sobra estos días.

Esa es otra cosa que aprendí sobre el arte de las misiones de sigilo: todo es posible cuando tienes dinero para lanzarle al problema.

Me siento muy bien… o tan bien como te puedes sentir con una bebé atada al pecho y el viento frío atravesando tus leggings demasiado finos… y me dirijo al final de la calle desierta.

El auto está justo donde debería estar. Digo una oración silenciosa de agradecimiento a Massimo mientras coloco mi bolso de lona en el maletero del auto y busco las llaves.

Después de un minuto entero de hurgar en el bolsillo lateral, el pánico comienza a instalarse.

¿Las dejé caer en las escaleras? ¿Las dejé en mi habitación?

El humor de Nina está empezando a cambiar, pero todas las palabras de cada canción de cuna que conozco se han ido de mi mente mientras contemplo la posibilidad de volver a colarme en el edificio del que acabo de escapar.

—Sé que las puse aquí —murmuro—. ¿Dónde diablos están?

Entonces, escucho el tintineo de las llaves justo detrás de mí. —¿Buscas esto?

Me doy vuelta y me encuentro cara a cara con Gedeon. —¡Maldita sea, Ged! ¡Estabas durmiendo! Te oí roncar.

—Escuchaste lo que quería que escucharas.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto que lo sabía —pone los ojos en blanco—. Debo decir que este ha sido tu mejor intento hasta ahora. Solo me di cuenta hace unas horas.

Me hundo contra el auto, pero Nina se está girando hacia Gedeon, extendiendo sus manos regordetas para él. —¿Qué me delató? Quiero saber cómo mejorar la próxima vez.

—O podríamos saltarnos la "próxima vez". Podrías dejar de planear y coger un pasatiempo… tal vez tejer a crochet o meditar. Algo tranquilo que me permita dormir toda la noche —su voz no es cruel, lo cual es notable, considerando todo.

Le hago un gesto obsceno, que es mi manera de decir en mitad de la noche: *Prefiero morir y llevarte conmigo que aceptar esta prisión.*

Suspira y toma la bolsa de lona. —Déjame llevarla por ti.

Hago lo único que puedo hacer: ceder.

Estamos a mitad de camino de regreso al edificio cuando me mira por encima del hombro. —Bonito atuendo, por cierto.

—Cállate.

—No, en serio. Me gusta todo el look de Gatúbela. Te queda bien. Muy amenazante.

Cuando volvemos arriba, dejo a Nina en su corral y me deslizo sin rumbo hacia la cocina. —¿Una taza de té?

Se ha convertido en una especie de ritual entre nosotros. Después de un intento de fuga, Gedeon y yo nos sentamos en la cocina, bebemos té y comemos bocadillos.

Bosteza mientras empujo una taza de Earl Grey hacia él. —¿Galletas de jengibre o de avena?

—Un par de cada una, por favor. Estar despierto toda la noche me da hambre. ¿No podrías programar tus intentos de fuga para un momento más conveniente?

—Lo tendré en cuenta.

Se queja. —Se suponía que debías decir: "¿Qué intentos de fuga? Voy a empezar a tallar".

Lo único que voy a tallar es una cuchara para convertirla en un cuchillo.

—Si crees que solo me voy a quedar sentada y aceptar mi sentencia de prisión —respondo—, te espera otra cosa.

—Las cosas están locas en casa. Al menos tú y Nina no están en el meollo del asunto.

Levanto la mano. —Ya he oído todo esto antes, Gedeon. No me interesa.

—¿Sabes qué? Bien —murmura—. Yo también estoy harto de soltar la misma mierda todo el tiempo. Tienes razón: esto apesta.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

—La ventana de mi habitación gotea cuando llueve —continúa—. Y el café en esta ciudad podría ser orina de caballo.

—Las panaderías no son mucho mejores.

—Oh, ni me hagas hablar de las panaderías. ¿Por qué diablos es tan difícil hacer una masa madre decente? —se queja—. Además, no hay ningún lugar donde pueda correr sin correr el riesgo de ser aplastado por un camión.

—Los senderos apestan —coincido.

—¡Esta ciudad apesta!

—¡Arsen apesta! —añado.

—Salud —coincide Gedeon mientras chocamos nuestras copas.

Tomo una galleta de jengibre, aunque no tengo apetito—. Extraño a mi mamá.

Justo así, el ánimo se desinfla. La rodilla de Gedeon rebota de la misma manera que lo hace cada vez que las cosas se ponen personales.

—Hablas con ella todos los días —ofrece, aunque incluso él sabe que no alcanza.

—Se está apagando, Gedeon —mi barbilla se tambalea y hago todo lo posible por no dejar que las lágrimas caigan. Joder, ya he dejado caer suficientes—. ¿Y si muere y no estoy con ella?

—Estoy seguro de que Arsen nos lo diría si se pone realmente…

—¡Arsen no ha hablado conmigo en más de tres meses! —espeto—. Sus mensajes obligatorios de "me importas una mierda, pero tengo que mantener las apariencias" dejaron de llegar hace dos meses. No le importamos, ni yo ni mi madre.

—Laila…

—Si intentas defenderlo, te tiraré el resto de mi té en la cara —sus labios se sellan mientras inclino mi taza hacia él—. Ahora, ¿qué ibas a decir?

—Em… ¿que Arsen es un gilipollas?

—Eso es lo que pensé.

En ese momento, suena el teléfono de Gedeon, sobresaltándonos a todos. Nina comienza a quejarse, así que corro a recogerla antes de que el vecino de abajo tome una escoba y golpee el techo para que *¡Dejen de despertar a todo el edificio, joder!*

La estoy haciendo callar, balanceándome hacia adelante y hacia atrás cuando Gedeon responde su teléfono. —¿Arsen?

No puedo evitarlo… me estremezco. Gedeon habla con Arsen con cierta regularidad, pero cada vez que lo hace se me erizan los pelos de la nuca.

Intento ignorarlos y concentrarme en Nina, que empieza a acomodarse contra mi pecho.

Entonces, Gedeon silba suave y bajo. —Vale. Entiendo.

Cuelga un segundo después y se gira hacia mí. Eso es extraño. Por lo general, me evita después de una llamada con Arsen, como si supiera que no quiero contagiarme por contacto superpuesto. Considerando la amenaza que acabo de hacer sobre derramarle té hirviendo encima, me sorprende que esté dispuesto a decir su nombre en mi presencia.

Mantengo a Nina en equilibrio sobre mi cadera. —¿Se trata de mi mamá? ¿Está bien?

Se aclara la garganta y su mirada se desliza hacia la bolsa de lona que depositó sobre la mesa de café. —Es bueno que ya estés empacada. Parece que nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿A dónde?

—A casa —susurra—. Arsen te quiere de vuelta.

# 4

# LAILA

—Esto es lo que querías —me recuerda Gedeon—. Querías que Arsen te llevara a casa.

No se equivoca. Cuando Arsen nos envió lejos por primera vez, todo lo que quería era "casa". Pero ahora no se siente mejor que ser trasladadas de una celda a otra.

Como prisioneras. Como ganado.

La pequeña y regordeta mano de Nina me roza la cara. La beso suavemente, mi visión se vuelve borrosa mientras imagino que vuelvo a entrar en esa casa y pretendo que nada ha cambiado.

—Quiero ver a mi madre, estar allí para ella. Eso es todo lo que quiero —corrijo—. En ningún lugar de allí pienso ver o hablar con Arsen.

Añadiré el resto de los sentidos mientras estoy en ello… nada de olfato, nada de tacto, y definitivamente nada de gusto. Va a ser un embargo a gran escala de Arsen Adamov. Por lo que a mí respecta, bien podría haber dejado de existir.

Gedeon suspira. —Eso podría ser un poco difícil de hacer mientras vivimos bajo el mismo techo.

Una vez más, Gedeon no se equivoca. Es molesto. Uno de sus hábitos más irritantes.

Le pongo a mi hija de cinco meses en brazos. —Ten, toma a Nina —antes de que pueda discutir, entro a mi dormitorio y cierro la puerta de un portazo.

Cinco minutos después, le pongo una nota garabateada a toda prisa en la cara. Apenas logra agarrarla antes de que Nina pueda metérsela en la boca.

Entrecierra los ojos para ver mi garabato. —¿Qué es esto?

—Un nuevo contrato. Si Arsen acepta mis términos y condiciones, volveré a casa.

—No puedes hablar en serio, Laila.

—¿Qué hay de este contrato escrito en el dorso de una servilleta con un bolígrafo de gel violeta en mitad de la noche que no grite: *"Hablo perfectamente en serio"*?

—Porque todo lo que has querido durante meses es volver a casa para ver a tu mamá, y ahora Arsen te deja y…

—¡Exactamente! Exactamente —lo apunto con el dedo maniáticamente como si debiera tener un sombrero de papel de aluminio y una foto de Pie Grande pegada a la pared. Nina se ríe como si todo fuera muy gracioso, pero Gedeon da un paso atrás, nervioso como si no fuera gracioso en lo más mínimo—. Me está *dejando* regresar. Esto, como todo lo demás, es en *sus* términos. Y estoy harta de que chasquee los dedos y espere que corra hacia él como un perro bien entrenado.

—Nadie en su sano juicio te acusaría nunca de estar bien entrenada, Laila —le respondo con un gruñido sin palabras, demostrando su punto, y él se pasa una mano por la cara—. ¿Cuáles son tus exigencias?

—Primero, quiero el divorcio.

Sus ojos se agrandan. —Laila, él nunca va a…

—Segundo —levanto la voz, interrumpiéndolo—, quiero mi propia casa. Creo que ambos la querremos, especialmente después de que ya no estemos casados.

—No cuentes con ello —murmura.

Nina se ríe y le toca la nariz.

—Tercero, mi madre y Evelyn se mudarán conmigo.

—Tal vez deberíamos hablar de esto por la mañana…

—Cuarto —sigo adelante—, Arsen no entra y sale de la vida de nuestra hija cuando le conviene. Si quiere verla, será algo habitual y programado. De lo contrario, puede decirle adiós a volver a verla…

—¡Laila! —Gedeon grita para llamar mi atención, y Nina se sacude en sus brazos. Su labio tiembla mientras se aparta de él, con el rostro arrugado como si estuviera al borde de las lágrimas. Él se olvida de mí por un segundo, besa su frente y la acuna contra su mejilla—. Lo siento, niña. No quise asustarte. Es solo que tu mamá es una loca —me lanza una mirada asesina, como si fuera *yo* la difícil—. ¿Podemos, por el amor de todo lo que es sagrado, hablar de esto mañana? Estás molestando a la niña.

Tomo a Nina de sus brazos. —No hay nada de qué hablar. Solo te estoy pidiendo que le transmitas un mensaje.

—Vale —entrecierra los ojos—. No.

Entrecierro los ojos de nuevo. —¿Disculpa?

—Esto es entre tú y Arsen. No me voy a meter en el medio.

—Noticia de última hora, Ged: ya estás en el medio. Es más, de hecho, te inclinas hacia el lado de Arsen. Ahora es tu oportunidad de equilibrar la balanza.

Levanta las manos. —Considera esto como que me salgo de la ecuación, entonces. Puedes ser una niña grande y contarle a Arsen todas tus locas condiciones cuando lo veas.

—No voy a verlo. Eso es lo que he estado diciendo. No tengo intención de volver a hablar con él nunca más.

—Entonces, ¿cómo va a escuchar tus demandas?

Quiero discutir, pero está claro que no tiene sentido. Ni siquiera la amenaza de té hervido en su cara será suficiente para convencerlo de enfrentarse a su jefe.

—Tú también eres un gilipollas, ¿lo sabes?

Le guiña el ojo a Nina, y ella ya lo ha perdonado por asustarla hace unos minutos. —Nina no lo cree así, ¿verdad, ángel? Amas a tu tío Geddy, ¿no?

Ella intenta alcanzarlo, pero yo la aparto. —¡Basta! Has sido inútil. No mereces abrazos de bebé.

Le lanza un beso a Nina mientras caminamos por el apartamento. —Duerman un poco, ustedes dos. Mañana temprano tenemos que tomar un avión.



GEDEON ESTÁ SENTADO a la mesa con su teléfono en la mano y dos tazas de café para llevar frente a él. Desliza una hacia mí mientras entro en la habitación con Nina en mi cadera. —¿Una última taza de café de mierda antes de que nos vayamos a los cielos?

La tomo, pero solo porque estoy desesperada. Apenas dormí. —¿Recibiste mi correo electrónico?

—¿Pensaste que escribir ese contrato por correo lo haría menos ridículo?

—Es oficial. Leí muchos contratos de muestra para que la redacción sea la correcta.

Gedeon se aclara la garganta y empieza a leer en su teléfono—: *"Parte A, de ahora en adelante llamada Laila Barnes, y Parte B, de ahora en adelante llamado Increíble Gilipollas…".* Esto podría ser menos serio que el galimatías que escribiste anoche, lo cual es, en sí mismo, una hazaña impresionante.

Le hago un gesto con la mano y acomodo a Nina en su trona. —No voy a aguantar más mierda de nadie, incluido el Increíble Gilipollas.

—¿No deberías taparle los oídos a Nina antes de decir cosas así sobre su padre?

—¿Lo ves en alguna parte? —hago un gesto alrededor de la habitación—. Además, él no es su padre. Este arreglo puede haber comenzado conmigo actuando como donante, pero ahora ese título pertenece a Arsen. Él proporcionó el ADN para sus hermosos ojos verdes, y ahí es donde termina su participación.

Gedeon deja su café con un suspiro. —Estás cabreada.

—Estoy bien —señalo mi cara—. ¿Ves? Estoy sonriendo y todo.

—Sí, y es alarmante —hace una mueca ante mi sonrisa forzada—. Aparta la cara del Joker y háblame. No puedo enviarle esto a Arsen.

—Sí puedes.

—Se pondrá furioso.

Extiendo mis manos vacías, ahuecadas como un cuenco. —Aquí están todas las mierdas que me importan sus sentimientos.

—Laila…

—Gedeon —imito su tono serio—. Ya te lo dije: soy una mujer nueva. Corre la voz —toco la pantalla de su teléfono—. Literalmente. Reenvía ese correo.

Su mandíbula se mueve de un lado a otro como si quisiera discutir, y luego resopla. —Vale.

El silbido del reenvío del mensaje hace que se me enrosquen los dedos de los pies. Después de meses sola, la reciprocidad es mi nuevo juego previo.

—Eso no fue tan difícil ahora, ¿verdad?

—Necesito un maldito aumento —murmura en voz baja.

—Te daría todo mi apoyo, pero… —doy un mordisco a la tostada, hablando con la boca llena—, eso suena como algo de lo que deberías hablar con Arsen.

Abre la boca para decir algo mordaz, estoy segura, pero, antes de que pueda, suena su teléfono. Una mirada a la pantalla y palidece. —Joder. Es Arsen.

—Perfecto. Pídele ese aumento de sueldo. Apuesto a que está de muy buen humor.

Gedeon desliza el teléfono hacia mí. —No me hagas atender.

—Cobarde —se lo devuelvo—. Tiene mi número. Si quisiera hablar conmigo, me llamaría a mí.

Gedeon responde al teléfono mirándome con desaprobación. —Oye, Arsen, yo… lo sé, pero… No mates al mensajero, ¿vale? —hace una mueca y luego me tiende el teléfono—. Quiere hablar contigo.

—No, paso.

Nina tira su pequeña cuchara de juguete al suelo y extiende los brazos hacia Gedeon. Él, que nunca pierde la oportunidad de eludir una conversación incómoda, deja el teléfono en mi regazo y la saca de su trona. —Toma el teléfono; tengo las manos ocupadas.

—Gilipollas —digo, colocando el teléfono contra mi oreja.

—En realidad, para ti es "Increíble Gilipollas" —su voz oscura y sedosa me hace temblar la piel, incluso con un teléfono y solo Dios sabe cuántos kilómetros de distancia entre nosotros.

Es exactamente por eso que el embargo de Arsen Adamov estaba en vigor. Unas palabras y ya está amenazando con arrastrarme profundamente de nuevo.

Aprieto los dientes y finjo que no me afecta. —Hola a ti también. Pasó un tiempo.

—No por falta de esfuerzo de mi parte.

—¿Disculpa? —espeto, ya sin poder mantener mi aire de indiferencia —. ¡No he sabido nada de ti en meses!

—Solo porque te negaste a responder a mis mensajes de texto.

—Solo porque me los enviabas para poder decir después que lo intentaste cuando ambos sabemos que no lo hiciste —suelto un suspiro áspero, agotada por esta conversación que lleva menos de un minuto—. Como es la única forma de comunicación que pareces entender, me tomé la libertad de redactar un nuevo contrato para nosotros. Todo lo que tienes que hacer es firmar en la línea punteada.

—No voy a firmar nada.

Me levanto de un salto. —¿Por qué demonios no?

—Porque es un trato ridículo y rechazo todas tus exigencias.

Como si hubiera tenido tiempo de leer el documento entero antes de llamar a Gedeon. —No son negociables.

—Entonces, estamos de acuerdo: no voy a negociar.

—¡Entonces no voy a volver!

Se queda en silencio. Ni siquiera puedo oírlo respirar, pero sé que está ahí. Puedo sentirlo al otro lado de la línea.

—Ya no puedes entrar y salir de nuestras vidas y hacerme el tonto —agrego—. Divorciarnos siempre fue el plan, y lo voy a cumplir. Este matrimonio era solo práctico, y ya no tiene sentido.

—No nos vamos a divorciar —gruñe—. Si crees que lo vamos a hacer, entonces eres más ingenua de lo que pensé.

—Y tú eres más gilipollas de lo que pensé. Así que supongo que estamos a mano.

—*Roza*…

—No me llames *roza*. No soy tu *roza*. No soy tu Laila. Y, en lo que a mí respecta, tampoco soy tu esposa. Si no aceptas mis términos, no me subiré a ese avión.

Mi ultimátum se topa con un latido de silencio. Luego, un suspiro profundo y sufrido. —No te estoy pidiendo que vuelvas por mí. Te estoy pidiendo que vuelvas por tu madre.

Se me cae el alma a los pies. Tengo que agarrarme a una de las sillas para no desplomarme. —¿Está…? Justo ayer hablé con ella. Estaba bien.

—Mintió, Laila —interrumpe Arsen—. Está en el hospital y… no le está yendo bien.

El mundo da vueltas. Todo lo que importaba hace dos segundos desaparece como vapor.

—Vale —una lágrima solitaria se escapa por mi mejilla—. Me subiré al avión.

# 5

# LAILA

El cartel que ondea sobre la multitud en la zona de llegadas dice: ***"Reina Laila y Princesa Nina"***. Mi estúpido y traidor corazón se agita cuando miro hacia abajo, al hombre que lo sostiene y veo…

A Dominik.

Soy patética. Hace unas horas, estaba decidida a no volver a ver a Arsen nunca más, y sin embargo, una parte desesperada de mí todavía deseaba que fuera él quien nos recogiera en el aeropuerto.

Corro pasando a Gedeon, que está muerto para mí, y abrazo a Dom. —Es tan bueno verte. Te ves mejor.

—Estuve en el hospital durante semanas, Laila, y no te he visto en meses. Voy a necesitar más entusiasmo de tu parte. Dame un cumplido como si de verdad lo sintieras.

Dado el motivo por el que subí al vuelo en primer lugar, el entusiasmo es escaso, pero reúno algo para Dom. —Te ves… ¿sexy como el infierno? ¿Un hombre de ensueño por el que morir? ¿El hombre más hermoso de la Tierra según la revista *People*?

—Mucho mejor, aunque no te atrevas a decir eso cerca de Arsen, o me pondrá de nuevo en una cama de hospital —me suelta para darle una palmada en la espalda a Gedeon, y luego vuelve su atención a Nina—. Dios, está grande.

—Tres meses pueden hacerle eso a un bebé —la toma en sus brazos, y ella lo mira con sospecha, pero no llora.

—Creo que te recuerda de todas las llamadas de FaceTime.

Efectivamente, Nina coloca una mano en la mejilla de Dominik y sonríe.

De camino al auto, Dominik lleva a Nina mientras Gedeon remolca el equipaje. —Se supone que primero debo llevarte de regreso a la casa —empieza Dom—, y luego…

—Quiero que me lleves directo al hospital.

Mis dos guardaespaldas comparten una mirada, y señalo con un dedo el cartel que Dom tiene debajo del brazo. —La Reina Laila lo decreta. Y, antes de que digas nada, a la Reina Laila no le importa lo que el Rey Increíble Gilipollas tenga que decir al respecto.

Dominik mira a Gedeon. —¿Quién?

Gedeon le da una palmadita en la espalda. —Elige tus batallas, hermano.

Dominik suspira. —Muy bien, entonces. Al hospital.



Los intentos de Dominik de llenar los silencios prolongados con algo más que el gran y gordo elefante en la habitación son encomiables, pero después de que me puso al día sobre el último trimestre de Kira… un poco redundante, ya que hablé con Kira dos veces la semana pasada… no hay nada más de qué hablar. Así que no hablamos de nada en absoluto.

Me parece bien.

La idea de ver a Arsen en el aeropuerto me mantuvo distraída durante el vuelo, pero ahora no hay nada más en lo que mi cerebro

pueda pensar excepto en mi mamá.

Me dijo que la cámara de su teléfono no funcionaba bien los últimos días, por eso no podíamos chatear por video. Supongo que fue una mentira para que no la viera en el hospital.

Arsen dijo algo sobre una infección, pero yo no estaba en condiciones de asimilar los detalles. Ahora, sin embargo, mientras aparcamos en un garaje subterráneo y atravesamos un vestíbulo que parece más un spa de lujo que un hospital, estoy asimilando detalles.

Como los premios que cuelgan de las paredes y que declaran que este es "La Opción Número Uno Para Cuidados Paliativos" varios años seguidos.

Como las listas de verificación de "Fin de Vida" que cuelgan de los tablones de anuncios y la interminable variedad de amables enfermeras con ojos tristes que saludan a Dominik cuando pasamos.

Este es el tipo de lugar en el que te registras, pero del que nunca sales.

Finalmente, Dominik se detiene frente a la habitación 62. —Aquí estamos. Esta es su casa.

Alcanzo el picaporte, pero me quedo congelada. Esto es todo lo que he deseado durante meses, pero ahora no puedo moverme. La he visto en FaceTime y me dije a mí misma que eso era suficiente, pero la conexión siempre era irregular, la imagen borrosa. Me convencí de que se veía bien, pero en cuestión de segundos me golpeará la verdad.

Está enferma.

Mortalmente enferma.

Y la voy a perder.

Antes de que pueda reunir el coraje para entrar, la puerta se abre. Evelyn sale, casi chocando conmigo. —¡Laila! —jadea. Cierra la puerta detrás de ella y se lanza hacia mí—. No puedo creerlo. Estás aquí. Realmente estás aquí.

Medio río, medio lloro en el hombro de Evelyn. —¿Cómo estás? ¿Cómo está ella?

Evelyn me suelta y da un paso atrás. Su mirada me recorre. —Has perdido peso.

Podría hacer una broma sobre el único restaurante cerca de nuestra celda de prisión en un apartamento que sirve sándwiches previamente congelados y ensaladas marchitas, pero la verdad es que he estado llena de ira durante demasiado tiempo.

Me acerco, en voz baja. —¿Qué tan grave es, Evelyn? ¿Qué dicen los médicos?

La expresión de Evelyn se desmorona. —Tu madre es fuerte, pero en su estado… una infección como esta…

—¿No pueden darle algo? ¿Un antibiótico, o algo así?

—En esta etapa, todo lo que le dan es solo para asegurarse de que esté cómoda. Me temo… —su voz tiembla—, que no hay nada que puedan hacer en este momento —Evelyn me agarra el brazo, con lágrimas en los ojos—. Se pondrá muy feliz de verte, cariño. Entra.

Tengo los pulmones encogidos. Siento como si tuviera bloques de cemento atados a mis pies mientras le entrego a Nina y luego paso junto a ella y cruzo la puerta.

Un ramo de flores de colores brillantes en la mesilla de noche me llama la atención antes de verla en su cama, un laberinto de tubos y agujas que se entrelazan dentro y alrededor de ella. Está frente a una ventana abierta que da a un espacio verde, pero tiene los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

Parece tranquila. Parece una pena despertarla.

Pero ha pasado tanto tiempo que no puedo evitarlo.

—¿Mamá…? —susurro, acercándome a su cama.

Ella sonríe levemente, pero sigue sin abrir los ojos. No hasta que pongo mi mano sobre la suya. Entonces, sus párpados se abren de golpe, su mandíbula cae en estado de shock. —¿Laila?

Me trago el sollozo que se me ha quedado atascado en la garganta. —¿Quién más te llama "Mamá"?

—Pensé que me lo estaba imaginando —admite—. A veces, juro que puedo oír tu voz en momentos de tranquilidad.

Y eso es todo lo que se necesita para hacerme estallar. Justo así, estoy lloriqueando sobre ella, haciendo exactamente lo que me dije a mí misma que no haría.

—Cariño —mamá me acaricia el cabello como solía hacerlo cuando era niña y me despertaba con pesadillas—. No llores, por favor. Está bien.

—Es típico —digo entre sollozos, limpiándome la nariz con la manga —. Tú eres la que está en la cama de hospital e igual me estás cuidando.

—Ridículo, ¿no? —bromea—. Me estás robando el protagonismo, cariño.

La risa se abre paso entre las lágrimas. Mamá me hace lugar en su cama y me deslizo bajo las sábanas a su lado. Me envuelve con sus brazos y trato de ignorar lo frágil que se siente. Lo delgada.

—Lo siento —suspiro.

—¿Por qué, cariño?

—Por no haber estado aquí todo este tiempo. Debí haber sido yo quien te cuidara. No Evelyn.

—No te disculpes por eso, Laila. Los últimos tres meses fueron unos meses para extrañar, sin duda. No me malinterpretes, me alegra que estés aquí, pero una parte de mí desea que no hubieras regresado. Le dije que te mantuviera donde estabas un tiempo más.

Dice la última parte casi para sí misma, y casi me caigo de la cama. —¿Querías que me mantuviera alejada?

—Pensé que sería lo mejor. Pero él insistió en que, como la amenaza había desaparecido, ya no podía justificar que te mantuviera en Vermont. Incluso si la alternativa era traerte de vuelta para que pudieras verme morir.

—Mamá, basta. No hablas en serio.

—Lo admito —continúa como si yo no hubiera dicho nada—, estuve molesta con Arsen las primeras semanas después de que te enviara a ti y a Nina lejos. Pero luego comencé a ver el lado positivo de todo esto.

No puedo creer lo que estoy escuchando. Tengo la tentación de revisar la parte de atrás de su cabeza en busca de algún tipo de implante, un microchip que podría explicar por qué está del lado de Arsen.

—¡Nos robó nuestros últimos meses juntas! ¿Cómo puedes defender eso?

—Hemos tenido toda una vida juntas, cariño. Y la hemos llenado con los mejores recuerdos. Quiero que te aferres a *esos*. No a estos — ella levanta los brazos débilmente, luego los deja caer sobre la manta azul pálido del hospital—. No quería que tuvieras que verme desvanecerme. Quería ahorrarte eso.

—Esa no es tu decisión. No depende de nadie más que de mí.

Mamá toma mi mano. —Te amo, Laila. Y también te conozco. Odias estar indefensa. Y mi caso es tan indefenso como puede serlo. No hay nada que puedas hacer ahora.

Salto de la cama y la miro con enojo. —¡Puedo estar contigo! ¡Puedo apoyarte! Puedo hablar con los médicos y buscar terapias alternativas, medicamentos diferentes. Tal vez incluso podamos buscar una nueva clínica. Un hospital más grande. Tal vez…

Mamá suspira. —Esto es exactamente lo que temía.

Me detengo en seco. —¿Qué quieres decir?

—Laila, cariño —ella me alcanza, pero dejo su mano flotando en el aire, demasiado asustada para agarrarla hasta que sé lo que va a decir—. Eres una luchadora, pero no hay nada más por lo que luchar aquí. Lo único que puedo hacer es reflexionar sobre mi vida, dar gracias por lo bueno y aceptar lo que no puedo cambiar. ¿Y este cáncer? No puedo cambiar eso.

Un sollozo estalla de mí. Su mano todavía tiembla en el aire, esperándome. No puedo evitar juntar nuestros dedos, aunque sea para que pueda descansar.

—Me estoy muriendo, Laila. Y, ¿sabes qué? Quiero morir. Es el momento.

—No lo dices en serio —me ahogo.

—Sí, lo digo en serio. Llevo mucho tiempo sufriendo dolores —hace una mueca y su color se desvanece aún más—. Pero estoy cansada de fingir que estoy bien. Mi cuerpo me está fallando y ya no quiero luchar más contra ello.

—Pero… ¿y yo? —protesto egoístamente—. ¿Y Nina?

Es cruel señalar todo lo que está dejando atrás, especialmente cuando nada de esto es su elección. Pero no puedo evitarlo. Todo será horrible sin ella, y a ella no parece importarle.

—Se tienen la una a la otra. Tienen a Arsen.

—Nina y yo no tenemos a Arsen. ¡Él es quien nos envió lejos! Nos desterró sin una buena razón…

—¿De verdad crees que no tenía una buena razón, Laila? —pregunta Mamá con una voz severa que no había escuchado en años—. ¿De verdad crees que te envió lejos solo para ser cruel?

Dejo caer su mano y me alejo con furioso disgusto. —¿Por qué soy la única que puede ver a este hombre con claridad? No es posible que estés de su lado.

No quiero pasar los últimos días de la vida de mi madre convenciéndola de que el padre de su nieta es un monstruo, pero lo haré si es necesario.

—No hay bandos, cariño. Es tu esposo. Es el padre de Nina. ¿Es perfecto? No, por supuesto que no… ninguno de nosotros lo es. Pero a su manera, estaba tratando de…

—¡Protegernos! —grito—. Sí, lo sé. Ya he oído este discurso de Gedeon y Dominik. No esperaba que mi propia madre se pusiera del lado de Arsen. ¡Pero es propio de él ir y lavarte el cerebro a ti también!

—Oye, dame un poco más de crédito que eso. Mi cuerpo puede ser débil, pero mi mente no.

Dejo caer mi cara entre mis manos. —No quiero pelear.

No sé lo que quiero, en realidad. ¿Me sentiría mejor si mi mamá pasara sus últimos días odiando a Arsen tanto como yo? ¿Quiero que muera con la ira no agotada ardiendo en su interior?

—Ven a sentarte conmigo.

De mala gana, me acurruco a su lado, tratando de respirar a través de mi ira. Me toma varios minutos antes de sentirme lo suficientemente calmada para hablar. —Él me lastimó, Mamá. Él nos robó nuestro tiempo juntas. Nuestros últimos meses.

—Lo sé. Pero tengo la sensación de que él va a trabajar duro para compensarlo. Y tú tienes que pensar en el panorama general, dulce niña.

—¿O sea?

—Nina —su sonrisa se suaviza—. ¿Quieres que tu hija crezca en un hogar donde se perdone? ¿O en uno donde sus padres se pelean todo el tiempo?

Odio que tenga sentido.

—¿Quieres que lo perdone? —pregunto.

—Quiero que pienses en lo que quieres.

Lo pienso durante aproximadamente medio segundo. —Quiero matarlo.

Mamá solo sonríe y me da una palmadita en el brazo. —Ahora mismo, sí. Pero ¿qué pasa cuando esa ira se desvanezca?

—Probablemente igual querré matarlo.

Ella se ríe. —¿Alguna vez te detuviste a pensar que tal vez estás tan enojada con él porque lo amas?

Hago una mueca. —Yo… Eso no es… Él…

Mamá levanta una mano. —El amor no es algo que puedas abrir y cerrar como un grifo, cariño.

Me estremezco. Ella me dijo lo mismo hace poco sobre mi padre.

—Una vez que tú y Arsen hablen, te darás cuenta de que todavía lo amas. Y tendrás que tomar una decisión: enojo o amor. Ambos son sentimientos válidos, pero solo uno te mantendrá caliente por la noche.

—¿Cómo puedo perdonar esto?

—Con el tiempo —sugiere—. El perdón nunca es fácil, pero tal vez por eso vale la pena hacerlo. Si no es por Arsen, entonces por ti misma. Por Nina.

—¿Y si me arrepiento? —susurro—. ¿Y si lo dejo entrar de nuevo y me lastima?

—Te arrepentirás de las cosas que no hagas mucho más que de las que hagas —dice—. Confía en mí. He vivido una larga vida y me voy sin ningún remordimiento.

—¿Qué hay de ese flequillo que te hiciste antes del baile de graduación de la escuela secundaria? Vi las fotos. Era horrible.

Se ríe y, por un segundo, parece ella misma… no enferma ni muriéndose. Solo es *Mamá*. —Vale, tal vez me arrepienta de una cosa.

Mi sonrisa se tambalea, pero no puedo evitar hacer la pregunta que me arde en la punta de la lengua. Tal vez porque estoy empezando a aceptar lentamente que no nos queda mucho tiempo. —¿Qué hay de casarte con Papá?

Su sonrisa se hace más grande mientras las lágrimas llenan sus ojos. —Ay, cariño, por supuesto que no me arrepiento de haberme casado con él.

—¿Porque lo has perdonado?

Me da un beso en la frente y mi infancia pasa ante mis ojos. Sándwiches de mantequilla de maní y acuarelas desordenadas en el porche. Gloria Estefan en la radio y una hamaca torcida en el patio trasero.

—Porque él me dio a ti.

# 6

# ARSEN

—Debimos haber escondido los cuchillos.

Polina mira por las ventanas delanteras de la misma manera que lo ha hecho varias veces por hora desde que le dije por primera vez que traería a Laila y Nina a casa. —Te lo mereces.

—Pensándolo mejor —digo—, tal vez debería esconder los cuchillos de ti también.

Ella sorbe orgullosa. —Mientras trates bien a esa chica, no tienes que preocuparte por mí.

No lo digo, pero incluso con esa medida, podría tener algo de qué preocuparme.

Los faros delanteros giran a través de la puerta principal y Kira aparece detrás de Polina, asomando la cabeza por encima del hombro para ver a través de la puerta principal. —Dominik acaba de enviar un mensaje de texto. Ya casi están aquí.

—Al fin. Pensé que estarían aquí hace horas —se queja Polina.

—Se detuvo para ver a Marie primero.

No es que ninguno de mis hombres me haya dado ninguna explicación. Se suponía que traerían a Nina y Laila directamente desde el aeropuerto hasta mi puerta. Pero, considerando las

circunstancias, estoy dispuesto a dejar pasar este pequeño acto de insubordinación. Llámalo una ofrenda de paz.

Pero, cuando las puertas se abren y el Escalade ronronea por el camino de entrada, tengo la sensación de que mi ofrenda de paz está a punto de prenderse fuego y arrojarse directamente a mi cabeza.

Gedeon es el primero en salir. Polina y Kira lo atraen para abrazarlo. Él asiente hacia mí desde entre sus hombros. Los últimos meses han dejado su cabello desgreñado y una capa de barba incipiente en la línea de la mandíbula. Sus ojos también han cambiado, aunque me jodan si puedo averiguar cómo exactamente.

Antes de que pueda decir algo, Dominik camina alrededor del auto y abre la puerta trasera.

Y mi respiración se detiene.

Ella sale a cámara lenta. Un vistazo de su pie. Un poco de su pantorrilla. Luego el resto. Lleva jeans y una camiseta negra que se ciñe a unas curvas que no puedo dejar de seguir. Cuando finalmente se da la vuelta para mirarme, se echa el cabello por encima del hombro. Está más corto que cuando se fue, enmarcando un rostro que no parece muy feliz de verme.

Luego, se da la vuelta y mete la mano en el asiento trasero.

Regresa con una bebé de mejillas sonrosadas, la cabeza llena de cabello castaño rojizo y los ojos verdes más brillantes que he visto en mi vida.

—Nina… —susurro.

Me mantuve ocupado los últimos meses… distrayéndome con el trabajo y las mentiras de que lo que estaba haciendo era lo mejor para todos nosotros… pero ahora, el peso de todo esto cae sobre mis hombros. Siento que cada segundo del tiempo que perdimos cuelga de mí, arrastrándome hacia abajo.

Polina y Kira rodean a Laila y Nina, envolviéndolas en una andanada de abrazos, besos y gritos de emoción.

Me quedo de pie en la puerta, sin ganas de irme, pero igualmente sin ganas de caminar hasta allí y abrazarla como deseo desesperadamente hacerlo. No estoy preparado para cómo se sentirá cuando me empuje.

—¿Cómo fue con Marie? —pregunto con brusquedad mientras Dom y Ged se unen a mí.

—Emocional —ofrece Dominik.

Pongo los ojos en blanco. —Qué información tan importante. Me alegra saber que tengo ojos y oídos en el interior.

Pero sé exactamente a qué se refiere. Es la razón por la que la traje de vuelta en el primer vuelo disponible. No se sabe cuánto tiempo más estará Marie con nosotros y, a pesar de lo que probablemente piense Laila, quería que pudiera despedirse.

—Está agotada, Arsen —advierte—. Yo no intentaría nada hoy.

—¿Y qué crees que yo intentaría exactamente?

Solo estoy pidiendo ideas, en parte. He pasado tanto tiempo obligándome a mantener a Laila fuera de mi alcance que realmente no estoy seguro de qué hacer con ella ahora que ha vuelto.

Se encoge de hombros. —Solo digo.

Mientras Laila se abre paso entre su multitud de admiradores y se dirige a la casa, Gedeon y Dom sienten una repentina y violenta necesidad de agua. Pasan a toda prisa a mi lado y entran en la casa.

*Cobardes.*

Podría hacerme a un lado y darle la opción de pasar rápidamente sin saludarme, pero esa no es realmente una opción para mí. Así que me coloco en su camino, bloqueando la puerta.

Laila se detiene frente a mí, su mirada se eleva lentamente hacia la mía como si me estuviera dando tiempo para reconsiderar mi decisión y salir de su camino.

—Arsen —su voz es fría. Un frío helado, gélido, del tipo que hasta los pingüinos necesitan jodidas parkas.

—Debes tener hambre.

—No tengo hambre —responde secamente—. Solo quiero irme a dormir.

—Polina se pasó todo el día planeando la cena —sin ofender a Polina, pero eso me importa menos y más cuánto contaba con que esa hora de cena ayudara a romper el hielo.

—Tomaré algo en mi habitación. ¿Te parece bien, Pol? —se gira hacia Polina y, justo así, el hielo se derrite y sale el sol.

Aparentemente, soy el único que recibe la indiferencia.

Polina acaricia la mejilla regordeta de Nina y asiente. —Por supuesto, preciosa. Lo que tú quieras.

—Tú y Kira pueden acompañarme si quieren —Laila se gira hacia mí y la suavidad de su rostro desaparece por completo—. ¿Algo más?

—En realidad, s…

—Entonces, tendrá que esperar. Estoy demasiado cansada para hablar de nada ahora.

Ella maniobra a mi alrededor sin siquiera tocarme. Cuando Polina se acerca con Nina en brazos, yo la agarro.

—Nina tiene hambre —llama Laila, sorprendiendo incluso a Polina—. Y ya pasó su hora de dormir. Necesito alimentarla y acostarla.

Traducción: *No quiero que te acerques a mi hija.*

La advertencia de Dominik resuena en mi cabeza. Decido no tentar a la suerte hoy.

Las mujeres avanzan por la casa y observo a mi hija hasta que doblan una esquina y ella se va.

—Joder, Dios mío, tío —la voz de Dominik llega desde las sombras del pasillo—. Eso fue un desastre.

—Gracias por señalar lo obvio —murmuro.

—Bueno, ¿qué esperabas?

Me sigue hasta mi oficina y "accidentalmente" lo golpeo con la puerta mientras intento cerrarla. Él grita, pero pone los ojos en blanco.

Gedeon ya está sentado frente a mi escritorio, bebiendo un vaso de bourbon. —En una escala del uno al Laila está en su habitación ahora mismo invocando a un demonio de la venganza, ¿qué tan malo fue?

—Un sólido ocho. Dibujando los pentagramas mientras hablamos, me imagino.

Gedeon se queja. —Esperaba descansar un poco una vez que finalmente regresáramos aquí, pero parece que estaré a cargo de las malditas ventanas nuevamente.

Tomo el vaso de frente a él y lo bebo, disfrutando del ardor. —¿Qué significa eso?

—Estaba en el proceso de su tercer intento de escape la noche que llamaste —explica—. Nunca lo dejé ver, pero se estaba volviendo bastante escurridiza al final. Un par de intentos más y podría haberse escapado.

Pienso cómo reaccionaría si me llamaran diciendo que Gedeon perdió a Laila e inmediatamente dejo de pensar en eso. No quiero

asesinar a uno de mis mejores amigos, así que es mejor no pensar demasiado en esa posibilidad.

—¿A dónde estaba tratando de ir?

—De regreso aquí, supongo —Gedeon se encoge de hombros—. Quería estar con su madre. Por razones obvias.

No me pierdo las miradas críticas que recibo de mis dos *vory*.

—Si quieres ver a alguien así, mira a Alessandro Calcagno —espeto —. Él fue la razón por la que ella no pudo estar aquí. Ahora, las cosas pueden volver a la normalidad.

—Hablando de normalidad… —Gedeon se aclara la garganta—. ¿Leíste su nuevo contrato?

Aprieto los dientes. Hablando de matar a uno de mis mejores amigos, estuve a punto de hacer exactamente eso cuando recibí ese correo electrónico de él esta mañana.

—Eso no es un contrato… es una broma.

—Es una broma que ella se toma muy en serio. No lo va a dejar pasar.

—Aparte de los insultos, parecía bastante oficial —añade Dominik.

—¿Lo has leído?

Se retuerce incómodo. —Me envió una copia para que la revisara.

Golpeo la mesa con el puño. —Borra esa maldita cosa. No, en realidad, imprímela y úsala para limpiarte el trasero.

Dominik frunce los labios. —Puedo hacer lo que quieras con él. Pero no soy yo el que importa.

Me sirvo un vaso de bourbon de Gedeon.

Desafortunadamente, tiene razón en eso.

7

# ARSEN

Esto es un nuevo punto bajo.

Llevo media hora caminando de un lado a otro por el mismo pasillo de tres metros frente a la habitación de Laila, esperando una excusa para entrar a la fuerza… un grito, un golpe fuerte, una puerta entreabierta que podría fingir que pensé que conducía a mi habitación. Lo que sea para que ella me hable.

Diablos, me conformaría con que me *mire*.

Preferiblemente como si no fuera el engendro de Satanás, pero aceptaré lo que pueda.

—*Blyat'*—murmuro, inclinando la oreja hacia la puerta.

Dejé de escuchar a Nina hace unos minutos, así que estoy bastante seguro de que mi hija está dormida. Pero, a juzgar por la luz debajo de la puerta y el suave crujido de las tablas del suelo, Laila no lo está.

Ella también camina de un lado a otro, igual que yo, aunque probablemente esté soñando con formas creativas de asesinarme en mi cama.

Con ese pensamiento reconfortante en primer plano en mi mente, decido llamar a la puerta.

Responde más rápido de lo que esperaba, pero no parece sorprendida de verme. Cuando arquea ligeramente las cejas, pienso que quizá mi vigilancia no pasó tan desapercibida como pensé que pasaría. —Arsen.

Un intento de asesinato sería más cálido que eso. Diablos, *preferiría* un poco de violencia. Le daré el cuchillo yo mismo si eso significa obtener algún tipo de reacción.

Esta apatía muda y fría es diez veces peor que una bofetada en la cara.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —pregunto. Al instante me siento disgustado conmigo mismo, como si estuviera haciendo rondas domésticas para limpiarle las toallas. Treinta minutos y esa es la mejor forma de empezar que se me ocurrió.

—Sí.

—¿Hace… suficiente calor en tu habitación? Si no, puedo hacer que…

—Está bien.

—Nina está…

—Dormida. Como pienso estarlo yo en un minuto. Buenas noches.

Me cierra la puerta en la cara sin esperar a que yo hable. Un segundo después, la cerradura hace clic.

Aunque derribara la puerta, no sabría qué decirle una vez dentro.

Esa es la única razón que se me ocurre para que, veinte minutos después, me encuentre de pie en la habitación del hospital de la única persona que conoce a Laila mejor que nadie en el mundo.

Marie está en la cama, con la cara vuelta hacia la ventana abierta. Está hundida en el triste colchón, su piel tan pálida como las sábanas demasiado blanqueadas que le envuelven la cintura. Tiene

los ojos muy abiertos y vacíos, y por un segundo frenético, creo que ya se ha ido.

Luego se vuelve hacia mí, una sonrisa extendiéndose por su delgado rostro.

*Al menos alguien está feliz de verme.*

—Siento haberme perdido nuestro almuerzo de hoy.

—Tenías cosas importantes de las que ocuparte —Marie señala la silla junto a su cama—. Vaya, luces muy mal.

—Ahí está el halago característico de Barnes que esperaba.

—Supongo que la reunión no salió como estaba planeado.

—No había ningún plan para la reunión —admito—. Lo cual es bueno, porque parece que los planes de Laila incluyen evitarme indefinidamente.

—Está herida y enfadada, Arsen. ¿Puedes culparla?

—Me está castigando —aprieto la mandíbula—. Es mi esposa. Mi único trabajo es mantenerla a salvo. Había una recompensa de diez millones de dólares por su cabeza…

Da golpecitos con un dedo en la barandilla de la cama, con los labios fruncidos y los ojos pensativos. —Sé todo esto, Arsen. Me llevó un poco de tiempo ver la luz, pero una vez que lo hice… Bueno, creo que hiciste lo correcto al enviar lejos a Laila.

Me sentó bien saber que Marie estaba de mi lado estos últimos meses. Solo desearía que hubiera alguna diferencia en lo que respecta a Laila.

—Tú y yo somos los únicos que estamos de acuerdo en eso. Incluso Dominik y Gedeon siguen haciendo comentarios sarcásticos sobre cómo la he estado tratando.

—Habría pensado que podrías recibir algunos golpes, Arsen. Eres un hombre fuerte, ¿no? —ella sonríe, pero se convierte en una mueca de dolor mientras se reacomoda. Hay un brillo húmedo en su piel. Se ve cerosa.

—¿Soy un tonto al pensar que ella podría perdonarme algún día?

A pesar de que la ventana está sellada, Marie se estremece. Me pongo de pie de un salto, agarro la manta doblada al final de la cama y la envuelvo sobre sus hombros.

Ella lo acepta sin ninguna fanfarria. Se ha acostumbrado a que esté cerca los últimos meses. Al principio, era todo por Laila, para poder ponerla al día sobre su madre y demostrarle que estaba cuidando a Marie.

Ahora no puedo imaginarme un día sin una de nuestras pequeñas charlas.

—No eres tonto, Arsen. Pero eres un delirante si crees que puedes llegar a alguna parte con mi hija sin ser honesto con ella.

—He *sido* honesto con ella.

Marie arquea una ceja delgada. — ¿Conoce todos tus secretos más profundos y oscuros? ¿Las cosas que te hacen más vulnerable? ¿Le has desnudado tu alma sin esperar ningún beneficio personal, solo para darle la imagen más completa de quién eres como hombre?

Suspiro. —Marie…

—Nada de "Marie". Tienes que decirle por qué la enviaste lejos en primer lugar.

Me dejo caer en mi silla y miro por la ventana. Está oscuro afuera, el cielo es una mancha moteada de índigo, con las luces de la ciudad vomitando una penumbra opaca en las partes inferiores de las nubes. — Ni siquiera planeé decirte *a ti* por qué la envié lejos.

—Pero lo hiciste —me recuerda, tocándome suavemente la muñeca —. Puedes decir que fue un error todo lo que quieras, pero creo que querías que lo supiera. Querías que comprendiera tus decisiones.

—Solo no quería que pensaras que soy un bastardo malvado sin alma.

—¿Quién dice que aún no lo hago? —Marie sonríe y, por un fugaz instante, parece perfectamente sana. Casi se parece a mi madre. Luego suspira y la sonrisa burlona desaparece—. No, por supuesto que no. Nunca pensé eso, Arsen. Siempre supe que tú…

—No te pondrás sentimental y sensible conmigo, ¿verdad?

—A veces, los hombres duros necesitan un poco de sentimentalismo en su vida. Ahora bien, ¿vas a dejar que una mujer moribunda hable o no?

Levanto las manos en señal de derrota. —Mis disculpas. La palabra es tuya.

—Has perdido a tanta gente en tu vida… por muerte, por traición. No sabes cómo dejar entrar a la gente porque tienes miedo de que te decepcionen —explica en voz baja, como si cada palabra no fuera un golpe sordo en mi estómago—. Pero, si no dejas entrar a Laila, la perderás.

—Puede que el barco ya haya zarpado en ese caso.

Marie se muerde el labio. —Conozco a mi hija. Te ama, pero verá su exilio como un abandono. Su padre le hizo mucho daño, como sabes.

Aprieto los dientes. —Debí haberme ocupado de él cuando tuve la oportunidad.

—Ocuparte de *Laila* es en lo que tienes que centrarte. Este es un problema que puedes resolver con amor, no con más violencia.

—La violencia es más mi especialidad.

—Entonces, encuentra una nueva especialidad —me regaña—. Si no, corres el riesgo de perder a toda tu familia.

Cierro los ojos, preparándome para la lucha de mi vida. Cuando los vuelvo a abrir, Marie está retorcida en su cama, sacando algo de detrás de su almohada.

El pequeño movimiento la agobia y se queda sin aliento cuando me entrega una pequeña pila de sobres. —Terminé estas hoy temprano.

Veo mi nombre escrito en el sobre superior. —¿Qué es esto?

—Es un adiós —me los pone a la fuerza en las manos. Las yemas de sus dedos están frías y azules—. Dáselos a Laila, ¿quieres?

—Puedes dárselos tú misma.

Se envuelve la manta con más fuerza sobre los hombros. Se ve frágil y diminuta debajo, como si partes de ella literalmente se estuvieran marchitando. —Me duele hablar. Estoy cansada.

Por la forma en que me mira, esperando que yo entienda, sé que está diciendo algo más. Se me cierra la garganta y el pecho me late como un tambor.

—Laila debería estar aquí.

—¡No! —tose por la fuerza de su propia voz y toma un sorbo de agua de la taza que está en su mesilla de noche antes de intentarlo de nuevo—. No, no. La vi temprano. Y dije lo que tenía que decir en esa carta. Lo mínimo que puedo hacer es ahorrarle la terrible experiencia de verme morir. No quiero que me recuerde de esa manera.

—Nunca me perdonará si no la llamo.

En otra vida, no me importaría lo que Laila pensara. No estaría aquí en absoluto.

—No la saques de la cama. Déjala dormir —Marie me aparta de un manotazo, sus labios incoloros se dibujan en una leve sonrisa—. Solo

estamos siendo dramáticos por nada. Estoy segura de que seguiré aquí mañana y pasado mañana. Me queda mucha vida por delante.

Tengo un nudo en el estómago que no puedo desenredar, pero asiento. —Vale.

Se recuesta sobre las almohadas, con los ojos ya cerrados. —Tengo un buen presentimiento sobre ti, Arsen. Demuéstrame que tengo razón. Sé bueno con ella. Ámala.

La beso en la frente, pero no se mueve. Creo que ya está dormida.

Entonces, incapaz de quedarme aquí por más tiempo, me levanto. Pero, cuando cruzo la puerta, me detengo y me doy vuelta una última vez.

Tiene las manos cruzadas sobre el estómago y hay un asomo de sonrisa en sus labios. Parece pacífica.

Cierro la puerta detrás de mí y me voy.



Cuando suena mi teléfono mientras aparco el auto en la entrada, sé quién es antes incluso de contestar.

—Lo siento mucho, Sr. Adamov —dice el médico—, pero su suegra falleció mientras dormía. No había nada que pudiéramos hacer.

8

# LAILA

Me duele todo. Los huesos, el pecho, los ojos. La cadera me arde.

Entrecierro los ojos para mirar hacia la ventana y veo la luz del sol filtrándose por las rendijas de las persianas. Es mediodía y todavía estoy envuelta en mantas. ¿Por qué sigo…?

Me golpea como un golpe físico. El recuerdo del golpe a mi puerta es tan visceral que ahora me vuelvo hacia él. Todavía puedo oír la suave forma en que me dio una noticia tan horrible que ni siquiera me importó que estuviera en mi habitación.

No me importó nada.

Aún no me importa.

Noto un movimiento al lado de mi cama y me apresuro hacia él, provocando una sacudida de dolor que siento en los dedos de los pies. Intento sentarme, pero estoy exhausta y caigo de nuevo sobre las almohadas.

—¿Cuánto tiempo llevas sentado ahí? —grazno.

Al parecer, quienquiera que me haya arrebatado el cuerpo también se ha apoderado de mis cuerdas vocales. Sueno como una persona rana.

—Desde esta mañana. Nunca me fui —su voz es suave como la seda, pero aun así me estremezco como si hubiera gritado. Coge el vaso de agua de mi mesita de noche y me lo entrega—. Necesitas beber.

En el momento en que lo dice, mis labios se sienten como papel de lija. Mi lengua sale disparada para humedecerlos, pero tengo tanta sed que me duele.

—No tengo sed.

De todos modos, acerca el vaso a mis labios. Cuando lo inclina hacia mi boca, pienso escupirlo de vuelta en su cara, pero el agua fría se siente demasiado bien. Lo bebo a sorbos, perdiéndome en esta pequeña pizca de consuelo.

—Polina trajo un poco de pan temprano…

—No tengo hambre —me cubro el pecho con la sábana, tratando de evitar el frío—. ¿Dónde está Nina?

—Con Polina en la guardería. Puedo pedirle que la traiga…

—¡No! —me aclaro la garganta—. No. No quiero que me vea así.

No es que me haya visto yo misma desde que Arsen me dio la noticia. Pero, basándome en cómo me siento, supongo que no tengo muy buen aspecto.

Arsen se recuesta en el sillón, como si estuviera esperando algo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

¿Días? ¿Semanas? El tiempo se me hace resbaladizo. Una parte de mí, asustada y desesperada, espera que hayan pasado semanas. Tal vez entonces no me duela tanto.

—Unas horas.

—No estoy lista para levantarme —nunca lo estaré.

—Entonces no tienes que hacerlo.

Mis dedos se clavan en las sábanas. —Sí tengo. Tengo que planificar su funeral.

*Funeral*. Los funerales son para los muertos. Y mi madre, mi heroína, mi mejor amiga en el mundo entero, está muerta.

—Ya está todo planeado.

Trago saliva y parpadeo con fuerza para contener la emoción que me desgarra la garganta. —¿Qu… qué quieres decir?

—El lugar, el ministro, los arreglos florales… Me encargué de todo.

En algún lugar debajo de la tristeza y el alivio, la ira comienza a agitarse. —¿Planeaste el funeral de mi madre sin consultarme?

Arsen se desliza hacia el borde del sillón. —No. Ella lo hizo.

—¿Qué?

—Marie sabía que esto iba a pasar —dice con suavidad—. Me dejó una carta con instrucciones detalladas sobre lo que quería para todo. Hasta la comida que quería que se sirviera y los pasajes que quería que se leyeran en voz alta en el servicio.

—Ah —me desinflo como un globo—. Así que no tengo nada que hacer.

—Te pidió que leyeras su poema favorito al final del servicio. Pero también dijo que, si prefieres no hacerlo, puedes pedirle a otra persona que lo lea en tu lugar.

—Eso fue muy amable de su parte —incluso para mis oídos, suena duro.

*Ella murió y estoy enojada con ella. No es justo, pero así es el dolor.*

Oigo un grito agudo desde la guardería, pero no puedo preocuparme. Mi hija está en buenas manos. Por una vez, solo

tengo que preocuparme por mí.

Pero, cuando vuelvo mi atención hacia dentro, no es dolor lo que siento primero. No es tristeza ni depresión.

Es *ira*.

—¿Por qué no recibí la llamada? El hospital debió… Alguien debió haber llamado.

Hay una breve pausa. —Marie me puso como su contacto de emergencia.

—No eres familia.

—Soy su yerno.

—No por mucho tiempo —murmuro mientras quito las sábanas de mi regazo y balanceo mis piernas en el piso. Ignorando el dolor en mi cadera, me obligo a levantarme.

Pero me tambaleo y Arsen se da cuenta. —Deberías sentarte. Tu cadera…

—No es asunto tuyo —le espeto—. Ni siquiera te quiero aquí.

—Bueno, igual estoy aquí.

Lo miro con enojo, pero desafortunadamente no se queda petrificado.

—¿Necesitas algo? —insiste.

—No necesito nada de ti. Necesito… quiero a mi mamá —las palabras desatan un fuerte y feo sollozo que ni siquiera puedo intentar ocultar—. Quiero volver a verla. Quiero volver a hablar con ella. Quiero poder abrazarla, sentir sus brazos a mi alrededor una vez más.

Este es el tipo de pensamientos que debería mantener enterrados en mi interior, pero cualquier energía que tenía para filtrar se ha

redirigido hacia respirar y ponerme de pie y no derrumbarme en un charco de dolor que nunca se volverá a solidificar.

—Vale —Arsen se pone de pie, su rostro sombrío, pero tranquilo—. Déjame ver qué puedo hacer.

Me deja allí de pie como una idiota. *¿Déjame ver qué puedo hacer?* ¿Qué clase de respuesta es esa? A menos que haya subestimado gravemente sus poderes de persuasión y haya logrado convencer a cualquier ser superior que esté ahí afuera para que revierta su decisión y traiga a Mamá de regreso, no hay nada que pueda hacer.

Pero, cuando Arsen regresa a mi habitación, no está acompañado por la reencarnación de mi madre. Tampoco sostiene velas negras y tiza para dibujar un círculo de invocación.

Todo lo que tiene es una pequeña memoria USB roja en su mano.

—¿Qué es eso?

No me responde. En cambio, se acerca al televisor e inserta el USB.

—Si crees que quiero ver una película…

La pantalla cobra vida y me tambaleo hacia atrás contra la cama. Mis rodillas golpean el borde mientras miro el televisor. Sentada justo dentro de la pantalla, en colores brillantes, está Mamá.

Mi cuerpo se congela. Mi sangre corre fría. Parpadeo una y otra vez, pero su rostro no se disuelve. En la pantalla, está sentada junto a la ventana de su habitación de hospital, vistiendo el suéter de lana con rayas de arcoíris que le compré para Navidad hace varios años.

Arsen se gira hacia mí, con un dedo sobre el control remoto.

—¿Qué es esto, Arsen? —susurro.

—Dijiste que querías volver a ver a tu madre. Dijiste que querías oír su voz. Bueno, aquí está. ¿Por qué no te sientas? Tiene muchas cosas que decirte.

No estoy lista, pero necesito esto. Me dejo caer en el borde de la cama mientras Arsen hace clic en reproducir.

Mamá se gira hacia la cámara con una sonrisa y me pongo una mano sobre la boca. Parece tan real… tan viva. Si me concentro, sé que puedo oler su perfume.

—*Hola, cariño* —me saluda desde la pantalla—. *Si estás viendo esto, significa que probablemente estés muy triste ahora mismo. Bastante enojada también, si te conozco como creo que lo hago.*

—Sí —me escucho decir, como si ella también pudiera oírme.

—*Está bien, cariño. Tienes todo el derecho de estar enojada conmigo. De hecho, puedes estar furiosa. Pero espero que sepas que, aunque estoy cansada de luchar, no me habría ido si hubiera tenido otra opción.*

Las lágrimas nublan mi visión. Parpadeo para alejarlas, porque si me pierdo una sola palabra, un solo gesto, podría volverme loca. Soy vagamente consciente de que Arsen está sentado a mi lado, lo suficientemente cerca como para que un poco de su calidez se filtre en mí.

—*Arsen me convenció de que era una buena idea* —dice—. *Y, ahora que lo estoy haciendo, creo que tiene razón. Me alegra poder hablar contigo. Es bueno saber que, solo porque una persona muere, no significa que se haya ido. Porque te amo, mi querida hija. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Llora y lamenta ahora, y luego sigue adelante. La vida es demasiado corta para pasarla estando triste. Estoy lista para mi próxima aventura. Quiero que tú también estés abierta a la tuya.*

El video se corta y solo ahora me doy cuenta de que los brazos de Arsen me envuelven. Me está apretando fuerte como si pudiera mantener a raya mis lágrimas. Pero ya están fluyendo, ya me están ahogando en un dolor del que no puedo ver la salida.

—¿Fue tu idea? —pregunto al fin con voz áspera. Él asiente y pregunto—: ¿Por qué?

—Porque quería que tuvieras un pedazo de ella. Quería poder rescatar algo para ti. Y para Nina. Para que ambas tengan algo que recordar.

De repente, mi garganta se siente seca como el desierto otra vez. Me muerdo el labio con tanta fuerza que siento que se parte. Luego, empujo su brazo y me levanto.

—¿Querías rescatar algo? —repito—. ¡Tú fuiste quien lo tomó en primer lugar! ¡Me robaste tres meses completos con mi madre!

Se estremece, sus ojos oscureciéndose. —*Roza*…

—No necesitaría un vídeo de mi madre muerta si nos hubieras dado esos tres meses. ¡Podría haberme dicho todo eso en la cara! Podría haberle tomado la mano mientras lo decía. Podría h-h-haber… Ella p-p-pudo haber…

No sé qué hacer con toda la emoción que se desata en mi interior. Se siente como una bestia que no puedo controlar.

No. No, se siente como una bestia que no *quiero* controlar.

Por capricho, agarro el jarrón que está al lado del sofá y lo tiro al suelo frente a mis pies.

La forma en que se rompe, el control que me da, se siente tan bien que continúo. Agarro cualquier cosa que esté a mi alcance y la lanzo al suelo. En cuestión de minutos, vidrio roto y porcelana ensucian el azulejo a mi alrededor, pero acepto esta furia loca que se despliega en el centro de mi pecho.

Y busco algo más.

Más.

Más.

*Más.*

Quiero seguir hasta que el mundo luzca como yo siento.

Arsen no intenta detenerme ni una sola vez.

9

# ARSEN

Su cabello rubio cruje como un látigo mientras destruye todo lo que está a su alcance. No discrimina mientras rompe y arruina, el desastre natural más hermoso que he visto en mi vida.

Quiero detenerla, aunque sea para que no se lastime, pero sus ojos están llenos de la clase de tormenta que sentí una vez hace mucho tiempo.

Así que la dejo destruir.

Evelyn viene a ver qué es el ruido, pero la acompaño fuera de la habitación sin decir palabra. Debe decirle al resto de la casa que se mantenga alejado también, porque nadie más viene a ver cómo estamos.

Cuando el piso está cubierto de escombros y ninguno de nosotros puede dar un paso sin crujir sobre vidrio, cerámica o madera astillada, Laila se da vuelta. Sigue buscando. Sigue hambrienta.

Se gira hacia la cama y rasga las almohadas con un sollozo que la arranca. Las plumas revolotean en el aire, pacíficas contra el telón de fondo de su dolor. Ella corta a través del desastre blanco frente a ella y se tambalea hacia atrás. Su respiración se entrecorta cuando pisa un trozo de vidrio.

Ella mira hacia abajo y luego se mueve como si fuera a ir a por el colchón, pero la envuelvo con mis brazos desde atrás.

—Ya es suficiente —susurro.

—¡No!

—Laila… —presiono mis labios en la parte posterior de su cuello—. Esto no va a ayudar. Créeme.

—¡No lo hagas! —clava sus uñas en mis brazos—. No tienes derecho a decirme cómo lidiar con su muerte. ¡Tú eres la razón por la que está muerta!

Soy solo otra cosa en esta habitación que ella quiere destruir.

—Tú y tu equipo de médicos de lujo… ¿qué hicieron al final? Nada. Nada en absoluto. Es como todo lo demás contigo: todo habla, nada de acción. No eres más que un hombre hueco sin nada que ofrecer.

Y yo pensaba que ella había hecho lo peor que podía en la habitación. Aparentemente, era solo el precalentamiento.

Todo en mí quiere contraatacar. No soy de los que se quedan de brazos cruzados ante un ataque. Pero, por primera vez en mi vida, me muerdo la lengua.

—Sé que estás sufriendo…

—No estoy *"sufriendo"* —se enfurece, hunde las uñas más hondo, hasta que sale sangre—. Estoy siendo honesta. Fui una tonta al no ver que eres igual que mi padre.

Casi quiero que deje de hablar y saque un cuchillo. Eso sería más fácil de desviar.

—Los dos son hombres egoístas a los que no les importan una mierda sus esposas o sus hijos, que usaron a sus familias para su propio beneficio personal. Puede que Mamá haya perdonado a Charles, pero yo nunca, *jamás* te perdonaré a ti, Arsen Adamov.

Le arranco las uñas de mi piel y le aprieto los brazos contra el pecho. —Te escuché. Has dicho lo que tenías que decir. Ya es suficiente.

—No puedes decirme cuándo es suficiente —sisea—. No eres mi dueño. No me controlas… *¡argh!*

Sus palabras se interrumpen cuando la levanto y la llevo al baño. Se resiste, pero su energía se ha gastado en destruir la habitación. Ya no queda nada para luchar contra mí.

La pongo sobre la encimera, pero no la suelto, por si acaso busca más profundamente y encuentra un segundo aire.

Pero Laila solo me mira, con los ojos oscuros y vacíos como si no hubiera dormido en días. Sus hombros se hunden bajo el peso de las últimas doce horas.

Hay huellas de sangre en las baldosas. También tiene cortes en los brazos… cortes finos en zigzag en sus antebrazos y moretones en sus nudillos.

—Eres un desastre.

—Tú fuiste quien me puso así.

—Lo sé.

Entrecierra los ojos y hace una mueca de dolor cuando empiezo a limpiar los cortes en sus brazos. —¿Estás de acuerdo conmigo? ¿Es esto algún tipo de truco?

—Siempre he intentado ser honesto contigo, Laila.

—Romper promesas no es honestidad, Arsen —espeta—. Es el mejor "que te jodan" para alguien que pensó que podía contar contigo.

—Hice lo que pensé que tenía que hacer. Sé que no entiendes que…

—Me la robaste —su voz se quiebra al pronunciar las palabras y gira la cara para que no la vea derrumbarse.

—Y lo siento por eso.

—Ojalá el "lo siento" arreglara las cosas.

No dice nada ni me mira. Pasamos la siguiente media hora en silencio mientras le vendo los pies y le curo los cortes de los brazos. Pero incluso cuando está todo curado, el daño está lejos de curarse.

Algunos sangrados… del tipo que no se puede ver… no son tan fáciles de detener.

Está tan agotada que apenas puede mantenerse de pie. La llevo al dormitorio de invitados más cercano y la acomodo bajo las sábanas. Para mi sorpresa, me deja.

Corro las cortinas, sumergiendo la habitación en la oscuridad. Pero, cuando me doy vuelta, puedo verla observándome. Sus cansados ojos siguen abiertos, brillando en la oscuridad.

—Descansa ahora —le digo—. Necesitarás fuerzas para más tarde.

Es un testimonio de lo cansada que está que cierre los ojos sin luchar. Me quedo allí hasta que su respiración se vuelve pesada y regular.

Solo cuando estoy seguro de que está bien y verdaderamente durmiendo, salgo de la habitación y bajo las escaleras.

Dominik y Gedeon están en la sala de estar, con los brazos sobre las rodillas, las cabezas inclinadas sobre sus regazos. —Está durmiendo otra vez —digo mientras entro.

Ambos me miran de inmediato. Dominik se queda quieto, pero Gedeon se levanta de un salto. —Evelyn nos dijo que algo estaba pasando arriba.

—Laila puso la habitación patas arriba. Necesitaremos un equipo allí para limpiar.

—Estoy en ello —dice Gedeon, agradecido de tener algo que hacer.

Dominik lo observa irse. —No se lleva bien con la muerte —reflexiona—. Ambos queríamos mucho a Marie.

Eso nos incluye a todos. Era difícil no amar a Marie.

Me hundo en la silla que Gedeon acaba de dejar libre. —¿Dónde está Evelyn?

—En la guardería con Kira y Polina. Nina ha sido una buena distracción para todos.

Todavía no he tenido la oportunidad de sostener a mi hija. De hecho, me duelen los brazos de añoranza. Podría correr a la guardería ahora mismo y llevármela. Nadie me detendría.

Pero *algo* lo hace.

—No es así como quería que fueran las cosas —murmuro, sin estar seguro de si le estoy hablando a Dominik o a mí mismo.

—Lo sé.

—Pensé que esa cinta ayudaría. Pero solo empeoró todo.

Dominik suspira. —Hermano, *acaba* de perder a su madre, la única constante que ha tenido. Y después de pasar los últimos tres meses lejos de ella, nada menos.

—Ya has dejado muy claro lo que piensas sobre ese tema, Dominik.

—No te estaba criticando —lo dice con delicadeza, y puede que le crea—. Solo te digo que ahora está enfadada y necesita una salida para esa ira. Resulta que eres tú. Pero… se le pasará.

Levanto la mirada. —¿De verdad lo crees?

—¿Por qué no? —se encoge de hombros—. Eres su esposo. Y el padre de su hija. Creo que, una vez que haya tenido la oportunidad de llorar la pérdida de Marie como es debido, cambiará de opinión.

Ya sea que Dom crea eso o no, significa algo para mí que lo diga de todos modos.

—Para que conste, puede que no me guste cómo hiciste las cosas, pero entiendo por qué hiciste lo que hiciste —se pone de pie y se gira hacia la puerta. Pero, antes de irse, pone una mano en mi hombro—. Todo saldrá bien, hermano. Sé que sí.

Si tan solo tuviera la misma confianza.

10

# LAILA

Reconozco el brazo fuerte que me rodea de inmediato, pero pretendo no hacerlo.

Solo porque quiero quedarme así unos minutos más, tranquila, cálida y protegida. Si mantengo los ojos cerrados un poco más, no tengo que pensar en quién me sostiene. No tengo que contemplar lo que significa.

No tengo que sentir dolor.

Entonces, el pulgar de Arsen acaricia mis costillas. —¿Estás despierta?

Y justo así, el momento se pierde en la dura realidad de otro día. El primer día completo sin ella.

—¿Dónde está Nina? —mi voz es áspera y rasposa.

—Con Kira. No te preocupes; ella está bien.

¿Qué clase de madre soy por no estar preocupada? Sé que la cuidarán.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

Me deslizo lejos de los brazos de Arsen, porque la respuesta es que me siento apenas humana. Mis extremidades están pesadas. Ni

siquiera puedo parpadear sin sentir dolor. La pérdida de su calor hace que mi corazón se hunda más, si es que eso es posible.

—Me siento como si mi madre acabara de morir.

Balanceo mis piernas hasta el borde de la cama, pero no sé qué hacer después. No puedo quedarme aquí para siempre, pero tampoco quiero levantarme.

Arsen se mueve frente a mí, arruinando cualquier posibilidad que tenía de ignorarlo. Se hunde sobre una rodilla, y se me ocurre que, hace solo unos meses, algo tan simple como eso me habría hecho caer en una espiral de deseo.

En este momento, no siento nada en absoluto.

—Necesitas darte una ducha, Laila. Necesitas vestirte.

Frunzo el ceño, incluso cuando mis ojos arden. Las lágrimas que no puedo permitirme llorar escuecen como el fuego del infierno, pero aun así, no las dejo salir. He llorado lo suficiente para toda la vida.

—¿Para qué?

—Para el funeral.

Cierto. El funeral. El funeral de mi madre. Que se llevará a cabo porque está muerta.

Pruebo las palabras, dándoles vueltas en mi mente, pero la idea simplemente no tiene sentido. No tiene sentido. Siempre pensé que el cáncer significaba que tendría tiempo para prepararme, pero eso está resultando ser el chiste más grande del mundo.

No hay preparación para este sentimiento.

—Me he ocupado de todo —continúa—, según las instrucciones de Marie. Espero que esté bien.

*Bien*. Ese es el segundo chiste más grande del mundo. Nada de esto está "bien". Él me lo dijo antes… lo que ella quería, cómo deseaba

que la enterraran. Creo recordar que me lo dijo ayer. O tal vez fue la semana pasada. Puede que haya sido hace un siglo.

Si alguna vez me importó, ya no. No estoy en condiciones de planificar un funeral.

Miro hacia arriba y veo que me está observando atentamente. Me lamo los labios agrietados y asiento. —Vale.

—Te ayudaré a ir al baño —me ofrece su mano… grande, cálida, firme. De repente, todo en mí quiere aferrarse a ella y no soltarla nunca.

Pero aprieto los puños contra mis muslos. —Puedo arreglármelas sola.

Uso el poste de la cama para ponerme de pie, pero doy solo un paso antes de que mis rodillas se doblen. Me hundo contra su pecho, porque él está allí, porque por supuesto que lo está.

Esta vez, cuando me rodea la cintura con un brazo, no me pregunta y yo no me niego. Dejo que me lleve al baño. Un baño nuevo, en realidad. Mientras miro a mi alrededor, me doy cuenta de que nada de esto es lo que debería ser.

Me apoya contra la encimera y abre la ducha. El vapor comienza a salir y empañar el espejo.

—¿Por qué estoy aquí?

Arsen mira por encima de su hombro. —¿No lo recuerdas?

Supongo que debería. Pero lo último… Ni siquiera sé cuánto tiempo ha pasado, pero es confuso. Todo.

Arsen se da vuelta y desabrocha mi pijama con indiferencia profesional. —No importa. La habitación estará lista de nuevo en un día o dos. La tendrás de vuelta lo suficientemente pronto.

Solo cuando estoy de pie desnuda frente a él me doy cuenta: *Estoy de pie desnuda frente a él.*

Pero él solo señala la ducha. —Adelante. Prepararé tu ropa.

Entro arrastrando los pies, demasiado entumecida para discutir. El agua quema la suciedad y el dolor de ayer. Inhalo el vapor, dejando que me limpie de adentro hacia afuera.

Para cuando salgo de la ducha, me siento un poco más humana.

Arsen me está esperando con una toalla limpia. Me seca y me ayuda a ponerme un sujetador y ropa interior negros. Luego me acompaña de regreso al dormitorio, donde hay un vestido negro sobre la cama.

—Hay otras opciones si quieres verlas. No tienes que usar este.

—¿Ahora me das opciones? —suelto una risa amarga.

Arsen levanta el vestido. —¿Sí o no?

—No me importa.

Desabrocha la parte de atrás y me lo pongo. Cuando está abrochado, me gira hacia el espejo de cuerpo entero.

Me miro porque supongo que debería, pero no podría importarme menos mi reflejo. A lo lejos, veo las ojeras como moretones bajo mis ojos, mi cutis lleno de manchas. Nada de eso importa.

Asiento. —Vámonos.

Arsen mantiene una mano en mi espalda baja mientras serpenteamos por la casa. Empuja un poco más fuerte cuando pasamos por mi habitación, y solo hace falta una mirada a través de la puerta entreabierta para recordar por qué.

El ayer me invade en una avalancha de recuerdos que no quiero, pero que no puedo olvidar.

Miro mis brazos. Por primera vez en toda la mañana, veo los raspones allí. Los cortes y las heridas vendadas. La prueba de lo que hice.

Me paro en seco y nos detengo para mirar a través de la puerta en ruinas.

La mayor parte de mi trabajo manual ha desaparecido. El piso está libre de vidrio y cristal, y la mayoría de los muebles han desaparecido.

—Destruí todo.

—Está bien —me asegura Arsen—. No importa.

—Estaba fuera de control. Estaba… —me doy vuelta para mirarlo—. No me detuviste.

—Puedo reemplazar todo lo que rompiste. Lo necesitabas —sus ojos se deslizan por mi cuerpo, deteniéndose en una gruesa venda alrededor de mi codo—. Solo me importó que te estabas lastimando —algo pasa por su rostro. Se ablanda y da un paso hacia mí.

Pero, a medida que se acerca, todo en mí retrocede. Lo que sea que vaya a decir, no estoy lista. No puedo oírlo. Ahora no.

Antes de que pueda decir nada, se abre una puerta detrás de mí.

Polina sale de la guardería con Nina en brazos. Lleva un vestido blanco con pequeños lazos negros cosidos en el dobladillo.

Quiero extender la mano y abrazarla, pero los restos del dormitorio aparecen en mi mente. De repente, me siento como un monstruo, demasiado violenta para estar cerca de una bebé tan pura. Aprieto los dedos y me clavo las uñas en las palmas de las manos.

Nina se estira para alcanzar a Arsen, sus dedos regordetes le agarran la camisa. Él la levanta y le besa la frente.

Es injusto lo natural que le luce la paternidad. Es injusto que pueda volver a fundirse con la vida de Nina con tanta facilidad. Lo fácil que ella lo ha aceptado.

Los sigo de cerca, caminando desincronizada. En cuestión de días, me he convertido en una extraña. No hay espacio donde yo encaje.

Tal vez nada vuelva a encajar bien nunca jamás.

# LAILA

Adondequiera que miro, fragmentos de mi madre me miran. Las margaritas amarillas llenan la habitación, amortiguadas por flores de aliento de bebé. Brillantes y optimistas, como ella.

El ataúd está rodeado de lirios blancos, la tapa sellada… otra cosa que ella pidió. —*Tienes que dejar a la gente queriendo más* — bromeó.

No me reí cuando lo dijo por primera vez, y no me río ahora mientras cruzo el estrecho escenario hacia el podio.

Arsen me dijo que no tenía que decir nada si no quería, pero el resto del día ha transcurrido exactamente como mi madre planeó. No quiero ser el único problema. Ella y Arsen solucionaron todos los problemas en los últimos meses, dejándome nada más que como una invitada, una espectadora inútil en el funeral de mi propia madre.

Por eso, cuando un trozo de papel plastificado se coloca en mis manos, no puedo rechazarlo. No puedo negarme a lo único que ella me pidió. Lo único que me hace ser parte de su último acto en este planeta.

Luces cálidas caen de las vigas del techo. Puedo escuchar el crujido de los altavoces gigantes detrás de mí, tocando una suave música

de piano. Cuando agarro el micrófono, el sistema de sonido chirría. El público se encoge ante el ruido.

—Lo siento —murmuro, pero el micrófono es tan sensible que bien podría haber gritado. Una vez más, la tía Lorelei jadea, poniéndose una mano sobre el corazón.

Arsen está esperando entre bastidores, luciendo dolorosamente atractivo con un traje negro y corbata. Asiente para darme aliento. La única razón por la que puedo volver a mirar el poema que tengo en las manos es porque sé que, si dejo este escenario ahora, caeré en sus brazos. No podré detenerme.

Pero, en el momento en que mis ojos pasan por las primeras palabras, comienzan a nublarse.

—*"No te quedes junto a mi tumba llorando"* —empiezo, con la voz temblorosa—. *"No estoy allí, no duermo".*

Recuerdo la primera vez que me leyó este poema, días después de que le diagnosticaran cáncer. También lloré entonces.

—*"Soy mil vientos que soplan, soy los destellos de diamantes en la nieve. Soy la luz del sol en el grano maduro, soy la suave lluvia de otoño".*

Después me besó la frente y me pidió que le leyera el poema. Me negué. Le dije que todavía no estaba muerta. Que iba a vencer al cáncer y que nunca tendría que leerlo.

—*"Cuando te despiertes en el silencio de la mañana, soy la rápida y estimulante carrera. De los pájaros tranquilos en vuelo circular, soy las suaves estrellas que brillan en la noche".*

Eso fue hace dos años. Dos años que pasé con ella. Dos años de risas y recuerdos a los que me aferro ahora con cada fibra de mi ser.

—*"No te quedes junto a mi tumba llorando; no estoy allí. No morí".*

Las lágrimas me corren por la cara mientras leo las últimas palabras, pero mi voz se mantiene sorprendentemente firme.

El poema ha terminado. Se supone que debo abandonar el podio ahora, y por una buena razón: Mamá sabía que nunca lograría terminar un panegírico sin llorar.

Tal vez tenía razón.

Pero, conociéndola a ella, y como ella me conocía a mí, no se sorprendería cuando me dirija a mi audiencia cautiva de todos modos.

—Ese era el poema favorito de mi madre, y creo que recién ahora me di cuenta de por qué. Este poema no trata sobre la muerte. Trata sobre la vida. Mi madre creía que los espíritus continúan después de que nuestros cuerpos se han ido. Ella estaba tratando de decirme, incluso ahora, que siempre estará aquí conmigo —la multitud se disuelve detrás de mis lágrimas. Abrazo el poema contra mi corazón —. Mi madre fue una mujer extraordinaria. Solo espero poder ser la mitad de la madre que ella fue.

Luego, salgo del escenario…

…y voy directo a los brazos de Arsen.

No es mi intención. Simplemente sucede, exactamente como sabía que sucedería.

Él no dice nada. Yo tampoco. Simplemente me abraza hasta que está bien que no me abrace más. Luego, apoya su mano en la parte baja de mi espalda y me guía por el pasillo hacia la salida. Caminamos a través de una larga fila de hombres con trajes, gafas de sol oscuras y muecas pétreas.

Cuando pasamos, uno de ellos se acerca. Su cabello está cortado al rape y sus pómulos están demacrados. Se quita las gafas de sol y las guarda en su bolsillo. —Solo quería darte mis condolencias.

Arsen se acerca más a mí. —Jasper, ahora no es el momento…

—¿Jasper?

Esboza una sonrisa que muestra los dientes y que está completamente fuera de lugar aquí. —¡Así que sí me ha mencionado! Es bueno saberlo. Es un placer conocerte, Laila. Solo desearía que fuera en otras circunstancias.

Alguien se mueve entre la multitud por encima de su hombro, una persona poniéndose de pie y acercándose por el pasillo.

Mis ojos van de Jasper al hombre en movimiento y viceversa antes de que mi cerebro pueda siquiera comenzar a procesar lo que estoy viendo. —Ah, cierto. Sí, tú eres… Ay, Dios mío.

La mano de Arsen se aprieta contra la base de mi columna. —¿Qué sucede?

—Yo… —me estiro sobre las puntas de los pies, tratando de averiguar si realmente vi a quien creo que acabo de ver—. Probablemente no fue nada.

*No fue nada.*

Arsen toma mi mano. —Estás temblando.

La gente está haciendo cola frente al ataúd de Mamá, dejando flores y presentando sus respetos. Entre los dolientes vestidos de negro, veo otro destello del hombre.

Esta vez, estoy segura.

Alcanzo a Arsen, apretando mi mano en su chaqueta porque, de lo contrario, caeré al suelo. —Mi papá está aquí.

12

# ARSEN

Planeé cada detalle… lo tuve todo en cuenta.

Aun así, él está aquí.

*¿Quién carajo lo dejó entrar?*

Rodeo la cintura de Laila con un brazo y me interpongo entre ella y la vista de su padre. —Di la palabra y lo echarán de inmediato.

Podría decir la palabra y yo haría de esto un funeral doble sin dudarlo un momento, pero Marie no merece el deshonor de compartir fecha de muerte con su exesposo.

Laila lo considera durante unos largos segundos. Durante varios de ellos, me preocupa que mi esposa sea lo suficientemente amable como para permitir que su padre holgazán se quede.

Entonces, aprieta la boca. —No lo quiero aquí, Arsen.

Hago un gesto con la mano para que se acerquen Dominik y Gedeon, pero Jasper se mueve a mi visión periférica. —Me dijo que era el papá de Laila. Pensé…

Mi mano está apretada alrededor de su garganta antes de que pueda procesar lo que está diciendo. —¿*Tú* lo dejaste entrar?

—No lo sabía —chilla, sorprendido.

*Tres* funerales en un día. ¿Cuáles son las probabilidades?

Entonces, Laila me aprieta el antebrazo. —¡Arsen, por favor! No aquí. No hoy.

Mis dedos se aprietan alrededor del cuello de Jasper, fantaseando con un asesinato durante otro instante antes de soltarlo y volverme hacia ella.

Ella es lo que importa. No Jas. No Charles. *Ella*.

—Gracias —susurra.

Le ahueco la cara y acaricio su mejilla con el pulgar. Me está dejando tocarla, ayudarla. Estoy seguro de que es solo porque está demasiado cansada para discutir, así que lo estoy disfrutando mientras puedo. —Sal por la puerta lateral. Te espero allí.

No discute, lo que es solo una prueba más de que está agotada.

—Hermano, lo siento. La cagué —gruñe Jasper en cuanto ella se va. Se ve tan pálido como Laila cuando subió al podio para recitar el poema de Marie.

Lo agarro del cuello y lo tiro detrás de una gran columna. —Aparentemente, esa es tu configuración predeterminada: cagarla.

—Querías que hoy fuera agradable. Pensé que estaba haciendo lo correcto.

—Eres un soldado, Jasper. Te pagan para seguir órdenes, no para pensar por ti mismo.

Su mandíbula se flexiona, pero asiente. —¿Puedo volver a mi puesto ahora?

Le clavo el dedo en el pecho. —Hablaremos de esto más tarde. Y, ya que estamos en el tema, nunca más te acerques a mi esposa sin mi aprobación. ¿Está claro?

Su garganta se mueve y solo puedo rezar para que se trague su orgullo. —Cristal.

Me doy vuelta justo cuando Gedeon y Dominik escoltan a Charles hacia las puertas. Me abro paso entre la multitud y me dirijo hacia allí, donde los encuentro justo afuera de la puerta.

—¿Qué está…? —su indignación se corta en el momento en que me ve. Todavía me tiene miedo; eso es obvio por el sudor que brota de su frente y la forma en que le tiembla la voz—. Escucha, Arsen…

Lo agarro por las solapas de su horrible chaqueta de gamuza y lo obligo a mirarme a los ojos. —¿No me expresé claramente la última vez que hablamos?

Sus ojos se llenan de lágrimas de inmediato. Lágrimas de cocodrilo, estoy seguro, pero lágrimas al fin y al cabo. —Esta era mi esposa, Arsen. Mi mejor amiga durante años. Tenía que presentar mis respetos.

—Ya los has presentado —gruño—. Ahora, aléjate de mi familia. No te lo volveré a decir.

Se da vuelta sin decir palabra y baja las escaleras de dos en dos.

—¿Lo dejaste ir? —pregunta Dom.

—Laila ya perdió a uno de sus padres esta semana. Que me condenen si soy la razón por la que ella pierda un segundo.

—Yo diría que a Laila no le importaría —Gedeon frunce el ceño al ver la figura de Charles alejándose.

—Puede que a Laila no le importe, pero a Marie sí —digo, más que nada para mí mismo—. Él fue el único hombre que ella amó y el padre de su hija… ya sea que merezca esos títulos o no.

Tal vez Laila tenía razón. Tal vez yo tengo más en común con su padre de lo que pensaba.

Dominik pone una mano sobre mi hombro. —Todavía no hemos hablado de eso, pero tú también perdiste a Marie.

—No malgastes tu compasión en mí —le doy la espalda—. Sí que no la merezco.



ESTAR de pie junto a la tumba de Marie me recuerda el funeral de mi propia madre. Me veo reflejado en Laila… en la presión apretada de sus labios y el aleteo de sus pestañas, apenas conteniendo las lágrimas.

Cuando enterraron a mi madre, me quedé atrás de la multitud hasta que arrojaron la primera palada de tierra al agujero y mi padre cayó de rodillas.

—*¡No!* —gritó con una voz que nunca le había oído antes—. *Por favor, Nina. ¡No me dejes!*

Mi abuelo observaba desde unos metros de distancia, con los labios torcidos por el disgusto. —*Pónganlo de pie* —espetó a sus generales —. *Un hombre que se pone de rodillas por una mujer no es un hombre en absoluto.*

Me estremezco cuando el recuerdo se disipa. La multitud comienza a disiparse junto con él, la gente le da palmaditas en el hombro a Laila y le ofrece sus condolencias antes de irse. Ella lo soporta todo con una sonrisa tenue, apretando a nuestra hija contra su pecho como si su vida dependiera de ello.

Cuando ya no queda nadie más que nuestro círculo íntimo, Laila se dirige hacia mí. Su voz está cargada de lágrimas. —Tómala, Arsen. Por favor.

No espera antes de poner a nuestra hija en mis brazos. Nina suelta un grito de tristeza y se acerca a su madre. Laila acuna su mejilla

por un segundo, pero no la toma de vuelta. —Necesito algo de espacio. Te encontraré cuando esté lista.

—No puedo solo dejar que te vayas sin protección.

Aprieta la mandíbula, pero asiente. —Dominik o Gedeon pueden seguirme, pero a distancia.

Ah, sí… "espacio": no del mundo, sino de mí en particular.

Los tres desaparecen entre los árboles mientras Nina llora. Mi hija parece necesitar algo de espacio propio.

Le doy a Nina a Polina. —Tómala.

Para mi sorpresa, Pol sacude la cabeza. —Tranquilízala —sugiere, como si fuera así de simple—. Es tu hija y te necesita ahora mismo.

—Está miserable.

—Encuentra una manera de distraerla. Es hora de que compenses todos esos meses que te perdiste.

Nina llora más fuerte, tratando de alcanzar a alguien, a cualquiera que no sea yo. Todos a mi alrededor conocen a mi hija mejor que yo.

Me vuelvo hacia Kira. —Tómala tú, entonces.

Kira se aleja de mí tal como lo hizo Polina, acariciando su pancita. —Laila tuvo que ser madre soltera durante tres meses enteros, Arsen. Ahora te toca a ti.

Me dejan para pasar a la procesión de autos negros junto a la acera.

Apretando los dientes, me concentro en mi hija que llora. Tiene la cara roja y sus pequeños puños golpean mi pecho. —¿Qué necesitas, niñita?

No puede responder. Resulta que soy tan inútil para consolarla como para consolar a su madre.

Así que hago todo lo que sé. La abrazo fuerte, la mezo hacia adelante y hacia atrás, susurrando suaves promesas contra sus rizos castaños hasta que el llanto finalmente se calma y se silencia. Cuando me atrevo a mirar hacia abajo, mi camisa está mojada por las lágrimas, pero su mejilla redonda está apoyada en mi pecho. Está profundamente dormida.

Laila hizo esto sola durante meses.

No le di otra opción.

Nina se olvidará, pero ¿Laila? El daño ya está hecho.

Marie me dijo que podía arreglar las cosas, pero mientras miro la tierra fresca sobre su tumba, pienso que tal vez sea demasiado tarde.

Algunas cosas están demasiado rotas como para que alguna vez se puedan volver a arreglar.

13

# LAILA

—Hola, princesa.

El suave murmullo de su voz no me despierta de un sobresalto. Ya no.

Hace días que Arsen viene por la noche y saca a Nina de su cuna. A veces, está despierta. Otras veces, simplemente la mece en la esquina, sosteniéndola mientras ella duerme en sus brazos.

Estoy tan agotada que no lucho contra él. Es más fácil quedarme aquí en la oscuridad y fingir que estoy dormida.

Mi suministro de leche se agotó poco después de regresar a casa. Estar de luto me jodió en eso. Por el lado positivo, las tomas nocturnas encubiertas de Arsen significan que esta es la mayor cantidad de sueño que he tenido en meses.

Lo cual es molesto a su manera. Gratitud hacia Arsen es lo último que quiero sentir ahora mismo.

Nina balbucea. Abro un ojo y veo su mano regordeta extendiéndose hacia él. Él la levanta y la acuna, pasando la punta de un dedo por su mejilla.

—Cada día te pareces más a tu madre, pequeña.

En cuanto las palabras salen de su boca, mira hacia la cama. Cierro los ojos de golpe.

Cuando los vuelvo a abrir, ya se ha dado la vuelta y le susurra a nuestra hija con voz apagada. —Lamento haberte enviado lejos —murmura—. Debí haber encontrado otra forma de mantenerte a salvo. Solo estaba…

El resto de sus palabras se pierden en el zumbido del equipo de sonido de Nina.

Es un milagro que no me levante de la cama mientras me esfuerzo por alcanzarlas, desesperada por cada sílaba.

Como si pudiera sentirlo, se da la vuelta y sigue susurrando. —Sé que tengo mucho que compensar. Te mereces algo mejor que yo, pero quiero estar ahí para ti, *malyshka*. Es solo que a veces…

Me trago un gemido mientras su voz se apaga de nuevo.

*El hombre nos envió lejos por tres meses. ¡Lo mínimo que puede hacer es hablar!*

De repente, Nina grita y me sobresalta.

—Debes tener hambre. Lo siento —él le calienta un biberón, cantando suavemente en voz baja todo el tiempo—. Ya no tienes que preocuparte —le asegura mientras come, segura en sus brazos —. No te enviaré lejos otra vez. Haré que esto funcione, mi niña. Te lo prometo.

*Promesas*. Por hermosas que sean, son en vano para mi hija de cinco meses. Ella no sabe mejor, mirando hacia arriba al rostro tranquilizador de su padre. Ella confía en él.

Soy *yo* la que no se cree ni una palabra. Tal vez por eso no me ha dicho ni una palabra de disculpa.

Después de todo, solo soy su esposa. ¿Por qué debería molestarse en conversar?

La rabia crece dentro de mí hasta que las lágrimas arden en las esquinas de mis ojos. Lucho conmigo misma… *levántate, di algo; quédate quieta, callada*… pero la decisión no se toma hasta que Arsen acomoda a Nina en su cuna y se gira hacia mí.

Nuestras miradas se encuentran. —¿Te desperté?

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

Arquea una ceja. —La llevaré a la guardería la próxima vez.

—No me importa que me despiertes —espeto—. Eres un idiota porque te disculpas con una bebé, pero no te disculpas conmigo.

Suspira. —Lo he intentado…

—No, no lo has hecho. Lo has explicado. Lo has justificado. Pero ni una sola vez me has dicho que lo sientes.

Se acerca a mi cama. —Hace tres meses, tenía una opinión diferente sobre nuestra situación.

—¿Y ahora te arrepientes?

Su mirada no se aparta de la mía. —Intensamente.

—Qué bonito que ahora que ya es demasiado tarde te arrepientas.

Un rayo de luz de luna le atraviesa el rostro. Parece exhausto. —Lamento haberte robado tus últimos meses con tu madre, Laila. Fue un error de mi parte.

Me levanto de la cama y camino a grandes zancadas hasta el rincón más alejado de la habitación. Él me sigue, con las manos en los bolsillos como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas.

—Sabes, pensé que me sentiría mejor, pero no es así —susurro—. Supe que cometiste un error en el momento en que nos enviaste lejos. Tú también debiste saberlo.

—Podemos arreglar esto, Laila.

—No quiero. La vida contigo duele demasiado, Arsen —se estremece, y siento una sádica sensación de satisfacción en eso—. El contrato que te envié… lo mantengo. Quiero que lo firmes.

Sus ojos se endurecen. Una ira tan palpable que hace que se me ericen los pelos de la nuca cubre su rostro. —No voy a firmar ni una maldita cosa.

—Una vez me prometiste el divorcio.

—También te prometí que no tendrías ninguna participación en la vida de Nina más allá de entregarla —escupe—. Las cosas cambian.

—Ciertamente lo hacen. Como que ya no quiero estar casada contigo.

Las palabras duelen, pero no son del todo falsas. Cuando lo miro, veo los meses que perdí con mi madre. El tiempo que Nina perdió con su abuela. Veo lo que él y yo podríamos haber tenido, flotando en algún lugar fuera de nuestro alcance.

Es doloroso.

—Todavía estás de luto —razona—. No estás pensando con claridad.

Se equivoca en eso. No estaba pensando con claridad la mañana del funeral, cuando dejé que me abrazara en la cama.

No estaba pensando cuando bajé de ese escenario, pasé junto al ataúd de mi madre y caí en sus brazos.

Pero ahora sí estoy pensando con claridad.

—No hagas eso. Escribí ese contrato antes de que muriera mi madre, así que no finjas que no sé lo que quiero.

—Tal vez sepas lo que quieres, pero no sabes lo que necesitas —responde—. Tengo enemigos, Laila. Vendrán por ti y por Nina. Necesitan mi protección.

Quiero acusarlo de utilizar a nuestra hija, pero tiene razón. Por mucho que quisiera que no lo hiciera, Nina necesita protección. Moriría por salvarla, así que seguir casada con su padre es una concesión que debería estar dispuesta a hacer por ella.

—Vale —acepto, los términos y condiciones flotan en mi cabeza—. Pero quiero un lugar propio. Lejos de ti.

Frunce los labios. Me pregunto si he desatado a la bestia que ha estado dormida estos últimos días.

Pero, cuando no dice nada, continúo. —He tenido mucho tiempo para pensar en esto, Arsen. Y, como no puedo divorciarme…

—Ni hablar.

—…entonces quiero mi propia vida. Quiero mi propio espacio —hago un gesto hacia la habitación—. Todo aquí me recuerda a ti. Y yo… no puedo lidiar con eso ahora mismo. No puedo estar cerca de ti. No sin ver lo que perdí. Déjame tener esto, al menos.

Está rígido como una estatua. La única indicación de que me ha escuchado es el rubor que le sube por el cuello.

—¿De verdad lo sientes? —exijo—. ¿De verdad te arrepientes de lo que hiciste?

—Por supuesto…

—Entonces, *demuéstramelo*. Dame lo que quiero para variar. ¿Quieres ahogarme en seguridad? ¿Quieres que viaje a todas partes en jeeps blindados? Vale. Aceptaré todo. Pero solo si me das algo a cambio.

Mira hacia el suelo con un suspiro. —Hubo un tiempo en el que todo lo que querías era volver a casa. Estar cerca de mí.

—Eso fue antes de que me diera cuenta de que ya no había nada por lo que luchar.

Su barbilla sobresale. —¿De verdad crees eso?

—No me aferro a algo que nunca fue real, Arsen. Nunca quisiste casarte conmigo. Te escuché cuando dijiste que la lealtad significaba todo para ti, y lo vi como la verdad que era. Esa es la única razón por la que crees que todavía quieres seguir casado conmigo… por un sentido de obligación.

—Me dijiste que no te dijera lo que quieres —dice en voz baja—. Ten la misma cortesía.

Solo puedo sacudir la cabeza con tristeza. —Sé lo que es el amor, Arsen… y esto no es amor.

Se queda callado un buen rato. Incluso ahora, hay cosas que podría decir para solucionar esto, si tan solo fuera lo suficientemente valiente como para dejar a sus demonios en la puerta. Podría salvarme, salvarnos… pero no lo hará. El futuro que Arsen dice que quiere está ahí, al alcance de su mano.

Simplemente es demasiado terco para agarrarlo.

Finalmente, pasa a mi lado en dirección a la puerta. No creo que vaya a decir nada, pero se detiene en el umbral y se gira hacia mí. —Esto no será para siempre, *roza*.

Cierra la puerta antes de que pueda preguntarle qué diablos significa eso.

14

# ARSEN

En el momento en que Polina aparece en mi puerta, frunzo el ceño.

—Si sigues así, se te congelará la cara —me advierte.

—Genial… así me ahorraré tener que decirles a todos que me dejen en paz todo el tiempo —pongo a Nina en mi regazo—. Vete. Mi hora aún no ha terminado.

—Acordaste que la entrega sería a las seis —ella inclina la cabeza hacia el reloj que está detrás de mí—. Faltan cinco para las seis.

—Exacto. Me quedan cinco minutos.

Abrazo a Nina contra mi pecho, aunque no creo que haya ninguna posibilidad de que Polina me la quite. Me niego a perder un solo segundo con mi hija.

Puede que Laila no quiera verme, pero me niego a ceder cuando se trata de Nina. Mi niñita me va a conocer.

—Todo este asunto es ridículo —me quejo.

—Lo sé —suspira Polina mientras se sienta en una silla—. Pero es lo que quiere Laila. Seguirle la corriente es lo mejor para ti en este momento.

—No veo cómo. Ha pasado una semana de tonterías y no he visto a Laila ni una vez.

—Creo que ese es el punto, Arsen. Ella no quiere verte. Solo agradece que haya decidido dejarte ver a Nina.

—¿"Dejarme"? —gruño—. ¿"*Dejarme*"? Nina es mi hija. Es tan mía como de Laila.

Pol se encoge de hombros, sin arrepentirse. —Puedes estar tan malhumorado como quieras con esta situación. Pero ahorita, estás castigado, amigo mío. Y eso significa que tienes que hacer lo que todos los esposos fracasados hacen para salir del castigo.

Ella espera a que yo pregunte, pero tengo más respeto por mí mismo que eso.

Al menos, pensé que lo tenía.

Pero estoy a punto de rendirme y preguntar qué debería hacer cuando Polina finalmente me saca de mi miseria. —Tienes que humillarte. Quedarte sentado esperando a que ella se dé cuenta de que te necesita y regrese arrastrándose no te va a dar nada más que un matrimonio infeliz.

—Noticia de última hora: ya tengo uno de esos.

Sacude la cabeza. —Ustedes son dos personas infelices en un… un trabajo en progreso. Están pasando por un momento difícil ahora mismo, y Laila necesita que tengas paciencia.

Polina se pone de pie y alcanza a Nina. Estoy a punto de apartarle las manos de un manotazo, pero el reloj detrás de mí suena.

Polina acentúa cada una de las seis campanadas con un movimiento de su dedo. En la última, toma a Nina en sus brazos. —Canaliza toda esa energía de macho alfa que tienes reprimida ahí dentro y tal vez tengas una oportunidad de recuperar a tu esposa.

Al salir, deja la puerta abierta para Dominik, que ya está esperando en el pasillo. Al igual que Polina, llegó un poco antes.

—Cargué gasolina en el Jag y lo preparé para nuestra reunión con Enzo.

—Se suponía que debías ir a ver cómo estaba Jasper —le recuerdo mientras me levanto para recibirlo y cierro la puerta de mi oficina detrás de mí.

—Lo hice. No había mucho que revisar —dice—. Está cabreado porque soy su nuevo intermediario entre él y tú, y yo estoy encantado de que él esté cabreado. Es lo mínimo que se merece.

Dominik no se equivoca. Dejar entrar al padre de Laila al funeral fue literalmente una de las únicas cosas que le pedí a Jasper que *no* hiciera.

—¿Te dijo que está cabreado?

—No tenía que hacerlo. Casi se atragantó con la lengua haciendo un pequeño trabajo sucio para mí esta tarde.

—Hay una diferencia entre la humildad y la humillación, Dom.

—¿La hay? —pregunta inocentemente. Lo miro con enojo y él se ríe —. Has estado teniendo favoritos todo este tiempo, Arsen. Es hora de que el pequeño imbécil pruebe cómo es la vida en el mundo real.

—No he tenido favoritos.

—Si Jasper fuera cualquier otra persona, ¿me estarías cuestionando ahora mismo por ser demasiado duro con él? —no necesito decir nada para que ambos sepamos la respuesta a esa pregunta—. Eso es lo que pensé. Pasemos a temas más alegres: ¿cómo va el acuerdo de custodia con Laila?

Abro el Jag y me deslizo en el asiento del conductor. —Digamos que esta reunión con los italianos será un buen descanso de esa tortura.

~

—¿Quieres dividir el Distrito del Templo? —pregunto con sorpresa.

Los ojos de Enzo recorren la copia del contrato que trajo a la mesa. —Tú obtendrás el sesenta por ciento; yo obtendré el cuarenta. Un gesto de buena fe.

—Parece más como una ofrenda de paz por la traición de tu difunto padre.

Él admite mi punto con un rápido asentimiento. —Llámalo como quieras. La conclusión es que obtendrás la mayor parte tanto del territorio como de las ganancias que genere.

—Yo *soy* el león, Enzo. Es lógico que yo me quede con la mayor parte. No me estás dando nada que no me pertenezca por derecho.

Su garganta tiembla. —Yo también tengo intereses creados en ese territorio, Arsen. No puedo cederte todo el negocio.

—No te lo estoy pidiendo.

Mantengo mi mirada fija en él hasta que cede. —Setenta y treinta, entonces —él ofrece, con la voz temblorosa—. Eso es más que justo.

Inclino la cabeza. —Puedo vivir con eso.

—Excelente. Entonces es un trato —deja escapar un suspiro reprimido durante mucho tiempo—. Eso nos lleva al siguiente punto del orden del día: Pobeda —debe ver mi disgusto inmediato, porque se apresura a aclarar—: No pido más que los derechos de venta. Quiero poder almacenar y vender tu marca en mis clubes y restaurantes.

—Eso convertiría a Pobeda en la única marca no italiana que se vendería en propiedades de Calcagno.

—Un gran honor.

—¿Para quién? —sonrío con picardía—. Pobeda es una marca exclusiva. Permitirte venderla sería como declararle al mundo que somos aliados.

Inclina la cabeza hacia un lado, las bombillas incandescentes del bar clandestino brillan en su cabello negro engrasado. —Bueno, ¿no lo somos?

—Eso es optimista de tu parte.

Enzo junta los dedos y se inclina hacia mí. —Mi padre tenía una agenda diferente a la mía. Quería alterar el status quo, causar caos, pero yo puedo ayudarte. Tengo más que ofrecerte que solo dinero y territorio, Arsen.

Escudriño su rostro durante un largo rato, pero no encuentro nada de lo que desconfiar. Al final, acepto. —Te pondré en contacto con mi distribuidor después de que hayamos firmado en la línea punteada.

La boca de Enzo se abre en una sonrisa de satisfacción. —Maravilloso. Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Miro el contrato, alargando la pausa solo para hacer que Enzo se retuerza un poco. —Estamos de acuerdo.

Extiende su mano hacia mí. —Esta es una gran noticia. Quiero celebrarlo. Con una cena. Las familias de ambos deberían estar allí.

Me muerdo una mueca.

Laila apenas tolera el hecho de que exista. Pasear por ahí como si fuéramos una pareja felizmente casada está definitivamente descartado. Tengo más posibilidades de convencer a Polina de que se suelte el cabello y baile irlandés en la barra de mi bar.

Pero lo último que quiero hacer es despertar en mi nuevo aliado la sospecha de que no puedo manejar mi propia casa.

—Mi esposa está de luto, Enzo. Tendré que ver si se siente con ganas.

*Y si está dispuesta a compartir mi aire durante unas horas.*

Su expresión cae. —Lamenté mucho saber que su madre había fallecido. Por favor, transmítele mis más sinceras condolencias a tu esposa.

Lo reconozco con un simple movimiento de cabeza. No perderé el tiempo tratando de explicar exactamente lo que Marie se llevó consigo a la siguiente vida.

—En cuanto a la cena, esta será una alianza duradera. Tenemos tiempo. Lo importante es que estamos de acuerdo en nuestros intereses mutuos —continúa Enzo—. Y, ya que estamos… tengo algo que decirte.

*Joder*. Puedo oler malas noticias a kilómetros de distancia. —¿Estás poniendo a prueba los límites de mi paciencia tan pronto?

—Espero que la fortalezca —se aclara la garganta—. Se trata de la orden de asesinato… de tu esposa.

Todo en mí se tensa. —Recordarme el asesinato que ordenó tu padre segundos después de que nos hubiéramos dado la mano no es una señal de confianza… es una estupidez.

—El asesinato se ordenó sin mi conocimiento ni aprobación.

—Eso dices tú.

—Y así seguiré diciendo, porque es la verdad —se aclara la garganta y suaviza el dejo de ira de su voz una vez más—. Como no tenía conocimiento de los mecanismos internos de esa decisión, investigué un poco una vez que me convertí en el jefe. Y resulta que mi padre no tomó la decisión solo.

—Si estás tratando de demostrar póstumamente la inocencia de tu padre, puedes ahorrarte el aliento. De todos modos, es comida para

gusanos.

—Mi padre está muerto, Arsen —concuerda Enzo con frialdad—. Yo fui quien apretó el gatillo —hace una pausa como si todavía pudiera oír las reverberaciones del disparo en el fondo de su mente—. Así que créeme cuando te digo que, si no lo protegí en vida, ciertamente no voy a proteger su memoria en la muerte.

Me parece justo. Asiento para que continúe.

—A mi padre se le acercó un hombre con sus propios planes, pero recursos limitados. Mi suposición —dice Enzo—, es que planeaba dar el golpe y luego usar al tonto como chivo expiatorio una vez que el cuerpo se hubiera enfriado.

La mención casual de incluso la idea del cadáver de Laila provoca una especie de rabia candente que nunca antes había sentido. Necesito todo mi autocontrol para permanecer en mi asiento.

—Si tienes un nombre, dámelo —gruño—. No voy a darte un puto redoble de tambores.

—Barnes —responde rápidamente—. El hombre que quería a tu esposa muerta se llama Charles Barnes.

15

# LAILA

—¿Por qué no puedo quedarme en casa? —doy vueltas frente al espejo, intentando acostumbrarme a verme en algo que no tenga cinturilla elástica, mientras hablo con Kira por teléfono—. Esto es estúpido.

—Es una tradición. Además, hace meses que no sales. Esto podría ser divertido. —dejo que las palabras de Kira queden sin respuesta hasta que suspira—. Al menos, puede que no sea horrible.

—No es así —insisto—. Será una tortura. Se supone que es una tortura. La tortura es lo que Arsen Adamov hace mejor.

En cuanto Arsen llamó a la puerta de mi dormitorio anoche, supe que había problemas. No solo estaba rompiendo la regla cardinal de mi demanda de espacio al venir él mismo a mi habitación en lugar de usar un intermediario, sino que, cuando me pidió que lo acompañara a esta cena, en realidad dijo: "Por favor".

—No creo que esta noche sea por ti, Laila —dice Kira, con el sonido de su lavadora zumbando de fondo en nuestra llamada—. Quiero decir, Arsen te pidió que fueras con él… *amablemente*.

—Sí, pero los modales fueron un truco —sigo entrecerrando los ojos frente al espejo—. Si me hubiera negado, él habría arrancado mi puerta de las bisagras y me habría llevado a cenar de todos modos. No tengo control.

No tengo control sobre dónde vivo, lo que hago o a quién puedo ver. Arsen tiene el mundo en sus manos y yo soy solo otra de sus marionetas.

—Aún parece un paso en la dirección correcta —argumenta—. No mates al mensajero, pero él está haciendo esto por ti. Esta alianza es para mantenerte a salvo. Hace unos meses, los italianos querían matarte. Ahora, vas a cenar con ellos. Eso parece un paso en la dirección correcta.

—Excepto que la dirección en la que quiero moverme es *lejos* de Arsen. Él puede enviarme lejos y traerme de vuelta y controlar cada detalle de mi vida, y yo solo tengo que aceptarlo. No es justo. Además, no tengo nada que ponerme —me quito la blusa y la tiro a la pila de todas las demás prendas que tengo que no me sirven para esta noche—. ¿Puedo hacer una alianza duradera en pantalones deportivos?

De repente, Kira jadea. Sé que está en su casa de al lado, pero eso no me impide darme la vuelta y mirar por encima de mi hombro, de todos modos. —¿Qué? ¿Qué está pasando? ¿Qué fue ese sonido?

—Ese era el sonido de mi brillante idea.

—Ah, genial. Sonaba mucho como tu sonido de "*hay un asesino detrás de ti*", así que me confundí.

Ella me ignora y continúa. —Creo que has estado interpretando todo mal, nena. No quieres evitar a Arsen.

—Em, en realidad, sí, sí quiero. Eso es todo lo que quiero. No has estado escuchando.

—No, quiero decir… Has estado fuera durante meses. Él no te ha visto *en meses*. Arsen sabe muy bien lo que es estar sin ti —explica —. Si realmente quieres hacerlo sufrir… muéstrale lo que perdió.

No sé si quiero hacer sufrir a Arsen. Por otra parte, haría que la noche fuera más interesante. ¿Por qué debería ser yo la única que la

está pasando mal?

—¿Qué tenías en mente?



El plan de Kira tiene algunos pros y contras.

Pro: Lo único mejor que evitar a Arsen es verlo casi tragarse la lengua admirando lo que no puede tener.

Tan pronto como aparezco en lo alto de las escaleras, deslizando mis manos por la parte superior del corsé del pequeño vestido negro que saqué del armario, los ojos de Arsen están fijos en mí. Esta es la primera vez que Arsen me ve con un vestido cuando no estoy enormemente embarazada, y este vestido realmente resalta mis atributos.

Contras: Arsen también vino a jugar.

Se ve comestible con un traje gris oscuro sobre un suéter negro ajustado. Durante los meses que estuvimos juntos, desarrollé una tolerancia a la forma en que Arsen podía usar una bolsa de basura sin esfuerzo y aun así hacer que mi corazón se acelerara. Pero, después de que me enviaran lejos, me emborracho fácilmente con Arsen Adamov.

Me sorprende tanto seguir la amplia curva de sus hombros y la delgada forma de su cintura con su chaqueta que tropiezo en el último escalón hacia el auto.

Me agarra la mano, sujetándome antes de que me tuerza un tobillo con los tacones que Kira insistió en que usara.

Otro contra: si no termino la noche con un yeso entero en la pierna, será un milagro.

Su mano es cálida y firme, y aprieto sus dedos antes de que la parte lógica de mi cerebro pueda gritarme que pare.

Arsen exhala. —Laila, luces…

Retiro mi mano y me vuelvo hacia la fila de autos que están estacionados detrás de Arsen en la entrada. —¿Qué hay con toda esta seguridad?

Parece que le cuesta mucho apartar la mirada de mí. *Toma eso*, pienso con amargura. —Solo es una precaución adicional para la noche.

—Pensé que se trataba de hacer una alianza.

—Lo es —abre la puerta y el significado es claro: *Cállate. Entra.*

Extiende una mano para ayudarme a sentarme en el asiento del pasajero, pero la paso de largo y entro sola.

Porque esta noche, puede que pueda reclamar mi tiempo, pero no puede *tenerme*.

Aun así, siento sus ojos sobre mí mientras conducimos. Su atención se mueve entre la carretera y yo durante todo el camino hasta el restaurante, pero nunca dice una palabra. Ningún cumplido. Ninguna charla trivial. Mientras el silencio se acumula a nuestro alrededor, mi plan de venganza comienza a parecer infantil.

Enterré a mi madre hace seis semanas y ahora, ¿estoy jugando a la Cenicienta con mi propio esposo?

Si soy inteligente… y este corsé ajustado me dice que no lo soy en absoluto… mantendré la cabeza gacha y pasaré por esta cena sin más drama.

Esa es la decisión a la que he llegado mientras camino a grandes zancadas hacia las puertas dobles de bronce con mi mejor cara de "todo está bien y normal".

Entonces, Arsen me agarra del codo y me detiene. —Esta cena es importante, Laila.

—Más vale que lo sea. Rompiste nuestro acuerdo para arrastrarme hasta aquí.

Sus ojos se sumergen en mi escote antes de poder volverlos a mirar a mi rostro. —Esta alianza es… Es imperativo que el mundo exterior no se entere de nuestra situación.

Frunzo el ceño, mi delgada fachada se desmorona rápidamente. —¿La situación en la que nos abandonaste a mí y a nuestra hija, pero ahora quieres que finge jugar a la casita contigo? ¿Es esa la "situación" a la que te refieres? ¿O hay algo más que deba saber?

Algo que no puedo leer destella en su rostro. Se va tan rápido como llega, y Arsen solo parece cansado. —Sé que me odias ahora mismo, pero… Joder. Por esta noche, necesito que finjas que no lo haces.

—Estas personas querían matarme hace unos meses. No veo por qué debería importarme lo que piensen de nuestro matrimonio.

De nuevo, algo destella en su rostro. Luego, da un paso más cerca, tragándome en su calor y su olor a madera. —Laila. Por favor.

Realmente me emborracho fácil con él ahora. Mi corazón late fuerte en mi pecho, pero lo ignoro.

Con un suspiro forzado, me doy vuelta a regañadientes hacia él y paso su brazo por mi cintura. La mano de Arsen se aprieta en mi cadera, encendiendo una chispa de algo que me niego a nombrar. —Si piensas siquiera en tocarme debajo de la mesa, te clavaré un tenedor en la mano.

Enzo y su esposa ya están en nuestra mesa cuando llegamos. Guilia se levanta de un salto cuando nos ve. Se apresura a saludarme con un abrazo, apartando la mano de Arsen y robándome para ella. Su vestido rojo cubre todas sus partes, como si Enzo estuviera haciendo campaña para ser senador. Mientras tanto, yo parezco como la amante de un senador.

—¡Es tan lindo verte de nuevo, cariño! —besa cada una de mis mejillas—. Te ves maravillosa. Una visión absoluta. Tienes que decirme dónde conseguiste ese vestido.

Murmuro mi agradecimiento y la felicito también, pero solo llevamos aquí sesenta segundos y ya estoy agotada. Pensé que podría jugar a fingir por una noche, pero ¿cómo se supone que voy a igualar la energía de Guilia?

—Estoy tan emocionada por conocerte mejor —agarra mis manos entre las suyas—. Esta va a ser la primera de muchas cenas, estoy segura. Ya puedo notar que vamos a ser buenas amigas.

*Muchas cenas por venir.*

Una vida de estar al lado de Arsen y ocultar mis verdaderos sentimientos. De desaparecer detrás de la máscara de esta persona que nunca quise ser.

El peso es aplastante, aprieta mi pecho incluso más que el corsé. Estoy tan distraída que apenas noto cuando Guilia suelta mis manos y se gira para mirar a mi esposo.

—Y tú… —en lugar de un abrazo, clava una uña afilada en su pecho —. ¡Eres un completo gilipollas!

Parpadeo para salir de mi espiral de pesimismo, repentinamente fascinada por el ceño fruncido que tira de las comisuras de los labios rojos de Guilia.

—No puedo creer que obligues a tu esposa a venir a esta cena apenas unas semanas después de que enterró a su madre —espeta —. ¡Es ridículo! Sinceramente, las cosas que ustedes los hombres esperan de nosotras simplemente porque tienen un trato que cerrar: repulsivas.

Se me cae la mandíbula. Arsen solo levanta las cejas y se vuelve hacia Enzo.

—Guilia, cariño… —Enzo se aclara la garganta torpemente—. Perdóname, Arsen. Mi esposa tiene mente propia y tengo muy poca suerte controlándola. He descubierto que es mejor conservar mi energía.

Guilia pone los ojos en blanco mientras se gira hacia mí. —Sí, Laila, nunca lo olvides: los hombres necesitan mucha energía para fumar puros y brindar por ellos mismos y sus muchos éxitos.

Por primera vez desde que tengo memoria, sonrío.

Enzo toma la mano de Guilia y le da un beso en los nudillos. —Es fogosa y por eso la amo.

Arsen esboza una leve sonrisa. Siento que sus ojos se desplazan hacia mí mientras dice—: Estoy íntimamente familiarizado con su tipo… tan hermosas como impulsivas.

Giulia se sienta en la silla junto a su esposo. —Puedes lanzarme todos los cumplidos que quieras, Arsen Adamov. Los halagos no funcionarán conmigo.

Justo así, se abre una brecha en las nubes que se ciernen sobre mi cabeza. Guilia le dice lo que piensa a su esposo. Tal vez no tenga que fingir delante de ellos. Tal vez no tenga que disimular todas las grietas de mi matrimonio para evitar que pongan otra recompensa por mi cabeza.

—No puedes culpar a un hombre por intentarlo —se ríe Arsen—. Enzo, me gusta tu esposa.

Enzo suspira mientras pasa un brazo sobre los hombros de Guilia. —A mí también. Tanto, de hecho, que he decidido esperar un poco más con la esposa número dos.

Ella le da una palmada en el brazo, pero él solo le da un beso en la mejilla.

En unos minutos, se hace evidente que Guilia no solo es abierta sobre sus pensamientos… sino también sobre sus sentimientos. Y

ama a su esposo.

Enzo y Guilia están perfectamente sincronizados. No es solo la forma en que se complementan en la conversación… sino la forma en que se mueven uno alrededor del otro, buscando excusas para tocarse y jugar y compartir el mismo aire. Si hay una pausa en la conversación, aunque sea por un momento, se besan, sus miradas se encuentran como si fueran las únicas dos personas en la habitación.

Pensé que quería honestidad. No tener que ocultar lo que realmente siento.

Pensé que quería sentarme al lado de Arsen, nunca tocarnos más de lo necesario, solo hablar cuando me hablen.

Pero, mientras miro a Enzo y a Guilia, descubro que quiero lo que ellos tienen.

Y no estaba preparada para lo mucho que me dolería saber que nunca podría volver a ser mío.

16

# ARSEN

Me muero de hambre cuando salimos del restaurante. La comida cara sabía a cartón. Probablemente porque lo único que quería morder era a mi esposa.

La mujer se ve fenomenal.

Conociendo a Laila, estoy seguro de que fue intencional. Ya hemos superado el castigo. Ella está tratando de torturarme.

Parte de la tortura debe ser la forma en que se ponía rígida cada vez que me acercaba a ella. Cuando me estiré para volver a llenar su copa de vino, pensé que se detendría, se tiraría al suelo y rodaría para evitar tocarme.

Ahora estamos de nuevo en el auto y estoy harto del silencio melancólico. —¿Qué te parecieron Guilia y Enzo?

—¿Importa? —se da vuelta para mirar por la ventana.

—No te lo preguntaría si no importara.

—Fueron amables. Realmente amables —suspira, casi como si no pudiera evitarlo—. Parecen estar realmente enamorados.

—Probablemente por eso se casaron.

Se gira hacia mí, pero sus ojos no me miran. Quiero agarrar su barbilla y obligarla a mirarme. —El matrimonio se usa para muchas cosas en tu mundo. Rara vez tiene algo que ver con el amor. Fue agradable ver a una pareja que realmente quiere estar unida.

—Fuimos esa pareja una vez.

Resopla. —Nos estábamos engañando a nosotros mismos. O, al menos, yo lo estaba. Nunca tuvimos lo que tienen Enzo y Guilia.

Quiero discutir, pero no tiene sentido. *¿Enzo enviaría lejos a Guilia? ¿Le daría la espalda a su hija pequeña?*

Las preguntas se arremolinan en el fondo de mi mente, pero hago una que es un poco más fácil de tragar. —¿Quieres lo que ellos tienen?

Se cruza de brazos sobre el pecho. —Ya no. Solo quiero que me dejen en paz.

—Sí, lo dejaste bastante claro en la cena.

Finalmente, me mira con sus ojos azules. —Vine. Socialicé. Comí las malditas croquetas de cangrejo. ¿Qué más quieres de mí, Arsen?

*Todo.*

—Quiero hablar contigo sobre…

—No —se da la vuelta de nuevo, mirando firmemente hacia adelante —. Creo que este viaje debería ser silencioso.

—No es saludable para Nina tener padres que no se hablan.

—Hablaremos —se vuelve hacia mí, con una sonrisa falsa tirando de sus labios—. *"Hola, Arsen. ¿Cómo estás? Vine a recoger a Nina. Gracias. Adiós"* —levanta las manos como si acabara de hacer una buena declaración—. ¿Ves?

La idea de que este acuerdo de custodia pueda durar más de unas pocas semanas es inimaginable para mí. —Eso no es suficiente. Nina

se merece más.

—Y lo tendrá —espeta. —Eventualmente. Un día, estoy segura, descubriremos cómo hablar… mirar… Dios, *estar* alrededor del otro, joder. Pero no ahora. Hoy no es ese día. Necesito espacio.

—Has tenido meses de espacio.

—¡Esa no fue mi elección! Tú fuiste quien empezó esto, Arsen. No me culpes por seguir adelante.

—¿Por cuánto tiempo más vas a castigarme? —gruño. Ella se estremece, pero se niega a decir nada. —He aceptado tus ridículas demandas, pero no parece que esté haciendo ninguna diferencia.

Está a un pie de mí, pero bien podría estar todavía en ese pequeño apartamento con Gedeon, con cientos de kilómetros de distancia entre nosotros.

—Siento lo que siento, Arsen. Tal vez deberías aceptar que las cosas entre nosotros nunca volverán a ser iguales.

Mis manos se aprietan sobre el volante. Estoy a punto de detenerme a un lado de la carretera y aclarar las cosas… gritar, maldecir, despotricar y desvariar. Tenemos que resolver esto, de una forma u otra. —Nunca voy a aceptar que mi esposa se niegue a estar en la misma habitación que yo. ¿Sabes lo demente que es que salgas de la habitación en el momento en que yo entro?

—En realidad, sé exactamente lo demente que es —vuelve su fría mirada hacia mí—. Probablemente tan demente como que te obliguen a salir del estado sin una explicación real de por qué.

—Sabes por qué.

—¡No, no lo sé! —grita—. Entiendo que había una amenaza sobre mi cabeza y que querías que estuviera a salvo…

—Es exactamente por eso.

—Entonces, ¿por qué no aumentar mi seguridad? ¿Por qué no mantenerme en la casa? O… aquí hay una idea novedosa… ¿por qué no *fuiste conmigo*?

Se le quiebra la voz y dirijo mi atención hacia ella.

Estoy volando por la carretera oscura, el motor rugiendo debajo de nosotros, pero mis ojos están clavados en los suyos. En el brillo del dolor justo debajo de su ira.

—Sí —asiente con una sombría sensación de satisfacción—. Ni siquiera se te pasó por la cabeza, ¿verdad? Porque, sin importar lo que digas, no solo estabas tratando de mantenerme a salvo. Estabas tratando de alejarme.

Todos los argumentos que he estado acumulando en mi defensa estas últimas semanas se desintegran.

*Porque ella tiene razón.*

No solo la envié lejos para protegerla, lo hice para protegerme a mí mismo. Abro la boca para decírselo, pero tengo la garganta seca, la lengua. Nada pasa por mis labios.

—Estás aquí ahora, *roza* —digo al fin con voz áspera—. Ya no te enviaré lejos.

—Hasta que llegue la próxima amenaza —murmura—. O hasta que te canses de mí. Lo que sea primero.

La amenaza ya está aquí.

*Su propio padre la quería muerta.*

Mientras cruzamos las puertas de mi complejo, intento decidir si contarle lo de Charles ahora mismo es lo correcto.

Pero, antes de que pueda decidirme, ella se quita el cinturón de seguridad. —¿Sabes qué? Ya ni siquiera me importa. Mantenme aquí, envíame lejos… no me importa. De cualquier manera, quiero espacio.

Ella sale del auto y prácticamente corre hacia la casa.

—*Blyat'* —le susurro al auto vacío antes de apagar finalmente el motor y entrar.

Debería dejarla sola esta noche. Ha sido una noche larga y claramente no está de humor para más conversación. Pero mi propia inquietud me hace seguir el rastro de su perfume por toda la casa, hasta que estoy de pie en su puerta.

Toco suavemente una vez. Dos veces. Una tercera vez.

—Abre la puerta, Laila. Necesito decirte algo.

Silencio.

Luego, un segundo después, mi teléfono suena con un mensaje entrante.

**LAILA:** ***Ya me cansé de pelear.***

Trago mi frustración y lo intento de nuevo. Me niego a recurrir a mi teléfono cuando sé que está parada a un pie de distancia al otro lado de esta puerta.

—No estoy aquí para pelear. Solo quiero hablar. Explicar. Estoy listo para contarte todo.

**LAILA:** ***De alguna manera, lo dudo mucho.***

—Esto es importante, Laila.

**LAILA:** ***Siempre es importante cuando*** **TÚ** ***quieres hablar.***

—Esto es infantil. Solo abre la puerta.

**LAILA:** ***Me voy a la cama.***

—Podría tirar la puerta abajo.

**LAILA:** ***Nuestra hija está durmiendo aquí.***

Tomo una respiración profunda, pero mis manos se cierran en puños de todos modos. Ella es exasperante. Y emocionante.

Es alucinante y frustrante como el infierno, y tan absolutamente irresistible que siento que mi cerebro se derrite.

—Vale. Hablaremos mañana, entonces.

No hay respuesta, en forma de texto o de otra manera, pero puedo ver su sombra moverse a través de la grieta en la parte inferior de la puerta. Ella todavía está parada allí, esperando a que me vaya.

—Gracias por venir conmigo —añado en voz baja, seguro de que puede oírme.

Su sombra no se mueve. Lo tomo como una buena señal.

—Y, por cierto… —toco la puerta con la mano—, estabas hermosa esta noche.

# LAILA

—¿Me está *demandando*?

Agito la citación judicial que me acaba de entregar Polina como si fuera un dibujo de arena. Si lo hago con suficiente fuerza, ¿desaparecerá?

—¿Quién te demanda? —pregunta Guilia, inclinándose hacia delante para ver.

En retrospectiva, no estoy segura de que haya sido la mejor idea abrir mi correo delante de una invitada, y mucho menos de la esposa de un nuevo aliado. Pero el barco ya zarpó. Además, me gusta Guilia.

—Mi papá.

En otra multitud, eso merecería un arqueamiento de cejas, pero Guilia no se inmuta en lo más mínimo. —¿Por qué?

—Una casa. *Mi* casa. Mi madre la obtuvo en el divorcio. Pero, ahora que se fue…

—¿Estás de luto y él viene por tu casa? ¡Buitre! —Guilia jadea—. ¡Buitre mezquino y egoísta!

—Ah, ¿así que ya conociste a mi papá? —pregunto sarcásticamente.

Guilia apoya su mano sobre mi rodilla. —Hay una manera limpia y sencilla de ocuparse de este problema, Laila.

—Soy toda oídos.

—Quiero decir, ¿qué sentido tiene tener esposos poderosos si no los usamos? El hombre desaparecería y también lo haría esa… —hace un gesto hacia el papel que tengo en la mano—. Esa tontería.

Parpadeo. Y parpadeo. Y parpadeo. —¿Sugieres que le pida a Arsen que…?

Me quedo sin palabras. Ni siquiera puedo terminar la frase.

Por suerte, Polina interviene desde la esquina donde está meciendo a Nina. —No estoy segura de que así sea como Laila quiera lidiar con este dilema en particular, G.

—Ay, lo siento —Guilia se sonroja. —Supuse que tenías una mala relación con tu padre.

—Así es.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Esta mujer habla en serio. Está hablando de eliminar a alguien de la misma manera que yo hablaría de poner pan en mi lista de compras.

—Tenemos una mala relación, pero eso no significa que… ¡No quiero matarlo!

—Lo siento, *cara mia*, a veces me olvido de mí misma —Guilia sacude la cabeza como si estuviera disgustada consigo misma—. Nací en este mundo. Los enemigos terminan muertos. Puede que sea un poco… insensible a todo esto.

—Está, eh… e-está bien —balbuceo—. Tuviste buena intención.

*Creo.*

—Sigo pensando que deberías decírselo a Arsen —dice—. No tiene por qué hacer lo que sugerí, pero puede encargarse del problema de otras formas.

Guilia aún no sabe que Arsen y yo estamos enemistados, lo cual es lo mejor. Puede que no quiera estar casada con Arsen, pero tampoco quiero poner a sus aliados en su contra.

Estoy a punto de cambiar delicadamente de tema cuando el mismísimo hombre entra en la sala de estar. —¿Qué problema?

—¡Arsen! —sonríe Guilia—. Es bueno volver a verte.

—Escuché que vendrías a visitar a mi esposa. Pensé que debería venir a asegurarme de que no se metieran en demasiados problemas.

—¿Problemas? ¿Nosotras? —Guilia me dedica una sonrisa maliciosa —. Jamás.

*Dice la mujer que casualmente sugirió un asesinato por encargo hace no menos de quince segundos.*

Arsen arquea una ceja. —Yo juzgaré eso. ¿De qué problema necesito ocuparme?

Guilia, siempre tranquila bajo presión, se pone de pie. —Esa es mi señal para irme a casa. Enzo me está esperando. Si llego tarde, esta alianza podría implosionar antes de tener la oportunidad de comenzar —me abraza, sus labios contra mi oreja—. Lo siento, cariño. No quería que él escuchara. Pero volvamos a encontrarnos pronto.

Asiento y saludo con la mano mientras Polina la acompaña hasta la puerta, llevándose a Nina con ella.

Arsen se deja caer en el sillón junto a mí, con los ojos fijos en el sobre que está en la mesa de café. Una parte mía, vengativa y rencorosa, quiere guardar la noticia para mí. Quiero demostrarle a Arsen que no lo necesito. Que puedo manejar las cosas sin él.

Pero mi historial en el trato con Charles Barnes es irregular, en el mejor de los casos. E, incluso sin el asesinato, este es exactamente el campo de acción de Arsen.

Puede que no sea el esposo del año, pero es bueno en su trabajo.

Le entrego el sobre. —Charles me está demandando por la propiedad de la herencia de Mamá.

Me lo arrebata de las manos, hojeando las páginas con una mirada oscura en sus ojos. —Esto es jodidamente ridículo —me mira—. Puedo manejar esto por ti.

—¿Qué significa eso exactamente?

—¿Lo quieres muerto?

—Dios mío —murmuro—. No me di cuenta de que la ejecución era el Plan A al que recurrían todos ustedes.

Arsen no parece oírme mientras vuelve a leer la demanda. —Le he advertido una y otra vez. Parece que no entiende el mensaje.

Me permito imaginarlo por un momento: una vida sin la amenaza de que mi papá irresponsable aparezca como un monstruo en una casa embrujada cada pocos meses.

Una vida sin padre. O madre.

Solo Nina y yo.

Solas.

—No lo quiero muerto. No ahora, de todos modos —tan pronto como las palabras salen de mi boca, me pongo de pie—. No puedo creer que acabo de decir eso. Soy horrible. ¿Qué clase de hija piensa eso de su propio padre?

—En tu defensa, no fue un gran padre.

—¡Aun así! ¡Si la gente pudiera ir por ahí dando muerte a padres de mierda, la mitad del mundo estaría en peligro! —niego con la cabeza —. No puedo. No puedo asesinar a mi propia carne y sangre.

Arsen se pasa la mano por la nuca y veo un destello de alguna señal… la misma que vi aquella noche en el auto camino de la cena. Quiere decirme algo.

—¿Qué? —me vuelvo hacia él y me acerco un paso más—. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Quise decírtelo la otra noche… en cuanto me enteré. Pero no quisiste hablar. Después de eso, nunca me pareció un buen momento.

De la misma forma que las articulaciones viejas de algunas personas pueden sentir la lluvia, mi cadera puede sentir el drama. El dolor se intensifica, caliente y punzante. —Dímelo ahora.

—¿Recuerdas la recompensa?

—¿Por la que me exiliaron durante tres meses? —pongo los ojos en blanco—. No. Me olvidé por completo de eso.

—Resulta que Alessandro Calcagno no tuvo la idea de ese golpe por sí solo.

Sacudo la cabeza. —No sé a qué te refieres.

—La sugerencia vino de otra persona. Alessandro era simplemente el hombre con el poder para hacerla cumplir.

Me observa con atención, dejándome sacar mis propias conclusiones. Una y otra vez, mi cerebro conecta los puntos. Pero, una y otra vez, me niego a verlo.

—No. Solo… no.

—Tiene sentido —advierte.

Sacudo la cabeza. —No. No puede ser. Él no lo haría.

—Me lo dijo Enzo —continúa Arsen. —No estaba allí para el acuerdo original, pero obtuvo los detalles de su padre. Es una fuente confiable.

Un escalofrío recorre mis brazos mientras mi cara arde. Mis ojos escuecen con… ¿lágrimas? ¿Rabia? Ni siquiera sé qué siento, pero sé que esto no puede estar sucediendo.

—Él quiere la casa —susurro—. Es todo lo que quiere. Él no… Él… Soy su hija.

—Sé que esto es mucho, Laila.

—No es mucho; ¡es imposible!

Pero, mientras lo digo, sé que no lo es. Sé que Arsen no me diría que mi propio padre me quiso muerta, a menos que no tuviera ninguna duda de que fuera cierto.

—No se trata de ti —dice con suavidad—. No del todo. Según mis fuentes, tu padre está muy endeudado. Esa casa es su salvavidas, su única esperanza. Le debe millones a unos hombres muy poderosos.

—La casa no vale tanto —mi voz suena tan débil como me siento.

—Tal vez no, pero es una forma de mantenerlos a raya un poco más.

Nada de esto es gracioso, pero me echo a reír. —¿Me mataría por un poco de dinero provisional? Seguiría ahogándose en deudas, ¿pero mi vida vale un par de semanas más de libertad para él?

—Ese es el tipo de hombre que es —dice Arsen entre dientes—. No tuvo ningún reparo en sacrificarte. ¿Por qué deberías sentir algo diferente por él?

La forma en que formula la pregunta… Todo suena tan *razonable*. ¿Por qué *no debería* dejar que Arsen trate a mi padre como lo haría con cualquier otro delincuente de baja calaña que se cruzara en su camino?

*Porque no es lo que Mamá querría que hiciera.*

Dejo caer mi cabeza entre mis manos. —No soy como él, Arsen. Si muere, muere. Pero no voy a ser yo quien ordene su muerte. Así no soy yo.

Arsen asiente seriamente. —Lo sé.

El silencio se extiende, haciendo que todas las cosas que no nos decimos sean dolorosamente obvias. Al menos, para mí.

—Quiero pelear con él en la corte —grazno al fin—. Hacer las cosas de la manera correcta.

—¿Y si él comienza a pelear sucio?

—Entonces, dejaré que tú lo manejes de la manera que elijas —concedo—. No necesito saber los detalles.

Los ojos de Arsen se agudizan ferozmente. —Lo manejaré, *roza*. Te protegeré. Siempre.

# ARSEN

—La reunión ha ido bien, ¿no te parece? Creo que ha ido bien —Laila tamborilea con los dedos sobre su muslo. Mantuvo sus nervios ocultos durante la reunión con su abogado, pero ahora que estamos de nuevo en mi auto están a flor de piel—. Parece muy competente. ¿Dijiste que fue a Yale?

—No la contraté por su pedigrí —respondo—. La contraté porque es un tiburón. Te cuidará.

Laila se vuelve hacia mí, con los ojos todavía escrutadores. —Dijo que podían desestimar el caso antes de que llegara a los tribunales.

—Sí, lo dijo.

Se permite una pequeña sonrisa. —Esas son buenas noticias. Odio los tribunales.

La miro de reojo mientras nos alejamos de la oficina del abogado. Lleva un sencillo vestido rojo de verano, la cara apenas maquillada, pero hay algo en ella que es tan hermoso que duele.

—Mamá solía llevarme a los tribunales para el divorcio —explica, mirando por la ventana—. Solía sentarme allí durante horas, viendo a la gente ir y venir, esperando nuestro turno frente al juez. No fue exactamente un momento destacado de mi juventud.

—Si me salgo con la mía, nunca tendrás que soportar ni un segundo más en la misma habitación que Charles.

Inclina la cabeza en un silencioso agradecimiento. —Probablemente deberíamos concertar otra reunión, ¿ah? Solo para repasar la historia de la casa, los registros de propiedad, ese tipo de cosas.

Me pregunta como si yo pudiera saberlo. Como si mi método habitual para lidiar con este tipo de cosas no implicara mis puños y una tumba poco profunda.

Pero para Laila es importante hacer esto de la manera correcta, por lento e ineficaz que sea, para que yo pueda hacer lo mejor que pueda.

—Puedo arreglarlo —señalo el reloj en el tablero—. ¿Tienes hambre? Podemos ir a comer mientras estamos fuera.

Lo digo casualmente, porque soy casual. Tengo a Laila para mí solo por primera vez en meses y soy la viva imagen de la calma y la serenidad.

Su sonrisa se tambalea. —Está bien. Comí antes de irnos a la reunión.

—Eso fue hace horas. Debes tener hambre.

—No —insiste, demasiado rápido—. Estoy bien. Prefiero irme a casa.

—Lo que significa que preferirías morirte de hambre antes que compartir una comida conmigo —no quiero presionarla, pero no puedo evitarlo.

Sus manos se aprietan en su regazo y no lo niega. —Aprecio que me estés ayudando con esta demanda, pero nada ha cambiado entre nosotros.

Nada ha cambiado.

Sí, Laila necesitaba ayuda y sí, salté para salvarla sin dudarlo.

Aun así, nada ha cambiado.

Todas las veces que Marie me dijo que me abriera y fuera honesto y vulnerable con Laila resuenan en mi cabeza. Estoy seguro de que la mujer sacude la cabeza desde el otro lado del velo, decepcionada por mis lamentables intentos de arreglar las cosas.

Quizás por eso digo bruscamente—: Yo también odio los tribunales.

Laila gira la cabeza hacia mí. No dice ni una palabra, pero he agarrado su atención.

—Recuerdo la primera vez que me llevaron a uno. Con esposas en los pies y alguaciles sujetándome cada brazo, lamiéndose los labios por la oportunidad de golpearme la cabeza con porras… El juez me miró como si fuera basura a sus pies. Sabía que estaba perdido.

—No puedo creer que no pudieras encantarlo —murmura, casi de mala gana—. Encantas a todo el mundo.

—Entre una linda sonrisa y dinero, el dinero siempre gana.

—¿Quieres decir…?

—Lo compraron. Mi abuelo lo sobornó. Yeremy quería verme sentenciado.

—Casi me olvido de eso —murmura—. No entiendo cómo puedes poner a tu propio nieto entre rejas por algo que estaba haciendo en tu nombre.

Me encojo de hombros. —No era bueno siguiendo órdenes. Lo cuestioné demasiadas veces. Supongo que fue era su manera de mostrarme quién mandaba.

—Aun así… eras tan joven.

—Era un hombre en todos los sentidos que le importaban a una persona como él.

Me mira con tristeza. —¿Tenías miedo?

—Por primera vez en mi vida, ni siquiera tenía mi nombre para seguir adelante. Con mi abuelo en mi contra, estaba trabajando con nada más que mi ingenio —le doy una sonrisa melancólica—. Así que, sí, estaba jodidamente aterrorizado.

Su mirada se dirige a las cicatrices de mis brazos. —No puedo imaginarme pasar por lo que pasaste…

—No estaba solo. Tenía a Jasper.

—¿Ese es el hombre que se presentó en el funeral de Mamá?

Me está mirando, así que no se da cuenta de que doy un giro innecesario a la izquierda. Puede que no quiera ir a almorzar conmigo, pero eso no significa que no pueda alargar un poco más este viaje.

—Ese es —sacudo la cabeza—. Es un idiota. Y un fracasado. Pero, por alguna razón, le sigo dando una oportunidad tras otra.

—Estoy segura de que tienes una razón. Siempre la tienes.

Como siempre, Laila no se equivoca.

—Jasper fue mi primer amigo —le explico, una vez más sorprendido por lo triste que es esa afirmación—. Se arriesgó por mí cuando no tenía que hacerlo… cuando no había nada para él. Contrabandeaba cigarrillos para todos, así que se había ganado un lugar en la jerarquía.

—¿Y dónde estabas tú en la jerarquía?

Eso provoca una risa amarga. —Yo era el nieto de Yeremy Adamov. Así que inmediatamente me vieron como una amenaza. Alguien intentó apuñalarme mientras dormía la primera noche que llegué.

Se lleva las manos a la cara con horror. —¿Qué hay del "honor entre ladrones"?

—En prisión no hay lugar para el honor. Es matar o morir. Mi compañero de celda quería ganarse la confianza del alfa, así que

forzó la puerta de la celda y dejó entrar a uno de los matones del hombre. Eran cinco contra uno. Me dieron una paliza bastante fuerte. Así me hice esta —señalo la fina cicatriz blanca que tengo en el costado de la frente.

—¿Y los guardias? —susurra Laila—. ¿Por qué no lo detuvieron?

—Los guardias estaban más interesados en hacer apuestas sobre quién sobreviviría hasta fin de mes.

Se le cae la mandíbula. —¿Hablas en serio?

—Todos apostaron en mi contra —sonrío—. Hice que esos imbéciles perdieran un montón de dinero. Fue uno de los días de mayor orgullo de mi vida.

—Dios mío —dice—. ¿Qué pasó después?

—Me encontraron inconsciente en el suelo de mi celda al día siguiente. Pasé tres noches en el ala médica. Cuando volví a la cárcel, era básicamente una paria. Si veían a alguien hablando conmigo, ofreciéndome aunque sea un vasito de pudin, automáticamente también lo ponían en la lista negra.

—Nuestro sistema de justicia en acción. Qué lindo.

Tomo como una buena señal que parezca tan molesta por mí. —Jasper se me acercó dos días después de que volví a ingresar a máxima seguridad. Lo hizo en medio de la cafetería, justo debajo de las narices de todos. Me dio un cigarrillo y me dijo que parecía que lo necesitaba.

—¿Se puso en la lista negra?

—Supongo que tampoco le gustaba jugar según las reglas.

—¿Recibió críticas por hacerse amigo tuyo de esa manera?

—Controlar el suministro de cigarrillos significaba cierta inmunidad, pero yo no era beneficioso para él, puedo asegurarte eso. Pero así era Jasper… podía contar con él. En ese entonces, al menos.

A medida que nos acercamos a la casa, disminuyo la velocidad, desesperado por prolongar este momento lo más posible.

Laila se arregla el cabello, luego suspira y me mira. —Arsen, ¿por qué me cuentas todo esto?

Escucho la voz de Marie en el fondo de mi cabeza. Prácticamente puedo sentirla empujándome hacia adelante.

—Porque nunca se lo he dicho a nadie —explico—. Porque eres mi esposa.

# ARSEN

*Progreso.*

Eso es lo que me digo a mí mismo mientras me arrastro lejos de la puerta de Laila.

*Esto es progreso.*

Quiero entrar con ella, quitar toda la mierda que se ha acumulado entre nosotros y perderme en ella durante unas horas. Días. Semanas, si no más.

Pero, teniendo en cuenta que ahora estoy celebrando el hecho de que no me pateó el trasero cuando puse mi mano en la parte baja de su espalda y la llevé a la casa, el maratón de sexo de reconciliación probablemente tiene que ser pospuesto.

Podría ir a quemar algo de mi energía extra por mi cuenta, pero la idea de correrme sin Laila cerca me parece tres pasos atrás, así que decido desahogarme de una manera diferente.

Así es como termino afuera de un motel de aspecto sombrío, justo al lado de la autopista. Acecho por las paredes beige descascaradas hasta la habitación 24. Todo lo que se necesitó fue una mirada severa al hombre drogado que atendía la recepción antes de que soltara el número de habitación de Charles.

Pude haberle pedido una llave también, pero me gusta la idea de una entrada grandiosa.

La puerta se parte casi por la mitad cuando le clavo el tacón de la bota. La cadena de la cerradura se rompe y se desprende de la pared, dejando a Charles enmarcado en la madera destrozada, con sus pálidos labios colgando abiertos en un horror sin palabras.

—¿Arsen…?

Doy una patada al resto de la puerta para poder entrar en la habitación húmeda. —Realmente deberíamos dejar de reunirnos así.

Tiembla mientras retrocede hacia el rincón más alejado de la habitación, lo cual no dice mucho. Este lugar es una caja de zapatos.

—¡No me acerqué a ella! —balbucea Charles—. No desde el funeral. No desde…

—Desde que quisiste presentar tus respetos —asiento—. Y ¿cómo llamas a robar la casa que Marie le dejó a su hija antes de que su cuerpo se enfríe bajo tierra? ¿Es eso respetuoso?

Se le pone rígido el cuello. —Esa es mi casa ahora.

—La casa era de Marie, para hacer con ella lo que quisiera. Quería que su única hija la tuviera. Habría pensado que querrías lo mismo, siendo el padre amoroso que eres.

—¡Ella no necesita la maldita casa! —alza la voz—. Tiene dinero, una linda casa. ¡Te tiene *a ti*!

—Y tú tienes deudas. Debes más de lo que esa casa podría siquiera empezar a cubrir.

Baja la mirada al suelo. Es bueno saber que el hombre todavía tiene un mínimo de vergüenza en algún lugar de su marchito corazón. —Es un comienzo.

—Es una pérdida de tiempo. No tienes ningún caso.

—Mi abogado no lo cree así —insiste.

—¿En qué sótano de ofertas encontraste a este abogado? —meto las manos en los bolsillos y Charles se estremece—. No te preocupes, no traje mi arma. No desperdiciaría una bala en ti, ni siquiera si la tuviera conmigo.

El olor de su sudor empieza a invadir la habitación, mezclándose con el desinfectante barato que usaron para limpiar los restos del último cliente. —¿Qué vas a hacerme? —pregunta.

—Solo estoy aquí para contarte los hechos, Charles —avanzo hacia la habitación—. Puede que tu abogado no haya sido honesto contigo, pero yo sí lo seré. Intentaste vender una casa que no era tuya… no una, sino dos veces. Creo que incluso tu abogado de bajo costo llamaría a eso "fraude".

Las rodillas de Charles se doblan. Se desliza por la pared con un sonido chirriante y sudoroso, casi tan patético como él. —Estaba desesperado. *Estoy* desesperado.

—No hace falta que me lo digas. Lo olí en ti en el momento en que nos conocimos.

—¡Entonces, ayúdame! —literalmente cae de rodillas—. Por favor. Laila puede estar enojada conmigo, pero sigo siendo su padre. Soy el único padre que le queda. Si me odiara, no estaría tan enojada conmigo.

Por mi propio bien, espero que tenga razón en eso. El odio está más cerca del amor que la apatía.

—Entonces, salda mi deuda por mí —suplica—. Salda toda la suma y nunca tendrás que volver a verme mientras viva.

—Supongo que eso no será mucho tiempo. ¿Por qué debería molestarme?

Su boca tiembla. —Por favor.

—Lo triste es que yo habría saldado tu deuda —admito—. Pero tiraste esa opción al infierno cuando fuiste a ver a Alessandro Calcagno.

—¡Yo no…!

—Ahórrate las mentiras, Charles. Sé de buena fuente que le propusiste a los italianos la idea de asesinar a mi esposa… tu propia maldita *hija*. No hay vuelta atrás.

Todo su cuerpo tiembla ahora. —Estoy muerto. Vas a matarme.

—Lo haría. Dios, me encantaría, en realidad —flexiono las manos a los costados, haciendo crujir los nudillos—. Pero la hija a la que intentaste matar ha decidido perdonarte la vida. Ahora tienes dos opciones: llevar a cabo esta demanda y acabar en la cárcel o irte e intentar escapar de tus acreedores. Tú eliges.

—Me matarán si huyo.

—Yo te mataré si te quedas.

Aprieta la frente contra el suelo, temblando por todas partes, y no puedo ver esto. Matarlo sería una misericordia en este momento. Una que no se merece.

—Yo me iría esta noche, si fuera tú —agrego—. El tiempo corre.

Dicho esto, me voy. El olor a humedad de él y de su habitación persiste en mis fosas nasales mucho más tiempo del que me gustaría.

Pero, incluso cuando me subo a mi auto, no me alejo todavía. Camino lentamente por la cuadra, observando el motel. Después de quince minutos, Charles se escabulle con sus pocas pertenencias atadas a la espalda. Toma un autobús y se va.

Probablemente debería dejarlo así y esperar que no vuelva, pero me encuentro con el teléfono en la mano, escribiendo un mensaje de texto.

**ARSEN:** ***Tu padre va a retirar la demanda. Ya no será un problema.***

Veo que el mensaje ha sido entregado y abierto.

Pasan los segundos y siento que el pequeño progreso que hice hoy se desvanece. Estoy a punto de tirar mi teléfono al asiento trasero y buscar un lugar donde ahogar el dolor en mi pecho cuando mi teléfono vibra.

Su respuesta es un simple corazón rojo.

*Progreso.*

20

# LAILA

Debí haber sabido que esto iba a pasar.

Arsen Adamov no pelea limpio.

Debo admitir que enviarle el corazón fue mi error. Estaba cansada y agradecida por no tener que lidiar con una demanda además de todo lo demás, y le envié un emoji imprudente.

Desde ese momento, ha sido una ofensa frontal de su parte.

Vio mi vestido negro con corsé y subió la apuesta con pantalones deportivos grises de tiro bajo. ¿Cómo se supone que pida espacio de manera coherente cuando estoy mirando un trozo de carne de hombre jugoso sin camisa?

Todos los días han sido un aluvión de flores, pasteles y regalos tan extravagantes que no puedo obligarme a tirarlos. Los he estado poniendo en un montón caro en mi armario hasta que tenga suficiente para organizar una subasta de alta gama para caridad.

Lo peor de todo es el hecho de que las cosas han ido… bien. Ha aflojado las riendas ahora que Charles está fuera de escena. Puedo salir con amigos… y un pequeño ejército de seguridad personal, sí, pero es mejor que nada.

Es el jefe de esa seguridad el que está girado en el asiento del conductor, con una mano levantada en señal de rendición y la otra sosteniendo una pequeña caja hacia mí. —No le dispares al mensajero.

Kira gruñe. —Será mejor que no sea lo que creo, Dom.

—Le estás disparando al mensajero —responde—, y acabo de pedirte específicamente que no lo hicieras.

Le arranco la caja azul pálido de las manos como si fuera una bomba. Bien podría serlo. Cuando levanto la tapa, el remolino de diamantes rosados y champán que se encuentra en la caja de terciopelo es tan brillante que tengo que cerrarla de nuevo.

—Quiero golpearlo justo en su carita audaz —anuncio.

Dominik me mira a los ojos por el espejo retrovisor. —Eres la primera mujer que he visto enojada por recibir joyas caras.

—¿Puedo verlo? —Kira abre la caja y jadea—. Vaya… Vale, critica todo lo que quieras, pero tiene un gusto buenísimo. Esto es precioso.

Lo sé. Por supuesto que el colgante de rosa con diamantes es precioso. Arsen no hace nada a medias en su vida, ni siquiera humillarse.

Kira saca el collar de la caja, dejando que cuelgue en el aire entre nosotras. —Pruébatelo, al menos.

Maldigo el collar como si estuviera poseído. —Ni hablar. Tómalo tú.

—¡No puedo! ¡Es tuyo! —eso no le impide mirarlo con nostalgia y estrellas en los ojos.

—Sí, de hecho, puedes.

—¡No, de hecho, no puede! —interviene Dominik—. No llevará joyas de otro hombre.

—No son de otro hombre. Son mías —argumento. —Arsen me lo dio y ahora es mío para hacer lo que quiera con él. Quiero que Kira lo tenga.

—Y yo quiero otro trabajo —murmura Dominik en voz baja—. Un trabajo de escritorio agradable y tranquilo. Con paredes altas.

Pongo los ojos en blanco cuando Dominik se detiene frente al restaurante italiano que Guilia sugirió para almorzar. —Kira, dile a tu esposo que no se meta en mis asuntos.

—Cariño, no te metas en los asuntos de Laila —interviene dulcemente, antes de darle un beso en la mejilla y seguirme fuera del auto.

Cuando entramos, Guilia ya está sentada junto a la ventana. Sonríe cuando nos acercamos… y luego me mira a la cara y me agarra por los hombros. —¿Qué sucede?

O Guilia es increíblemente perceptiva, o tiene un equipo de espías. Con mi suerte, probablemente sean ambas.

—¿Qué te hace pensar que algo anda mal? —digo débilmente.

—Es esto —Kira ni siquiera intenta mentir. Ella simplemente le pasa la caja de Tiffany a través de la mesa a Guilia.

Guilia abre la tapa antes de que pueda detenerla y silba. —Vaya, eso sí que es una joya. ¿No te gusta? Porque te la quitaré de las manos si no.

—No, es hermosa —frunzo el ceño—. Ese es exactamente el problema.

Guilia nos mira de una a la otra, al borde de su asiento esperando el chiste. Cuando no llega, dice—: Vale, está claro que me estoy perdiendo algo.

Una vez más, Kira no tiene reparos en derramar todo mi té humeante. —Arsen está siendo castigado y está intentando

recuperar a Laila con…

—¡Baratijas, flores y un montón de tonterías que no necesito! —exploto—. La verdad es que es insultante.

También es un poco entrañable, que es otro tipo de insulto.

—Sentí un poco de tensión entre ustedes en el restaurante la otra noche —admite Guilia—. Pero, teniendo en cuenta que he visto a esposas sacar cuchillos de carne contra sus esposos durante esas estúpidas cenas políticas, no le di mucha importancia.

No tenía pensado decirle ni una palabra sobre nuestra situación a Guilia por si acaso pensara mal de nosotros, pero olvidé con quién estaba hablando. Sea lo que sea que esté pasando entre mí y Arsen, ella ha visto cosas más raras.

Así que me lanzo a la explicación sórdida. Guilia escucha atentamente. No me interrumpe ni una vez… hasta que menciono el exilio forzado.

—Uf. Es difícil recuperarse de eso.

—¡Gracias!

—Pero…

Me doy una palmada en la frente. —No tú también. No quiero un "pero". Estoy tan, tan harta de los "peros".

Guilia sonríe comprensivamente. —Es el *pakhan* de la Bratva más poderosa del país, Laila. Está acostumbrado a hacer las cosas a su manera, a tomar todas las decisiones todo el tiempo.

—Y yo estoy acostumbrada a la libertad. ¿Por qué debería ser yo la única que tenga que renunciar a lo que conoce? —Kira y Guilia intercambian una mirada que me dice que tienen una respuesta preparada para esa pregunta, pero no quiero oírla—. Él no es mi jefe. No le cederé todo. Eso es para los empleados, no para las parejas.

—Y nadie espera que lo hagas —coincide—. Pero tienes que averiguar cómo manejar a ese hombre. Tienes que aceptar tu puesto en lugar de rechazarlo.

—¡No quiero ese puesto en absoluto! Le pedí el divorcio.

En algún lugar, un disco se ralla.

Ambas mujeres me miran como si me hubiera desnudado en medio del restaurante y hubiera empezado a bailar sobre la mesa.

—Laila —susurra Kira—, no puedes estar hablando en serio.

Supongo que eso responde a la pregunta de si Dom puede guardar mis secretos o no. Si sigue así, tal vez le consiga ese cubículo con el que siempre ha soñado.

—Este matrimonio no está funcionando para mí.

—¿De verdad ya no lo amas? —Guilia me estudia, esperando una respuesta que no llega. En cambio, juego con mi vaso de agua, evitando su mirada, hasta que chasquea los dedos—. Eso es lo que pensé. Tienes sentimientos por él.

—*Tenía* sentimientos. Se han desvanecido. O se desvanecerán. Con el tiempo.

Se ríe y empuja la caja de Tiffany hacia mí. —Lo entiendo… no quieres que te compre. Lo respeto. Pero podrías divertirte mucho más si jugaras su juego.

Kira y yo intercambiamos una mirada, y sé que está tan perdida como yo.

Guilia nos acerca. —Déjenme tomarlas bajo mi protección, jóvenes palomas. Tengo mucho conocimiento para impartirles. Consideren esta su primera lección sobre cómo ser una esposa Bratva. Todo lo que necesitarán es la tarjeta de crédito de Arsen.

—Ya les dije: no quiero su dinero.

—No tienes por qué *quererlo* —dice—. En realidad, para esta lección, es mejor que no lo quieras. Él te está colmando de regalos y gastando dinero en ti… así que, gaste lo que gaste, tú tienes que gastar más.

—¿Cómo ayuda eso?

—Vas a golpearlo donde más le duele. Vas a empujarlo hasta su punto de quiebre y descubrirás exactamente cuánta rienda está dispuesto a darte antes de romperse.

Frunzo el ceño. —Quieres que comience una pelea.

Hace chasquear las uñas sobre la mesa, con una sonrisa maliciosa en su rostro. —Me suena a que él comenzó la pelea. Nosotras la vamos a terminar, cariño.

# LAILA

—Laila —grita una voz—, abre la puerta.

Hace unas horas llegué a casa con los brazos cargados de bolsas para todos. Regalos para mí, obviamente, pero también para Polina, Dominik, Gedeon, Kira y Nina. Incluso reabastecí algunos de los escondites secretos de Arsen en la casa, aunque me guardé ese dato para mí. A Giulia no le habría gustado que estuviera gastando el dinero de Arsen en Arsen.

Luego, finalmente, dejé caer el colgante de rosa en la palma de la mano de Arsen y me di la vuelta hacia mi habitación.

Al parecer, me siguió.

—No quiero hablar, Arsen —respondo desde la puerta, recalcando el punto con un bostezo fuerte y exagerado—. Tus tarjetas de crédito pesan mucho. Estoy cansada de usarlas todo el día.

—No tienes que hablar. Solo escuchar —hay una larga pausa. Oigo el suave golpe de su mano presionando contra la madera—. ¿En serio no vas a dejarme entrar?

Mi mano se acerca involuntariamente al pomo, pero la escondo detrás de mi espalda. —No.

Oigo otro golpe y luego un deslizamiento. Veo su sombra debajo de la puerta. Está sentado en el pasillo, con la espalda apoyada contra la puerta.

Hay algo en eso que me toca el corazón.

Casi quiero abrirla. Necesito ver al gran Arsen Adamov sentado en el suelo fuera de mi habitación solo para poder hablar conmigo o nunca lo creeré.

Pero eso es lo que él quiere.

Así que me mantengo firme.

—Vale, hablaré desde aquí —concede—. No estaba tratando de sobornarte con el collar. Solo lo vi… y pensé en ti.

Ahí va mi estúpido corazón.

—Sé que aún estás enojada conmigo y sé que los diamantes no arreglarán nada…

—Pero, ¿pensaste en intentarlo de todas formas? *"Es solo una estúpida mujer. Puede distraerse con algo brillante"*. ¿Así fue como sucedió?

—Nadie te acusaría de ser estúpida, *roza*. Eres la mujer más inteligente que conozco. Tú y Marie.

Mi corazón se encoge en el momento en que menciona a mi madre. —Yo… Ay, que te jodan —me dejo caer al suelo para imitar su posición, de espaldas a la puerta, solo unos pocos centímetros de madera nos separan—. Aún no puedo creer que se haya ido.

—Algunos días, yo tampoco.

Una ira que pensé que había reprimido surge en mí rápidamente. —Tú fuiste el que pudo estar con ella en esos últimos meses, y ni siquiera significaba nada para ti.

—Era mi suegra —objeta—. Y mi amiga. La visité todos los días mientras tú no estabas. Almorzábamos. Hablábamos.

Me vuelvo hacia la puerta, deseando poder ver su rostro, leer su lenguaje corporal. —¿De qué hablaron ustedes dos?

—De nada. De todo.

Trazo un nudo en la madera, mi dedo dando vueltas y vueltas. Tanto para intentar fingir que no me importa lo que tiene que decir. Me bebo cada palabra, cada suspiro.

—Sobre todo de ti —admite desde el otro lado—. Eras el amor de la vida de Marie.

El nudo en mi corazón sube hasta mi garganta. —Perdiste a tu madre, ¿así que decidiste robarme la mía?

Las palabras salen de mi boca antes de que haya tenido la oportunidad de pensarlas. Mi culpa se precipita para llenar el silencio entre nosotros.

—Lo siento —murmuro rápidamente—. Eso fue algo horrible de decir.

—Está bien —su voz no delata nada—. Tienes todo el derecho a sentirte así. Te robé tiempo con Marie. Luego estaba yo allí en tu lugar, teniendo las conversaciones que ella debió haber tenido contigo.

—¿Te pidió que me trajeras de vuelta?

Hay una pequeña pausa. —Todo el tiempo. Estaba furiosa conmigo por negarme. Pero me aguantaba porque se sentía sola. Te extrañaba.

Cierro los ojos y se me escapa una lágrima. —Estás mintiendo. Me dijo que no quería que volviera.

—Fue porque te amaba, Laila. No quería que vieras su lucha.

Me muerdo el labio para contener un sollozo. Cuando siento que tengo más control de mí misma, me seco las lágrimas. —Gracias… por mentirme.

—Nunca quise hacerte daño, ¿sabes? Desearía poder hacerlo de nuevo. Si no hubiera estado tan obsesionado con evitar mi propio dolor, podría haber evitado causar el tuyo.

Mi respiración se entrecorta. Mi mejilla prácticamente está besando la madera. —¿Qué quieres decir?

—Te envié lejos por la recompensa, pero había más. Después de que Dom y yo fuéramos atacados… Me sacudió. No lo vi venir. No me había sentido así en mucho tiempo. No desde que murieron mis padres —su voz se suaviza, pero nunca lo había escuchado tan claramente—. Odio no estar preparado. Después de lo que pasó con mi padre, juré que nunca más me tomarían por sorpresa.

—Nadie puede estar preparado para todo en la vida.

—Tienes que prestar atención. Estar alerta. Hay señales. Siempre las hay. Pero estaba distraído y no las vi —gime de frustración y, cuando cierro los ojos, puedo imaginarlo tirándose del cabello—. Mi papá dejó de comer después de que murió mi mamá. No hablaba. Era un cascarón y yo… Debí haberlo visto venir.

Casi tengo miedo de preguntar, pero no puedo evitarlo. —¿Ver venir qué?

—Se suicidó —dice Arsen con voz áspera—. Justo en su tumba. Yo lo encontré.

—¡Dios mío! Arsen.

Antes de que pueda pensarlo mejor, abro la puerta de un tirón.

Arsen está tan sorprendido como yo cuando se da vuelta para mirarme y yo le echo los brazos al cuello. Me arrastro hasta su regazo y entierro la cara en su hombro. —¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no es algo de lo que hablo.

Me aparto para mirarlo. Estamos sentados en el umbral entre el pasillo y mi habitación. Tierra de nadie en más de un sentido. —No puedes culparte, Arsen.

—Excepto que fue mi culpa.

—Eras un niño…

—Yo era su hijo y le fallé —su mano se cierne sobre mi rodilla como si todavía no estuviera seguro de poder tocarme—. La noche en que Dom y yo fuimos atacados, yo estaba distraído. Conmigo mismo. Con… —sus ojos buscan los míos por un momento antes de alejarse otra vez—. Con nosotros. Si hubiera estado prestando más atención, habría sentido la trampa.

—¿Así que me enviaste lejos porque era una distracción?

Durante meses, quise una explicación. Pero nada de esto me hace sentir mejor.

—Algo así —baja los ojos—. Tenía miedo. Pensé que la única manera de dirigir este imperio y mantener a salvo a la gente que amo era estando solo.

—¿Cómo funcionó eso para ti?

—Estamos aquí, ¿no? —suelta una risa desdeñosa—. Ambos sabemos que tomé la decisión equivocada. Por eso estoy tratando de arreglarla.

Es por eso que se está abriendo a mí. Es por eso que está aquí.

¿Cuántas veces vi a mi padre escabullirse de nuevo en la vida de mi madre, solo para llevarse algo de dinero y huir?

Arsen no es como mi padre, pero sería estúpida si ignorara las lecciones duramente aprendidas por mi madre.

—Abrí la puerta porque… —escucho la pregunta de Guilia del almuerzo resonando en mi cabeza, pero la palabra "amor" bien podría ser un idioma diferente. No puedo obligarme a decirla. No ahora. No cuando todo sigue en el aire—, porque todavía me preocupo por ti. No porque te perdono.

Él asiente. —Lo sé.

Podría quedarme aquí en el piso con Arsen para siempre. Pero ¿dónde nos dejaría?

Anhelo tocarlo, darle mi consuelo, ser su esposa… pero nada ha cambiado. A pesar del hecho de que él sostiene la puerta metafórica abierta para mí, no puedo atravesarla.

Todavía no, de cualquier modo.

A regañadientes, me aparto de sus brazos y me levanto. Él me imita y se queda de pie en el umbral sin cruzar.

—Necesito dormir —le digo.

Sus ojos pasan rápidamente por encima de mí y entran en la habitación, pero no me pide entrar. Lo agradezco. No estoy del todo segura de poder decirle que no ahora mismo.

—Vale. Buenas noches, Laila.

—Buenas noches, Arsen.

Duda un momento. Luego, se inclina hacia mí. Sus labios encuentran mi frente. No es más que un aleteo, el más ligero de los toques… pero dice más de lo que ninguno de los dos sabe cómo expresar con palabras.

Luego, se da la vuelta.

Se aleja.

Me da espacio.

La última jodida cosa que necesito.

# LAILA

Sigo el olor a pan recién horneado hasta la cocina y veo a Polina sacando una bandeja de bollos. —Vaya, ¿a quién intentas impresionar?

Le da un beso en la frente a Nina al pasar. —A ti, en realidad. Espero poder hacer que comas una comida como es debido hoy.

Llevo semanas picoteando la comida como un pájaro. Polina ha dejado claro que, si me salto más comidas, empezará a tomárselo como algo personal. El problema es que no he tenido hambre. No desde el momento en que Arsen me contó lo de mi mamá.

Polina me quita a Nina de los brazos y la pone en su regazo. Todavía no tengo mucho apetito, pero me siento de todos modos. —¿Cómo puedo decir que no a unos bollos recién hechos?

—Eso es, chica —Polina empuja la bandeja de mermeladas hacia mí —. Sírvete.

—¿Hoy soy la única? ¿Dónde están los chicos?

—Gedeon está de servicio y Dominik está pasando la mañana con Kira.

Por primera vez en mucho tiempo, no hablaba solo de Dominik y Gedeon. No he visto a Arsen desde la otra noche afuera de mi

puerta. Por fin me está dando el espacio que pedí y ahora lo estoy buscando. No me pierdo la ironía en nada de eso, pero elijo ignorarla de todos modos.

—Esperaba una mañana tranquila, solo las dos —Polina saca un sobre blanco del bolsillo de su delantal—. Tengo algo para ti —estoy extendiendo la mano sobre la mesa para cogerlo cuando agrega—: Es de Arsen.

Mi mano flota allí, congelada por la indecisión. El sobre es demasiado pequeño para ser más joyas o la cabeza cortada de los enemigos de Arsen, pero sé que no debo subestimarlo.

Pero no importa. Polina lo empuja en mi mano. —Ábrelo.

Si lo hago, la realidad tal como la conozco podría derrumbarse a mi alrededor.

Si no, siempre me preguntaré qué había dentro.

La curiosidad gana y lo abro.

Reconozco la caligrafía cortante de Arsen. Las líneas son tan pulcras y eficientes como el hombre que las escribió.

***Laila,***

***Te he inscrito en la Academia Zen. Antes de que te niegues, debes saber que esto no es un regalo, es una inversión. Cuando completes tu formación y abras tu propio estudio, pienso invertir. Tengo la intención de asegurarme de que mi inversión sea un éxito. Gedeon o Dominik te llevarán a tus clases por la mañana, y yo me aseguraré de que tengas las tardes libres para estar con Nina.***

***Con cariño, Arsen***

Leo la carta una y otra vez, tratando de procesar lo que significa.

—¿Todo bien? —pregunta Polina.

Intento responder, pero no encuentro las palabras. Así que le entrego la carta.

Ella la lee con el ceño fruncido. —¿Academia Zen?

—Es una escuela de formación de yoga —vuelvo a hojear la carta para asegurarme de que no me lo he imaginado todo—. Es… cara. Una de las escuelas de yoga más prestigiosas del estado.

Polina parece confusa, sus ojos pasan de la carta a mí, tratando de evaluar cómo debería responder. —Eso es genial, ¿verdad?

Tal vez, si fuera cualquier otra cosa, podría controlar mi reacción, ver esto como otro intento de Arsen de comprar mi perdón.

Pero esto no es otra cosa.

—¡Por fin puedo obtener mi certificado, Polina! —las lágrimas se acumulan en mis ojos y tengo que parpadear para contenerlas.

—Definitivamente genial, entonces —Polina sonríe—. Estoy feliz por ti, Laila.

Yo también estoy feliz por mí. Por primera vez en semanas, estoy feliz.

Es imposible no relacionar el sentimiento con mi esposo distanciado.

Dejo el sobre en la mesa, los nervios y la emoción corroen mis entrañas. —Está tratando de enmendarse.

—Parece que está haciendo un buen trabajo. Deberías dejarlo.

Toco el bollo de mi plato, demasiado confundida para preocuparme por el perfecto sabor a frutos rojos contra el glaseado de limón y azúcar. —Solo no quiero que se haga una idea equivocada.

Especialmente porque *yo* podría estar haciéndome una idea equivocada.

—¿Cómo qué? ¿Que quieres convertirte en instructora de yoga?

La miro fijamente. —Ya sabes a qué me refiero.

—Cariño, puede que estés pensando demasiado en esto. Es un gesto encantador, pero no creo que él espere nada de ti.

—¡Despierta y huele el soborno, Pol! Está tratando de desgastarme.

No estaría tan molesta por eso si no estuviera funcionando tan bien.

Nina saca la carta y la dejo que la tome. La aprieta en sus puños regordetes antes de que Polina pueda quitársela de nuevo. —¿Desgastarte en el sentido de…?

—Quiere volver a mi vida. Quiere que las cosas vuelvan a ser como antes.

Arquea una ceja. —¿Eso sería realmente tan malo?

—Debí haber sabido que estarías de su lado —murmuro.

Ella se echa hacia atrás, ofendida. —Le di una bofetada en la cara a ese chico por la forma en que te trató. ¡Me fui de la casa!

Me pongo rígida. —¿Lo hiciste?

—Claro que sí. La única razón por la que volví fue porque Arsen me dijo que te traería a casa.

De repente, tengo los ojos y la garganta irritados. —Nunca me mencionó eso.

—Tendrías que hablarle para que te mencione algo —señala con suavidad.

—Hablamos. Eh… *él* habla, supongo. Anoche me contó sobre su padre.

Un pequeño frasco de mermelada cae sobre la mesa, haciéndonos saltar a ambas. Polina lo endereza y luego se presiona una mano en el pecho. —¿Lo hizo?

—Sí, y pensé que era algo muy importante incluso antes de que reaccionaras así.

—Nunca habla de su padre —Polina me mira con los ojos entrecerrados mientras mi hija tira de su apretado moño. Nina casi ha conseguido desatar el moño y Polina ni siquiera se da cuenta.

—Quería que comprendiera por qué me envió lejos… por qué me alejó después de que Dominik se lastimara.

—Espero que entiendas por qué sentí que no me correspondía decírtelo —dice suavemente—. Pero me alegro de que finalmente lo haya hecho.

—¿Estuviste allí? —susurro.

Los ojos de Polina se llenan de lágrimas que tiene que parpadear para contener. —Sí. Supongo que todos tenemos algo de culpa. Vi lo mucho que estaba sufriendo Dimitri después del funeral de Nina. Simplemente supuse que se le pasaría.

—No podías haberlo sabido…

—Pero debí haberlo sabido —insiste—. Era el esposo de mi mejor amiga. Nina me pidió que lo cuidara por ella. Ni siquiera un mes después de que ella se fuera, le fallé.

Pongo una mano sobre su rodilla. —Tú y Arsen no son responsables de lo que pasó con Dimitri. Era un hombre adulto…

—…que necesitaba ayuda —dice con dureza—. *Mi* ayuda.

Levanto suavemente a Nina del regazo de Polina, dándole a la mujer la libertad de hundirse en su silla de la manera en que puedo ver que quiere hacerlo. —Te he visto hacer este trabajo durante más de un año, Polina. No le has fallado a Nina en absoluto. De hecho, creo que la has hecho orgullosa.

Polina solloza. —Es muy amable de tu parte decirlo.

—No lo digo por ser amable; lo digo porque creo que es verdad.

—Te está dejando entrar, Laila —dice—. Está tratando de compartir contigo. Eso es algo que nunca ha hecho. Con nadie.

Cierro los ojos por un momento, tratando de luchar contra la ola de miedo que sube por mi garganta. —*Quiero* seguir adelante, Polina… solo tengo miedo. ¿Qué pasa si bajo la guardia y él me vuelve a quitar la alfombra de debajo de los pies? No estoy segura de poder sobrevivir eso una segunda vez.

—El amor siempre es un riesgo, cariño.

Mis labios se sellan. —Amo a mi madre, pero no quiero cometer los mismos errores. Desperdició su vida amando a un hombre que no la amaba. No quiero hacer eso.

La mirada de Polina es penetrante y escrutadora. —¿De verdad crees que Arsen no te ama?

El corazón me da un vuelco en las costillas. —No se casó conmigo porque me amara, Polina. Se casó conmigo porque le convenía. Tenía motivos. Apuesto a que todavía los tiene.

—Dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo, ¿no?

—Tal vez —concedo—. Pero no estoy segura de que lo sean.

# ARSEN

Nina llora.

Yo me estremezco.

Porque sé que los otros padres en este parque huelen mi debilidad.

*Puede que tengas un cochecito de siete mil dólares, pero eso no te convierte en padre*, dicen sus miradas.

Patea con las piernas mientras se le pone la cara roja. La estaciono debajo de un sicómoro y me abro paso a través del laberinto de correas y hebillas para sacarla del cochecito. Pero ella sigue llorando.

Polina se ofreció a venir con nosotros, pero le dije que podía cuidar de mi propia hija.

*Ja*. La broma es para mí.

—¿Qué te pasa, pequeña? —murmuro mientras me da manotazos con los puños cerrados.

Repaso la lista de verificación de emergencia: pañal, biberón, el andar saltando que me hace sentir como un tonto pero que generalmente funciona.

Nada de eso funciona.

Dos madres al otro lado del parque están sentadas en un banco mientras sus hijos juegan felices en el arenero, y siento sus miradas compasivas.

*Pobre niña, atrapada con un padre así. Que Dios la ayude.*

Estoy haciendo malabarismos con Nina retorciéndose cuando una mujer con rastas aparca su cochecito junto a mí. Señala el banco. —¿Te importa?

Probablemente quiera un asiento en primera fila para ver este desastre. Ni siquiera puedo culparla. Debe ser la televisión de citas.

—Adelante —luego vuelvo mi atención a mi hija furiosa—. Nos va muy bien en casa, *malyshka*. ¿Cuál es el problema ahora?

Nina simplemente entrecierra los ojos y me mira como si dijera: *"No confío en ti"*.

Veo que su madre la contagió.

—¿Qué edad tiene? —pregunta la mujer. Su hijo está sentado en su cochecito, mirándonos con curiosidad a Nina y a mí.

—Seis meses.

—Callum tiene siete —sonríe a su bebé y luego se vuelve hacia mí—. Soy Marion.

—Arsen —me señalo a mí mismo y luego a la cosa que chilla en mis brazos—. Esta es Nina.

Marion sonríe a Nina como si no fuera un alma en pena en este momento. —¡Mira toda esa baba! ¿Te están saliendo los dientes, pequeña?

Frunzo el ceño. —¿Eso la haría llorar?

Para su crédito, Marion no se ríe. —¿Es tu primera hija?

—¿Es tan obvio?

En lugar de responder, Marion señala el anillo de plástico blando que cuelga del bolsillo lateral de la bolsa de pañales de Nina. —Prueba dándole eso.

—¿Qué hará?

—Pónselo en la boca y descúbrelo.

No puedo imaginar que Laila guarde algo venenoso en la bolsa de pañales de Nina, y como el paseo con saltos no funcionó, me quedé sin trucos. Así que le meto el anillo rosa a Nina en la boca.

En el momento en que se prende…

*Dulce y dichoso silencio.*

Nina parpadea inocentemente mientras muerde el anillo, masticando y explorando.

—¿Qué eres? —pregunto con asombro, volviéndome hacia Marion—. ¿La encantadora de bebés?

—Solo una veterana experimentada —levanta a Callum de su cochecito y lo acomoda en su regazo—. Cal aquí es mi cuarto —debe ver el horror en mi cara porque se ríe—. Sí, lo sé. Fue una sorpresa. Pensamos que habíamos terminado después de la tercera. Se suponía que Abigail sería nuestra hija menor. Pero tiene ocho años y es la hermana mayor más orgullosa del mundo.

—La vida tenía otras ideas.

—Exactamente —sus ojos castaños se iluminan—. Cuando me quedé embarazada de él, no sabía cómo iba a arreglármelas para tener tres hijos, un trabajo a tiempo completo y una casa. Pero simplemente te las arreglas.

—Sigo esperando que eso suceda.

Marion le hace cosquillas en el estómago a Nina, y el adorable bulto que estaba gritando hace menos de treinta segundos tiene la

audacia de reírse. —Lo estás haciendo muy bien desde donde estoy sentada.

—No estoy seguro de que mi esposa esté de acuerdo —hago una mueca de dolor tan pronto como las palabras salen de mi boca—. No debí haber dicho eso.

Ella me da una sonrisa triste. —Dicen que el primer año de matrimonio es el más difícil, pero no lo es… es el primer año después de tener un bebé. Si la falta de sueño no nos hubiera matado primero, Derek y yo nos habríamos destrozado las gargantas.

—Y sin embargo tienen cuatro hijos.

—Encontramos un ritmo —se encoge de hombros—. Estoy segura de que tú y tu esposa también lo harán. Algunos días, lo único en lo que podía concentrarme era en amar a mi esposo un poco más de lo que lo odiaba.

—Laila tiene la parte del odio bajo control —murmuro, medio en broma—. Estamos trabajando en la parte del amor.

—Estoy segura de que no te odia —me asegura Marion—. Es solo una madre primeriza. No importa cuánto intentes ayudarlas, las mujeres terminan haciendo la mayor parte. Es una inevitabilidad biológica, pero eso no lo hace más fácil.

—Tampoco lo hace más fácil el hecho de que no estuve mucho tiempo presente en los últimos meses —no sé por qué estoy compartiendo tanto con una extraña. Tal vez porque *es* una extraña. Y probablemente porque no me está dando la mirada crítica que definitivamente merezco.

—¿Es eso lo que estás haciendo aquí? ¿Recuperando el tiempo perdido?

—Intento hacerlo. Mi esposa también está ocupada esta mañana, trabajando en su certificación de yoga. Quiere ser maestra.

Marion silba. —Bien por ella. No volví a mis pasatiempos hasta mucho después de tener el segundo hijo. Laila está un paso adelante. Eso es bueno. Se sentirá como ella misma en poco tiempo.

Quiero que eso sea algo bueno, pero ¿y si esa Laila también me odia?

—Todavía no estoy seguro de que me perdone.

Marion hace rebotar a su hijo sobre su rodilla. —Solo sigue apareciendo. Ella llegará tarde o temprano.

—Es fácil decirlo cuando no sabes lo mal que lo arruiné.

Ella levanta las cejas y me observa por un momento. —En mi experiencia, no hay ningún error tan grave del que no puedas recuperarte.

*Si tan solo pudiera creer que tiene razón.*



Pobeda está al frente y al centro, alineando los estantes de vidrio del bar como trofeos brillantes en exhibición. Rurik, el barman que saqué de uno de los clubes más grandes de Manhattan, está de pie detrás del mostrador, sirviendo bebidas para que Dom y yo las probemos.

—¿Y bien? —pregunta Dominik, moviendo las cejas hacia mí por encima del bar—. Todo se ve bastante bien, ¿no?

No puedo contener mi sonrisa. —Se ve bastante jodidamente genial.

Nadie me acusaría nunca de vender la piel del oso antes de cazarlo. Siempre hay tiempo para que las cosas salgan mal… pero en este momento parece que Pobeda será un éxito.

—¿Cómo va la lista de cócteles, Rurik?

—He estado experimentando con la ginebra y el bourbon —me pasa un menú escrito a mano por el bar—. Tengo tres cócteles nuevos para que pruebes. Déjame prepararte una Firma Pobeda.

Sirve un líquido rojo oscuro en una copa de martini y lo cubre con sal de roca y menta antes de empujarlo hacia nosotros. —Déjame saber qué piensas.

Tomo un sorbo y… —Maldita sea —hay notas de cítricos, menta, miel y, la estrella del espectáculo: tonos dulces de ginebra Adamov.

—Es fuerte, pero no escatimo en alcohol —explica Rurik—. Especialmente cuando es tan bueno.

—Me alegra que mi marca te haya inspirado.

Rurik inclina la cabeza hacia mí y se gira hacia Dom. —Por cierto, ¿el nuevo? Lo está haciendo bien. Tiene actitud, pero es minucioso.

Me vuelvo hacia Dominik, y él responde a mi pregunta antes de que pueda siquiera preguntar. —Jasper. Lo puse a trabajar.

—¿Como ayudante de bar? —Hago una mueca.

—Todos hemos trabajado para ascender desde abajo —dice Dom con frialdad—. Puede que sea tu favorito, pero no es el mío.

—¿Así que estás equilibrando la balanza? —pregunto—. ¿Vas a tratarlo como una mierda porque crees que soy demasiado indulgente con él?

—No, pruebo tu teoría de que Jasper ha cambiado de actitud —responde—. Si es así, entonces el trabajo duro no lo asustará.

Apretando los dientes, me vuelvo hacia el bar. —Vale. Avísame cómo…

—¡Te escuché la primera vez, maldita sea! —Jasper grita por encima del hombro mientras dobla la esquina a toda prisa, arrastrando una enorme caja de botellas—. ¡Solo tengo dos manos!

En su ira, no ve a Rurik, así que está tan sorprendido como cualquiera cuando se estrella contra la espalda de Rurik, dejando caer la caja en el proceso. El vidrio se rompe, el líquido sale disparado en un géiser y Rurik ruge una maldición.

—¡Joder, hombre, eso era El Oro Líquido! ¡Es nuestro whisky más caro! —Rurik observa el daño—. ¿Cuántas botellas son esas?

El hombre al que Jas estaba llamando, Anton, aparece por la esquina y chasquea la lengua ante la caja destruida. —¿"Solo dos manos"? Más bien dos pies izquierdos.

El labio superior de Jasper se frunce. Las dos manos en cuestión se cierran en puños a sus costados. Lo conozco lo suficiente como para saber que Anton debería quitarse de en medio antes de que esté sangrando en el suelo.

Antes de que los puños imprudentes puedan volar, Dom se aclara la garganta. —Supongo que esta misión tampoco va a funcionar, ¿no, Jazzy?

Los ojos de Jasper se deslizan de Anton a Dominik. Luego a mí. Su frente se contrae mientras se acerca. —Tenías que elegir hoy de todos los días para aparecer.

—¿Decidiste hacer un espectáculo para mí? —intento bromear, pero el ambiente es tenso.

—Es todo lo que es: un espectáculo. ¡Debería estar haciendo un trabajo legítimo! —gruñe—. Pero tu pequeña perra de perro faldero sigue insistiendo en darme estos malditos papeles de mierda…

—Porque todavía no has demostrado que eres lo suficientemente responsable o capaz para manejar algo importante —interrumpe Dom.

—¡He hecho todo lo que me has pedido!

—No recuerdo haberte pedido que rompieras una docena de botellas de Oro Líquido. Esa caja sola vale más de diez mil. Una vez que

hayas pagado tus deudas, puedes pagarle a Arsen por…

—Es suficiente, Dominik —me interpongo entre los dos hombres y los separo—. Ve a la parte de atrás y revisa el inventario. Deberíamos tener mucho más Oro Líquido.

Dominik me lanza una mirada molesta antes de alejarse hacia el área del personal.

Me vuelvo hacia Jasper. —No conseguirás caerle bien a Dom hablándole así.

La barbilla de Jas está alta y orgullosa. —Me estaba defendiendo.

—No tienes que defenderte de tu hermano.

Baja la mirada. Se retuerce las manos como si no supiera qué hacer con ellas. —Tienes razón. Es solo que… el jodido Dominik. El hombre me llega.

—Anton y Rurik deben tener el mismo talento entonces.

Se sonroja. —Me han estado presionando todo el día.

—¿Y no puedes manejarlo?

—¡No! Eso no es… Puedo manejarlo bien —Jasper respira hondo, pasándose una mano por su cabello rapado—. Estoy siendo un maldito bebé. Fui barman antes de ir a prisión. Esto se siente como un paso atrás. Además, esta vez, ni siquiera puedo disfrutar de las bebidas. Supongo que… solo estoy… —le toma varios segundos pronunciar las palabras—. La sobriedad no ha sido fácil.

—Lo entiendo.

—Dudo que lo hagas —suspira—. Eres bueno en todo.

—¿Estás tratando de halagarme?

Me da una sonrisa de oreja a oreja, que me lleva de vuelta a nuestros días en la máxima seguridad. Luego se pasa una mano por

la nuca. —Entiendo por qué me mantienes en las afueras. Pero estoy dispuesto a dedicar el tiempo que sea necesario para llegar al círculo interno. Quiero demostrarte que soy digno.

—Bien. Porque he luchado por ti, Jas. No me decepciones.

Asiente con énfasis. —No lo haré.

Me encuentro con Dominik afuera. Sé lo que va a decir en el momento en que se mete las manos en los bolsillos y se da la vuelta, pero lo dejo decirlo de todos modos. —Debiste haberlo rechazado el día que apareció, Arsen.

—No empieces esto de nuevo, Dom —espeto—. No tengo la maldita energía.

—¿Sí? Bueno, somos dos. Has pagado tu deuda con él diez veces. Entonces, ¿por qué demonios sigues sintiendo que tienes que encargarte de ese desastre? Es peso muerto.

—Quizás lo fue alguna vez, pero está tratando de ser más. Está sobrio. Quiere hacer algo por sí mismo. Mientras lo quiera, tengo que darle una oportunidad.

—Es un error —espeta Dominik.

—¿Cómo puedo esperar que Laila me dé una segunda oportunidad si no le extiendo la misma cortesía a Jasper?

—Yo… —mueve la mandíbula de un lado a otro—. Eso no es lo mismo.

—Al final del día, todo es lo mismo. El perdón es el perdón. Estoy tratando de aprenderlo de ambos lados.

# LAILA

Los ojos de Arsen brillan cuando abre la puerta y me encuentra parada allí. Hacen un lento y serpenteante viaje por mi cuerpo, y tengo que admitir que me da un poco de emoción saber que todavía me desea.

—¿A dónde vas? —Arsen saca a Nina de mis brazos. Presiona un beso en el hueco de su cuello regordete, haciéndola reír, y estoy tentada de decir *"A ninguna parte"* y quedarme aquí por el resto de la eternidad.

O sea, le dije a Arsen que necesitaba espacio, y lo necesitaba. Lo necesito.

Pero una mujer también tiene otras necesidades.

Aprieto mis muslos y le digo la verdad. Pero solo porque sé que lo enojará tanto como si me niego a decirle algo.

—A un salón de tatuajes. Tengo una cita en media hora.

Arsen resopla. —Muy gracioso. ¿A dónde vas en realidad?

—Se llama Stonemason's Inkery. Guilia me lo recomendó. Se especializan en arte corporal muy detallado e intrincado.

La cara de Arsen se desploma. —Hablas en serio.

—Mortalmente. Voy a llegar tarde —me echo el cabello por encima del hombro y me doy vuelta.

Arsen me sigue. —¿Desde cuándo quieres un tatuaje?

—Ay, no sé. ¿Desde hace como una hora? —digo—. Me siento espontánea.

Me adelanta en dos grandes pasos, cortándome el camino hacia la puerta. —Los tatuajes son permanentes, Laila.

—Soy consciente. A diferencia de algunas personas, no tengo problemas con los compromisos a largo plazo.

Nina tira del cuello de su camisa y sopla pedorretas babosas contra su mejilla, pero él solo me frunce el ceño. —No estoy tratando de iniciar una pelea.

—Eres tan bueno en eso que ni siquiera tienes que esforzarte.

Intento moverme alrededor de él, pero se mueve, quedándose frente a mí. —¿Sabes qué tipo de tatuaje quieres?

Me toco la barbilla, fingiendo pensar. —Tal vez una mariposa sosteniendo un cartel que dice "Tómame Aquí", justo encima de mi trasero.

Por un momento, creo que su máscara de paciencia cuidadosamente controlada se va a quebrar. Pero luego exhala por la nariz. —¿Qué tal "Propiedad de Arsen Adamov"?

Arrugo la nariz. —¡No! ¿Qué tal "Abierto al Público"?

Su brazo se contrae y ahora estoy segura de que se va a quebrar. Sus pómulos son tan afilados que podría usarlos para tallar mármol.

En cambio, se hace a un lado, dándome paso hacia el auto donde Gedeon está esperando en el asiento del conductor. —Bueno, entonces… no te entretendré.

Y, por razones que nunca podré descubrir, estoy decepcionada.

¿Me sentiría mejor si me hubiera arrastrado adentro y hubiera cerrado la puerta? Puede que no me tatúe en la espalda baja la frase ***"Propiedad de Arsen Adamov"***, pero ese maldito hombre está grabado para siempre en mi corazón.

—Tal vez necesite un terapeuta, Gedeon —suspiro mientras me dejo caer en el asiento del pasajero—. Soy un caso perdido.

Se limita a resoplar. —Podría haberte dicho eso hace mucho tiempo.

Nos quedamos en silencio mientras me conduce por la ciudad y se detiene frente a un edificio de ladrillos. El exterior está en mal estado, pero el interior es limpio y moderno. Las puertas están pintadas de un negro brillante y las mesas son losas de mármol blanco.

Gedeon encuentra una silla de cuero en la sala de espera mientras me llevan a una habitación privada para esperar a mi tatuador.

No es fácil pasar por alto a Wolfgang Ramsey. Es un hombre enorme, con antebrazos tan gruesos como mi abdomen. Cada cresta y curva de su cuerpo excesivamente musculoso está cubierta de tinta. Me mira de reojo, y luego hace una doble mirada bastante obvia. —Hola.

Siento una punzada de nervios. —Debes ser Wolfgang.

—Y tú eres Laila Barnes —muestra sus dientes blancos y se sienta, inclinándose un poco más cerca de lo que me resulta cómodo—. No tuvimos una consulta. Créeme, me acordaría de ti. Si todavía estás dándole vueltas a las cosas, puedo hacerte algunas sugerencias que creo que te quedarán geniales.

Intento poner un poco de distancia entre nosotros, pero él se mueve conmigo. —Ah, está bien. En realidad…

—Los tatuajes en los senos están de moda en este momento —me atropella—. Un pequeño y bonito e intrincado detalle en tu pecho. Tal vez en el lado derecho —sus ojos se desvían hacia mis senos,

como si simplemente estuviera cumpliendo con sus deberes profesionales mirándome con lujuria.

—Eh, no lo creo.

—El lado izquierdo, entonces. Desde donde estoy sentado, hay más con lo que trabajar allí.

*¿Qué demonios?* Honestamente, no puedo notar si me está tomando el pelo o si en realidad es un gran pervertido.

Como me niego a irme de este salón de tatuajes sin un tatuaje y demostrarle a Arsen que tiene razón, aprieto los dientes y sigo. —Quiero "Marie" en la muñeca. Algo pequeño y delicado.

Su lengua se desliza sobre su labio inferior. —¿Marie es tu novia?

—Marie es el nombre de mi madre —digo con frialdad—. Murió hace unas semanas.

He soltado la bomba de la Madre Muerta. Espero que se disculpe torpemente, pero solo se ríe. —Viéndote, Marie debe haber sido un mujerón. De tal palo, tal astilla, supongo.

Y ahí se va cualquier oportunidad que tenía de redimirse.

También cualquier oportunidad de que yo permita que este pervertido de clase mundial se asocie con un elemento permanente en mi cuerpo.

—¿Sabes qué? —salto de la silla—. De hecho, he cambiado de opinión. Los tatuajes son permanentes y no lo he pensado bien.

—Te echas atrás —asiente Wolfgang con complicidad—. Es totalmente normal. Puedo tranquilizarte. ¿Quizás un masaje? Ayuda a aliviar la tensión.

Lo que podría aliviar la tensión es un codazo fuerte en la cuenca del ojo. O tal vez un dedo del pie en la entrepierna. —¿Realmente hablas en serio?

—Ah, soy todo real, nena —ronronea, sus pectorales flexionándose y saltando a través del fino material de su camisa—. ¿Quieres tocar y descubrirlo?

—¿Puedo jugar? —retumba una voz profunda y furiosa detrás de mí —. Pero, si yo toco, tú serás quien lo descubrirá.

Un alivio tan intenso que casi me hace caer de rodillas me invade y me odio por ello.

Pero no puedo evitar amar la forma en que la sonrisa de Wolfgang se desvanece cuando observa a Arsen.

—Oye, hombre, esta es una sesión privada. No puedes solo irrumpir así como…

—Y tú no puedes hablarle así a mi esposa. Ahora que lo has hecho, estoy en mi derecho de quitarte esas pelotas de ping-pong que llamas testículos.

Wolfgang se encoge. —Oye, hombre, no quise decir nada con eso. Solo estaba…

—Termina esa frase y tomaré esa pistola perforadora y te atravesaré el ojo —gruñe Arsen.

Wolfgang se toma la amenaza en serio, tropezando con su propia silla en su prisa por salir de la habitación.

La puerta se cierra de golpe detrás de él y me dejo caer contra la pared. —Hasta aquí llegó mi tatuaje.

Arsen señala con el dedo la silla de tatuajes. —Siéntate.

—¿Qué?

—¿Quieres un tatuaje del nombre de Marie en tu muñeca? —toma la pistola de tatuajes como si realmente fuera a hacer algo con ella. Asiento y él asiente de vuelta—. Entonces, eso es lo que te vas a hacer. Siéntate.

Se ve tan serio, tan severo que vuelvo a sentarme. —¿Qué estás haciendo?

—Aprendes habilidades interesantes en prisión —levanta la mirada hacia la mía—. ¿Estás segura de esto?

Extrañamente, estoy más segura de lo que estaba antes.

—Adelante —y luego, sin pensarlo, añado—: Confío en ti.

25

# LAILA

Kira golpea juguetonamente su panza como si fuera una pelota. —¡Ya basta! ¡Sal!

—Oye —le tomo las muñecas con suavidad—. Vendrá. Dale un poco de tiempo.

Ella dirige su atención hacia mí e inmediatamente me arrepiento de haber hablado. —¡¿Tiempo?! ¡Ha tenido cuarenta y dos semanas de tiempo, Laila! ¡Cuarenta y dos!

Hace un mes, Kira estaba descansando en el sofá, diciendo que podía quedarse embarazada un poco más, incluso. No estaba *tan* incómoda.

Luego, el bebé decidió quedarse escondido dos semanas más y su tono ha cambiado drásticamente.

—Le has hecho un lindo hogar ahí —sugiere Polina, tratando de animarla. Eso solo le gana una mirada fulminante.

—¿Has probado algo para inducir el parto? —muevo una ceja—. Podrías hablar de eso con Dominik. A ver si puedes hacer que las cosas funcionen.

Ella pincha el pastel de pollo que apenas ha tocado con un resoplido. —Podría hacerlo. Excepto que hace tres meses tuvimos una

conversación sobre nuestro plan de parto. Al parecer, le dije que quería un parto natural sin ninguna interferencia externa y que, si alguna vez cambiaba de opinión, él me recordaría lo que *realmente* quería.

Hago una mueca. —Ah.

—Cada vez que lo menciono, me recuerda que me hizo una promesa. Y, como es un "hombre de palabra", se niega a dejar que lo convenza.

—Al menos sabes que puedes confiar en él —Kira me mira con el ceño fruncido y yo agacho la cabeza. Sobre todo porque temo que pueda atacarme.

Polina resopla educadamente en su taza de té e intenta empujar el pastel hacia Kira. —Vamos, cariño, intenta comer.

—¡No puedo comer! —declara en voz alta, frotando su enorme barriga—. Estoy demasiado llena de bebé para comer nada. Me lleno después de tres bocados. Y luego… —mira hacia su regazo y levanta las manos—. ¡Genial! Tengo que hacer pis. ¡Otra vez!

Me levanto de un salto para ofrecerle una mano, pero ella la aparta de un manotazo y se balancea hacia adelante y hacia atrás como una roca. —Todos, miren a la increíble mujer embarazada. Vengan a verla, amigos. Es enorme y el bebé nunca va a salir… *¡oh!*

Agua salpica el piso de baldosas y salto para apartarme. —¿Qué fue eso?

—Dios mío —los ojos de Kira se abren de par en par por la sorpresa —. Ya ni siquiera tengo control sobre mi vejiga. Esto es un nuevo bajo.

Miro el pequeño charco entre las piernas de Kira y me invade una oleada de nostalgia. —Kira, ¡creo que el bebé va a salir!

Parpadea. —No. No, no va a salir. Ya te lo dije: nunca va a salir — pero incluso mientras lo dice, se agarra el estómago, con los ojos

muy abiertos. —Ay.

Polina chilla y toma su teléfono, lista para hacer llamadas, y yo tomo la mano de Kira. —Estás a punto de dejar de ser la maravillosa mujer embarazada. Chica, ya es hora.

Kira palidece. Sus ojos saltan de mí a Polina y viceversa. —Dominik…

—Respira —Polina agita su teléfono—. Estoy en ello.

Intento llevar a Kira hacia la puerta, pero se resiste. Aprieta mis dedos hasta que hago una mueca de dolor. —No estoy lista.

—Hace unos minutos estabas gritando sobre lo lista que estabas.

—¡Eso fue hace unos minutos! —dice—. Esto es ahora, y *no estoy lista* —puntúa cada palabra con un rápido apretón de mi mano.

—Mantén la calma. Respira. Vamos… respira conmigo.

Intento guiarla para que respire profundamente unas cuantas veces, pero me agarra el brazo, clavando las uñas en mi piel. —Necesito a mi esposo, Laila. Necesito a Dominik conmigo. Yo… no puedo hacer esto.

—Cariño, créeme, entiendo el sentimiento. Yo estaba tan asustada como tú. Pero créeme: puedes hacerlo.

Polina cuelga el teléfono. —Vale, Dominik está en el estado vecino, pero…

—¡¿Ni siquiera está en el estado?! —grita Kira—. ¿En qué diablos estaba pensando? Estoy a punto de estallar. De hecho, estoy estallando. ¡Ahora mismo! ¡No puede estar fuera del estado!

Polina levanta una mano. —Ahora está fuera del estado, pero va a venir, cariño. Tiene mucho tiempo. Aún te queda un largo camino por recorrer.

Kira se tambalea sobre sus pies y yo palidezco. Lo último que necesita esta situación es una mujer embarazada desmayada.

Como Polina no está ayudando, me interpongo entre ellas, obligando a Kira a concentrarse en mí. —Solo respira, Kira. Todo está bien.

—No puedo hacer esto sola —jadea—. Dominik y yo planeamos todo. Se supone que él debe tomar mi mano y frotarme la espalda. Prometió cortar el cordón. ¿Quién va a cortar el cordón del bebé si Dom no está aquí? —su pecho se agita mientras se dobla por otra contracción—. No puedo hacer esto sola. No puedo. No puedo.

Una vez que pasa, pongo mis manos sobre sus hombros y la miro fijamente a los ojos. —No estás sola, Kira. Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte.

Ella exhala un suspiro tembloroso. —¿Me lo prometes?

—Lo juro por Dios. Ahora, vamos —la empujo hacia la puerta—. Vamos a llevarte al hospital.



HAN PASADO cinco horas y Dominik todavía no ha llegado.

Evelyn está defendiendo el fuerte con Nina en casa, y Polina está corriendo por ahí buscando trozos de hielo y tarrinas de gelatina, tratando de distraer a Kira de la posibilidad muy real de que su esposo no esté allí para el nacimiento de su hijo.

Sigo mirando mi teléfono, rezando por una actualización, pero no hay nada. Dominik no ha llamado. No ha habido noticias.

Cuando Kira preguntó, sonreí y le dije que Dom estaba "muy cerca".

Eso fue hace dos horas.

Cuando mi teléfono finalmente suena, quiero regocijarme.

Hasta que veo qué esposo está llamando.

—¿Dónde demonios está Dominik? —le grito al teléfono—. No responde al teléfono y llevo horas llamando. Cuando hables con él,

dile adiós, porque lo voy a matar.

—Puede que no tengas que matarlo —dice Arsen—. Conduce como un loco. Además, estás en altavoz.

—¡Deberías conducir tú! —grito—. Es un futuro padre. Se supone que debería estar flipando.

También se supone que debería estar *aquí*, así que ahora todo está al revés.

—Nadie conduce más que yo —gruñe Dominik, mientras el motor acelera.

—Así que, cuando nos estrellemos y muramos, puedes decirle a Kira que es porque Dominik estaba intentando llegar hasta ella —añade Arsen—. Será una forma muy romántica de morir para él.

—Si te estrellas y mueres, Kira se pondrá de parto sola —le recuerdo.

—Llegaremos en cuarenta minutos —interviene Dom. Hay un momento de vacilación y el motor vuelve a acelerar—. ¡Una hora, máximo! Solo… demórala.

—¿Demorarla? —me quedo boquiabierta—. ¡No se puede demorar a un bebé cuando está listo para venir!

—¿No puedes simplemente, como, poner un corcho…?

—¡Dominik! —chillo.

—Vale —dice entre dientes—. Sin corcho. Pero ¿estarás con ella?

—Por supuesto. No voy a irme de su lado —le aseguro—. Puedo sostener su mano en cada paso del camino, pero tú eres a quien ella quiere. Te lo digo de alguien que sabe: te necesita aquí.

Oigo chirriar neumáticos. —Estaré allí.

Entonces, la línea se corta.

De nuevo en la sala de partos, Kira está caminando vueltas alrededor del perímetro, caminando como un tigre enjaulado. Por mucho que me identifique con lo que está pasando, tampoco tengo idea.

Arsen estaba allí cuando nació Nina.

Me llevó al hospital. Me tomó la mano, me masajeó la espalda y me dio trocitos de hielo.

Estuvo allí para mí.

Al menos, físicamente.

No fue hasta que la enfermera puso a Nina en sus brazos que me di cuenta de que algo andaba mal. No sonrió, no me miró. No hubo un momento de felicidad en el que nuestras miradas se cruzaran, en el que nos miráramos diciendo: *Mira lo que hicimos.*

Su rostro estaba en blanco. Sus ojos eran fríos.

Luego, se fue.

Mi mamá estaba *allí* conmigo. *Allí* en todas las formas que importaban. Durante toda mi vida, ella siempre estuvo *allí*.

Paso mi pulgar sobre el tatuaje fresco en mi muñeca. Su nombre me devuelve la mirada, escrito en una cursiva intrincada e inclinada que casi imitaba su propia letra. Me siento mejor cada vez que lo miro.

Es irónico que culpe al artista por todo el tiempo que perdí con Mamá.

De repente, Kira grita y los pensamientos en mi cabeza se dispersan.

Una enfermera me empuja para quitarme del camino y controlar el pulso de Kira. Luego se pasea, tan tranquila como puede serlo, entre sus piernas. —Vaya, vaya, parece que es hora de llevarte a la sala de partos.

—¡No! —Kira me agarra la mano como si estuviera esperando que la sostenga aquí en esta habitación. Tal vez un corcho no sea tan mala idea, después de todo—. No estoy lista. Mi esposo aún no ha llegado.

La mirada en el rostro de la enfermera me dice que no le pagan lo suficiente por esto. Así que me arrodillo junto a Kira.

—Cariño, es hora de tener este bebé. Dominik todavía llegará a tiempo, pero tenemos que poner esto en marcha.

Creo que el bebé está de mi lado, porque ella rechina los dientes durante otra contracción. Mientras disminuye, está jadeando.

—Quédate conmigo —suplica Kira.

—No me iré a ninguna parte.

Nos trasladamos a toda prisa, una armada de enfermeras que caminan rápido y sillas de ruedas mientras nos dirigimos a la sala de partos. Las enfermeras están muy ocupadas haciendo esto y aquello, y Kira murmura para sí misma mientras la ayudan a subir a la cama. —No puedo creerlo. Toda esa planificación… toda esa preparación… Y él no está aquí…

El médico entra en la habitación, las mangas arremangadas y cara de juego. —Muy bien, Kira, me han dicho que tu hijo está listo para hacer su gran entrada —su mirada pasa casualmente sobre mí, pero es lo suficientemente diplomático como para no mencionar la notable ausencia de Dominik.

Kira se estira para ver al médico por encima de su enorme barriga—. ¿El bebé realmente va a salir ahora, doctor?

El médico se deja caer en un taburete entre sus piernas levantadas.

—¿En mi opinión profesional? —echa un vistazo. Sus ojos se agrandan antes de volver a mirarla—. Definitivamente. Sí.

*Que Dios nos ayude a todos.*

Kira parece a punto de vomitar, y le aliso el cabello hacia atrás. —Puedes hacerlo. En unos minutos, lo único que importará es que tu bebé estará aquí, sano y salvo.

Eso realmente la hace sonreír.

El médico junta sus manos cubiertas de látex. —Muy bien, Kira. Dame un gran empujón en el tres. Uno, dos…

—¡Estoy aquí! —las puertas se abren de golpe y Dominik entra corriendo en la habitación. Está pálido y sudoroso, agita los brazos en el aire como si estuviera intentando aterrizar un avión. Echa un vistazo a Kira y el alivio se apodera de su rostro—. ¿No me lo he perdido?

Lo agarro por el cuello y lo arrastro hasta la cama. —Por los jodidos pelos, amigo. Ahora, ve a cogerle la mano a tu mujer.

Pero, mientras Dominik se apresura hacia el otro lado de la cama, Kira no me suelta. —Laila, ¿puedes quedarte tú también? ¿Por favor?

—Pero Dom está aquí. Ya no me necesitas.

—Tú eres la razón por la que no sigo en negación, dando a luz en la encimera de la cocina ahora mismo —insiste—. Por favor, quédate.

Dominik besa su frente cubierta de sudor y asiente. —Deberías estar aquí para esto, Laila.

Él mira a Kira como si ella fuera el centro de su mundo. Como si no hubiera ningún otro lugar en el mundo en el que preferiría estar.

Contengo las lágrimas y sonrío.

Si alguien pregunta, son lágrimas de felicidad.

# ARSEN

Tan pronto como Dominik abre la puerta, le dejo mi regalo en los brazos y entro en la casa.

—Hola, Dom —escudriño la sala de estar vacía por encima de su hombro, esforzándome por escuchar si hay voces que vengan del piso de arriba—. Quería pasar a ver cómo están la esposa e hijo.

Mira el regalo con una ceja levantada y luego me mira con incredulidad. —¿Las tuyas o los míos?

Debería agarrar mi regalo e irme a cambio de esa pequeña broma, pero no quiero darle a Dominik la satisfacción. Además, nadie más le sacará provecho a este sonajero de plata esterlina personalizado.

—¿Por qué vendría a *tu* casa a ver a *mi* esposa e hija?

—Buena pregunta —responde—. Sí parece extraño. Por otra parte, Laila ha estado aquí mucho últimamente. Y he notado que te estás poniendo inquieto.

—Eso no tiene nada que ver con Laila.

—Entonces lo admites… ¿has estado inquieto?

—Cállate, Dom —asomo la cabeza por el pasillo, pero también allí reina el silencio. Para una casa con un recién nacido, el lugar está casi extrañamente silencioso.

—Ella no está aquí.

*Blyat′.*

—¿Quién? —finjo ignorarlo y me vuelvo hacia él—. ¿Kira?

Dominik suspira. —Laila. Ella y Nina se fueron hace un rato. Ahora, ¿vas a ver cómo termina esta artimaña y te quedarás a tomar algo, o ya terminaste?

—Whisky —espeto, entrando a la sala de estar—. Whisky Pobeda.

Dominik se dirige al carrito del bar en la esquina y me sirve un vaso, pero no se da el gusto él mismo. En cambio, se prepara una taza de té con una tetera lista.

—¿Desde cuándo bebes té?

—Kira dejó de tomar cafeína cuando estaba embarazada y yo me uní a ella —alza el puño—. Solidaridad, hermano.

*Hijo de puta*. Es como si estuviera *tratando* de superarme a cada paso.

Acepto mi vaso de whisky y lo bebo de un trago. Dominik me mira con cautela, pero no hace ningún comentario. Toma un sorbo delicado de té, arrugando la nariz como si estuviera ingiriendo líquido para encendedores.

—Si no te gusta, no tienes que beberlo. Aún puedes quedarte con el trofeo del *Mejor Esposo del Mundo.*

—Estás bromeando, pero aceptaría ese trofeo sin dudarlo. Lo pondría en la repisa de la chimenea, justo debajo de nuestra foto familiar.

Mi pulso late mientras resisto el impulso de ir pisando fuerte al bar y servirme otro vaso. —Bueno, si no puedo tener ese trofeo yo, al menos uno de los dos sí.

—Supongo que las cosas no están yendo como quieres en casa, ¿no?

Lo miro. —¿Laila ha dicho algo?

—Ni una palabra. Mi trabajo es darme cuenta de las cosas.

En realidad no quiero oír lo visiblemente miserable que está mi esposa para todos en su vida, pero no puedo evitar preguntar—: ¿Cómo qué?

—Probablemente las mismas cosas que has notado. Viene mucho. Está más callada de lo habitual —se encoge de hombros—. Parece que está tratando de evitar ir a casa.

Si Laila no está aquí con Kira y el bebé, está en la academia trabajando en su certificación de yoga. Si no está allí, está encerrada en su habitación con Nina.

Independientemente de dónde esté, el mensaje es claro: *no soy bienvenido.*

Estaba preparado para dar un gran paso atrás y comenzar a hablar con ella a través de la puerta cerrada nuevamente, pero, cada vez que he pasado por su habitación, la abertura que puedo ver debajo de la rendija de su puerta ha estado oscura.

—Todo esto es culpa tuya —digo.

—¿Yo? ¿Qué hice?

—El Sr. Maldito Padre del Año está aquí —acuso con amargura—. Viene aquí y me compara contigo.

Dominik resopla. —Tengo noticias para ti, amigo: a ustedes dos no les iba muy bien, incluso antes de que ella tuviera otro papá con el que compararte.

Tiene razón, pero, una vez más, no le daré la satisfacción. —¿Cómo va todo, de todos modos?

—No tenía idea de que fuera posible funcionar con dos horas de sueño interrumpido todas las noches. Pero, de alguna manera, lo superas.

—No lo sé. No estuve allí durante la mayor parte del tiempo —admito. Cuando lo digo en voz alta, no puedo culpar a Laila por no querer tener nada que ver con mi lamentable trasero—. Me avergüenzas, Dom. Pero estoy orgulloso de ti.

Los ojos de Dominik se abren de par en par. —Vaya… Yo, eh… Gracias.

—Estoy tratando de ser más abierto —es mi turno de arrugar la nariz—. No es que esté haciendo mucho bien.

—Estoy seguro de que dará sus frutos al final.

Resoplo una risa amarga. —O voy a soltar mis tristes y retorcidas entrañas, y Laila seguirá decidiendo que está mejor sin mí.

El silencio languidece por unos momentos antes de que Dominik se aclare la garganta. —Déjame servirte otra bebida. Parece que la necesitas.

Toma mi vaso vacío y vuelve con un buen trago de whisky. Esta vez, degusto el profundo y rico sabor que pasé tanto tiempo perfeccionando.

Pasé incontables horas en catas y reuniones, perfeccionando cada centímetro de Licor Adamov, desde el producto hasta la marca y la presentación. Tuve control total y completo de cada elemento, que es exactamente como me gusta.

Pero, cuando se trata de Laila, nada depende de mí. Me siento fuera de mi alcance.

—Nunca he visto que se haga algo así antes —paso una mano por mi barbilla con barba incipiente—. Una relación exitosa *y* una Bratva exitosa.

Dominik se encoge de hombros. —Lo hago yo.

—Tú no eres el *pakhan*. Tú no eres el que está a cargo.

—No —concuerda, imperturbable—. Pero he hecho sacrificios por el bien de la Bratva. A veces, los he hecho a costa de perder tiempo con Kira. Pero hay límites que no cruzaré, ni siquiera por esta Bratva. Ni siquiera por ti, hermano.

Arqueo una ceja. —¿Es así?

—Esta Bratva significa todo para mí. Tú también, pero aun así no te elegiría a ti ni a ella por encima de Kira o Misha. Ellos son lo primero… siempre.

—Como debería ser.

Dominik levanta su taza de té como si fuera un vaso de whisky. —Kira lo sabe. Sabe sin lugar a dudas que siempre la pondré a ella en primer lugar. ¿Laila está segura de lo mismo cuando se trata de tus prioridades?

Suspiro. —No es tan simple, Dom…

—Por supuesto que lo es —me interrumpe—. Se reduce a una simple pregunta: ¿elegirías a tu Bratva o a tu familia?

—Mi familia —admito sin dudarlo un momento. No hay debate—. Pero Laila no quiere oírlo.

—¿Crees que conseguí a Kira por quedarme sentado y seguir las reglas? Sus padres me odiaban. Hicieron todo lo posible para disuadirla de darme una oportunidad —se encoge de hombros—. Eso no me impidió sacar las armas pesadas.

—No puedo sacar ninguna arma —me quejo—. Me está evitando como a la peste.

—No puedo creer que *yo* tenga que decirte esto *a ti*, pero… —se inclina hacia mí con una sonrisa irónica—. Cuando se trata de asuntos del corazón, a veces hay que pelear sucio.

# ARSEN

La puttanesca está hirviendo en la estufa cuando Laila entra.

Se congela cuando me ve en la encimera e intenta salir marcha atrás de la habitación, pero no sería una buena trampa si la dejara escapar tan fácilmente.

—Laila.

Suspira y vuelve a entrar. Nina arroja una cuchara de madera desde donde está sentada en su trona, chillando de alegría al ver a su madre.

Laila se ocupa de recogerla para Nina, que rápidamente la arroja al suelo de nuevo. —¿Dónde está Evelyn?

—La envié a casa temprano hoy. A Polina también. Pensé que ambas podrían necesitar un tiempo de descanso.

Sus ojos vuelan por la cocina, como si acabara de decirle que estamos rodeados de francotiradores armados. —Entonces, ¿no hay nadie más aquí?

—¿Aparte del equipo de seguridad? No —finjo no notar el rubor de pánico de sus mejillas—. Lamento no haberte traído a Nina antes. Estaba ocupado cocinando. Perdí la noción del tiempo.

—Está bien —lla mira con recelo la olla que está en la estufa—. Huele increíble.

No es coincidencia que haya elegido uno de sus platos favoritos. Le envío mi agradecimiento silencioso a Marie por dejar caer esa pequeña información durante una de nuestras muchas charlas.

—¿Te importaría acompañarme a cenar?

Se pone rígida. —Debería preparar a Nina para la cama.

—En realidad, probablemente no se vaya a dormir hasta dentro de una hora, al menos. Se despertó tarde de su siesta de la tarde.

Jugar con el horario de sueño de un bebé solo para ganar una hora con su madre es bajo, pero Dom dijo que jugara sucio. Este soy yo jugando sucio.

Retiro la olla de pasta de la estufa y la coloco sobre una almohadilla térmica en la encimera. —Hice más que suficiente.

—Comí tarde. No tengo hambre.

—Podría ser agradable. Para Nina —Laila parece cautelosa y puedo sentir que la oportunidad se me escapa de las manos—. No quieres que tenga padres que no puedan compartir una comida juntos, ¿verdad?

Laila entrecierra los ojos. —¿Estás usando a nuestra hija para manipularme?

—Eso depende —me encojo de hombros—. ¿Está funcionando?

Su boca se aprieta en la esquina para luchar contra la sonrisa que quiere extenderse allí. —Supongo que no me matará comer un poco de pasta.

Pero no le doy "un poco de pasta"; le sirvo un tazón repleto de comida. Es matemática simple: cuanto más tenga para comer, más tiempo podré pasar con ella.

Pero, en el segundo en que hace girar la pasta en su tenedor y da un mordisco, me doy cuenta en lo que me he metido.

Sus ojos se cierran y sus labios se fruncen. Gime, suave y profundo en el fondo de su garganta mientras saborea el bocado. —Mmm… esto es increíble.

De repente, tengo hambre de mucho más que pasta.

Me aclaro la garganta. —¿Le hice justicia a su receta?

—Espera. ¿Es esto…? —ella mira su plato, con los labios entreabiertos por la sorpresa—. ¿Es esta la receta de mi mamá?

Asiento. —Me costó mucho conseguirla después de muchas promesas de que no la compartiría con nadie más. Marie se aseguró de que supiera que estaba rompiendo una larga tradición de que esta receta solo se transmitiera a las mujeres de su familia.

Laila me estudia como un rompecabezas que no puede resolver. —No puedo creer que te la haya dado.

Su mano tiembla y creo que este gesto podría ser contraproducente. Tiene sentido. El funeral de Marie todavía está fresco. Tal vez debí haber comenzado con una receta menos nostálgica… sloppy joe de alguna tía al azar… y luego ir avanzando hasta llegar a los alimentos básicos de la infancia que le recuerdan a su madre recientemente fallecida.

—Espero que no te importe. Probablemente, debí haberte hablado primero.

Sacude la cabeza, estabilizándose con una exhalación brusca. —El único permiso que necesitabas era el de Mamá. Y, aparentemente, ella te lo dio hace mucho tiempo.

El silencio desciende sobre la comida, y oficialmente me arrepiento de la puttanesca.

Olvídate de la manipulación emocional. Es hora de la honestidad temeraria.

—Visité a Dominik hoy.

—Ah, ¿sí? —coge su agua—. ¿Quién diría que debajo de ese exterior brusco de guardaespaldas vivía un papá oso tan bondadoso? Misha es un niño afortunado.

—Observarlo me ha hecho darme cuenta de lo mucho que te decepcioné, a ti y a Nina, a ambas.

El tenedor de Laila repiquetea contra su plato. Se apresura a recogerlo de nuevo rápidamente. —Arsen…

—Déjame sacar esto —si no lo hago, existe la posibilidad de que no tenga otra oportunidad—. Desaparecí cuando más me necesitabas, y sé que la cagué. Necesito que sepas que lo siento. Debí haber estado allí para ayudar cuando Nina era recién nacida. Debí haberlas llevado a ambas a casa desde el hospital y haberle cambiado un montón de pañales. Debí haber estado allí para estar privado de sueño, exhausto y feliz por el olor a bebé recién nacida. Debí haberte tomado la mano y haberte apoyado, y lamento no haberlo hecho. Lo lamentaré por siempre.

Mira fijamente su plato de pasta a medio comer y asiente, aturdida. —Aprecio que digas eso.

—Voy a hacerlo mejor de ahora en adelante, Laila. Voy a estar aquí.

Alza los ojos hacia los míos. Algo desafiante los atraviesa, convirtiendo esos iris azules en hielo. —Esa es una gran promesa, Arsen.

—Lo sé.

—Me has hecho promesas antes.

—También lo sé —su mano está apoyada en la mesa, a centímetros de la mía, y no puedo evitarlo: estiro la mano y la alcanzo,

apretando sus dedos—. ¿Me crees?

—Quiero hacerlo —se muerde el labio inferior—. De verdad que sí, Arsen. Pero no se trata solo de mí. Se trata de Nina. Creo que quieres hacerlo mejor, pero, si no lo haces, ella es la que sale lastimada. Y no estoy dispuesta a correr el riesgo, a menos que esté segura de que puedo confiar en ti —retira la mano y se pone de pie —. Gracias por la cena. Pero es hora de que Nina se vaya a dormir.

Saca a Nina de su trona y la lleva escaleras arriba.

Y yo me quedo sintiendo… que podría haber sido peor.

No fue un éxito rotundo, pues Laila no está en mi regazo, dejándome hacerle cosas indescriptibles debajo de la mesa. Pero tampoco me tiró el plato por la cabeza.

Laila no dijo que no estuviera dispuesta a confiar en mí, pero necesita estar segura. Así que me aseguraré de que lo esté.

Saco mi teléfono y hago una llamada. Miguel responde al primer timbre. —¡Sr. Adamov! —dice alegremente.

Tiene buenas razones para estar tan animado. Cualquier llamada mía suele ir acompañada de un generoso cheque para el agente inmobiliario.

—Miguel, tengo un trabajo para ti.

# LAILA

Mis ojos van del reloj a la puerta. De vez en cuando, veo a Nina mirándome también así.

—Vendrá pronto —le digo, mientras le pincho el hoyuelo perfecto en la mejilla—. Papi estará muy emocionado de verte.

*Pero no tan emocionado como estará Mami de ver a Papi.*

Al principio, traté de negar el revoloteo en mi estómago cuando Arsen entró por la puerta. O la forma en que volvía a casa de mis clases e iba directamente a la cocina, buscando a Arsen en la estufa, con la esperanza de encontrarlo a él y a Nina allí esperándome.

Una olla de puttanesca y soy masilla en las manos de ese hombre. Me avergonzaría de mí misma si no fuera tan predecible.

También me avergonzaría si Arsen no hubiera sido tan predecible.

Ha estado funcionando como un reloj durante dos semanas. Recoge a Nina cuando se supone que debe hacerlo y me la devuelve con una sonrisa cálida y amistosa.

No ha habido ningún problema.

*Excepto que no ha intentado inclinarme sobre el sofá ni una sola vez.*

Vale, puede que haya tenido un sueño sucio hace unas noches en el que aparecía Arsen y un sofá y un striptease lento que acabó conmigo despertándome en mitad de la noche gimiendo su nombre.

Miro el reloj de nuevo, contando los minutos que faltan para que pueda o no manosear a mi propio esposo.

Cuando se abre la puerta, ya he tomado una decisión. Mi corazón se acelera…

…y luego se hunde de inmediato.

—¡Ahí está mi dulce niña! —Polina entra en la habitación y recoge a Nina del suelo, sin mirarme dos veces—. ¿Estás lista para pasar la mañana con la tía Pol?

Nina chilla, y no estoy segura de cuál de las dos está más emocionada.

Sé que no soy yo. No puedo seducir a nadie con Polina en la habitación.

—Lo siento, Pol, pero Arsen vendrá a buscarla en unos minutos.

—Ese *era* el plan —Polina le hace un gesto de pedorreta a Nina en la barriga, haciendo reír a mi hija—. Pero surgió algo y él tenía que trabajar.

Hoy no vendrá.

Juro que oigo mi frustración sexual estallar. Se desborda, burbujea por mis venas hasta que casi estoy vibrando.

Arsen prometió que estaría aquí. Juró que nuestra familia sería lo primero. Pero, a la primera molestia, ¿envía a alguien a recoger a nuestra hija sin siquiera venir a decírmelo él mismo?

—Déjame adivinar —digo entre dientes—. ¿Pobeda?

Por primera vez, Polina me mira. —Parecía importante. Quería estar aquí, pero no podía…

—Él es el jefe, Pol —interrumpo—. Si quisiera estar aquí, estaría.

Y, si quisiera violarme, ya lo habría hecho. Claramente, estoy sola en estos sentimientos de dolor, necesidad y desesperación. Sentimientos que me hacen sentir aún más lastima ahora que Arsen ni siquiera se molestó en mencionar que no podía venir hoy. Ningún mensaje de texto, ninguna visita rápida. Nada.

—No creo que eso sea verdad —argumenta Polina—. Y estoy feliz de cuidar a Nina. Él ha estado tanto tiempo, no he tenido mucho tiempo a solas con ella últimamente.

—No se trata de… —resoplo un suspiro de frustración y paso junto a ella hacia la puerta.

En algún lugar en el fondo de mi mente, imaginé a Arsen entrando por la puerta, lanzándome una sonrisa. Pensé que diría, *Oye, Laila. ¿Por qué no vienes conmigo y Nina hoy? Pasemos tiempo como una familia.* Luego, pasarían las horas, Nina se iría a dormir y hablaríamos y nos reiríamos hasta que fuera demasiado tarde para subir las escaleras hasta mi habitación. Y luego recrearíamos mi sueño sucio y arreglaríamos las cosas.

Bing, bang, bum. Así de fácil.

En lugar de eso, irrumpo sola en la casa, empujo la puerta de su oficina que no está cerrada con llave y la cierro de golpe detrás de mí.

Como la estatua griega que cobra vida que es, está inclinado sobre su escritorio. Una mano descansa sobre el escritorio, los músculos de su antebrazo se flexionan y se definen. Levanta la cabeza cuando la puerta se cierra con un estruendo.

—¿Qué era tan importante que tuviste que abandonar a tu hija? ¿Ah?

Sus cejas se juntan. —No estoy abandonando a nadie. Surgió algo esta mañana y…

—Enviaste a Polina en tu lugar —espeto—. Lo sé. Yo estaba allí.

—No planeé esto, Laila.

—No creo que nadie planee realmente abandonar a su familia. Estoy segura de que simplemente, ya sabes, *sucede*.

Sus ojos brillan. —Eso no es justo.

—No me hables de "justo", Arsen. Nada en esta situación es "justo".

No es justo que se vea tan bien en medio de una pelea.

No es justo que todavía lo desee tanto.

No es justo que no pueda parar, por mucho que lo intente.

Se mueve alrededor de su escritorio, ocupando mi espacio. Tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarme con sus ojos verdes. —Se suponía que debías estar allí.

Se acerca aún más hasta que borra todo lo demás en la habitación. —Lo sé, pero tuve que reorganizar mi tiempo para poder manejar mis cosas en el trabajo y aún estar allí para ella. Estoy tratando de lidiar con la situación en Pobeda lo más rápido posible para poder regresar a casa y salvar mi mañana.

—Sí, mira, lo que estoy escuchando es que el trabajo es lo primero. Pobeda es lo primero. Tus deberes como *pakhan* son lo primero. Y, cuando tengas tiempo, cuando te convenga, entonces le darás un hueso a tu familia y pasarás un tiempo con ellas.

De repente, tengo la sensación de que puede ver a través de mí. —¿De qué se trata realmente esto, Laila? ¿Estás enojada porque dejo que Polina la cuide por mí? ¿O se trata de ti?

Dejo caer los brazos. —No le des la vuelta a esto.

—Solo te estoy haciendo una pregunta. He sido constante estas últimas semanas… meses, en realidad. He estado presente. He

acostado a Nina por la noche. Me he ocupado de sus comidas nocturnas. He pasado más tiempo con ella que tú.

—¡Solo por mis sesiones de entrenamiento en la academia!

—¿Eso significa que estás priorizando tu certificación de yoga sobre Nina?

Me echo hacia atrás como si me acabara de dar una bofetada. Por tonto que parezca ahora, no esperaba que se defendiera. He sido yo quien ha estado peleando últimamente. Esperaba entrar aquí, quemar algo de energía y luego seguir mi camino.

—¡Por supuesto que no! Nina es todo para mí.

—Entonces, ¿por qué asumes que es diferente para mí? —exige Arsen.

No lo hago. Ya no.

Arsen se fue. Nos abandonó. Nos envió lejos.

Pero está tratando de arreglarlo. Mamá me dijo que lo arreglaría si lo dejaba, y esto es lo que quería decir. Simplemente no esperaba que fuera tan difícil.

—*Blyat'* —murmura, pasándose una mano por la mandíbula bien afeitada—. Todavía estás enojada conmigo.

—No lo estoy… —una lágrima de sorpresa se desliza por mi mejilla, y la limpio rápidamente y me doy la vuelta—. Sería más fácil si solo estuviera enojada. Sería mucho más fácil si pudiera odiarte por lo que hiciste, pero…

De repente, su mano está en mi mejilla. Inclina mi rostro hacia el suyo, y soy incapaz de detenerlo. —Pero ¿qué, *roza*?

*Pero te deseo.*

—Quiero que cumplas tu palabra, Arsen. Quiero creer en todas tus promesas, y quiero confiar en ti.

Se inclina para recibirme, su frente toca la mía. —Entonces confía en mí.

Cierro los ojos con fuerza. —No es tan fácil.

—Lo es —su aliento es cálido en mi rostro. Inhalo su aroma amaderado y mentolado, y Dios, lo he extrañado. Él acuna mi rostro —. Confía en mí.

Estoy atrapada entre su cuerpo y su escritorio. Incluso con el dolor que me atraviesa la cadera, no quiero moverme. Quiero quedarme aquí, en este momento, tanto tiempo como pueda.

Pero la mano de Arsen me acaricia el costado. —Te duele la cadera.

—¿Cómo lo sabes?

—Puede que no lo sepa todo, pero te conozco a ti —me levanta y me sube a su escritorio. Sin querer, mis piernas se envuelven alrededor de su cintura—. Estoy lejos de ser perfecto. Voy a cometer errores, pero nunca dejaré de intentarlo.

Sus dedos rozan mis muslos, de arriba abajo, siguiendo el ritmo de mi respiración agitada.

*Ha pasado tanto tiempo desde que me tocó así…*

—Debería irme…

—No. Quédate —sus pulgares recorren mis muslos, deslizándose por la parte interior de mis piernas.

—No deberíamos… Esto no puede pasar… —mi corazón está en mi garganta, martillando en mi pecho y vibrando entre mis piernas. Ha pasado tanto tiempo desde que me sentí así que pensé que tal vez estaba rota. Pero ahora, mi cuerpo está recuperando el tiempo perdido.

—¿Qué crees que está a punto de pasar? —me desliza suavemente hasta el borde de su escritorio. Mis piernas se abren para él,

separándose hasta que siento la dura evidencia de su necesidad contra mi centro.

—No hay nada resuelto entre nosotros, Arsen —me obligo a decir, intentando ignorar la forma en que su mano se desliza por debajo del dobladillo de mi falda—. Estamos borrando muchas líneas.

—Las líneas ya están bastante borrosas, bebé —me pone un mechón de cabello detrás de la oreja. Entonces, justo cuando he decidido que lo voy a apartar de mí y largarme de aquí, deja caer sus labios sobre mi cuello.

Entierro mi puño en su camisa e inclino mi cabeza hacia atrás, dándole un mejor acceso.

—No hay nada borroso en eso —siento su sonrisa contra mi piel—. No hay nada borroso en lo que quiero.

No puedo pensar con sus labios en mi cuello. Con su pulgar trazando la línea de mis bragas. Con su palma amasando la punta dura de mi pezón.

—Arsen… —quiero continuar con un argumento bien pensado de por qué esto es un error y por qué debería quitar sus manos… y sus labios… de mi cuerpo.

Pero lo único que logro pronunciar es su nombre. Su nombre en un gemido susurrante y entrecortado.

Esa es toda la invitación que necesita.

Arsen me besa el cuello, la clavícula y las costillas, y recorre suavemente mi cuerpo mientras me empuja hacia atrás sobre su escritorio. Me baja la falda por la cintura y no tengo la capacidad de hacer nada más que levantar las caderas cuando me quita las bragas y las tira por encima de su hombro.

—Te extrañé —susurra, su aliento cálido sobre la cicatriz que se retuerce sobre mi cadera—. Te extrañé a ti. Esto. A *nosotros*.

Quiero estar de acuerdo, pero ni siquiera sé qué es "esto". No estamos juntos de nuevo… ¿o sí?

Las líneas borrosas se vuelven casi invisibles cuando Arsen engancha sus manos alrededor de mis caderas y me levanta hacia su boca.

Me agarro al borde del escritorio, desesperada por encontrar alguna forma de mantenerme a flote mientras el mundo tal como lo conozco se derrumba a mi alrededor. No hay nada más que los labios de Arsen, su lengua. La presión de sus manos en mi trasero como si no pudiera acercarme lo suficiente.

Sé que hacer esto con Arsen no es una buena idea, pero eso no impide que parezca la mejor decisión de mi vida.

Paso mis dedos por su cabello y lo atraigo más cerca. —Más —jadeo.

Pero, tan pronto como sale la palabra de mi boca, él se va.

Parpadeo y abro los ojos y lo encuentro encima de mí. Luce tan perdido en esto como yo me siento. Está respirando con dificultad, sus labios hinchados. Me estiro para besarlo, cerrando los ojos con fuerza porque, sí, definitivamente extraño esto.

Luego desabrocho sus pantalones y los bajamos juntos.

Hay un momento fugaz en el que lo siento presionándose contra mí y pienso que podríamos detener esto aquí y recuperar algo de sentido de límites, pero el pensamiento se hace añicos cuando me llena.

No hay vuelta atrás de esto. De él.

No importa lo que pase con nosotros a partir de este momento, esta parte de mí siempre pertenecerá a Arsen Adamov. Siempre querré esto.

—Laila —gruñe mi nombre, pasando un brazo por mi espalda para jalarme contra su pecho.

Inclina mi cabeza para que nuestros ojos se encuentren, pero no me besa. No me acerca más. Solo sostiene mi mirada mientras me llena una y otra vez. Como si quisiera que recuerde que fue él. Como si hubiera alguna posibilidad de que pudiera olvidarlo.

Estoy jadeando en busca de aire, al borde de la liberación, pero no puedo dejarme caer. No sé qué hay al otro lado.

Como si pudiera leer mi mente, Arsen agarra mis caderas y me golpea contra él, forzándome a gritar. —No lo pienses demasiado. Córrete para mí.

Me desmorono como si estuviera esperando su permiso.

El orgasmo me desgarra y me derrumbo contra su pecho, aferrándome a él mientras bombea dentro de mí. Su respiración se vuelve cada vez más pesada hasta que sus manos se ralentizan en mi cuerpo.

Arsen cierra los ojos con fuerza y luego me besa. Su gracia habitual se ha ido mientras gime en mi boca, buscando su propia liberación.

Nos apoyamos el uno contra el otro, sudorosos y sin aliento, y apenas recuerdo por qué vine aquí.

Entonces, escucho el chillido emocionado de Nina desde afuera, y me pongo rígida.

—¡Mierda! —empujo contra el pecho de Arsen. Se desliza fuera de mí, tomando otro aliento involuntario de mis labios. Salto de su escritorio y encuentro mi falda.

Arsen se sube los pantalones y se recuesta contra su escritorio, con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Ni siquiera recuerdo que se haya quitado la camisa.

—¿Dónde están mis zapatos? —me agacho para mirar debajo de su escritorio.

—No llevabas zapatos —odio la sonrisa burlona en su voz. Odio aún más que tenga razón.

—No debimos haber hecho esto. ¿En qué estábamos pensando?

*Un maldito sueño sexual y pierdo la cabeza.*

—Sé lo que *yo* estaba pensando —dice—. Pero te ahorraré los detalles.

—Eso… —no puedo evitar mirar fijamente su escritorio desordenado, la escena del crimen—, no debió haber sucedido. Hace que todo sea mucho más complicado.

—Creo que es sencillo.

—¿Sencillo? —me quedo boquiabierta—. ¿Cómo? ¿En qué planeta?

Cruza la habitación, me agarra la barbilla y me da un beso en los labios. —Somos marido y mujer, *roza*. ¿Qué podría ser más sencillo que eso?

# LAILA

—Bueno, hablemos de venganza —Guilia mueve las cejas por encima de su bebida y yo tengo que mirar alrededor del restaurante para recordarme dónde estoy.

Sé dónde no estoy.

*No en la oficina de Arsen. No abrazada a su cintura mientras me embiste.*

Decir que he estado distraída desde anoche sería quedarse corta. El plato de Guilia está casi vacío y apenas he tocado mi ensalada. ¿Cuánto tiempo llevamos sentadas aquí?

Puede que las cosas sean sencillas para Arsen, pero mi cabeza ha sido un desastre.

Me concentro en Guilia. —¿De quién nos vamos a vengar?

—¡De tu esposo! —Guilia levanta una ceja—. Por favor, dime que no te ha cogido las tarjetas de crédito después de una pequeña compra. Si es así, no te preocupes, puedes conseguir líneas de crédito a través de la tienda. Este plan todavía puede funcionar.

—Ah —tomo un sorbo de mi limonada de cereza—. No me ha cogido las tarjetas. De hecho, creo que está contento de verme finalmente usándolas.

Guilia suspira soñadoramente, ahuecando su barbilla en sus palmas. —Un hombre que va con mi corazón. ¿Recuérdame por qué estás peleada con él? Porque se ve bastante soñador desde donde estoy sentada.

Resoplo. —¿Sabe Enzo que todo lo que se necesita para poner corazones en tus ojos es una juerga de compras ilimitada?

—Él lo sabe. Y ha tomado ese camino más de una vez —se ríe entre dientes—. He agotado suficientes de sus tarjetas como para que no pueda culparlo por estar nervioso cuando pongo mi cara de compradora.

Paso un dedo por el borde de mi vaso, riendo sin escuchar realmente lo que está diciendo. —Gracioso.

Guilia pone su mano sobre la mía, deteniendo mi círculo sin sentido. —¿Qué está pasando en esa cabeza tuya?

Las imágenes de Arsen sin camisa parpadean en mi mente. Oigo ecos de las palabras que dijo con voz áspera contra mi piel. *Te extrañé. Extrañé todo de ti.*

Mi rostro se sonroja y hago una mueca. —Lo siento.

—No busco una disculpa, cariño. ¿Cómo están las cosas con Arsen?

*Calientes. Fuera de control. Complicadas.*

—Las cosas están… bien.

—¿Qué significa eso?

—No sé qué significa —levanto las manos—. Hemos estado criando bien juntos a nuestra hija. De hecho, ahora está con Nina. Quería pasar un tiempo de calidad con ella.

Guilia se lleva las manos al corazón y sí, *lo sé*. El hombre es un bombón. El hecho de que Arsen sea un buen papá la mañana después de destrozarme en su escritorio no me está ofreciendo la claridad que pensé que podría ofrecer.

Qué sorpresa.

—El problema es pasar tiempo de calidad conmigo —murmuro. Tamborileo con los dedos sobre la mesa—. Tengo miedo de estar sola con él.

Los ojos de Guilia se entrecierran. De repente, es la mujer que chasquea los dedos y hace que maten a la gente. —¿Te lastimó?

—¿Qué? Ah… ¡no! *No*. Nunca.

Ella exhala. —Gracias a Dios. Sería una pena matar a un hombre tan lindo.

—Arsen siempre ha sido amable conmigo —*excepto las veces en que no es amable en absoluto… como anoche*. Mi cara se sonroja—. Solo no confío en mí misma cuando estoy con él. Sobre todo, porque últimamente se esfuerza tanto conmigo y con Nina.

Guilia chasquea la lengua a sabiendas. —Sientes algo por él y se está volviendo difícil de resistir.

Me quejo, hundiendo mi cara en mis manos para ocultar mi rubor. —Soy patética.

—¿Estás bromeando? Olvidas que he visto a tu esposo. Como una mujer muy felizmente casada, *yo* apenas puedo mantener mis manos alejadas de él.

—Pero el sexo lo complica todo. ¿Cómo se supone que voy a saber lo que quiero cuando lo miro y lo único en lo que puedo pensar es…?

—¿Lamerle crema batida de los abdominales? —ofrece Guilia. Cuando frunzo el ceño, ella se ríe—. Vale. El juego previo con comida no es para todos. ¿Qué tal esposarlo a la cama? —mi ceño se profundiza y ella levanta las manos—. No te rías de mi delicia, Laila. Tengo tanto derecho a mis fantasías como cualquier otra chica.

—Siempre y cuando mantengas a mi esposo fuera de ellas —me escucho decir.

*Dios*. Sueno mucho como Arsen.

Guilia me mira con una ceja enarcada. —Vaya, vaya, parece que sabes exactamente lo que quieres: a Arsen para ti sola.

Dejo caer mi cara sobre la mesa, murmurando entre mis brazos cruzados. —No quererlo con otra persona no significa que lo quiera conmigo.

—Ay, ¿a quién engañas, cariño? Quieres a ese hombre. Solo tienes miedo de que te lastimen de nuevo —tira de mi brazo hasta sentarme erguida. Su sonrisa se suaviza—. Sé que es un cliché, pero el amor es un riesgo, Laila. El dolor es inevitable cuando estás tan profundamente involucrada con alguien. ¿Mi consejo? Si está dispuesto a intentarlo, entonces déjalo. Eso es raro. No es el tipo de pez que solo arrojas de vuelta al mar.



Arsen está esperando en la entrada cuando Gedeon y yo llegamos a casa. Crema batida y esposas destellan en mi mente gracias a las fantasías dementes de Guilia, y tengo que parpadear para alejarlas mientras salgo del auto.

—¿Dónde está Nina?

Arsen abre la puerta trasera para mostrarme a Nina atada a su asiento de seguridad en la parte trasera. Está jugando con un aguacate arrugado de juguete que no reconozco y lleva un vestido rosa que nunca había visto antes.

—¿Fueron a algún lado? —pregunto, estirando la mano para sacarla del asiento.

Arsen cierra la puerta antes de que pueda hacerlo. —No, pero estamos a punto de hacerlo. Ven con nosotros.

—Estoy bien —me alejo de la tentación caminante y parlante que es. ¿Cómo puede oler tan bien cuando estamos al aire libre? Es como si sus poros estuvieran produciendo feromonas al triple de velocidad que los humanos normales—. Subiré y…

Arsen da un paso hacia mí. —Me gustaría mucho que vinieras con nosotros, Laila. Hay algo que quiero mostrarte.

Miro por encima del hombro, pero Gedeon ha desaparecido en el aire. Mi corazón late fuerte, como si me estuviera pidiendo que me tire en picado desde un acantilado con él en lugar de un simple viaje en auto. Tirarme en picado desde un acantilado podría ser la opción más segura. —¿Qué quieres enseñarme?

—Es una sorpresa.

—¿Para mí?

—Para ti y para Nina —se muerde el labio inferior y se balancea sobre los talones como si estuviera al borde del asiento esperando oír lo que voy a decir—. Vamos, *roza*. Ven conmigo.

Nina chilla desde el asiento trasero como si ya supiera a dónde vamos, y yo cedo. —Ay, está bien.

Arsen no me toca mientras mantiene abierta la puerta del pasajero. Ni siquiera intenta entablar una conversación durante el viaje. Eso no impide que la tensión aumente entre nosotros hasta que estoy segura de que los ejes del auto se romperán por el peso adicional.

No hay forma de que Arsen no lo sienta, pero tamborilea con los dedos sobre el volante y mantiene la vista en la carretera.

—Ya casi llegamos —dice finalmente.

Doy un salto al darme cuenta de que he estado mirando su rostro de reojo durante quién sabe cuánto tiempo. Dirijo mi atención a la

ventana, con el rostro enrojecido, y veo que estamos en un vecindario elegante.

Las calles adoquinadas son estrechas, con árboles frondosos que bordean las aceras. Las casas están muy alejadas de la carretera, enclavadas en el bosque como cabañas de cuento de hadas… si los cuentos de hadas estuvieran ambientados en mansiones multimillonarias.

Arsen gira al final de la calle y serpentea por un camino apartado que termina frente a una puerta de hierro forjado. En el pilar de piedra del costado hay un nuevo letrero de bronce que dice: *Casa Barnes.*

—Arsen —susurro, incapaz de apartar la vista de mi nombre grabado en el letrero—, ¿qué es esto?

No responde. En lugar de eso, saca un llavero y presiona el botón redondo en el centro. Las puertas se abren de golpe y las cruzamos en dirección a la casa de piedra de dos pisos en el centro de la propiedad.

La hiedra trepa por la fachada y se envuelve alrededor de las altas ventanas arqueadas del frente. Sigo mirando el profundo porche delantero y la acera adoquinada cuando se abre mi puerta. Arsen está de pie allí, ya habiendo sacado a Nina de su asiento.

—¿Tú… compraste… una casa? —pregunto, deslizándome fuera del auto con piernas temblorosas. En algún lugar en la distancia, oigo agua corriendo.

—En realidad… —saca una llave grande en un llavero dorado y me la entrega—. Te compré *a ti* una casa.

Se me cae la mandíbula. —¿Disculpa?

Su sonrisa es torcida, un poco incierta por primera vez en su vida, mientras me rodea los hombros con un brazo y me guía hacia la puerta principal. —Puedes hacer los honores.

—Esto no puede ser real —susurro con asombro, incluso mientras deslizo la llave en la cerradura y empujo para abrir las puertas dobles de madera.

Nuestros pasos resuenan en los pisos de madera y el techo alto. Nina suelta un pequeño gemido y luego se ríe cuando recupera la voz.

—Quería que pudieras decorarla como la imaginabas —explica Arsen —. Estoy seguro de que tendrás ideas de lo que quieres hacer.

—No tengo ninguna idea ahora mismo —grazno.

Pero eso no es verdad.

En cada habitación por la que pasamos, puedo ver todo perfectamente. El sofá de felpa que pondré en la sala de estar con una otomana a juego para las noches de cine. Los taburetes que instalaremos en la isla de la cocina, para que Nina pueda sentarse y verme preparar la cena.

Arsen empuja las puertas francesas hacia el patio trasero y puedo verme desenrollando mi mat en el patio de ladrillo y haciendo yoga aquí al amanecer.

Finalmente, me vuelvo hacia él. —¿Cuál es la trampa?

—Ninguna trampa —levanta las manos—. Es tuya, Laila. Está a tu nombre y tienes el control total sobre ella a partir de esta mañana cuando firmé la cesión de todo.

—Pero dijiste que no podía mudarme —ahora parece un mal momento para señalarlo. Tal vez Arsen se olvidó de cuando se negó a dejarme tener mi propio lugar, y ahora que se lo he recordado, me arrebatará las llaves y mi nuevo lugar favorito para hacer yoga.

Pero él solo se encoge de hombros. —Me di cuenta de que tenías razón.

Si es posible, mi mandíbula cae aún más. —Quiero esa frase grabada debajo de mi nombre en las puertas de entrada. Esta es una ocasión trascendental.

Pone los ojos en blanco y besa la parte superior de la cabeza de Nina. —Te está costando ver que soy capaz de cambiar. Pensé que la mejor manera de demostrártelo era cambiar. Ahora, si alguna vez quieres irte, tienes un lugar seguro al que ir.

*Irme*. Dejar a Arsen. Dejar su casa.

Un dolor sordo se forma en el centro de mi pecho ante el pensamiento. Antes de que pueda extenderse, Arsen agrega—: No te estoy invitando a mudarte. No quiero que te vayas. En realidad… —se pasa una mano por la nuca—. Odiaría que te fueras. Pero quiero que sepas que… que puedes hacerlo. Si lo necesitas.

—Entonces, ¿es una ruta de escape?

Hace una mueca. —¿Podemos hacer que nuestro matrimonio no suene como una situación de rehenes? ¿Qué tal si llamamos a esto un gesto de buena fe? Te doy esta casa porque pienso cumplir mi palabra y asegurarme de que nunca tengas una razón para tener que escapar.

—Yo… no sé qué decir —me arden los ojos, pero me trago la emoción y me doy vuelta lentamente, observando el lugar—. No puedo creer que alguien venda este lugar.

—Créeme, no querían hacerlo.

Me doy vuelta, con los ojos entrecerrados. —No mataste a los dueños anteriores, ¿verdad?

Si el problema es que tendré que ser atormentada por los dueños anteriores agraviados… bueno, sería un precio muy alto a pagar. Pero lo pagaría.

*Dios, ¿qué me pasa?*

—Les hice una oferta que no pudieron rechazar.

—Ahora, estoy aún más segura de que lo hiciste —suspirando, observo las ondulantes colinas del patio trasero, las chimeneas que se elevan desde el tejado puntiagudo—. Este lugar es perfecto. Es como si lo hubieras sacado de mis sueños. ¿Cómo lo supiste?

—Tuve ayuda.

La curva de sus labios me hace darme una palmada en la frente al darme cuenta de la fuente. —¿Mi mamá te ayudó? ¿Cómo?

—Ya te lo dije: nuestro tema principal de conversación eras tú. Ella me contó todo.

Me seco las lágrimas que se acumulan en las esquinas de mis ojos. —Ella siempre te apoyó.

—Es una de las muchas razones por la que la extraño —concuerda —. Mi equipo está un poco más disperso estos días.

Mis manos se mueven nerviosamente hacia él. No estoy segura de si quiero rodearlo con mis brazos o besarlo o estrangularlo o un poco de las tres cosas. El problema es que no estoy segura de poder controlarme si cruzo esa línea.

—Gracias —murmuro en cambio, incapaz de decir más debido al enorme nudo en mi garganta.

—¿Quieres quedarte un poco más? —pregunta—. ¿O quieres irte a casa?

Estudio su rostro, buscando signos de una prueba. Una especie de ultimátum que determinará el resto de nuestras vidas. Pero no me dice nada.

Pienso en lo que quiero. Lo que *realmente* quiero. Creo sinceramente que, si le pidiera pasar la noche aquí, Arsen lo permitiría.

Tal vez por eso doy un paso hacia él, buscando su calor. —Vámonos a casa.

Sonríe, esos brillantes ojos verdes se suavizan bajo la luz que se desvanece. Y, cuando toma mi mano… lo dejo.

# 30

# ARSEN

Gedeon entra en mi oficina y se deja caer en el alféizar de la ventana, justo detrás de mi escritorio, con un cigarrillo encendido colgando de su boca. —¿Dónde está Nina?

—De paseo con Polina —quito el cigarrillo de su boca y lo tiro por la ventana—. Pero volverá pronto. No fumes en mi casa.

Suspira. —¿Siquiera sigue siendo tu casa? Le mostraste a Laila el nuevo lugar, ¿verdad? ¿Cuándo se mudarán todos?

En realidad, Gedeon fue de gran ayuda para encontrar la casa. Por eso está casi tan interesado en la reacción de Laila como yo.

También es por eso que estará tan decepcionado como yo con su respuesta.

Después del shock inicial, Laila no ha dicho ni una palabra más sobre todo el tema. Estoy empezando a preguntarme si todo el recorrido fue algo que yo soñé.

—No tengo ni idea —admito—. Creo que le gustó.

—¿*Crees* que le gustó la casa por la que casi vendiste a tu primogénita para comprar?

—Si hubiera vendido a nuestra primogénita, Laila habría odiado la casa. Y a mí.

Ged baja la barbilla. —Sabes a qué me refiero. Ese viejo bastardo codicioso que era dueño del lugar te extorsionó hasta las cejas, y tú lo dejaste porque estabas seguro de que la casa sería un éxito asegurado.

—Lo sé —digo entre dientes—. Lo fue.

—Bien, bien —Ged hace un gesto con el dedo en el aire, como si estuviera resolviendo un complicado problema de matemáticas—. Hicieron falta millones de dólares para llegar hasta aquí, así que tal vez, para cuando subastes tus órganos en el mercado negro y descifres lo que sea que sea Bitcoin, ella incluso quiera estar en la misma habitación que tú.

—Hablando de estar en la misma habitación, te empujaré por esa ventana si no cierras la boca.

Gedeon sonríe, pero no me pierdo la forma en que se aleja de la ventana, prefiriendo de repente apoyarse contra una pared sólida.

Paso una mano por mi cabello. —Estoy tratando de darle tiempo. Espacio. Eso es todo lo que me ha pedido. La casa fue un gesto de buena voluntad. Hacerle exigencias sobre cómo reacciona va a parecer como si le hubiera puesto condiciones. La alejará.

—Mírate —silba Gedeon—, todo evolucionado y paciente. Nunca pensé que vería el día.

Yo tampoco pensé que lo vería. Pero Laila no me ha dado muchas opciones. Es tener paciencia o perderla, y solo una de esas es una opción.

—¿Te ha mencionado algo? —pregunto, tratando de sonar mucho más casual de lo que me siento—. ¿Sobre la casa o… sobre mí?

—Por favor —resopla Gedeon—. Puede que seamos amigos, pero ella sabe que estoy en tu bolsillo. Dejó de compartir cosas conmigo hace meses. Alrededor del momento que me nombraste su guardia de prisión en el exilio.

—¿Podemos dejar de referirnos a eso como prisión y exilio? —gruño —. La envié allí para asegurarme de que estuviera…

—Lo hiciste para mantenerla a salvo —interrumpe, haciendo círculos con la mano en el aire como si le encantara avanzar rápidamente esta conversación—. Ya lo he escuchado todo antes. Lo sé. La amas.

Lo dice con facilidad. Como si no tuviera ninguna duda.

Las únicas dudas que tengo provienen de toda una vida de advertencias contra eso. Me enseñaron que enamorarme de una mujer sería mi fin.

De vez en cuando, tengo que detenerme y preguntarme si el gilipollas de mi abuelo no tenía razón.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que tengas que ir a buscar a Laila a la clase?

Mira su reloj. —Media hora, más o menos.

—Entonces, también podrías hacer buen uso de tu tiempo —señalo con el dedo la silla frente a mi escritorio—. Cuéntame.

—¿Estás hablando de Charles? —pregunta, hundiéndose en la silla, con un tobillo cruzado sobre la otra rodilla—. Porque no hay mucho que contar. Ha desaparecido.

Me inclino hacia él, repentinamente tenso. —¿Qué significa eso?

Si Charles está fuera del mapa, significa que el pequeño topo irritante va a aparecer de nuevo. El bastardo simplemente no sabe cuándo morir.

—Lo siento —dice Gedeon rápidamente—. Quise decir que se fue de la ciudad. Está en algún lugar de Oklahoma según la última vez que revisé, metiéndose en peleas de bar y estafando a la buena gente del estado saliente para quitarle el dinero que ganaron con tanto esfuerzo. El hombre es una pérdida de espacio, sin importar a dónde vaya.

—¿Qué hay de sus acreedores?

—Siguiéndole la pista. Supongo que se dirigirá al oeste antes de que termine la semana —Gedeon se ríe para sí mismo—. Casi extrañaré al tío cuando finalmente lo alcancen. Ha sido divertido verlo retorcerse.

Nada sobre Charles Barnes ha sido "divertido". Cuando se haya ido, con gusto no volveré a pensar en él.

—Ha estado en su última vida por demasiado tiempo. Es hora de que se vaya. Por el bien de Laila, me alegro de no haber sido yo quien tuvo que hacerlo.

Me levanto de la silla y camino hacia la ventana. Polina viene por detrás de la casa, empujando a Nina en su cochecito. Puedo ver a mi hija jugando con sus pies y riéndose de las nubes.

Es fascinante, la forma en que ve el mundo. Nunca me han interesado los niños, pero, en cuanto nació Nina, estuve fascinado. Todavía lo estoy. Podría sentarme junto a su cuna y verla respirar durante horas.

—Has tenido que tomar algunas decisiones difíciles para mantenerlas a salvo —admite Gedeon—. Pero me alegro de que no hayas tenido que tomar esa.

Me vuelvo hacia él. —Si no hay nada más sobre Charles, podemos hablar de Enzo.

—¿Qué pasa con él? —Gedeon se sienta erguido—. ¿Está causando problemas?

—Aún no. Y no espero que lo haga, por eso es hora de anunciar nuestra alianza.

Gedeon se relaja en su silla. —¿Qué tal un escritor en el cielo? Pueden ser los apellidos de ambos escritos en las nubes, con un gran corazón alrededor.

—Es lindo, pero Enzo estaba pensando que si yo asistiera a la inauguración de su restaurante podría funcionar. De hecho, quiere que esté presente todo mi círculo íntimo.

Gedeon silba. —Eso podría ser incluso más oficial que mi idea del corazón de nube. Quiere hacer una gran declaración.

—Creo que no es una mala idea. Le indica al inframundo que he domesticado a los Calcagnos. Y significa otro nivel de protección para mi familia y la suya.

Gedeon se encoge de hombros. —Nunca le diría que no a una buena fiesta. Siempre que haya bar libre.

—Bien. Entonces lo planificaremos. Dile a Dom, pero no espero que se una a nosotros —miro el reloj—. Ya es hora de que te vayas.

Gedeon comienza a ponerse de pie, pero duda. Vacila en el lugar antes de hundirse de nuevo en su silla. —De hecho, ¿te importaría hacerme un favor y recoger a Laila tú mismo?

Frunzo el ceño. —¿Me estás pidiendo que haga tu trabajo por ti? ¿Surgió algo más importante?

—Nunca —hace una gran demostración de reverencia ante mí en un fingido respeto—. Pero la camioneta me estaba dando problemas esta mañana. El motor sonó… No sé. Pero hay que revisarla antes de que la lleve en ella.

Tomo mis llaves y se las lanzo. —Toma mi auto.

Las atrapa y las arroja de vuelta. —Lo haría, pero debería quedarme con la camioneta mientras la revisan. ¿Sabes? Asegurarme de que no haya dispositivos de rastreo ni líneas de freno cortadas ni bombas de ollas a presión atadas a la parte inferior.

Levanto una ceja, estudiando los pies de Gedeon golpeando el suelo y su sonrisa nerviosa hasta que entiendo lo que está sucediendo aquí.

—Vale —me levanto y camino alrededor de él hacia la puerta—. Yo la buscaré. Pero me debes una.

—Ah, no sé nada de eso —murmura en voz baja—. Creo que podrías *tú* deberme una *a mí*.



GEDEON PUEDE JUGAR al casamentero todo lo que quiera, pero no hay nada que rompa el hielo como una bebé linda. Por eso entro al estacionamiento de la academia de yoga con un ángel de mejillas regordetas balbuceando en el asiento trasero. Puede que a Laila no le entusiasme verme, pero estará encantada de ver a Nina.

—¿Estamos aquí para buscar a Mamá? —le digo con voz suave, mientras me doy la vuelta para que me apriete el dedo con su manita—. Se pondrá muy feliz de verte.

Nina abre los ojos verdes por la ventana y observa las hojas de los árboles como si nunca hubiera visto algo más maravilloso.

*Jodidamente adorable.*

Observo la entrada de la academia con una intensidad similar. Mi pecho se aprieta cada vez que se abre la puerta, pero al menos una docena de personas pasan por las puertas antes de que Laila finalmente aparezca.

Cuando lo hace, no está sola.

Está con un alto hombre rubio que es el resultado genético de los vikingos que van a hacer surf. Peor aún, tiene su sonrisa de megavatios dirigida directamente a mi esposa.

*Maldita sea. Un hombre no puede bajar la guardia ni un maldito segundo.*

Si no me preocupara dejar a Nina sola en el auto o llevarla conmigo y hacer que sea testigo de cómo mancho al Chico Vikingo Surfista

por el pavimento, saldría del auto en un instante. Tal como están las cosas, no hago nada más que bajar la ventanilla para intentar captar algo de su conversación.

Están demasiado lejos para escuchar mucho y la brisa que era agradable hace unos segundos ahora es un verdadero túnel de viento. Pero no necesito escuchar nada.

Mis ojos lo ven todo.

El hombre se inclina hacia ella, su codo roza el de ella mientras caminan. Pasa su mano por sus mechones de Príncipe Azul y se ríe de cada palabra que sale de su boca.

No se reirá cuando mi mano esté envuelta alrededor de su garganta. Eso le enseñaría a jugar con mujeres casadas.

*Ella está comprometida. Mira la piedra que le puse en el dedo, cabrón.*

Pero, justo en ese momento, Laila agita su mano en el aire… y su dedo anular está desnudo.

No solo está caminando por ahí con *ese* cuerpo. *Esa* cara. *Esa* sonrisa… Lo está haciendo todo sin mi anillo en su dedo.

El hombre se echa el cabello sobre el hombro como si perteneciera a la portada de una novela romántica de los 90, y es la gota que colma el vaso. Salgo del auto, levanto suavemente a Nina de su asiento y tomo la ruta menos obvia hacia donde mi esposa está siendo acosada para que no me noten hasta el último segundo.

—…podrías estar dando la clase tú misma —dice con otra amplia sonrisa—. Tu postura del perro boca abajo es impresionante.

Entrecierro los ojos. Ningún hombre elogia la postura del perro boca abajo de una mujer a menos que se imagine que está de pie justo detrás de ella mientras lo hace. Este cabrón tiene agallas.

—No sé nada de eso. Matilda está muy por delante en el juego.

—La diferencia es que Matilda tiene todo ese aire caliente que la agobia —murmura, empujando el brazo de Laila.

Laila se ríe. —Trevor, basta.

—Sí, Trevor —gruño desde donde estoy viendo este ritual de apareamiento a unos pocos pies de distancia—. Basta.

Ambos se giran hacia mí. Laila está sorprendida, pero, tal como lo había planeado, la vista de Nina le dibuja una sonrisa en la cara. Se apresura a sacar a nuestra hija de mis brazos.

—¡Mi dulce niña! —Laila le besa el cuello, haciendo reír a Nina. No tiene idea del peligro en el que acaba de poner a Trevor. Tengo las manos libres, y Trevor me está mirando como si acabara de robarle el dinero del almuerzo.

—¿Quién es? —pregunta Trevor.

*Tu peor pesadilla* está en la punta de mi lengua cuando Laila se me adelanta. —Este es mi esposo, Arsen. Arsen, este es Trevor. Es uno de mis instructores de yoga.

La mandíbula de Trevor cae. —¿Estás casada?

Laila asiente. —Lo estoy. Y esta pequeña belleza es nuestra hija, Nina.

—Casada… —cierra la boca con algo de esfuerzo—. Y eres mamá.

—La mencioné antes —se ríe Laila—. Te mostré fotos.

¿Eso fue antes, después o durante su "impresionante" postura del perro boca abajo? Tengo una buena idea de qué podría haber distraído a Trevor.

Laila ignora la caída de hombros decepcionada de Trevor y saluda. —Bueno, te veré la semana que viene. ¡Adiós, Trev!

Antes de que pueda atar a Chico Surfista a mi parachoques por el flequillo o poner a Laila sobre mi hombro y llevarla de vuelta al auto,

ella despide a Trevor y me toma la mano.

—¿Nos vamos? —pregunta, caminando de vuelta al vehículo antes de que pueda responder.

—¿Quién era ese? —gruño.

—Te lo dije: mi instructor —espera a que le abra la puerta del auto y luego vuelve a colocar a Nina en su asiento—. Además —añade—, un hombre al que no deberías masacrar en un aparcamiento público.

—No iba a masacrarlo.

Cierra la puerta y cruza los brazos sobre el pecho. Parece irreal con su sujetador deportivo negro y me cuesta mucho mantener la mirada fija en su rostro. —¿Así que no estabas considerando la forma más limpia de desmembrarlo y deshacerte de él?

—Nunca dije eso. Solo dije que no lo iba a hacer —*probablemente*. Abro la puerta del auto y ella entra con los ojos en blanco.

—¿Es por eso que viniste a recogerme? —pregunta tan pronto como abro la puerta del conductor—. ¿Estás aquí para controlarme y asegurarte de que no estoy engañándote?

Prendo el auto con un poco más de fuerza de la necesaria. —¿Debo preocuparme? Trevor parecía sorprendido de que estuvieras casada. Y no llevas puesto el anillo.

—Porque me acaloro durante la clase y se me hinchan las manos. No quiero que me quiten el anillo quirúrgicamente, así que me lo saqué —explica—. Además, Trevor es un buen instructor de yoga, pero está demasiado ocupado escuchando el sonido de su propia voz como para escuchar la de los demás. Le he contado a él… y a todos los demás… sobre ti y Nina. Todos saben que estoy casada.

Me da un poco de vergüenza admitir lo mucho que le gusta a la bestia posesiva que hay en mi pecho oír eso. Aunque también le guste la idea de que mi anillo esté soldado permanentemente a su dedo.

—Eres mi esposo, Arsen —termina suavemente—. Eso significa algo para mí.

¿Significa que vamos a dormir en la misma cama otra vez? ¿Significa que me va a perdonar? Quiero exigirle que me diga ahora mismo exactamente lo que quiere decir, pero tengo la fuerte sospecha de que Laila no lo sabe ella misma.

—Significa algo para mí también. Más que todo —digo en voz baja—, que lucharé contra cualquier gilipollas que crea que puede tenerte.

Su mano se desliza por la consola y creo que va a agarrar mi mano o tocar mi muslo. En cambio, tamborilea con los dedos sobre el cuero. —Sé que quieres luchar por mí, pero debes confiar en que yo también lucho por ti.

Nuestras miradas se encuentran. Algo pasa entre nosotros. Estoy bastante seguro de que Laila también lo siente, porque vuelve a poner la mano en su regazo y obliga a sus ojos a mirar el parabrisas.

Enciendo el motor, sintiendo por primera vez que tal vez tenga una oportunidad real de recuperarme de todo esto.

# LAILA

No puedo dejar de ver a Arsen con otra mujer.

Otra mujer en su asiento de pasajero. Otra mujer entrelazando su mano mientras caminan por la acera. Probablemente, alguna supermodelo rubia de piernas largas, con labios perfectamente regordetes en forma de arco de Cupido y un par de senos que desafían la gravedad y de los que los cirujanos plásticos de todo el mundo pedirían planos para intentar replicar en la mesa de operaciones, todo eso sonriéndole a *mi* esposo.

Me quejo ante la crueldad de mi propia imaginación, lo que a su vez me hace perder el equilibrio y me hace caer de culo en mi intento de pose de escorpión.

—¿Qué me pasa? —murmuro, golpeando con el puño la alfombra de felpa.

He estado nerviosa desde que Arsen me recogió de mis clases esta tarde. Al principio, le eché la culpa a que él se haya acercado a mí y a Trevor, todo pecho inflado y amenazas tácitas. Estamos en el siglo XXI, no en la era neolítica. ¿Quién actúa así? Solo hablaba con Trevor. No es como si me estuviera llevando a caballito desnuda por el estacionamiento, o algo así.

Arsen es mi esposo. Debería saber que nunca lo engañaría.

Pero luego me puse a pensar… ¿sería eso siquiera engañarlo? Estamos separados, técnicamente. Le pedí a Arsen espacio. Quise decir que quería mi propia habitación, pero ¿significa que podría salir con cualquiera si quisiera?

*Yo* no quiero. En absoluto. Pero me lleva a la siguiente y horrible pregunta…

*¿Podría él?*

Cuando Polina asomó la cabeza en el baño hace una hora, se dio cuenta de inmediato de que algo pasaba. Estaba bañando a Nina, tan perdida en mis pensamientos que estuve a punto de lavarle el cabello con jabón de manos.

—Parece que te vendría bien una siesta —sugirió, sacando el jabón de manos y el patito de goma que estaba untando de mis manos—. O un buen y largo baño tú misma. Yo cuidaré a Nina.

Con mi cabeza hecha un lío, Nina no estaba exactamente recibiendo un tiempo de calidad conmigo, así que dejé que Polina tomara las riendas y me retiré a mi habitación para hacer un poco de yoga.

No sé por qué pensé que el yoga ayudaría a aclarar mi mente. Todo lo que hizo fue hacerme pensar en la academia y en Trevor, lo que me hizo pensar en Arsen poniéndose celoso, lo que me hizo preguntarme si yo sentiría celos de él de la misma manera.

Entra: la hipotética rubia tonta que creé en mi mente, que hipotéticamente está destrozando mi casa y robando a mi esposo.

Me siento, con las piernas cruzadas, la espalda recta y hablo en voz alta para mí misma. —Sé racional sobre esto, Laila. Arsen no está saliendo con nadie más.

*Aún no*, mi subconsciente arrogante se suma. *Pero si lo mantienes en el anzuelo por mucho más tiempo, podría cansarse de esperar.*

Cierro los ojos con fuerza, tratando de encontrar mi paz interior y bloquear los pensamientos negativos. Pero mi "paz interior" se

parece cada vez más a un vaso de agua grande con cabello castaño rojizo y ojos verdes cautivadores.

Me imagino a Arsen caminando por la calle otra vez, pero, esta vez, soy *yo* la mujer de piernas largas que camina a su lado. Su brazo está colgando bajo alrededor de *mi* cintura, su mano extendida posesivamente sobre *mi* cadera. Me atrae hacia su cuerpo duro, presionando sus labios contra mi mejilla… mi cuello… mi clavícula…

Se me corta la respiración y abro los ojos de golpe.

—No —susurro, poniéndome de pie de un salto—. No. No, no. No voy a ir allí.

Pero es demasiado tarde. Ya fui allí.

Este infierno en el que estoy es la consecuencia directa y obvia de dejar que Arsen Adamov te lleve a la cama. Crees que será algo de una sola vez, pero eso es lo que él quiere que pienses. Así es como te lleva justo donde él quiere.

Después de meses de celibato, mi cuerpo está completamente despierto.

Y quiere *más*.

Sin quererlo, doy la vuelta a la cama y abro el cajón inferior de la mesita de noche. No voy a coger nada… solo a mirar. Pero mirar se convierte en coger… y cambiar pilas viejas… y de repente, ¿qué les parece?… estoy desnuda en el centro de la cama, con un vibrador zumbando entre mis piernas.

—Esto es para mí —jadeo suavemente—. Merezco sentirme bien.

Mis mantras feministas están muy bien, pero, en cuanto encuentro un buen ritmo… mis caderas se mueven fuera de la cama, mis dedos de los pies se curvan… el rostro de Arsen inunda mi mente.

Aparto el vibrador de un tirón y me siento.

—Esto es para relajarse —me recuerdo con frialdad, mientras el calor se acumula en mi vientre—. No se trata de él.

No se trata de desearlo, ni de cómo le ardían los ojos cuando me vio con Trevor esta tarde.

*Lucharé contra cualquier gilipollas que crea que puede tenerte.*

Todavía puedo oír el profundo retumbar de su voz en el auto. Puedo ver la forma en que agarraba el volante, recuerdo la forma en que me preguntaba cómo se sentirían esas manos apretando mis caderas, arrastrándome contra él una y otra vez.

Cuando presiono el vibrador entre mis muslos una vez más, estoy demasiado desesperada para fingir que esto es otra cosa.

Vale. A la mierda. Es él.

Me paso una mano por el pecho, fingiendo que sus dedos ásperos y callosos están haciendo rodar mis pezones hasta convertirlos en puntos duros. El vibrador me acaricia el clítoris y yo gimo—: Arsen…

Incluso su nombre en mis labios se siente bien. Mi piel se estremece y esa es la sensación que buscaba.

*Arsen*. Es a quien quiero ahora mismo, y ¿es eso un crimen? Después de todo, esto es puramente físico. Necesito correrme y él es la forma más rápida de hacerlo. Es económico, no una traición a mis principios.

Saltando desde las vertiginosas alturas de mi superioridad moral, me sumerjo de cabeza en el mundo de fantasía que me espera debajo. Gimo mientras imagino sus labios sobre mi piel, sus palabras sucias en mi oído.

—Ahí —gimoteo, haciendo girar el vibrador contra mi centro—. Justo ahí. Eso es.

Juro que incluso puedo escuchar el sonido pesado de su respiración excitada.

Mis ojos se abren de golpe por un segundo y, de repente, la fantasía se derrumba a mi alrededor.

*Porque él está aquí.*

Pierdo el control del vibrador y se me cae de las manos mientras observo a Arsen inclinado sobre la cama, sus ojos completamente negros mientras me mira. El juguete sigue zumbando suavemente contra el lujoso colchón mientras lo miro, congelada, horrorizada.

Lentamente, se inclina. Sus dedos rozan la piel sensible de la parte interna de mis muslos mientras recupera el vibrador que aún vibra y lo presiona nuevamente en mi mano. —No pares por mí, *roza*.

El apodo me estremece, me pone la piel de gallina en los brazos.

Fantasear con Arsen es una cosa, y es bastante malo por sí solo. Pero experimentarlo en carne y hueso es muy diferente. Cualquier sensación de control que pudiera haber logrado reunir se ha ido. Me siento desnuda y vulnerable.

Borra eso: *estoy* desnuda y vulnerable.

Es exactamente por eso que lo miro a los ojos y le digo—: No planeo hacerlo. Necesito esto. Pero tú tienes que irte.

De un solo empujón, vuelvo a colocar el juguete en su lugar mientras él observa.

—Laila… —Arsen traga saliva, con los ojos fijos en el lugar donde me estoy follando suavemente—. No hay manera en el cielo o en el infierno de que me aleje de ti ahora mismo.

Arqueo la espalda y ya sé que esto no será suficiente. Mi cuerpo sabe lo que podría tener en su lugar, y no se conformará con lo segundo. Lo único que me provoca algo es la atención de Arsen en mí. Puedo sentir una necesidad desesperada que emana de él en oleadas calientes y embriagadoras.

—Vale. Pero, si te vas a quedar, tienes que ayudar.

Se arrodilla a mi lado en la cama. —Dime lo que necesitas, Laila. Pídemelo y te lo daré.

El corazón se me sube a la garganta y me lo trago de inmediato. Esto sigue siendo sobre mí… sobre lo que yo necesito. No se trata de él ni de *nosotros*.

—Necesito correrme. Eso es todo —gimoteo—. Necesito que seas mi liberación.

Su mano acaricia mi muslo y casi me levanto de la cama. —Eres mi esposa. Mi *roza*. Seré lo que desees.

Entrecierro los ojos. —No hagas de esto algo que no es. Esto es sexo, nada más.

—Es más para mí. Es todo para mí, Laila. Y será todo para ti también —envuelve su mano alrededor de la mía, reclamando el control del juguete—. Pero puedo esperar a que aceptes eso.

# ARSEN

Introducir un vibrador en mi esposa no es lo que la mayoría de la gente llamaría "darle espacio", pero no la estoy cogiendo con mis dedos, así que es más espacio del que quiero darle.

—¡Arsen! —jadea Laila, levantando las caderas. Su mano serpentea hacia abajo entre nosotros para envolver mi muñeca. Sus uñas se clavan en mi piel—. Arsen… más.

Y, justo así, el poco espacio que había entre nosotros desaparece.

Prácticamente rompo el vibrador por la mitad cuando lo tiro al suelo y pongo mis manos sobre mi esposa. Masajeo con mis palmas sus muslos temblorosos y muevo mis pulgares hacia arriba y hacia abajo, y hacia arriba y hacia abajo, sobre su abertura hasta que ella gime por mí.

—Dijiste que serías mi liberación.

Nuestras miradas se encuentran a lo largo de su cuerpo, y maldita sea, quiero quedarme en esta habitación para siempre. Quiero trabar la puerta y derretir la llave y hacer que me mire así, hasta que ambos estemos demasiado exhaustos para levantarnos.

Ella hace pucheros con su labio inferior y yo le meto un dedo. Observo cómo su boca se suaviza y se abre. Sus ojos se cierran y suspira mientras la embisto una y otra vez, cada vez más rápido.

Sus muslos se tensan, pero los inmovilizo contra el colchón. —No te muevas hasta que te dé permiso, princesa —murmuro. Luego, me inclino y la beso por dentro de la pierna, saboreando cada centímetro de su cuerpo hasta que sello mis labios sobre su centro y ella grita.

Le tapo la boca con una mano mientras saboreo y provoco su orgasmo. —Tampoco grites hasta que te dé permiso —pasa los dedos por mi cabello y frota sus caderas contra mi boca, usándome exactamente como dijo que lo haría.

Y la dejo… hasta que se hunde de nuevo en la cama, flácida y jadeante.

Entonces, me levanto.

Estoy jugando un juego peligroso, pero acomodo mi polla dolorida en mis jeans y me doy vuelta hacia la puerta.

—¿A dónde…? —se levanta apoyándose en los codos. Tiene el cabello alborotado y las mejillas sonrojadas, y Dios mío, nadie se ha visto tan completamente jodido y follable en toda la historia de la humanidad—. Pensé…

Su voz se apaga y arqueo una ceja. —Me querías para liberarte. Si no me equivoco… —me llevo dos dedos resbaladizos a la boca y pruebo un largo y delicioso sabor—. Esa fue tu liberación. Ya no me necesitas. A menos que…

Algo brilla en sus ojos. Un reconocimiento del juego peligroso al que estamos jugando. Una aceptación de él. Un deseo de seguir jugando.

Lentamente, dolorosamente lento, desliza una mano por su cuerpo, tocándose en todos los lugares donde quiero tocarla.

—Pero quiero más —ronronea.

Una vez más, los milagros abundan. El hecho de que no me lance por la habitación y empuje cada centímetro de mí dentro suyo es

una hazaña de fuerza de voluntad humana que nunca se repetirá.

—No deberíamos hacer de esto algo que no es —uso sus palabras contra ella como un arma y saboreo el momento en que aterrizan.

Sus labios se fruncen. Su frente se frunce. Joder, todo esto podría salir mal en un instante. Hay muchas posibilidades de que acabe de nuevo en mi habitación, terminando con mi propia maldita mano ante la imagen de mi esposa desmoronándose debajo de mí.

Pero, si Laila va a mirarme a los ojos y mentirme una y otra vez, necesito que sepa que es una mentira.

No estoy aquí solo para ser su liberación. No estoy aquí solo por sexo. Ella gritaba mi nombre antes de saber que estaba en la habitación, y eso jodidamente *significa* algo.

Con cuidado, Laila se desliza hasta el final de la cama y se pone de pie. Su cuerpo está brillante por el sudor, todas sus curvas delgadas y apretadas brillan mientras camina hacia mí.

—Lo que esto *es* —susurra, caminando en un círculo lento a mi alrededor, su mano arrastrándose perezosamente desde mi pecho hasta mi hombro, bajando por mi columna—, es sexo. Buen sexo, si lo permitimos. Y, por más rico que haya sido ese aperitivo, aún no he terminado. Y tú tampoco, por lo que parece.

Ella se detiene frente a mí y acaricia el bulto de mis jeans.

Presiono su palma con un gruñido, porque incluso los milagros tienen sus límites.

Se estira sobre las puntas de los pies y desabrocha mis pantalones, pasando su mano por debajo de la cinturilla de mis boxers hasta que me agarra. Acariciando al ritmo de mi respiración entrecortada.

Su boca se curva en una sonrisa satisfecha. —Sé que lo quieres.

En un instante, saco su mano de mis pantalones y la giro. Aprieto su espalda contra mi pecho, mis labios rozando la curva de su oreja. —

Sé exactamente lo que quiero. No es ningún secreto, Laila. Tú eres la que no admitirá la verdad.

Ella respira con dificultad, sorprendida por el cambio abrupto de control. —Quiero sexo.

—Entonces, di el nombre de otra persona cuando te toques —gruño —. Mira la cara de otra persona. Te reto.

—Que te jodan —intenta apartarse, pero la abrazo fuerte. No irá a ninguna parte todavía. La acompaño hasta que queda atrapada entre mi cuerpo y la ventana de cristal—. ¡Suéltame!

Dejo caer mi brazo de su cintura, pero, antes de que pueda dar un paso, le pongo una palmada en su seno. Deslizo una mano sobre la curva de su cadera y me meto entre sus piernas, y ella se detiene en seco para no perder ese pequeño punto de contacto.

—Vete si quieres —masajeo un círculo sobre su clítoris y ella jadea, dejando caer la cabeza hacia atrás sobre mi hombro—. Nadie te detiene.

Su cuerpo se derrite contra el mío. Beso una línea por su cuello y la pendiente de su hombro. La toco hasta que envuelve una mano alrededor de mi cuello, aferrándose a mí para evitar hundirse de rodillas.

Finalmente, se estira hacia atrás y libera mi dolorida polla de mis jeans. Me libero de un salto, acomodándome contra su trasero con un gemido.

Cuando intenta colocarme entre sus piernas, me alejo. —¿A quién perteneces, Laila?

—Arsen —se queja—. No lo hagas.

Pero no es suficiente. Le pongo una mano en el cuello, sin apretar. —¿A quién carajo perteneces?

Ella duda, pero ambos sabemos que no la tocaré como quiere hasta que me diga la verdad.

—A ti —susurra finalmente.

La recompenso con un centímetro. —Dilo otra vez.

—Te pertenezco —se queja, plantando sus manos contra el cristal mientras le doy un poco más.

Estoy temblando por la moderación que se necesita para no llenarla hasta el fondo, pero la tercera es la vencida. —Dímelo una vez más, nena.

—Te pertenezco —gime, empujando sus caderas contra mí al mismo tiempo que la embisto. Nos encontramos en el medio con una satisfactoria bofetada, ambos exhalamos mientras ella se adapta a toda mi longitud.

En cuanto está lista, la presiono contra el cristal y la follo como quería hacerlo en cuanto entré en la habitación.

Es salvaje, de verdad. Quiero romperla y ella quiere ser rota. Cada vez que chocamos juntos y esa ruptura no sucede, ambos lo intentamos con más fuerza. Gruñendo. Empujando. Cada respiración caliente en la oscuridad.

Mientras la lleno una y otra vez, el césped está iluminado por la luz plateada de la luna. —Si hay alguien ahí abajo, te verán —aprieto entre dientes—. Sabrán a quién perteneces. Sabrán que eres mía.

Ella golpea el vidrio con sus manos. —Soy tuya.

Las palabras me están llevando al límite y quiero llevármela conmigo.

—Entonces, córrete para mí —ordeno—. Córrete conmigo.

Ella aprieta su coño a mi alrededor y mi visión se oscurece. Todo lo que tengo se derrama en mi esposa mientras rujo contra su cuello. Luego…

Silencio.

Silencio.

*Silencio.*

Se siente mucho más suave sin los bordes irregulares de todo lo que acabamos de dejar atrás.

Laila se estira para acariciar mi cabello con una mano, persuadiéndome a bajar con ella hasta que nos balanceamos suavemente juntos contra la ventana, pulsando con la poca energía que nos queda.

Ella suspira, su aliento empañando el vidrio. —No hay manera de que no me hagas esto complicado, ¿verdad?

Agarro su barbilla y giro su rostro hacia el mío para poder reclamar su boca en un beso largo y hambriento que me hace estremecer dentro de ella nuevamente. —No es complicado. Tan pronto como aceptes lo que somos, lo verás.

Su frente cae contra el vidrio. Me mira por encima del hombro como si estuviera tratando de encontrar las respuestas a una prueba en mis ojos. —Esto fue solo por esta noche, Arsen.

Me deslizo fuera de ella, sacudiendo la cabeza. —El primer momento en que te toqué, supe que no sería algo de una sola vez. Incluso antes de que yo mismo me diera cuenta, ya estaba jugando con todo. Eres mi esposa y siempre lo serás.

Me da una sonrisa triste.

Pero no hay nada triste en este momento. Se está derrumbando y ni siquiera se da cuenta.

Laila Barnes está a punto de ver exactamente cómo conquisté mi imperio… con toda mi atención.

Esto no será diferente.

# ARSEN

Estoy caminando de un lado a otro en la entrada, comprobando la entrada cada quince segundos para averiguar dónde demonios está Gedeon, cuando oigo mi nombre resonando por las escaleras.

—¿Arsen…? —Laila dormía tranquilamente cuando salí de la habitación hace media hora, pero ahora suena asustada—. ¿Arsen?

—Estoy aquí —unos pasos apresurados bajan las escaleras y cruzan el suelo de madera—. Lo siento, tengo una reunión, así que me escabullí. Habría dejado una nota, pero…

Laila dobla la esquina y las palabras se me escapan de la boca. Tiene los ojos muy abiertos y aterrorizados, la piel pálida. Me tiende a nuestra hija. Si Nina no estuviera llorando, por el aspecto de Laila, estaría seguro de que está muerta.

—Está enferma —suelta bruscamente—. Tose y no puede respirar.

Nina inhala para dar otro grito ensordecedor y yo tendría que estar en desacuerdo. —Parece que está respirando bien.

Laila sacude la cabeza y acerca a Nina. —No puede recuperar el aliento. Tiene los labios azules. Está enferma. Está enferma y necesitamos un médico.

Suena una bocina afuera y me doy vuelta para ver a Gedeon parado en la entrada. Está relajado en el asiento del conductor, con un brazo apoyado en el umbral. Luego, me doy vuelta hacia Laila y no hay nada relajado en mi esposa. Todos los signos de la mujer que se quedó dormida en una pila lánguida en mis brazos anoche han desaparecido.

Tengo la sensación de que, si le digo que tengo que irme ahora mismo para ir a una reunión de Bratva, se irá para siempre.

—Probablemente sea solo un resfriado —digo en cambio.

—Podría ser tos ferina. O VSR —Nina deja de llorar el tiempo suficiente para soltar algunas toses desgarradoras antes de comenzar de nuevo en serio. Laila parece afligida mientras sostiene a nuestra hija, incapaz de hacer nada para ayudar—. Podría ser cualquier cosa. No tenemos idea. Tenemos que hacer algo.

—Haremos algo. Ella va a estar bien —le doy un beso en la frente a Nina y se siente un poco cálida—. ¿Por qué no la vigilan de cerca tú y Evelyn, y luego, si las cosas empeoran, podemos…

—¿Quieres esperar a que empeore? ¡Está enferma ahora, Arsen! —abro la boca para discutir, pero ella me hace un gesto para que no lo haga—. ¡No estoy loca! Los bebés son pequeños… indefensos. Es como la gripe. Afecta más a los bebés que a otras personas. Esto podría ser así. Tal vez sea un resfriado, pero si no hacemos nada y le pasa algo, nunca me lo perdonaré.

Nunca me perdonaría a mí tampoco. No creo que Nina esté en peligro inmediato, pero eso no significa nada para Laila.

Me vuelvo hacia la puerta y Laila agarra la parte de atrás de mi camisa. —¿A dónde vas?

—A liberar mi agenda.

Gedeon me hace un gesto con la mano cuando abro la puerta, pero frunce el ceño cuando me acerco. —No llego *tan* tarde. Solo un

minuto. Igual vamos a llegar temprano a la reunión, así que no deberías parecer tan molesto.

—No eres tú. En realidad —cambio de tema—, todo depende de ti. La reunión de hoy… Necesito que te ocupes tú mismo.

Apaga el motor y empieza a abrir la puerta, pero la cierro de golpe antes de que pueda hacerlo. —Quédate en el auto, porque en realidad llegas cinco minutos tarde y tienes que irte.

—¿Solo?

—Es tu turno, hermano. Querías un papel más importante en la Bratva. Bueno, aquí está.

Sopesa la oferta con sospecha. —¿Qué sucede?

—Nina está enferma y Laila necesita que esté aquí para cuidar de ella… de las dos.

—*Blyat'* —murmura—. ¿Estás seguro? Te esperan hoy. Podrían tomarlo como un insulto si solo me reciben a mí.

—Entonces que se metan el trato por el culo. ¿Quieren hacer negocios con la Bratva Adamov? Tendrán que jugar según mis reglas —le doy una palmada al techo del auto—. Sé mis ojos y oídos. Hoy vas a hablar con mi voz, Ged.

Aprieta la mandíbula. —No te decepcionaré, jefe.

En el momento en que acelera por la entrada, llamo al pediatra de Nina. Si a la Dra. Simone le parece extraño que le pida que haga una visita a domicilio, no lo dice. Solo me dice que puede estar aquí en quince minutos y cuelga.

Armado con esa seguridad, vuelvo a la casa y encuentro a Laila acunando a Nina. Sigue gritando a todo pulmón, lo que me dice que las cosas no pueden ser tan terribles. Con esa capacidad pulmonar, puede que esté *demasiado* sana. Pero se está poniendo de un rojo de diez tonos y tiene la nariz llena de mocos.

—Algo le pasa —susurra Laila sin levantar la vista—. Nunca había estado así antes. Siempre puedo calmarla.

Pero, sin importar lo que intente Laila, Nina se retuerce y llora incómoda. Puedo notar que el esfuerzo también le está costando mucho a Laila. Hace muecas con cada paso, como si le empezara a doler la cadera.

Acerco a Laila a mi costado hasta que tengo a mis dos chicas acurrucadas en el círculo de mis brazos. —Tienes que respirar. Tenemos que mantener la calma por Nina.

Laila se estremece y exhala un suspiro que suena doloroso. Sus lágrimas caen sobre la manga de mi camisa y la abrazo un poco más fuerte. —Todo va a estar bien. Estoy aquí. Estoy aquí mismo. Nina estará bien.

Cuando finalmente convenzo a Laila de que se siente, voy a la cocina a buscar algunas toallas y un recipiente con agua fría. Mientras esperamos a que llegue la doctora, paso las toallas mojadas sobre la piel enrojecida de Nina.

Todavía está gimiendo, pero, cuando la Dra. Simone entra a la cocina, Nina está mucho más tranquila. La doctora echa un vistazo a nuestro equipo y asiente. —Buena idea. Eso bajará la fiebre.

Laila se pone de pie de un salto con una mueca de dolor. —Ha estado tosiendo toda la mañana, doctora. Creo que tiene problemas para respirar.

—Déjame echarle un vistazo a nuestra pequeña estrella brillante —la Dra. Simone acerca un taburete y se sienta frente a mí. Yo sostengo a Nina mientras ella realiza un examen con su estetoscopio.

—¿Y bien? —pregunta Laila, mordiéndose las uñas mientras se cierne sobre nosotros.

—Tiene algo de congestión en el pecho —nos informa la Dra. Simone —. Y eso le está causando algunas molestias…

—¡No puede respirar! —interviene Laila.

—No puede respirar porque está llorando mucho —explica la Dra. Simone con calma—. Es mejor distraerla para que pueda tomar algunas buenas bocanadas.

—No pareces preocupada —digo.

—Es solo un pequeño resfriado. Todos los niños los tienen. Es algo bueno, en realidad. La pequeña Nina necesita fortalecer su sistema inmunológico. Ha bajado su fiebre, así que ahora tenemos que hacer que se sienta cómoda para que pueda dormir un poco. El descanso es lo más importante para ella en este momento.

Laila no parece consolarse en absoluto con la evaluación de la médica. —Soy muy cuidadosa con ella. No estuvo expuesta a tanta gente, y le limpio las manos después de…

—La has cuidado bien. Los virus son normales. Solo tienes que vivir y confiar en que su sistema inmunológico hará su trabajo.

—¿No vas a recetarle nada? —Laila ahoga un sollozo y, como si pudiera percibir el estado de ánimo de su madre, el llanto de Nina aumenta otro nivel.

Envuelvo un brazo sobre el hombro de Laila y digo por encima del llanto—: Gracias por su tiempo, doctora.

Mientras Polina acompaña a Simone a la salida, tomo el brazo de Laila y la llevo a mi baño. Me sigue ciegamente, los ojos fijos en Nina en sus brazos. —¿A dónde vamos?

—Vamos a calmarlas a las dos.

Para cuando llegamos al baño, el llanto de Nina se ha calmado un poco, pero estoy bastante seguro de que es de puro cansancio. Su respiración es agitada y áspera y, por mucho que piense que Laila está exagerando, sigue siendo duro de ver.

Apunto el cabezal de la ducha hacia la pared de azulejos y pongo la temperatura al máximo. Al instante, el vapor comienza a salir por encima de la puerta de vidrio.

Laila está tan ocupada intentando calmar a Nina que apenas se da cuenta cuando la agarro por los hombros, la aprieto contra mi pecho y nos bajo a los tres al suelo.

—¿Qué es esto? —pregunta—. ¿Qué estamos…?

—Respira —le ordeno, acariciando sus brazos con mis manos.

El aire es cálido y húmedo y, después de unos cuantos gemidos, Nina comienza a calmarse. Todavía tiene hipo, pero su respiración se vuelve cada vez más fácil cuanto más tiempo pasamos en la sauna improvisada.

—Está mejor —susurra Laila mientras los ojos de Nina finalmente comienzan a cerrarse—. ¿Cuánto tiempo nos quedamos así?

Le doy un beso en la nuca. —Todo el tiempo que quieras. Todo el tiempo que necesites.

# ARSEN

Es como si una tienda de decoración de hogar hubiera pasado por una trituradora.

En el suelo de la habitación de Laila hay revistas de diseño de interiores esparcidas como un mosaico, dobladas, abiertas o completamente rasgadas. En las páginas sueltas hay un puñado de notas adhesivas de colores. La propia Laila luce unos cuadrados de color rosa neón y amarillo en sus mangas.

Tengo que hacer un círculo amplio alrededor de la alfombra para no pisar el cementerio de revistas. —Supongo que esto es para la nueva casa.

Ella asiente sin mirarme. —He estado experimentando con ideas para cada habitación. Incluso encontré una increíble tienda de papel tapiz en la ciudad. Hacen papel tapiz personalizado según tus especificaciones. ¿No es genial?

Gruño en respuesta, caminando hacia la cuna de Nina para verla dormir porque es más fácil que mirar a mi esposa enloquecida en este momento.

—Entonces, ¿te vas a mudar? —puedo sentir los ojos de Laila en mi espalda, pero no me doy vuelta. No hasta que estoy seguro de que puedo reprimir mi ceño fruncido—. ¿Me lo ibas a decir antes de irte o iba a despertar y sorprenderme con tu habitación vacía?

—Estás enojado.

—No estoy enojado —me obligo a respirar—. Te di las llaves. Solo que tal vez esperaba que no aceptaras mi oferta.

Pasa ágilmente por encima de la revista para pararse a mi lado en la cuna. —Quiero preparar la casa, Arsen. Eso no significa que me vaya a mudar de inmediato.

—Pero sí quieres irte.

Por primera vez, se acerca a mí por voluntad propia, su mano roza mi brazo. —Esta casa es maravillosa, pero es *tuya*. He ido y venido demasiadas veces para sentir que pertenezco aquí.

—Sé que he sido un gilipollas…

Ella aprieta su agarre en mi muñeca. —No estoy buscando otra disculpa… no estoy pidiendo una. Ya lo has hecho, y yo acepté. Solo trato de explicarte cómo me siento.

—Vale —digo tranquilamente—. Estoy escuchando.

—La Casa Barnes es la casa de mis sueños. Literalmente trajiste a la vida una fantasía que nunca pensé que tendría. Siento que es el tipo de casa que podría convertir en un hogar… Para *todos* nosotros.

Arqueo una ceja. —Sra. Adamov, ¿me está pidiendo que me mude con usted?

—Sé que estamos haciendo todo al revés, pero, si las cosas continúan como hasta ahora entre nosotros… —se encoge de hombros—. Solo pensé que podría funcionar.

Se me erizan los pelos de la nuca. Esto es lo más cerca que ha estado de darme algún tipo de esperanza, y no estoy listo para aceptarla todavía. No hasta que sepa que es real.

Su rostro se desmorona. —Si no quieres irte de esta casa, entonces…

—Nunca dije eso —la atraigo hacia mí y ella se golpea en mi pecho con un suave jadeo.

Se sonroja y sus pupilas se dilatan. —Este podría ser un nuevo comienzo para todos nosotros. Un hogar que construyamos juntos.

—Me gusta cómo suena eso.

—Bien. Entonces, ¿puedo seguir mirando revistas o tienes opiniones igual de firmes sobre los diseños de papel tapiz?

—No tengo ninguna —le aseguro—. Quiero que esta casa sea exactamente como tú quieres que sea. Dime lo que quieres y lo compraré.

Mueve las cejas con picardía. —Puede que te arrepientas de eso más tarde.

—Cuando se trata de hacerte feliz, *roza*, no me arrepentiré de nada.



PENSÁNDOLO BIEN, puede que tenga algunos arrepentimientos.

El primero es no haberme ido cuando Laila, Kira y Guilia me dieron la oportunidad. Kira me dijo que no podría estar con ellas y me reí… de hecho, me reí en su cara.

—No paso horas en el gimnasio todas las semanas para no poder soportar una juerga de compras —resoplé.

Pero eso fue hace cinco tiendas y siete horas. Ahora me duelen los pies y, si miro una muestra más de papel tapiz, mis ojos nunca se desviarán.

Mientras tanto, Kira y Guilia saltan detrás de Laila, discutiendo paletas de colores, muestras de pintura y lámparas a medida como si no hubiera nada en el mundo que prefieran estar haciendo.

Guilia arrebata la etiqueta de un aparador y la agrega a la pila en mis manos. —Aquí tienes otra, Adamov. No la pierdas.

La miro con enojo, pero ella no se da cuenta. Para Guilia, no soy más que una tarjeta de crédito gigante que camina. Solo se molesta en reconocerme cuando llega el momento de pagar algo.

He tenido la tentación de recordarle quién carajo soy más de una vez. Se acerca el lanzamiento del restaurante de Enzo, y habría más que una pequeña charla si su nuevo aliado no estuviera allí para apoyarlo.

Pero luego, Laila se muestra indecisa sobre unas cortinas o una lámpara, y Guilia le dedica toda su atención al problema. Ella y Kira son increíbles con mi esposa, y eso cubre una multitud de pecados en mi libro. Complementan sus gustos, apoyan sus decisiones y se muerden la lengua cuando Laila está decidida a comprar algo que no les gusta.

Tomemos por ejemplo el artículo frente al que hemos estado parados durante los últimos quince minutos.

A juzgar por la nariz apretada de Guilia, no le gusta el espejo de nube iluminado que Laila está considerando para la habitación del bebé. Pero cuando Laila se gira hacia ella, transforma la mueca en una sonrisa de aprobación.

—¿Crees que es demasiado? —Laila se muerde el labio—. ¿Demasiado cursi?

—Creo que te encanta.

Laila se sonroja. —Es cursi, lo sé. Pero sí, me encanta.

—Entonces, deberías comprártelo.

Mi esposa frunce el ceño, volviéndose hacia su expresión incierta en el espejo. —¿Qué piensas, Kira?

—Creo que es extravagante y divertido. Si esa es tu visión, hazlo.

Con su aprobación, Laila finalmente arrebata la etiqueta del espejo y se la entrega a Guilia, que la agrega a la pila en mis manos.

Laila pasa su mano por el brazo de Kira y prácticamente salta al departamento de ropa de cama, pero Guilia se queda atrás, mirándome con un curioso arco en sus cejas. —Tenía dinero apostando a que te irías en la primera hora.

—Le prometí a Laila que estaría aquí, así que aquí estoy —respondo.

—¿Aunque te aburras muchísimo?

Sonrío. —Estoy con mi esposa. Nunca podría aburrirme.

Ambos miramos al otro lado del pasillo a Laila, que acaba de encontrar una versión aún más grande del espejo de nubes.

—Dime —dice—. ¿Qué piensas realmente de ese espejo?

—Es horrible, como bien sabes.

Guilia reprime una risa. —¿Por qué no dijiste nada?

—La misma razón por la que tú no lo hiciste: porque lo único que importa es lo que Laila quiere. Y ella quiere ese espejo horrible. Así que lo tendrá —Laila usa el control remoto para cambiar el espejo a rosa y luego a morado, su sonrisa se hace más grande con cada color—. Pagaré por cien de esas malditas cosas si significa ver esa sonrisa en su cara.

—Bueno, que me jodan. Los perros viejos pueden ser capaces de aprender nuevos trucos, después de todo —su sonrisa se convierte en un ceño fruncido—. Pero todavía te tengo vigilado.

Sonrío. —No esperaba menos.

# LAILA

Mi alineación está totalmente desequilibrada. Cada postura que intento se siente forzada. Me duelen los músculos y me arde la cadera.

¿Qué clase de instructor de yoga no puede ni siquiera hacer un flujo básico de vinyasa sin hacer muecas de dolor? Ah, claro, el tipo inexistente. Porque mañana voy a reprobar el examen.

Supero la incomodidad y levanto la pierna, llevando la planta del pie hacia el costado de la rodilla. *Postura del árbol. Hasta un niño torpe puede hacer la postura del árbol.*

Cierro los ojos y hago lo mejor que puedo para respirar a pesar de la ansiedad que me aprieta el pecho. Pero, en cuanto cierro los párpados, el mundo se pone patas arriba. Hago girar los brazos, tratando de recuperar el equilibrio, pero no sirve de nada. Siento que me inclino hacia un lado justo cuando unos brazos fuertes me rodean la cintura.

*Ay, gracias a Dios.*

El momento de alivio dura poco mientras grito y empujo a quien sea que me esté sujetando.

—Laila, soy yo.

Me retuerzo en los brazos de Arsen, entrecerrando los ojos para mirarlo. —¿Sabes qué hora es? ¿Por qué sigues despierto?

Dejé a Nina dormida en su guardería y a Arsen solo en la cama. Habría salido al césped para practicar, pero el pasto ya estaba un poco húmedo, así que me instalé en el solarium.

—Podría preguntarte lo mismo. Son las tres de la mañana. Deberías estar dormida.

—Mis exámenes se acercan —le explico tímidamente—. Quería practicar un poco más.

—Practicas lo suficiente.

—Me acabas de pillar cayendo de la postura del árbol, Arsen. LA POSTURA DEL ÁRBOL. Esa es, como, la primera posición de yoga que te enseñan. Es simplemente estar de pie sobre una pierna, y me caí.

—Porque son las tres de la mañana.

Pero ya estoy hablando por encima de él, asumiendo otra posición de la que probablemente me caiga. —Y mira mi pose de cobra. El ángulo de mi cuello está mal. Puedo sentir mis músculos tensos. Eso no debería pasar.

—Te he visto hacer esa pose antes.

—Sí, cuando era joven y ágil…

—¿La semana pasada?

—¡Cuando tenía esperanza! —levanto las manos—. ¡Pero mírame ahora! Me he estado engañando a mí misma. Estoy acabada. Un fraude.

Arsen acaricia mis hombros tensos con sus manos. —Te estás volviendo loca.

—¡Estoy pensando con claridad! —le respondo, quitándole importancia—. No estoy lista para esto. Debería posponer mi examen. Tal vez debería tomar el curso nuevamente. O tal vez debería dejarlo y tener un nuevo sueño. Un sueño seguro. Como, no sé… coleccionar sellos. Tejer. Tejer cestas bajo el agua.

Estoy caminando de un lado a otro por la habitación cuando Arsen me agarra de la cintura de nuevo y me sujeta contra su pecho. Sus ojos verdes están somnolientos, pero su agarre es seguro. —No te lo tomes a mal, hermosa, pero estás loca.

Le doy un manotazo para que aleje sus brazos. —Tú eres el que está loco. Pensaste que podía hacer esto.

—Porque puedes. Te he visto practicar durante meses —responde con calma—. Has estado trabajando para este examen durante años. Estás lista.

Me muerdo el labio, haciendo una mueca mientras me inclino sobre mi otra pierna.

Arsen capta el movimiento. —El problema es que tu cadera te da problemas.

—…Tal vez un poco.

—Eso es porque te estás estresando —me da una palmada en la cadera, amasando la articulación—. Esa cadera es tu indicador de estado de ánimo. Tan pronto como estás estresada, se enciende. Así que vamos a desestresarte. Muéstrame algunas posiciones.

—¿Qué?

Me aprieta el trasero. —Me oíste. Estás demasiado metida en tu cabeza para ver las cosas con claridad, así que voy a verlas por ti. Ponte en algunas de tus posiciones retorcidas y te diré si son satisfactorias.

—No estás entrenado para esto.

Me empuja hacia mi mat de yoga. —Cuando se trata de calmarte, soy un experto. Adelante.

—Yo... Vale. De acuerdo —suspiro, volviéndome hacia mi mat. A veces ceder es más fácil que discutir con él. Es como debatir contra un muro de ladrillos—. Déjame empezar con la postura del guerrero. Es buena para abrir las caderas.

Estiro una pierna frente a mí, inclinándome profundamente hacia la articulación dolorida. Sin embargo, con los ojos de Arsen recorriendo mi cuerpo, apenas siento el dolor en mi cadera.

Me inclino para estirarme, doblándome para tocarme los dedos de los pies mientras estiro las piernas. Luego, lentamente, giro la cintura y estiro un brazo hacia el techo. —Esta es la postura del triángulo.

—Se ve fantástica —Arsen baja la mirada hacia mi pecho—. ¿Cómo se siente?

—No es horrible —admito—. Mejor que cualquier otra postura de la última hora.

Pongo ambas manos en la colchoneta y cambio de posición, presionando mis caderas hacia el techo.

—¿Cuál es esta? —gruñe Arsen detrás de mí.

—*Adho Mukha Svanasana* —si hago un pequeño espectáculo extra moviendo mi trasero en el aire, nunca lo diré—. También conocida como "Perro boca abajo".

Arsen me rodea lentamente, acercándose con cada paso. Finalmente, se coloca detrás de mí, sus manos descansando suavemente sobre mi cintura.

—Arsen...

—Estoy aquí para ayudar, ¿recuerdas? —mientras habla, tira de mi trasero contra su entrepierna, frotando nuestros cuerpos

lentamente.

—¿Cómo ayuda esto?

—Solo respira, Laila. Relájate. Olvídate de que estoy aquí.

*Como si alguna vez pudiera hacer eso*. Casi pierdo el equilibrio en un ataque de risa. Irónicamente, sí me relaja. —¿Cómo me veo ahora?

—Jodidamente increíble.

Me río, me desplomo y me doy la vuelta para salir de la posición. —Para que lo sepas, no estás ayudando en lo más mínimo.

—Yo diría que estoy haciendo maravillas. Ahora, ¿qué sigue?

—No creo que esto sea...

Señala la colchoneta y la posesión ruge en sus ojos. Baja la voz, su postura se endereza y es como si creciera otros quince centímetros mientras gruñe—: Ponte de rodillas y enséñame qué sigue, *roza*.

*Bueno, está bien. A tus órdenes.*

Me aprieto la parte interior de la mejilla para evitar que se me escape un pequeño jadeo al mundo donde sin duda causará todo tipo de problemas, me tumbo y adopto la postura del puente. Los hombros y las plantas de los pies sobre la colchoneta mientras arqueo la espalda para enviar las caderas hacia el techo.

Tiemblo, no por el esfuerzo de la pose, sino por la nerviosa anticipación que me produce el hecho de que Arsen vuelva a dar vueltas a mi alrededor. Me siento como un filete arrojado a la jaula de un león y, para ser clara, lo digo en el mejor sentido posible. Hace tiempo que olvidé el dolor de mi cadera.

Arsen se arrodilla frente a mí. Una mano agarra mi cadera mientras se desliza entre mis piernas. Sus ojos recorren mi cuerpo con fuerza y puedo sentir su calor hirviendo a través de su ropa. Está dolorosamente cerca de exactamente donde lo quiero.

De repente, ya no estoy tan interesada en la prueba como en el hombre arrodillado frente a mí. Empiezo a salir de la pose para poder alcanzarlo, pero me agarra del tobillo.

—Sra. Adamov —me regaña Arsen—, tiene mucho que practicar.

—Quiero probar algunas posiciones de pareja diferentes. Realmente me vendría bien tu ayuda.

Se limita a negar con la cabeza. —Muéstrame qué sigue.

Trago saliva. Lentamente, me doy vueltas boca abajo. Mis brazos se estiran y se estiran hacia adelante, mientras me balanceo sobre mis talones en la postura del niño. Cuando me acomodo y suspiro con el alivio del estiramiento, mi trasero está a escasos centímetros de su mano.

Cuando siento sus dedos recorriendo mi cintura, ese suspiro se me queda atrapado en la garganta. Pero no digo nada; eso solo rompería el hechizo.

En cambio, mientras lentamente, lentamente, *tan lentamente*, baja mis pantalones de yoga por la curva de mi cintura, no digo ni una sola palabra. No respiro. No me muevo. Simplemente mantengo la postura mientras me desnuda.

Solo cuando puedo sentir el aire fresco de la habitación flotando entre mis muslos, me lamo los labios e intento decir algo.

—Ar...

Pero solo consigo decir una sola sílaba antes de que él se estire y me tape la boca con una mano.

—Silencio —gruñe con la misma voz autoritaria que usó para mandarme a la colchoneta—. Déjame decirte lo que va a pasar, Laila —la punta de un dedo acaricia de arriba a abajo el límite exterior de mi humedad. Me estremezco, pero él aplica su peso a lo largo de mi columna para mantenerme justo donde estoy—. Voy a hacer que te corras. Vas a gemir en mi mano y verás estrellas, pero te quedarás

justo donde estás. Si eres una buena chica, tendrás mis dedos. Si eres una *muy* buena chica, tendrás mi lengua. Y, cuando termine de hacerte correrte sobre mí, te llevaré arriba, te enjuagaré y te llevaré de vuelta a la cama conmigo. Y dormirás mejor que nunca. ¿Entendido? Asiente si lo entiendes.

Asiento.

Y, si hay algo que se puede decir con certeza sobre Arsen Adamov, es esto:

Es un hombre de palabra.



—Llegaremos tarde —murmuro por millonésima vez desde que salimos de casa hace media hora.

—No llegaremos tarde.

Arsen avanza lentamente por la acera, tomándose su tiempo para enderezar las ruedas y relajándose de una manera que yo ya no soy capaz. Y menos hoy.

—El examen comienza en… —miro el reloj en el tablero y se me aprieta el pecho—. Dos horas.

Apaga el motor y me da una palmadita en la rodilla. —Y estamos a quince minutos de distancia. Creo que tienes tiempo para una parada en boxes.

—Solo quiero llegar temprano. Por si acaso…

—¿Por si acaso el estacionamiento se abre y te traga entera en tu camino hacia adentro? —Arsen se muerde una sonrisa burlona—. Te diré una cosa: te llevaré dentro yo mismo si eso te hace sentir mejor.

Casi me arrepiento de haberle contado sobre mi pesadilla de anoche.

Era mediodía, soleado y brillante, y estaba cruzando el estacionamiento de asfalto para atravesar las puertas y hacer mi examen de certificación, pero el edificio se alejaba cada vez más. Corría, pero era como si mis pies estuvieran revestidos de cemento. Prácticamente estaba gateando a cuatro patas para lograrlo, pero ni siquiera había llegado a las puertas cuando mis compañeros de clase comenzaban a salir con los resultados de sus exámenes en sus manos, aplaudiendo y celebrando su éxito.

Entonces, el estacionamiento se abrió y me tragó entera.

—Fue muy realista —murmuro.

Arsen me ignora y camina alrededor del auto para abrirme la puerta. Intento fingir que me resistiré y me quedaré en mi asiento, pero en el momento en que me tiende la mano, no puedo evitar tomarla.

Me lleva a la acera de una calle angosta llena de pequeños negocios. Hay un sastre, una librería de segunda mano, una cafetería y una tienda de delicatessen.

—¿Estamos aquí para almorzar?

—¿Tienes hambre? —arquea una ceja mientras me mira.

Mi estómago se revuelve nerviosamente. —No. Absolutamente no.

—No lo pensé. Por eso tengo algo mejor en mente. Considéralo motivación.

Resoplo. —Tengo mucho de eso. La amenaza de ser un fracaso, decepcionar a mi madre desde el más allá y no tener perspectivas de futuro es bastante motivador.

Aprieta mi mano con más fuerza. —Vale, entonces considera esta motivación como algo que no es una gran decepción.

Así que puede que me sienta un poco apocalíptica con lo de la certificación de yoga. Es solo porque he estado entrenando durante meses y pasé incontables horas lejos de Nina. Si todo fue en vano,

me avergonzaría aparecer en casa. Además, sentiría la necesidad de pagarle a mi propio esposo por la inversión desperdiciada.

Esos son los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza mientras Arsen se detiene frente a una tienda vacía.

Las ventanas están empapeladas y hay un cartel de "Se Alquila" colgado en el vidrio.

Antes de que pueda preguntar qué estamos haciendo aquí o pedir nuevamente que volvamos al auto para poder caminar afuera de la academia durante las próximas dos horas, esperando ansiosamente el comienzo de la prueba, Arsen saca una llave y abre la puerta principal.

—¿Qué es esto?

—Ya te lo dije: motivación —Arsen me hace pasar al espacio oscuro.

Estoy a unos pasos de la habitación cuando las luces parpadean. Hay un zumbido bajo que proviene de los fluorescentes.

—Creo que deberíamos reemplazarlas por algo más suave —dice, señalando con la barbilla las luces—. Tranquilizante. *Zen*. ¿No es eso lo que dicen ustedes los yoguis?

Camino de un lado a otro por los brillantes pisos de madera. Las paredes son de un beige polvoriento, con restos de papel tapiz roto. En una esquina hay unas cuantas estanterías rotas, junto con lo que podría ser una trampa para ratas, pero hago todo lo posible por no pensar en eso.

—¿Qué vas a hacer con él? —entre su elegante oficina en Industrias Adamov, su oficina en la casa y, ahora, Pobeda, no puedo imaginar para qué se usaría este lugar.

—¿Yo? Nada —se encoge de hombros—. Dártelo era mi único plan.

Me doy vuelta hacia él, mi zapato chirría sobre la madera. —¿Qué?

—Supongo que, una vez que apruebes el examen, necesitarás un lugar para montar tu negocio. Este estudio es bastante pequeño, pero tengo en la mira algunos otros espacios en la ciudad una vez que estés lista para expandirte.

Veo que mueve la boca. Oigo las palabras que salen de su boca. Pero lo único que puedo hacer es sacudir la cabeza.

—¿Qué? —respiro de nuevo.

Arsen acorta la distancia entre nosotros y me rodea la cintura con sus brazos. —Este será tu estudio de yoga, Laila.

Las lágrimas me queman los ojos. —Todavía no tengo mi certificado.

Me guiña el ojo. —Lo conseguirás.

—¿Y si fallo?

—Como dije, lo conseguirás. Si fallas, lo intentarás de nuevo. No me preocupa.

*Estás solo en eso.*

—Arsen, no puedes… —me seco las lágrimas de las mejillas—. ¿Cuánto costó este lugar?

Me hace un gesto para que lo olvide. —Una vez que tu imperio de yoga esté en marcha, recuperaré mi dinero y algo más. Considera que esta es mi segunda inversión formal en el negocio de Laila Adamov.

Intento discutir con él, pero, cuando miro alrededor de la habitación… puedo verlo.

Un poco de pintura, una iluminación más suave, una fuente en la esquina… esto podría funcionar.

Esto podría ser mío.

No me doy cuenta de que estoy llorando abiertamente hasta que Arsen me atrae hacia su pecho y me da una palmadita en la espalda. —Venga. Todavía tienes un examen al que llegar. Probablemente deberíamos irnos si quieres llegar muy temprano y revisar el estacionamiento para ver si hay socavones.

Se me escapa una risa. Me doy vuelta en sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Él me envuelve con sus brazos, sujetándome en el centro de la habitación.

—Todo estará bien —susurro—. Quiero quedarme aquí contigo unos minutos más.

# ARSEN

—Son aviones —Laila amablemente señala los jets que tenemos delante por si había alguna posibilidad de que los hubiera pasado por alto—. Normalmente volvemos a casa en auto después de cenar.

Tiene razón, pero hay muchas cosas en esta noche que no pasan normalmente.

Empezando por el hecho de que Laila ha obtenido su certificación de yoga.

Podría haberle organizado una cena familiar en casa. Podríamos haber celebrado su logro con nuestra hija y amigos y sentarnos a comer y charlar toda la noche.

Pero, en el fondo, soy un bastardo egoísta.

Y, desde el momento en que aceptó su certificación y salió corriendo del escenario directamente a mis brazos, supe que la quería toda para mí.

—Lo haríamos… si fuéramos a casa —la agarro de la mano y la arrastro hacia el hangar designado para mi jet privado.

Se mueve detrás de mí, arrastrando los pies, todavía con el ceño fruncido de una manera que la mayoría de las personas a punto de

subir a un jet privado no hacen. —Pero ¿qué estamos haciendo aquí?

—Solo piensa en esto como un paseo en auto a gran altitud. Durante la cena dijiste que no querías que esta noche terminara.

—Es solo algo que la gente dice —argumenta—. Me estaba divirtiendo. Y comiendo pastel. Por supuesto que no quería que terminara.

—Y ahora, no tiene por qué terminar. De nada.

—Arsen, esto es una locura. Tenemos que volver a casa. Tenemos que… —se detiene en seco cuando ve que su equipaje Louis Vuitton rueda por la pista—. ¿Es mío?

—Eso espero. Sería una pena que haya empacado el equipaje de otra persona para nuestro viaje.

—¿Qué viaje? ¿Por qué empacaste tanto? ¿A dónde me llevas? —intenta soltarse, pero tengo la sensación de que, si la dejo ir, será difícil atraparla de nuevo.

—Estoy empezando a pensar que no confías en mí.

—¿Con mi vida? Hasta el final —concede, todavía tratando de escabullirse—. ¿Con administrar responsablemente nuestro tiempo? Ni un poco. ¿Cuánto tiempo nos vamos?

—Base: cuatro noches. Pero podemos extenderlo si queremos —levanto una mano antes de que se quede con la boca abierta—. Sé lo que estás pensando: Nina.

—Exactamente. ¿Te has olvidado de nuestra hija?

Soy yo quien la acaba de mencionar, pero no me molesto en señalarlo. —Polina está encantada de estar de niñera los próximos cuatro días. En la luna, de verdad. Pensé que iba a empezar a bailar. Pero también está en espera, lista para subirse a un avión y unirse a

nosotros en esta pequeña luna de miel en el segundo en que empieces a extrañar a Nina.

—¿"Luna de miel"?

La hago girar para que esté frente a mí, su cuerpo suave y cálido en mis brazos. —Nunca tuvimos una verdadera luna de miel. Pensé que ahora era el momento perfecto. Antes de que empieces con tu imperio de yoga y no tengas ni un momento libre en tu día para mí.

Una pequeña sonrisa brilla en las comisuras de su boca, pero la reprime. —No sé…

—Nina va a estar bien. Polina y Evelyn lo tienen cubierto. Incluso si necesitan ayuda, que no la necesitarán, Kira está justo al lado. Y son solo cuatro días.

—Cuatro días es mucho, considerando que nunca he estado lejos de ella. Ni siquiera una noche.

—He triplicado la seguridad de la casa —le aseguro, aunque no ha habido ni un pío de Charles desde que lo enviamos lejos—. Y, como dije, en cuanto la extrañes, se subirán a un avión y la traerán con nosotros.

Mira hacia el avión con una gran cantidad de anhelo en sus ojos. —Estás haciendo que sea muy difícil decir que no.

—No me atrevería a dejarle el tiempo contigo al azar —la atraigo hacia mi pecho—. Pero, al final, tú decides. Si no puedes lidiar con dejar a Nina atrás, solo dilo y ella estará aquí con su séquito en media hora. Podemos relajarnos en el avión con un cóctel y esperar a que se unan a nosotros.

Parece muy tentada. —Supongo que… unas cuantas noches fuera no harán daño —en cuanto las palabras salen de su boca, deja caer la cara entre sus manos.

Le aparto las muñecas. —No tienes que sentirte culpable. Eres una madre brillante. Te mereces algo de tiempo para ti. *Nos* merecemos

algo de tiempo *juntos*.

—Sería bueno escaparnos —admite—. A algún lugar diferente, solo tú y yo.

—Ese es el espíritu.

Su sonrisa se extiende. —Muy bien. Estoy lista. Creo.



No dejo de contener la respiración hasta que el avión despega y estamos en el aire. Solo entonces descorcho una botella de champán y nos sirvo una copa a cada uno.

—Por ti, mi esposa —levanto mi copa.

Laila también levanta la suya. —Ya brindamos por mí en la cena. Repetidas veces.

—Esta es nuestra luna de miel. Brindaré por ti cada hora si quiero —me inclino, con las manos en los apoyabrazos de su silla—. Podemos hacer lo que queramos.

Tomo la copa de su mano y la presiono contra sus labios. Lentamente, los separa, dejándome servirle.

Antes de que pueda tener otras ideas, ve la bandeja de fresas cubiertas de chocolate en el bar. —Esto es una locura. Nunca, ni en mis sueños más locos, pensé que estaría en un jet privado a… ¿A dónde vamos?

—Deja que el piloto se preocupe por el destino. Todo de lo que tú y yo tenemos que preocuparnos es del viaje —la aprieto contra el bar, incapaz de evitar seguir el escote de su vestido—. Después de todo lo que has pasado, te mereces un descanso.

Su mano pasa por mi cabello y me lleva un segundo darme cuenta de que me está alejando. —¿Arsen? —aparto mi boca de su piel con

pura fuerza de voluntad. Ella frunce el ceño—. Hay algo que quería decirte.

—Lo que sea.

Sin embargo, en silencio, me reservo el derecho de responder como crea conveniente. Si sugiere que disfrutemos de esta luna de miel por separado, podría saltar por la puerta de emergencia.

Traga saliva nerviosamente. —Nunca te dije lo mucho que significaba para mí que estuvieras ahí para mi mamá en sus últimos días.

Parpadeo hacia ella, enmudecido. De todas las cosas que pensé que podría decir, eso ni siquiera clasificaba.

Su sonrisa tiembla. —Estaba tan concentrada en resentirte y culparte que no me detuve a pensar en lo agradecida que estaba en realidad. Agradecida de que ella no tuviera que estar sola esos últimos meses. De que tuviera a alguien con quien almorzar, hablar y conectar —sus ojos se llenan de lágrimas, pero parpadea para apartarlas—. Tenía razón sobre mí. No habría manejado bien esos últimos meses. Habría luchado para mantenerla con vida. Habría estado hablando con médicos e investigando nuevas terapias y negando el hecho de que se estaba muriendo. Habría sido una pesadilla para todos.

—La amabas. Por supuesto que harías cualquier cosa para mantenerla contigo un poco más.

Se traga las lágrimas. —Habría estado tan feliz de vernos juntos.

Asiento, de acuerdo. —Creo que sabía que terminaríamos juntos eventualmente.

—¿Sí?

Le doy un beso en el cuello. —Sí.

El cielo nocturno está justo afuera de la ventana, pero estoy hipnotizado por mi esposa. Por su fuerza, su perdón, su perseverancia.

Sus ojos flotan lentamente hacia los míos. —¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando en hacer *esto* —me dejo caer lentamente sobre mis rodillas entre sus piernas, la necesidad de continuar esa oración se fue en el segundo en que comencé a apretar su vestido alrededor de su cintura.

—¿Aquí? —se resiste—. ¿Ahora?

Le bajo las bragas hasta los tobillos, ayudándola a salir de ellas. —Quiero follarte entre las nubes, Sra. Adamov. ¿Qué dices a eso?

Sus ojos revolotean mientras deslizo mi mano entre sus muslos. —Dios —susurra—, me encanta cuando me tocas.

—*Roza*, somos dos.

# LAILA

—Nuestro… yate. *Yate*. YATE —le doy vueltas a la palabra en la cabeza y en la boca, tratando de encontrarle sentido. Saco un dedo meñique como un supervillano rico y caricaturesco—. Cenemos en *nuestro yate*, querido esposo, ¿te parece?

Arsen baja la barbilla y me mira por encima de sus gafas de sol. —¿Cuántas veces vas a decir eso?

—Las veces que sean necesarias para creer que *eso*… —hago un gesto con ambas manos hacia el superyate que flota frente a la costa—, nos pertenece. ¿Cuándo demonios compraste un crucero, de todos modos?

Frunce el ceño, pensando en ello. Como si comprar un yate fuera lo mismo que comprar un sándwich en una tienda de comestibles de camino a casa: completamente olvidable. —No lo sé. Hace unos años, necesitaba sacar algo de efectivo de mis cuentas, pero no recuerdo si fue cuando compré el yate o si fue el rascacielos del centro…

Me atraganto con mi sorbo de Mai Tai. —¿Compraste un *rascacielos* entero? ¡¿En el centro de Manhattan?!

—Unos cuantos, en realidad —al final, se encoge de hombros—. De todos modos, no estoy seguro, pero en los últimos años. Creo.

Sacudo la cabeza. —Literalmente, nunca superaré tu vida.

—Ahora también es tu vida.

Tampoco superaré eso.

Han pasado tres días de nuestra luna de miel en St. Barts y sigo encontrando cosas nuevas que me sorprenden a cada minuto. Uno pensaría que, en algún momento, el lujo se volvería aburrido.

Pero no. Nunca.

¿Despertarse con croissants recién horneados, tazones de fruta y mimosas? Mágico.

¿Hacer parasailing en las aguas más azules que he visto en mi vida? Diez de diez.

¿Inclinarse sobre la piscina panorámica infinita en nuestro balcón privado para ver la puesta de sol mientras mi marido me folla por detrás? Sigue así, bebé. Tanto literal como figurativamente.

Cuando subí por primera vez al avión privado, pensé que cuatro días sonaban como una eternidad. Ahora, no estoy segura de cómo lograremos hacer todo.

—¿Haremos esnórquel con las tortugas mañana por la mañana?

—Si quieres —Arsen está reclinado en su silla de playa, con las manos cruzadas sobre sus abdominales bronceados, los ojos cerrados pacíficamente—. O podemos ir de compras.

—Quiero comprarle a Nina uno de los vestiditos de verano y unas sandalias —pensar en ella con ese atuendo… pensar en ella en general, en realidad… hace que se me encoja el corazón. Hemos estado tan ocupados que, por muy mal que suene, no he tenido tiempo de extrañarla. Pero, cada vez que bajamos el ritmo por un segundo, siento el dolor familiar.

Como si pudiera sentir el cambio de humor en el aire, Arsen me aprieta la rodilla. —Si quieres, podemos hacer una videollamada con

Polina y Nina antes de cenar.

—¿En serio? —me froto los ojos con la mano, esperando que no se dé cuenta—. Sería fantástico.

Me mira de reojo. —Y ya te he dicho que, si quieres que nos vayamos antes, siempre podemos…

—No —tomo su mano de mi rodilla y la llevo a mi boca para besarla —. Quiero estar aquí contigo. Justo así.



—No puedo creer que me hayas dejado perder nuestra reserva para cenar.

—Parecías tan tranquila. No me atreví a despertarte —Arsen me agarra la mano y me guía por una serie de aceras sinuosas y calles estrechas—. Y no perdimos nuestra reserva. Ellis es nuestro chef personal en el yate. Le pago tanto si cocina para nosotros como si no. Y, esta noche, no lo hará.

—He desperdiciado tu dinero.

—Has desperdiciado *nuestro* dinero —me guiña el ojo—. Y yo tengo más que suficiente.

Me siento mal por haber convertido mi siesta de la tarde en un coma de cinco horas, pero no puedo arrepentirme del todo. Sobre todo porque, por primera vez en meses y meses, me siento descansada y renovada.

También porque hay algo en salir con Arsen… sin planes, sin chefs privados, sin piscinas de resorts lujosos… que resulta emocionante. Gran parte del último año ha estado dictado por contratos, enfermedades y responsabilidades.

Esta noche solo somos dos personas enamoradas caminando por las calles de St. Barts.

Como si pudiera leer mi mente, Arsen baja el ritmo. Pasa un brazo por mi espalda baja y me atrae hacia él. —No puedo creer que no me preguntes a dónde te llevo.

—Resulta que no me importa.

—¿Eso significa que confías en mí para administrar tu tiempo de manera responsable? —finge jadear, mi encogimiento de hombros es suficiente confirmación para él—. Qué paso trascendental en nuestra relación. Me siento honrado.

—Algo sobre dormir la siesta toda la tarde me ha tranquilizado.

—No te he visto tan relajada en… nunca —admite.

—Después de que Mamá murió, no estaba segura de volver a dormir bien por la noche. Pero ahora… —sacudo la cabeza—. Lo siento. No estoy tratando de bajar el ánimo.

Arsen me aprieta más y me besa la coronilla. —Nuestra luna de miel, nuestras reglas. Podemos hablar de nuestros padres muertos si queremos.

Es macabro, pero no puedo evitar sonreír. —A Mamá le habría encantado este lugar.

—A la mía le encantó.

Lo miro. —¿Vinieron aquí?

—Para su luna de miel —me da una sonrisa tímida—. Se sintió bien traerte aquí también.

Se me llenan los ojos de lágrimas y entierro mi rostro contra su pecho, dejándolo que me guíe por la calle sin una sola preocupación sobre dónde vamos. Donde sea que esté, Arsen estará allí.

Eso es suficiente para mí.

38

# LAILA

—¿Qué les parece un papel pintado inspirado en el océano aquí? —entrecierro los ojos hacia la pared del rincón más alejado, intentando imaginarlo. Hace una semana, era un cementerio de ratones, así que cualquier cosa sería una mejora.

—¿Sigues soñando con St. Barts? —Guilia me aprieta el codo mientras se une a mí en mi rincón y me mira—. Debe haber sido un viaje espectacular si quieres conmemorarlo de forma permanente.

—Mi repentina necesidad de papel pintado de playa no tiene nada que ver con St. Barts. Aunque sí fue un viaje increíble y mágico.

—Quieres decir "sensual" —corrige Guilia.

—Que te hace encoger los dedos de los pies —interviene Kira de mi otro lado.

—Orgásmico.

—*Multi*orgásmico.

Pongo los ojos en blanco. —¿Por qué les pedí ayuda a las dos? Ya no me acuerdo.

—Porque somos increíbles.

—Y mágicas —añade Kira—. No te olvides de mágicas.

—Y a veces multiorgásmicas. Siempre que mi esposo se toma una pastillita violeta por mí —antes de que pueda empujar a las dos gallinas que cacarean por la puerta principal, Guilia extiende sus manos frente a nosotras—. Además, entre las tres podemos convertir este espacio en el espacio de yoga más moderno y genial de la ciudad.

—Empezando por las plantas —declara Kira, aplaudiendo.

—Los colores de pintura deberían venir primero —dice Guilia.

—O —sugiero, agarrando mi cartera—, podemos empezar con el café. Yo invito.

Me gritan sus pedidos y las dejo atrás para caminar hacia la cafetería que está justo al lado. Es un espacio pequeño y acogedor, con solo cuatro mesas y un par de taburetes, pero el mostrador de exhibición está absolutamente lleno hasta el borde con las tortas y pasteles más hermosos. Si el café es tan bueno como se ven los pasteles, estoy viviendo el sueño.

La mujer detrás de la caja registradora tiene el cabello color bronce en bucles apretados y un piercing en la nariz. Me saluda con la mano cuando entro. —Hola, preciosa. ¿Qué te traigo?

Recito los pedidos y añado un par de pasteles a la lista. —¿Existe la posibilidad de abrir una cuenta aquí? —me pregunto—. Estoy alquilando el espacio de al lado y…

—¿*Tú* eres la nueva inquilina? —ella pone su mano sobre el mostrador para que se la estreche—. ¡Bienvenida, vecina! Soy Carrie.

—Laila.

—Un placer. Es tan agradable ver que otra empresa propiedad de una mujer entra en la zona —mira a su izquierda—. Quiero decir, los chicos son agradables, pero yo estoy a favor del emprendimiento femenino. ¿Cuál es tu negocio?

—Estoy abriendo un estudio de yoga. El objetivo es una fecha de apertura en algún momento de septiembre, pero…

—¿Quién sabe? —se ríe—. Lo entiendo perfectamente. Siempre me ha interesado el yoga. Es solo que tengo esta pierna mala —sale de detrás del mostrador y levanta la pernera de sus holgados pantalones caqui para revelar una prótesis—. Disculpa las feas cicatrices. Serví dos veces en Afganistán.

—Te mostraría *mis* cicatrices, pero eso requeriría una desnudez parcial y no estoy segura de que eso sea bueno para el negocio.

Carrie levanta las cejas. —Serviste…

—¡Ah, Dios, no! —me apresuro a corregirla—. Tuve un accidente automovilístico cuando era joven, y me dejó con una cadera mala y dolor crónico. El yoga me ayudó mucho. Creo que podría ayudarte a ti también.

Carrie frunce los labios. —No sé…

—De hecho, he estado pensando en tener una clase de yoga accesible todas las semanas para personas con discapacidades —la idea se me ocurrió hace una semana y todavía estoy tan emocionada que no puedo evitar involucrar a esta casi perfecta desconocida en mis planes—. Tu aporte podría ser muy útil para comenzar la clase. Incluso te daré la tarifa de descuento para jefas femeninas.

Carrie se ríe. —Bueno, ¿cómo puedo decir que no a eso? Tengo un par de compañeros militares más que puedo llevar conmigo.

Tengo que morderme la lengua para no chillar como una niñita.

Absolutamente viviendo el sueño.



—…Y dijo que traería a un grupo de sus amigos veteranos para una sesión grupal. Los apunté para el siete de septiembre.

—Ya tienes una fecha de lanzamiento —Arsen sonríe orgulloso.

—No puedo creerlo —trino—. ¡Voy a tener mi propio estudio, mis propios estudiantes, mi propio negocio!

—Trabajaste duro, *roza*.

—No podría haber hecho nada de esto sin ti.

Abandono mi silla para sentarme en su regazo. Nina duerme profundamente en su cuna luego de haberse quedado dormida a mitad de la cena. Todo está bien en mi mundo.

Pincho la última zanahoria en su plato. —¿Cómo estuvo tu día?

—Genial. Tenemos un cliente internacional interesado en abastecer de Pobeda a todos sus hoteles, bares y casinos. Vendrán en avión la semana que viene para una reunión en persona —me quita el tenedor de la mano, con la zanahoria todavía intacta, y lo coloca sobre la mesa—. Pero no hablemos de trabajo. Lo único que me interesa ahora es llevarte a la cama.

—Y yo que pensé que la luna de miel había terminado.

—Si me salgo con la mía, durará el resto de la eternidad.

Dejamos los platos sucios sobre la mesa mientras Arsen saca con cuidado a Nina de su moisés y la lleva a su cuna en la guardería. Enciendo el monitor de bebé y luego Arsen me toma de la mano y me lleva a nuestro dormitorio.

Se detiene al pie de nuestra cama, notando la caja de madera que descansa justo en el centro. —¿Qué es esto?

Sonrío tímidamente. —¿Por qué no la abres y ves?

—Laila…

—¿Recuerdas la juerga de compras que hice en St. Barts justo antes de irnos? Bueno, te compré algo.

Casi me río al ver la expresión de desagrado en el rostro de Arsen. Es evidente que el hombre no está acostumbrado a recibir regalos.

—Laila, esto es realmente…

—Deja de perder el tiempo y abre el maldito regalo, por favor. Lo vi y pensé en ti de inmediato.

Con un suspiro, levanta la tapa para revelar una caja de cuero más pequeña en el interior, grabada con las palabras *Patek Philippe.*

Gruñe. —Ya sé que esto es demasiado.

—No te conviertas en un tacaño conmigo ahora. Lo vales. Adelante; ábrela.

Arsen abre la tapa y, sobre un cojín de terciopelo negro, hay un impresionante reloj plateado con una esfera verde brillante. Lo admira en silencio durante unos momentos antes de finalmente levantarlo y sostenerlo a la luz. —Es magnífico. Y la esfera verde… es exactamente del mismo tono que tus ojos.

Me sonrojo. —Quería que tuvieras un pequeño recordatorio de mí en tu brazo todo el tiempo.

—¿De una manera tierna o como "siempre te estoy observando"?

Le doy una palmada en el brazo. —No arruines el momento, listillo.

Se ríe entre dientes mientras me pasa un brazo por los hombros. —Nena, estás en mi corazón constantemente. No necesito un recordatorio físico.

—Dalo vuelta —le imploro, resistiendo la urgencia de hacerlo por él —. Lo mandé a grabar.

Le da la vuelta y pronuncia las palabras que había grabado en la parte inferior. —"*Eres el sol de mi rosa. Siempre y para siempre*" —

su mirada se desvía hacia mí. Tiene la mandíbula apretada.

¿Así es como se siente ver a Arsen Adamov emocionado? No estaba preparada.

—¿E-es demasiado? ¿Demasiado cursi? —hago una mueca de dolor. —Sabía que debí haber elegido…

Me interrumpe presionando sus labios contra los míos. —Es perfecto. Gracias —de inmediato, reemplaza el Rolex en su muñeca por el que le regalé—. Lo amo. Y te amo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y caigo en sus brazos. Es la primera vez que me lo dice.

En lugar de responder, simplemente me hundo en él y saboreo la sensación.

Tampoco estaba preparada para eso.

# ARSEN

—Puedo contratar gente para que haga esta mierda, Laila.

Mi mujer se gira hacia mí con la cara salpicada de pintura y la parte delantera de su mono colgando de su pequeña figura. Más pintura serpentea por su ajustada camiseta blanca y la piel bronceada de su abdomen expuesto. Quiero seguir el rastro con la lengua.

—Lo sé —responde—, pero este es *mi* estudio.

—No se trata de una situación de "el que lo pinta se lo queda". Seguirá siendo tuyo incluso si traemos profesionales para hacer el trabajo sucio.

Suspira. —Ese no es el punto.

Ha pasado cada segundo libre durante semanas dentro de estas cuatro paredes, tarde en la noche, temprano en la mañana. He tenido que traerle el almuerzo más de un par de veces solo para que no se olvide de comer.

Laila está volcando su corazón y alma en este estudio, y no quiero que sea la única.

—Vale, entonces —me quito la chaqueta y la coloco sobre el único mueble que hay en el lugar: una mesa de piedra que se ha usado

para sostener la puerta trasera—. Supongo que nos ensuciaremos las manos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Qué parece? Te voy a ayudar a pintar este lugar.

Me mira de pies a cabeza, con las cejas levantadas casi hasta la mancha de pintura a lo largo de la línea del cabello. —Llevas zapatos de Tom Ford.

—¿Cuál es tu punto?

—No seré responsable de arruinar esos zapatos.

Me encojo de hombros mientras me arremango. —Si los arruino, compraré otro par.

—Por el precio de esos zapatos, podríamos pagar para que pintaran todo este lugar dos veces. No puedes arruinarlos por *esto* —hace un gesto hacia la pared que está pintando.

—"Esto" resulta ser el proyecto de pasión de mi esposa —digo suavemente—. Y quiero hacer mi parte. Ahora, deja de pelear y dame un rodillo.

Ella cruza los brazos, y se mancha más pintura en el codo en el proceso. —Vale, pero primero tienes que quitarte los zapatos. Y la camisa. Además, ¿cuánto cuestan esos pantalones?

—Sra. Adamov, creo que está tratando de seducirme.

Se ríe mientras me acerco más, ya desabrochando mi camisa. —Trataste de seducirme primero. ¿Quién camina por ahí luciendo así sin ningún motivo?

—Ahora, ¿estás cuestionando mi integridad? Vine aquí para ayudar a mi esposa, nada más.

—Ah, en ese caso… —presiona una mano sobre mi estómago desnudo mientras se estira a mi alrededor para alcanzar un rodillo—.

Pongámonos a trabajar.

Golpeo el rodillo de regreso al piso cubierto de plástico. —No puedo trabajar ahora. Me has quitado mi ropa de pintar.

—Eso no es un problema —en un instante, pasa el rodillo por mi pecho, dejando una estela de pintura azul a su paso.

Sin decir nada, la agarro por la cintura y la arrastro hacia mí. La pintura se esparce por su mono y sus brazos mientras ella grita y se ríe, agitando las piernas. —¡Ah, no, no! ¡Suéltame…!

—No hasta que estemos a mano.

Se aleja de mí, con los ojos brillantes. —¿Es una amenaza o una promesa?

Está fuera de mi alcance. Cuando intento acercarme, me hace un gesto de desaprobación con un dedo. Así que me quedo paralizado en el lugar mientras lentamente se quita el tirante derecho del mono. Luego el izquierdo.

El denim se desliza alrededor de su cintura y ella lo mueve sobre sus caderas hasta que se forma un charco en el suelo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Igualando el marcador. Te quitaste la camisa, así que… —agarra el dobladillo de su camiseta y se la saca por la cabeza, dejándose solo con el sujetador y la ropa interior—. Ahora, puedes cubrirme de pintura. O…

Acorto la distancia entre nosotros y la sujeto contra la pared recién pintada. Ella jadea, arañando mi pecho mientras se arquea para apartarse de la pintura húmeda.

—¡Acabo de pintar esto! ¡Todavía no está seco!

—Tú lo pediste, nena.

—Arsen…

La silencio con mi lengua, frotando nuestros cuerpos hasta que sus protestas se convierten en gemidos. Jadeando en mi boca, ella baja la cremallera de mis pantalones y los empuja hacia abajo. Luego, cae de rodillas.

Agarra mis caderas, dejando huellas de manos pintadas en mi piel que tengo la tentación de tatuar más tarde, y me chupa profundamente. Caigo contra la pared, con las palmas presionadas sobre la pintura aún pegajosa para mantenerme erguido.

—Joder —agarro un puñado de su cabello, dejándolo con rayas azules mientras follo su cara.

Me lleva más profundo y paso mi dedo por el hueco de su mejilla, pintando su pómulo y su mandíbula. Sus ojos suben para encontrarse con los míos, y tengo que obligarme a salir de ella antes de que esto termine demasiado rápido.

Porque no estoy ni cerca de terminar.

La extiendo sobre la lámina de plástico. El piso de madera cruje bajo nuestro peso mientras me arrodillo entre sus piernas. Le bajo las bragas, dejando rastros de pintura azul por sus muslos y detrás de sus rodillas.

Con cuidado, la separo con mis pulgares y le doy un beso en el centro.

Se arquea en el suelo, pero la presiono hacia abajo con mi boca y mi lengua. La sostengo allí mientras sus caderas giran contra mi cara. Mientras agarra mi cabello como yo hice con el suyo, arrastrándome más cerca, diciéndome lo que necesita sin recurrir a las palabras.

—¡Arsen! —grita mientras se tensa y se hace añicos debajo de mí. La beso hasta el otro lado de su orgasmo y luego me arrastro sobre ella.

Me deslizo dentro de ella con tanta facilidad. Una embestida y estoy enterrado hasta la empuñadura.

Nos balanceamos juntos en el suelo. Su pierna se arquea sobre mi cadera y la sostengo allí, llevándola más adentro hasta que se contrae a mi alrededor otra vez. Hasta que gime mi nombre con la cabeza echada hacia atrás y ya no puedo contenerlo más.

—*Blyat'* —rujo mientras me corro.

Cuando abro los ojos, su mirada está fija en mí. Pasa sus dedos suavemente con ternura por mi rostro. —Estás cubierto de pintura.

—Deberías verte. Creo que estamos a mano.

Sonriendo, sus ojos pasan de mí a la pared que había estado pintando cuando aparecí. El azul está manchado y se arremolina entre nuestras manos y nuestros cuerpos. Es un collage de nuestro estridente acto sexual.

Espero que se enoje o se frustre. Estoy preparado para ayudar a pintar para que podamos arreglarlo antes de que pierda la luz del sol durante el día.

—Maldita sea —susurra—. De hecho, se ve… bastante hermoso.

No se equivoca. —Será una pena pintar encima.

Se da la vuelta para mirarme. —Tal vez no lo haga.

—¿Lo vas a dejar así?

—Sí —murmura, sus ojos se iluminan mientras se gira de nuevo hacia el mural que creamos juntos—. Creo que sí.



—Ay, Dios mío —exclama Laila mientras sale del auto.

Observo cómo sus ojos recorren el cartel de piedra y las vides en flor que crecen a lo largo de la fachada iluminada de mi destilería. Tengo la esperanza de que, en poco tiempo, cubran todo el frente.

—Sé que llevarte a Pobeda no es la cita más romántica —admito—, pero has estado trabajando tan duro en tu estudio que quería mostrarte en qué he estado trabajando yo. Lo que Nina heredará algún día.

Laila observa cada detalle. Desde el camino de piedra adoquinada hasta la entrada de mármol, admira sin decir palabra cada detalle que he elaborado con tanto esmero durante los últimos años.

Se detiene junto al puesto de la anfitriona y me toma la mano. —No esperaba esto.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé. Una fábrica, supongo. Algo frío y sin vida. Pero esto… —sacude la cabeza, contemplando los candelabros relucientes y las mesas de madera toscamente talladas que titilan a la luz de las velas —. Esto es como un castillo de cuento de hadas.

—Eso es lo que buscaba el arquitecto original. Los propietarios tenían un complejo de la realeza, creo, pero el edificio era demasiado grande y poco práctico para mantener, así que lo vendieron.

—¿Y ahí es donde entraste tú? —adivina.

Sonrío. —Esperaba poder hacer algo con él. No estaba seguro de qué, pero quería construir algo propio. Algo que me perteneciera y que pudiera transmitir a mis hijos —la guío por la habitación, señalando a través de las ventanas de vidrio la magia que ocurre en el área de producción—. Quería que al menos una parte de mi vida fuera completamente transparente. Los invitados pueden ver cómo es cada paso del proceso. No hay ninguna cortina que descorrer.

Laila lo asimila todo antes de que sus ojos finalmente se posen en mí. —Significa mucho para mí, Arsen… que me hayas traído aquí.

Le acaricio la mano. —Quiero que sepas que mi vida, mi legado, es más que sangre y violencia, *roza*. Implica más que decisiones que

lastiman a la gente. Estoy empleando a gente local aquí, devolviendo algo a la zona para que tengan una forma de mantenerse a sí mismos y a sus familias. Estoy tratando de hacer una diferencia que sobrevivirá incluso a mí.

Me toma el rostro con la mano, sus ojos azules profundos clavados en los míos. —No tienes que convencerme, Arsen Adamov. Ya sé que eres un buen hombre.

—Yo no iría tan lejos.

Sonríe y me besa la mejilla. —Yo sí lo haría.

40

# LAILA

No puedo apartar la vista del cartel que cuelga sobre la entrada de mi estudio de yoga.

***El Jardín de Rosas.***

Es un poco obvio, pero, demonios, me he ganado el derecho a ser sentimental.

Estoy sacando una copa de champán de la mesa de bebidas cuando veo que alguien pasa por delante de la ventana del frente. Se supone que la gran celebración de la inauguración no comenzará hasta dentro de una hora, pero le hago un gesto al fornido guardia de seguridad de la puerta para que los deje entrar.

Si alguien más está tan emocionado como yo por que las cosas comiencen, es más que bienvenido.

En el momento en que se abre la puerta, me arrepiento de mi decisión.

Mi padre entra al estudio arrastrando los pies como si estuviera demasiado cansado para levantarlos. Sus ojos recorren el lugar y estoy segura de que está haciendo una lista detallada de lo que me debe haber costado un lugar como este… y por cuánto podría venderlo todo.

Pensé que se había ido. Pensé que se fue.

La última vez que pregunté, Arsen me dijo que estaba muy, muy lejos. Una parte de mí se preguntaba si Arsen hizo lo que yo no tenía la fuerza para pedirle que hiciera y mató a mi padre. No puedo decir que lo hubiera lamentado.

Pero aquí está.

Todo lo que puedo hacer es mirarlo, deseando que hubiera alguien a mi lado. Arsen está vistiendo a Nina, Kira quería ayudar, pero Misha se resfrió y Guilia acaba de irse a chismorrear con los camareros de la panadería de Carrie al lado.

Finalmente, gira su rostro demacrado hacia mí. Su pérdida de peso lo hace parecer un ave de rapiña. —Parece que las felicitaciones están en orden.

El guardia que acaba de dejar entrar a Charles da un paso hacia nosotros, pero lo despido con un gesto. —Está bien, Xavier. Yo me encargo de esto.

Al menos, eso espero.

Enderezo la espalda y cuadro los hombros. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy aquí porque quería verte —Charles mira nervioso hacia el guardia.

—Vaya, ¿qué te parece? Así que realmente hay una primera vez para todo.

—Eso no es justo.

—Por suerte para ti, la mayoría de las cosas no son justas. Si lo fueran, estarías en prisión. O peor —la amenaza hace que su mirada recorra la habitación y sé a quién busca—. Relájate. Si él estuviera aquí, nunca habrías logrado atravesar la puerta. Pero deberías irte. Volverá pronto.

Los ojos de Charles se oscurecen. —No es un buen hombre, Laila.

—Eso es muy gracioso, viniendo de ti —resoplo—. Ahora, sal de aquí.

Se lanza más cerca y toma mi mano antes de que pueda escabullirme fuera de su alcance. —¿De verdad elegirías a alguien como él en lugar de a tu propio padre?

Me aparto de él con el tiempo justo para evitar que Xavier le arranque el brazo a la altura del hombro. Luego, con una última palabra susurrada a Xavier de que todo está bien, me vuelvo hacia mi padre. —Yo tendría cuidado si fuera tú.

Entrecierra los ojos hasta convertirlos en rendijas. —El hombre me echó de la ciudad sin nada más que la ropa que llevaba puesta.

—Ayyy. ¿Esperabas una fiesta de despedida?

—Esperaba que mi única hija tuviera un poco más de compasión por su único padre vivo. Si no por mí, al menos por respeto a la memoria de su madre.

Doy un paso hacia adelante, con las manos cerradas en puños. —¡¿Cómo te atreves a mencionar a Mamá?!

—Ella me amaba —declara, con la barbilla en alto y altivo.

—Todos cometemos errores.

Rechina los dientes por un momento, pero luego sus hombros se desploman y su rostro se desmorona. Cuando habla de nuevo, su voz sale ronca y hueca. —Quiero ver a mi nieta. Quiero verla crecer, Laila.

Las palabras me quitan el aire del pecho y dejan mis pulmones helados como el hielo. —No te importó verme a mí crecer. ¿Por qué te importaría Nina?

—Como dijiste, todos cometemos errores.

Ahora puedo verlo… las maquinaciones detrás de cada decisión que toma. Hay una razón para sus lágrimas y el puchero de su labio. Nada de lo que hace es impremeditado y nunca lo será.

—Tú lo sabrías, ¿no? Has cometido más de lo que te correspondía. Después de todos los errores que has cometido, lo mínimo que puedes hacer es ser honesto sobre por qué estás aquí realmente.

—Quiero enmendar…

—¡Patrañas! —grito—. Déjame hacer una suposición descabellada. Estás aquí por la casa. Bueno, tengo noticias para ti: ya no es mi casa. La vendí. El trato se cerró hace unas semanas.

Traga saliva. —Lo sé.

Casi quiero reírme. —Así que es eso. Viniste por tu parte.

—Necesito sobrevivir, Laila…

—Consíguete un trabajo.

—¿Cómo puedes ser tan fría?

—Supongo que lo saqué de mi padre —espeto.

Xavier abre la puerta mientras entra Guilia. Se detiene en seco cuando nos ve a mí y a mi padre. Los diamantes alrededor de su cuello brillan a la suave luz de las velas. —¿Está todo bien, Laila?

—Todo está bien —le aseguro—. Charles aquí ya se estaba yendo.

—¿Charles? —frunce los labios y ahueca los pómulos. Cuando chasquea los dedos, los de seguridad convergen a nuestro alrededor.

Realmente tengo que empezar a tomar notas sobre cómo manejar las cosas.

—Este es un evento exclusivo, y *tú*… —mira fijamente a mi padre—, no estás en la lista de invitados.

—Estoy aquí para ver a mi hija —protesta.

—La has visto —me deslizo junto a Guilia—. Ahora, te está echando.

—Laila…

—¡Basta! —mi voz me resulta desconocida, incluso a mí. Sinceramente, es un poco aterradora—. Te he soportado más de lo que debía. Esta es mi vida y mi familia, y protegeré lo que he construido. Si vuelves a aparecer, no solo enviaré a mis guardaespaldas a por ti; enviaré a mi esposo a por ti. Lo he estado reteniendo, pero eso se acaba ahora —finalmente, le hago un gesto con la cabeza a Xavier—. Acompáñalo a la puerta y asegúrate de que no vuelva.

En cuanto sacan a mi padre del local, caigo sobre la mesa más cercana. —Gracias, Guilia.

—¿Por qué? Lo estabas manejando perfectamente bien por tu cuenta —me agarra de los hombros y me pone de pie—. Ahora eres una reina, y ya es hora de que todo el mundo lo sepa.

Dejo escapar un profundo suspiro, liberando el nudo de tensión que he estado cargando por mi padre durante demasiados años.

—¿Es esa tu forma de decirme que aún hay mucho que hacer antes de la fiesta?

—Claro —me hace girar hacia la mesa de postres en la parte de atrás—. Mueve tu trasero tonificado por el yoga. Tenemos trabajo que hacer.



Una hora después, Guilia hace sonar su cuchillo de mantequilla contra su copa de champán e interrumpe la suave charla en el estudio. —¡Haz un brindis, Laila!

Le lanzo una mirada asesina, pero ella es toda sonrisas inocentes y palabras de aliento. —Le dije que no quería hacer un discurso —

murmuro en voz baja.

Arsen simplemente me empuja hacia el centro de la habitación. —Has manejado cosas peores que esto. Creo en ti.

No tiene idea de cuánta razón tiene. No le conté sobre la visita de Charles porque no quería que mi padre, una vez más, eclipsara un momento importante en mi vida.

Pero, mientras me encuentro bajo las luces del techo que de repente han pasado de ser "suaves y acogedoras" a "penetrantes y cegadoras", no creo que me importe una distracción. Hay demasiadas miradas sobre mí y no tengo ni un solo pensamiento en la cabeza que pueda expresar en voz alta.

Entonces encuentro a Arsen, que ocupa su lugar entre la multitud. Está de nuevo en nuestra mesa, con Nina en equilibrio sobre su cadera. Los dos me trajeron un ramo de flores cuando empezó la noche… rosas, por supuesto… y Nina está haciendo un poco de deporte desgarrando los pétalos de los tallos uno por uno.

Sus ojos encuentran los míos y todo el miedo desaparece.

*Ese es mi esposo*, no puedo evitar pensar con orgullo. *Ese es mi pilar.*

De repente, me encuentro levantando mi copa de champán.

—Este estudio de yoga ha sido un trabajo de amor —empiezo, mi voz temblando por la emoción—. Han sido meses de planificación, diseño y organización. Pero en realidad, incluso antes de eso, han sido años de soñar, esperar y agitarse. Hoy, al fin, mi sueño se ha hecho realidad. Y no pude haberlo hecho sin mis amigos y mi familia.

—A Guilia, Kira, Polina, Dominik y Gedeon: gracias por todo el amor y el apoyo. A todos mis invitados aquí hoy, esta no habría sido una celebración sin ustedes. Y, por supuesto, a mi esposo… —mi voz tiembla de nuevo, pero me recupero, decidida a terminar con fuerza

—, has sido mi mayor campeón durante todo este proceso. No podría haberlo hecho sin ti. Es por eso que te dedico este brindis. Por favor, únanse a mí para brindar por mi esposo, Arsen, por mantenerme llena de rosas todo el año. Te amo.

Luego se oye el tintineo de las copas de champán, los vítores de felicitación y el jolgorio general de una noche llena de buen alcohol y deliciosos aperitivos.

Arsen le entrega a Nina a Polina y se reúne conmigo en el centro de su habitación, envolviéndome en sus brazos. —Gracias por la mención —murmura en mi oído—. Fue innecesaria, pero lo agradezco.

Presiono mis labios contra su cuello. —Definitivamente fue necesaria. Todo esto fue posible gracias a ti.

—Te lo debía.

—No me debes nada más que tu amor y devoción.

—Eso puedo hacerlo —dice, rozando mi mejilla con el dorso de sus dedos—. Ahora, ¿quieres decirme qué sucede?

Arqueo una ceja. —¿Qué quieres decir?

—Puede que estés engañando a los demás, pero te conozco, Laila Adamov. Estás nerviosa por algo. ¿Qué es?

Suspirando, paso mis manos por sus solapas. —Eres demasiado observador para tu propio bien.

—Cuando se trata de ti, no quiero perderme nada.

Lo llevo a un rincón tranquilo del estudio, donde un miembro del personal de servicio está renovando los canapés. —No te asustes, ¿vale?

—No me gusta cómo está empezando esto —su voz es un retumbe peligroso.

—Ya lo manejé. La situación está bajo control. No creo que vuelva.

Frunce el ceño y veo la pregunta en sus labios convertirse en una respuesta. —Ese hijo de puta. ¿Realmente tuvo las pelotas de aparecer aquí?

—Como dije, lo manejé. Los guardias de Guilia lo echaron después de que me peleé con él. Fue un poco catártico, en realidad.

—Ojalá hubiera estado aquí —hay un deseo de asesinato en sus ojos, pero se suaviza cuando me mira—. ¿Y si es lo suficientemente estúpido como para volver? Ambos sabemos que la idiotez de tu padre no tiene límites.

—Si lo hace, lo solucionaremos juntos —tomo su mano y la aprieto contra mi pecho.

El músculo de su mandíbula vibra, pero se obliga a exhalar un suspiro fuerte. —Juntos —murmura—. Siempre.

# LAILA

—Deja de mirarme así.

Arsen levanta una ceja. —¿Así cómo?

—Como si me fueras a tener para la cena.

—¿Es esa una opción?

—Hubo una vez en que podría haberlo sido —miro el reloj de la pared—. Pero ya no. Si no nos vamos pronto, llegaremos tarde.

—Por lo que a mí respecta, llegar tarde es temprano, según la moda —se acerca a mi tocador y se agacha sobre una rodilla. Con suavidad, envuelve una mano alrededor de mi cintura, acariciando la abertura de mi vestido de noche verde esmeralda hasta que se abre en mi muslo.

—Es un milagro que pueda trabajar contigo cerca —murmura.

—*No* vamos a llegar tarde porque no puedas mantenerlo dentro de tus pantalones, Arsen Adamov —retiro mi pierna antes de que llegue demasiado lejos y me ponga demasiado alterada para seguir diciéndole que no—. Le prometí a Giulia que llegaríamos a tiempo. Ella me ayudó con mi lanzamiento, así que quiero estar allí para el de Enzo.

Deja caer su frente sobre mi rodilla con un gruñido. —Estoy empezando a lamentar esta alianza. Es un obstáculo para nuestra relación.

—¿Te refieres a nuestra vida sexual?

—Es lo mismo —agarra los cómodos zapatos negros de punta abierta con tacón corto y los desliza en mi pie.

—Estaba planeando usar mis tacones de aguja color champán.

—Va a ser una noche larga y quiero que estés cómoda —dice de una manera que no invita a ningún debate.

—Quería verme bien para ti esta noche.

Sus ojos brillan peligrosamente. —Siempre te ves bien, *roza*. No importa lo que lleves puesto. Podrías estar en un vestido de noche, una bolsa de papel marrón… o, bueno, aquí tienes una idea: nada en absoluto.

Le doy un golpe en el hombro. —Eres tan encantador.

—Lo guardo todo para ti —me pone el segundo zapato y lo cierra—. Pero tengo el accesorio perfecto para completar el look.

Se levanta y saca una caja negra de su bolsillo trasero. Una cinta de seda está atada cuidadosamente en la parte superior.

—Arsen… —tomo la caja—. ¿Qué hiciste?

—Nada que no merezcas.

Tiro suavemente de la cinta, pero Arsen está impaciente. Desgarra la seda y abre la tapa para mí.

Se me cae la boca.

Una rosa de diamantes se encuentra en el centro de la caja. Cada pétalo es un cuarteto brillante de diamantes, alrededor de un capullo que es el diamante más grande que he visto en mi vida.

—Increíble —suspiro porque no puedo hacer nada más.

Arsen saca el anillo de la caja y lo desliza en mi dedo. —Igual que tú.

Mi mano cae a mi regazo bajo el peso. Juro que me hundiría directamente en el fondo del océano con esta cosa puesta. —Arsen, es demasiado.

—Yo digo que es perfecto —se levanta y me tiende una mano—. Vamos. Hace un segundo, estabas preocupada por llegar tarde.

—¡Lo haremos ahora! —dejo que mi mano izquierda se desplome flácida a mi costado—. Ni siquiera puedo levantar esta cosa. Tendrás que entregarme con una grúa.

—Puedo hacerlo. Esta noche es el comienzo oficial de nuestra alianza con los italianos. Bien podríamos hacer que nuestra llegada sea inolvidable.

Sin embargo, todavía tengo miedo. —Este anillo debería estar en una bóveda codificada en algún lugar. Es demasiado grande y llamativo para usarlo en público.

—Es exactamente por eso que lo vas a usar —lleva mi mano a su boca, besando la piel justo debajo del anillo—. Este anillo es una declaración en sí mismo.

—¿Y qué dice?

—Dice: "*Soy la esposa de Arsen Adamov. Aléjense de mi jodido camino*".



Resulta que no necesito un anillo para declararme la esposa de Arsen. Él lo está haciendo muy bien por sí solo.

Nunca se separa de mi lado. Mientras nos movemos por el restaurante, su mano se demora en la parte baja de mi espalda o su brazo rodea mi cintura, como si no pudiera soportar no tocarme ni siquiera por un momento.

Incluso cuando importantes aliados se acercan a él, Arsen se niega a perderme de vista. Me presenta de inmediato y la gente se abalanza sobre mí para elogiar mi vestido o lo bien que nos vemos juntos.

—Vaya, la gente realmente se desvive por ti, ¿no? —me maravillo cuando un caballero mayor casi se atraganta con su ternera solo para saludar a Arsen cuando pasamos.

Arsen se encoge de hombros. —Saben cuidar sus intereses —sus ojos están fijos en un punto en algún lugar cerca de la entrada, su frente se arruga ligeramente.

Lo sigo, pero no veo nada que valga la pena preocuparme. —¿Todo bien?

—Todo está bien —murmura, pero la respuesta suena un poco apresurada—. ¿Puedo traerte otra bebida?

—Dos copas de champán es mi límite. Me emborracho fácilmente estos días.

Toma otra copa de un camarero que pasa y me la entrega de todos modos. Su atención todavía está atrapada en algo cerca de la puerta.

—Arsen, si pasa algo…

Sacude la cabeza, por fin me mira. —Lo siento. Es Jasper.

Me doy vuelta, pero no puedo ver nada a través del mar de gente. Tampoco estoy segura de cómo Arsen puede. —¿Qué hay de él?

—Ha estado inquieto desde que llegamos aquí.

—Dijiste que es una gran noche. ¿Quizás solo está nervioso?

—No le pago para que parezca nervioso. La ansiedad no es el aura que mi seguridad personal debería exudar.

—Por suerte, estamos entre aliados —le doy una palmadita en el brazo, intentando tranquilizarlo—. La inauguración va muy bien. Todo el mundo parece apoyar la alianza. Vamos a disfrutar, ¿vale?

Me besa la mejilla, que es toda la respuesta que obtengo antes de que Enzo nos llame a su mesa en el centro del restaurante. Guilia me hace sitio a su lado, pasando su brazo por el mío en cuanto me siento.

—Va bien, ¿no crees? —pregunta alegremente.

—La noche es un triunfo, Enzo —dice Arsen mientras los dos hombres se dan la mano—. Mis felicitaciones.

—No habría sido tan exitosa si no hubiera sido por tu presencia —ofrece Enzo generosamente.

Arsen se ríe entre dientes. —Creo que es el alcohol el que habla.

—Para ser justos, es buen alcohol —Enzo me guiña el ojo, levantando un vaso de whisky Adamov en un pequeño brindis.

Guilia pone los ojos en blanco. —¿Podemos conseguirles una habitación a los dos?

Enzo se ríe, pero Arsen no sonríe. De hecho, parece que no se dio cuenta de la pequeña indirecta de Guilia. Está mirando hacia la entrada de nuevo, pero esta vez veo exactamente en qué está concentrado.

Es Jasper de nuevo.

Y se dirige directo hacia nosotros.

La mano de Guilia se aprieta alrededor de mi brazo mientras Arsen se pone de pie para encontrarse con Jasper. —¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Necesito hablar contigo —dice Jasper con voz áspera. Sus manos se mueven nerviosamente a los costados—. Es importante.

Hay algo atormentado en su mirada mientras sus ojos recorren la habitación. Hace que se me erice el pelo de la nuca.

—Este no es un buen momento, Jas.

Jasper agarra el brazo de Arsen, lo que hace que incluso yo me estremezca ante la pura audacia. —No puede esperar.

Entra Enzo, luce tan despistado como me siento. —¿Está todo bien, amigos míos?

—¡Esto no te concierne! —grita Jasper.

—Es mi restaurante —le recuerda Enzo con frialdad.

Arsen le arrebata la mano a Jasper del brazo y le da la vuelta, sujetándolo por la muñeca mientras le habla a Enzo. —Pido disculpas por mi colega, Enzo. Déjame ocuparme de esto en silencio.

Por primera vez en toda la noche, Arsen se aleja de mi lado mientras saca a Jasper del restaurante. Enzo los mira fijamente, con las mejillas rojas.

—¿Qué fue eso? —me susurra Guilia.

—Tu suposición es tan buena como la mía —murmuro, tratando de espiar a dónde se han ido, pero tanto Arsen como Jasper han desaparecido entre la multitud—. ¿Crees que es serio? ¿Debería ir con él?

—No te preocupes —objeta Guilia—. Tu hombre se ocupará de esto. Volverá en poco tiempo.

~

Excepto que no lo hace.

Paso media hora entera bebiendo y charlando con Guilia antes de que ya no pueda fingir que todo está bien.

—¿Dónde está? —gimoteo.

—Seguro que es un asunto aburrido de la Bratva —dice Guilia—. Volverá.

—¿Desde cuándo los asuntos de la Bratva son aburridos?

Saco el teléfono de mi cartera y lo llamo, pero no responde. Le envío un mensaje de texto. ***Hola, mi amor, solo quería saber cómo estás. ¿Todo bien?***

Pasa otra media hora y no solo no ha respondido a mi mensaje de texto, sino que ni siquiera lo ha leído.

Los invitados están dando vueltas alrededor de nuestra mesa, manteniendo ocupados a Enzo y Guilia, pero no puedo quedarme aquí y cotillear un minuto más. Me disculpo para ir a buscar a mi esposo.

Doy dos vueltas alrededor del restaurante antes de verme obligada a aceptar que Arsen no está aquí, y es entonces cuando acorralo a Gedeon que sale del baño.

—¿Dónde está? —pregunto con un poco más de fuerza de lo habitual.

Gedeon da un paso atrás, sorprendido. —¿Quién?

—¿Qué quieres decir con "quién"? —digo de golpe. —¡Arsen! Desapareció hace más de una hora y no he sabido nada de él. ¿Y tú?

Gedeon frunce el ceño, lo cual no es nada alentador. —Sé que Dominik está con él. ¿Eso ayuda?

Tomo una pequeña bocanada de aire. —Tal vez. ¿Los viste irse?

—Dom siguió a Arsen y Jasper fuera del restaurante. Entre los dos, estoy seguro de que pueden manejar a Jasper.

La ansiedad en mi pecho se afloja un poco, pero todavía no puedo relajarme. Miro mi teléfono, pero aún no hay nada. —Al menos podría responderme el mensaje de texto.

Gedeon apoya una mano reconfortante en mi hombro. —Relájate, ¿vale? Vuelve a tu mesa y charla con Guilia. Estoy seguro de que Arsen volverá antes de que termine esta fiesta.

Todos excepto yo parecen estar "seguros" de que todo está bien, así que quiero creerles. Pero algo en esto se siente mal.

Sin nada más que hacer, me retiro a mi mesa e intento seguir su consejo.

Y me siento allí…

Y me siento allí…

Y me siento allí…

Una hora después, el restaurante está casi vacío y sigo estancada entre Guilia y Enzo, sin señales de Arsen por ningún lado.

Cuando Gedeon me encuentra, parece decididamente menos relajado. —Tal vez debería llevarte a casa, Laila.

—¿Has sabido algo de Arsen?

—Todavía no.

—¿Dominik?

—Negativo.

Incluso el optimismo habitual de Guilia parece haber perdido su filo. —No es propio de Arsen abandonar a su esposa en un evento sin una explicación —reflexiona distraídamente.

—Estoy seguro de que tiene una explicación —sugiere Enzo—. Y una buena, además.

Cuando Arsen aparezca, me aseguraré de decirle que su nuevo aliado ya lo está defendiendo.

—Sigue siendo de mala educación —Guilia me agarra del brazo—. Vamos, Laila, te llevaremos a casa.

Viendo que mi vehículo está desaparecido, no estoy en posición de discutir. Me deslizo en el asiento trasero con Guilia, y Gedeon nos sigue.

Cuando nos detenemos frente a la casa, sin señales del auto de Arsen en la entrada, Guilia me da una palmadita en la rodilla. —Apuesto a que Enzo tiene razón. Arsen tendrá una buena explicación para desaparecer esta noche. Aun así, dale una paliza por la mañana. Dormir en el sofá de vez en cuando es bueno para el alma de un hombre.

Salgo del auto aturdida y les hago un gesto con la mano a Guilia y Enzo. No es hasta que Gedeon se acerca a mi lado que me doy cuenta de que sigo saludando, a pesar de que Guilia y Enzo se han ido hace mucho.

—Voy a intentar averiguar qué ha pasado, ¿vale? —me dedica una sonrisa forzada—. Vete a la cama, Laila. Descansa un poco. Llegaremos al fondo de esto.

Cuando finalmente dejo de esperar junto a la ventana y me deslizo en la cama, el anillo en mi dedo se siente ligero como una pluma en comparación con el peso en mi corazón.

Y, cuando me despierto, parpadeando para abrir los ojos ante la luz acuosa del sol de la mañana, Arsen sigue sin aparecer por ningún lado.

42

# ARSEN

La Noche Anterior

Empujo a Jasper hacia la calle, evitando a todos los rezagados que se abren paso a trompicones hacia el restaurante. —¿Qué es tan importante que tenías que hablarme de eso ahora?

Jasper frunce el ceño, pero no me mira. —No me dijiste que veníamos aquí por los italianos.

—Soy el *pakhan*, Jasper. No necesito decirte nada. Te digo que estés en algún lugar; apareces. Fin de la historia.

—Oye, Arsen… —da un paso hacia adelante, pero está tambaleante y desequilibrado. Casi tropieza con sus propios pies.

—¿Estás colocado? —escupo.

—No puedo creer que me estés preguntando eso. ¡He estado sobrio durante meses!

No me pierdo el modo en que no responde la pregunta. O la forma en que sus manos se contraen a sus costados. Las cicatrices en sus brazos. El tono cetrino de su piel.

—Jesús —murmuro—. No puedo creer que haya confiado en ti.

—¡Estoy jodidamente sobrio, tío! —varios transeúntes pasan a toda prisa junto a nosotros mirándonos de reojo. Haciendo una mueca, arrastro a Jasper por la calle, pero él sigue lloriqueando—. Te dije que me mantendría limpio y he cumplido mi promesa. No se trata de eso.

—¿De qué se trata entonces?

Señala con el dedo el lugar donde está escrito en cursiva y ondulante ***Nonna Guilia*** sobre la puerta. —Se trata de la maldita escoria italiana con la que te juntas. No puedes confiar en ellos, Arsen.

Dominik sale del restaurante con las manos en los bolsillos, pero está tenso. Sé que nos está observando de cerca, dispuesto a intervenir si es necesario.

—No confío en nadie, pero las alianzas son necesarias.

—No con ellos —señala con la barbilla el restaurante—. Los italianos no son buena gente —tiene los ojos inyectados en sangre y sigue mirando la calle de un lado a otro, como si esperara una emboscada.

Me acerco un paso más y lo obligo a centrarse en mí. —Tengo noticias para ti, amigo: *nosotros* tampoco somos buena gente.

—Eso es diferente. Eso es… —sacude la cabeza. Tiene el labio enrojecido de tanto mordérselo—. Te acuestas con la gente equivocada. Esto no acabará bien.

Asiento y me aparto de él. —Estoy empezando a darme cuenta.

De repente, Jasper se lanza hacia mí. Me agarra por los hombros y casi nos lleva a los dos al cemento. —Hermano, tienes que confiar en mí. Confiar en mí como antes. ¿Recuerdas cuando éramos un equipo?

*Apenas*. Parece que fue hace una vida.

Agarro sus muñecas y aparto sus manos de mí. Mientras caen a sus costados, me doy cuenta de que me he estado aferrando a la persona que Jasper solía ser. Al amigo que necesitaba hace toda una vida.

Este Jasper, con sus tics nerviosos y su piel llena de cicatrices, no es el único que ha cambiado. Yo no soy el hombre que solía ser, y no lo necesito como antes.

—Lo recuerdo —le hago un gesto para que me siga—. Vamos. Hablemos de ello.

—¿A dónde vamos?

—Vamos a dar un paseo en auto.

—¿Un paseo en auto? —mira por encima del hombro—. ¿A dónde? ¿Por qué?

—No podemos hablar de los italianos aquí. Hay ojos y oídos en todas partes.

La expresión de Jasper se aclara. Hay esperanza en su rostro. —Sí… Sí, tienes razón.

—Dom —en cuanto llamo a mi segundo, Jasper se pone rígido. Lo ignoro—. Trae el auto.

En el momento en que Dominik desaparece para buscar el vehículo, Jasper da otro paso hacia mí. Su lengua se mueve en la comisura de su boca como una serpiente mientras me susurra al oído—: Sé que confías en Dominik, pero creo que está trabajando para los italianos. Creo que está trabajando para el otro bando.

Agarro el hombro de Jasper. —No viene con nosotros, Jas. Solo trae el auto.

Jasper asiente, pero es una bola de energía nerviosa. No estoy seguro de si es paranoia o algún efecto secundario de lo que sea

que esté usando estos días. Pero, cuando Dom me arroja las llaves del Jaguar, Jasper lo evita y se desliza en el asiento del pasajero.

—Síguenos —susurro sobre el capó del auto—. Sé sutil.

Dominik hace como si desapareciera de nuevo en el restaurante, pero, unos minutos después, veo que aparecen faros en el espejo retrovisor.

Jasper, cuyos ojos solo se apartan del espejo el tiempo suficiente para mirar por encima del hombro, también se da cuenta. —Nos están siguiendo.

Sacudo la cabeza y hablo con calma. —Nadie nos está siguiendo.

Necesito que mantenga la calma durante unos minutos más. Solo hasta que podamos salir de la ciudad.

—Reconozco el auto —insiste—. Es Dominik el que está detrás de nosotros.

—Volvió a entrar en el restaurante. Tú lo viste.

Tal vez debería haberme tomado un trago con droga. Jasper dice estar sobrio, pero ambos sabemos que no habría podido rechazar un brindis.

El problema es si el cóctel químico en sus venas lo hubiera manejado.

—Es Dominik —repite Jasper de nuevo, girándose en su asiento—. Está siguiendo…

De repente, se pone rígido. La energía nerviosa que ha estado zumbando fuera de él toda la noche se disipa. Es como si se hubiera activado un interruptor y está completamente concentrado en mí. —De verdad no me crees nada de esto, ¿no? —exige.

La claridad en sus ojos es la razón por la que no puedo mentirle. —Creo que es hora de dar por terminado esto, Jas. Tuviste una buena racha, pero ya se acabó.

—No…

—Ya no puedo confiar en ti —digo con toda la gentileza de la que soy capaz—. No estás hecho para esta vida.

—Sí, lo estoy —insiste—. ¡Ya lo he hecho antes!

—Y apenas sobreviviste la primera vez. La única razón por la que lo hiciste es porque intervine. Te lo debía, pero… —mi mirada se dirige hacia él por un breve segundo—. Esa deuda ahora está pagada.

Palidece. —Arsen… Hermano…

—No puedo arriesgar lo que he construido por ti. No eres una apuesta segura. Es solo cuestión de tiempo antes de que enojes a la persona equivocada o hagas el movimiento equivocado…

—Puedo seguir tus órdenes. ¡Puedo ponerme en fila!

—Ahora tengo una familia, Jas —continúo—. Tengo que pensar en ellos primero.

Se apoya de golpe en el asiento con un resoplido, escaneando la calle frente a nosotros. —¿A dónde me llevas?

—Fuera de la ciudad. Desde allí, Dominik y yo encontraremos un lugar al que puedas ir.

Estoy seguro de que Dom ya tiene ideas. Ha escrito esta contingencia desde el primer día que Jasper reapareció en mi puerta.

Jasper suelta un suspiro tembloroso. —Vas a matarme.

Si fuera cualquier otra persona, podría hacerlo.

—No voy a matarte. Pero no puedes quedarte en la ciudad, Jasper. Has estado dentro de la Bratva. Sabes demasiado. Tienes que irte.

La desesperación emana de Jasper en oleadas. —No puedes hacerme esto. No tengo ningún otro lugar a donde ir. Nadie en quien

pueda confiar.

—Puedes empezar de nuevo. Será bueno para ti alejarte de todas las cosas que te llevaron a esta vida para empezar.

Tal vez un mejor amigo lo hubiera mandado a empacar hace años. Pero pensé que podía ayudarlo. Pensé que podría sobrevivir como yo lo he hecho.

Sus manos tiemblan en su regazo. Todo su cuerpo tiembla. —Eso no es lo que quiero.

De repente, se lanza hacia el volante.

Le grito que se detenga, pero él grita sobre mí. —Detente aquí. ¡Tienes que escucharme!

Él da tirones con el volante y nos desviamos por toda la carretera. Dominik está justo detrás de nosotros ahora, sus luces me ciegan por el espejo lateral, pero no hay nada que pueda hacer.

Con una mano al mando del vehículo, saco mi arma y apunto a la sien de Jasper. —Suelta el volante o apretaré el maldito gatillo.

Retrocede como si ya le hubiera disparado, encogiéndose contra la puerta. Apenas reconozco al hombre.

—¿De verdad me matarías? —pregunta con un hilo de voz.

—No quiero hacerlo. Desearía que no hubiera sucedido todos los días del resto de mi vida —no bajo el arma—. Pero ¿para salvar mi propia vida? ¿Para asegurarme de llegar a casa con mi familia? Absolutamente. Te mataré si es lo que hace falta.

El aliento sale de su cuerpo en una ráfaga brusca, sus brazos se relajan a los costados. Es lo suficientemente tranquilizador como para que baje el arma a mi regazo.

Las luces de la calle pasan zumbando mientras ganamos velocidad, acercándonos al límite de la ciudad. Dominik estaba justo detrás de nosotros, pero se está quedando atrás.

Piso los frenos para darle tiempo de alcanzarnos… pero nada cambia. De hecho, la aguja del velocímetro sube unos centímetros.

*¿Qué diablos?*

Lo intento de nuevo con un poco más de presión.

Todavía nada.

Mi mirada se desvía hacia Jasper. Está presionado contra la puerta, apretando el borde de su asiento con los nudillos blancos. El sudor le cubre la frente.

—¿Qué diablos has hecho, Jas?

Mantiene la mirada fija en la carretera que tenemos por delante. —Disminuye la velocidad. La carretera está mojada.

No se equivoca. Una capa de agua resbaladiza cubre la carretera que tenemos por delante debido a una tormenta que acaba de pasar.

—¡*Blyat*! —siseo, pisando fuerte los frenos una y otra vez, y otra vez, y otra jodida vez.

Pero no tiene sentido.

Han cortado los conductos de los frenos.

—Vamos a chocar —por primera vez en toda la noche, Jasper suena tranquilo mientras el auto se desliza fuera de mi control.

—Maldita…

Mi pistola se desliza de mi regazo y la cojo. El metal frío apenas toca mis dedos antes de oír el sonido de un disparo.

Hay un rugido de terror, y luego el crujido del metal cuando chocamos contra un árbol.

Después de eso, solo hay oscuridad.

# ARSEN

—Creo que se está despertando.

Me duele muchísimo la cabeza, pero no estoy tan mal como para no reconocer la voz de Gedeon.

*Hasta ahora, todo bien.*

Abro los ojos lentamente, con mucho cuidado de no hacer ningún movimiento brusco hasta saber la magnitud del daño.

—¿Arsen?

*Dominik*. También lo reconozco.

Poco a poco, voy volviendo a mí mismo. Si alguien me preguntara en qué año estamos, estoy ochenta por ciento seguro de que lo diría bien.

En lo que respecta a salir de la maraña de chatarra que debe ser mi auto, no estoy tan seguro. Pero hay que hacerlo. Tengo que salir de este auto. Volver con Laila.

Pero, cuando mi visión finalmente se aclara, no veo escombros ni oscuridad. Estoy mirando la luz brillante de una habitación de hospital. El olor a alcohol y desinfectante es tan fuerte que da vértigo.

O tal vez sea la conmoción cerebral.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —mi voz es un susurro doloroso y áspero. A juzgar por el hematoma reciente que se asoma por debajo de los vendajes que me rodean el brazo, no ha pasado mucho tiempo desde el accidente.

—Un par de horas. Quería hacer una visita a domicilio —se apresura a explicar Dominik—, pero te quedaste inconsciente. No sabíamos lo mal que estaba la situación. Así que te traje aquí.

—¿Y?

Levanto un brazo y Gedeon lo agarra, tirando de mí para ponerme en posición vertical. El dolor en mi cuerpo es sordo. Debo poder superarlo.

—Tienes un par de costillas magulladas, lesiones a lo largo de los brazos y una contusión en la frente —dice Dominik como si estuviera recitando mi historial de memoria.

Empujo la manta delgada de mi regazo y descubro que todavía llevo mis pantalones de traje. Mi camisa está colgada del brazo de la silla de plástico a mi lado de la cama. Está cubierta de sangre seca y roja.

—*Blyat'* —susurro mientras el recuerdo completo de la noche se enfoca.

—Tengo ropa para que te cambies —ofrece Gedeon.

—¿Dónde está Jasper? —recuerdo el disparo, pero todo lo que sucedió después pasó demasiado rápido. Ni siquiera sé si fue disparado—. El arma se disparó.

—No puedo creer que te haya apuntado con un arma —gruñe Gedeon.

—Es un bastardo desagradecido —agrega Dominik.

—No era su arma; era la mía —cierro los ojos e intento reconstruir algo útil, pero solo hay un disparo ensordecedor y luego oscuridad —. Intentó agarrar el volante y yo lo apunté.

—Por eso te desviaste —comprende Dom.

—Le dije que se había acabado su tiempo y que lo iba a dejar ir, y él se abalanzó sobre el volante. Lo recuperé, pero luego hicimos hidroplaneo.

—¿Cuándo le disparaste? —pregunta Dom.

Me pongo rígido. —Entonces, ¿sí fue disparado?

—Solo en el brazo —me asegura Dominik—. Estaba consciente y lloriqueando cuando se lo entregué a Valentin.

—¿Dónde está ahora?

—En algún hospital fuera del estado. No quería que nadie atara los cabos entre ustedes. Además, sacarlo del estado era el objetivo, ¿no? Pensé que todo esto no debería ser en vano.

Dejo escapar un suspiro de alivio. —Entonces, ¿está vivo?

Dominik resopla, mirando su teléfono como si estuviera esperando una llamada. —La bala apenas lo rozó. Estoy seguro de que está bien.

—Pero ¿no lo sabes? —me levanto. La habitación da vueltas por solo un segundo antes de que todo se solidifique—. ¿Qué no me estás diciendo?

—Valentin ya debería haberse registrado —admite Dominik, mostrándome su teléfono—. Envié a Lenin hace una hora para que revisara todo, pero aún no hay noticias.

Agarro la camisa limpia que Gedeon me arroja. —Algo está mal. Valentin nunca se pierde un registro.

Y Jasper está loco. Desesperado.

—¿De verdad crees que Jasper…? —la voz de Gedeon se apaga mientras mira de Dom a mí.

Todos sabemos la respuesta a eso. Ahora mismo, no hay nada que no haría.

—Joder —murmura Dom, claramente frustrado consigo mismo—. ¡Por supuesto que lo haría! Jasper no es más que una rata que se alimenta de otros para sobrevivir. Le dije a Valentin que no dejara que el *mudak* saliera de su…

El agudo estallido de su teléfono interrumpe su discurso. Dominik intenta contestar y transfiere la llamada al altavoz.

—Lenin —grita—, ¿encontraste a Valentin?

—Está muerto —lo oigo decir a través del teléfono. Dominik palidece mientras Lenin continúa—. Lo encontré con la cabeza destrozada en el bosque, a unos cien metros de la carretera principal.

—No… —dice Dominik en voz baja.

Tomo el teléfono de la mano de Dom. —¿Alguna señal de Jasper?

—No, señor. Ni un rastro. Hemos rastreado el bosque. Hubo un rastro de sangre por un rato, pero se fue diluyendo. El hombre es polvo en el viento.

Valentin está muerto por mi culpa. Porque le di a Jasper demasiadas oportunidades.

No volveré a cometer ese error.

—Organiza una búsqueda para Jasper. Lo quiero de vuelta… vivo o muerto.

~

Cuando llego a casa, ha pasado un día entero desde el accidente. Desde la cena. He identificado un cuerpo, he comunicado la noticia a

la familia de Valentin. Me he enfrentado cara a cara con mi fracaso y he hecho todo lo posible por aceptarlo.

Pero, mientras camino por los pasillos silenciosos y quietos de mi casa, lo que no puedo dejar de ver es mi auto destrozado. Ni siquiera puedo parpadear sin ver el asiento de auto de Nina aplastado en la parte trasera.

*Podrían haber estado conmigo.*

Se cortaron los frenos, y Laila y Nina podrían haber estado en el auto conmigo. Lo habrían estado si Jasper no hubiera tenido un ataque de ira.

Intento encontrar algo de consuelo en el silencio… en saber que mi mujer y mi hija están arriba en algún lugar, durmiendo tranquilamente en sus camas… pero la amenaza no ha desaparecido.

Por ahora, Laila y Nina están a salvo. Pero acabo de liberar un comodín en el mundo. Uno con un motivo y una razón para odiarme.

La próxima vez que vea a Jasper… y sé que lo haré… no vendrá por mí.

Vendrá por mi familia.

# LAILA

De camino a la oficina de Arsen, estoy preparada para enorgullecer a Giulia.

Han sido dos mañanas seguidas despertándome sola en la cama, y ahora Arsen me está esperando en su oficina. Me han llamado para que vaya a verlo como si fuera un engranaje más de su Bratva.

Voy a darle un infierno.

Abro la puerta de su oficina con tanta fuerza que se golpea contra la pared. Doy dos pasos dentro antes de que la visión de él, vivo y respirando y *aquí*, me detenga en seco.

Por primera vez, soy consciente de cuánto miedo tenía de que no volviera a casa. Las lágrimas arden en mis ojos.

—*Roza*.

Esa pequeña palabra me hace correr por su oficina. Enlazo mis brazos alrededor de su cuello y aspiro su aroma. —Será mejor que tengas una explicación de primera para esto —sorbo.

Su mano acaricia mi columna de arriba a abajo antes de soltarme. —Hubo un… incidente.

Espero una explicación más detallada, pero no llega. —¿Y?

—Y —dice, sentándose erguido—, me estoy encargando de ello.

El alivio se está disipando rápidamente, abriendo paso a todas las emociones confusas de las últimas treinta y seis horas. —Desapareciste en medio de una cena y no volviste a casa durante casi dos días. Nadie sabía dónde estabas. ¿Qué estabas haciendo que no pudiste responder a ninguna de mis llamadas?

—No había ninguna razón para llamar. Sabía que estabas a salvo y yo estaba ocupado —se vuelve hacia su escritorio y ahora lo entiendo… por qué estamos en esta habitación. Por qué no me encontró en la cama en cuanto llegó a casa y susurró sus disculpas contra mi piel.

Este hombre frente a mí no es mi esposo en este momento; es el *pakhan* de la Bratva Adamov.

Y quiere que yo me ponga en fila.

Su teléfono vibra y lo revisa con un suspiro. —Tengo llamadas que hacer, así que…

Le arrebato el teléfono de la mano y lo tiro en una silla de cuero en la esquina. —No, no tienes que hacerlo. Tienes que lidiar conmigo.

Su boca se tensa. —Laila…

—No hagas eso —grito—. No digas mi nombre como si fuera irrazonable. Imagina, por un segundo, que no volviera a casa durante dos días, Arsen. Imagina que saliera de una habitación y simplemente no volviera.

Sus nudillos se vuelven blancos en los brazos de su silla. —Eso no sucedería. No lo permitiría.

—Entonces, no me lo hagas a mí. ¿Dónde estabas? Ni siquiera Enzo lo sabía.

—Enzo —se levanta y rodea su escritorio, dirigiéndose hacia donde arrojé su teléfono—. Joder. Necesito decirle…

—No, necesitas hablar conmigo —salto frente a él, apretando mis manos contra su pecho…

…y Arsen hace una mueca de dolor.

Intenta controlar sus rasgos, pero es demasiado tarde. Ya estoy subiendo su camisa por su cuerpo, exponiendo su pecho, y…

—¿Qué diablos te pasó? —deslizo su camisa más arriba, revelando un mapa de moretones negros y morados en su pecho y hombro. Intenta apartar mis manos, pero un empujón en la carne moteada de su bíceps casi hace que mi montaña de esposo caiga de rodillas —. ¿Quién hizo esto? ¿Cómo sucedió esto? ¡Tienes que ir al hospital!

Toma mis muñecas en una mano y baja su camisa. —Ya fui. Un médico me dio el alta esta mañana. Ahora, necesito…

—¡No hasta que me expliques por qué yo, tu *esposa*, en caso de que lo hayas olvidado, no sabía que estabas en el hospital! ¿Qué pasó?

—Te lo dije: me estoy ocupando —su teléfono vibra desde la silla y se pasa una mano por el cabello. Ahora que sé lo que pasa debajo de su ropa, puedo ver cómo se mueve con más cautela de lo habitual. Su respiración es superficial y se mantiene rígido—. Pero hay mucho que hacer. Quise venir a verte y explicarte. Ahora que lo hice, yo…

—¡Excepto que no lo has hecho! —espeto—. En realidad no me has dicho nada. ¿Quién te hizo esto?

Sacude la cabeza—. Todo lo que importa es que voy a mantenerte a ti y a Nina a salvo. Nadie se va a acercar a ti.

—No estoy preocupada por mí, Arsen; estoy preocupada por *ti* — hago un gesto hacia el moretón que se le sale del cuello de la camisa y el raspón que le cruza la frente. Es como un juego de objetos ocultos en humanos. Cuanto más lo miro, más heridas veo —. Debí haber ido contigo. No debimos habernos separado. A donde tú vayas, yo iré. Eso es el matrimonio, ¿no?

—No —escupe, interrumpiéndome antes de que pueda terminar. Sus ojos verdes son casi negros—. No deberías… Si hubieras estado en ese auto… —cierra los ojos con fuerza durante un segundo, como si parpadeara para alejar algún recuerdo vil—. Tú y Nina no lo hubieran logrado. Las habría metido en ese auto y habríamos…

—¿Habríamos qué? —me acerco a él, pero se aleja de mí.

—No importa. Me estoy encargando de ello.

*Dios, lo que daría por desterrar esas palabras de la existencia.*

Pero, cuando coge el teléfono de la silla y envía un mensaje furioso a alguien, veo lo que está pasando. Lo conozco lo suficiente como para entender lo que está pasando bajo la superficie.

Así que me acerco y le rodeo la cintura con los brazos. Siento los vendajes voluminosos sobre sus costillas y trato de no pensar en ellos. —Estoy aquí, Arsen. Estoy a salvo. Nina también. Nadie nos ha hecho daño.

Suspira y lleva su mano a mi mejilla. —Pero podría haberlo hecho. Fácilmente. Te puse a su alcance.

—¿De quién?

Siento que intenta alejarse, pero lo abrazo más fuerte. No le cedo ni un centímetro.

Y, lentamente, poco a poco, se ablanda. Besa la parte superior de mi cabeza y apoya su mejilla allí. —Fue Jasper. Los frenos de mi auto estaban cortados, y creo que él lo sabía. Me habría dejado ponerte a ti y a Nina en ese auto. Intentó matarnos a todos.

—Ay, Dios mío —el corazón se me atasca en la garganta, pero no puedo dejar que vea mi miedo. Especialmente, porque confío en Arsen para mantenernos a salvo. Necesito que sepa cuánto confío en él—. ¿Cómo… te encargas de ello? ¿Está muerto?

Separa mis brazos de su cuerpo y se aleja de mí, poniendo una vez más su escritorio entre nosotros. —No, por eso tienes que quedarte adentro. Hasta que Jasper se haya ido para siempre, no puedes irte. Nada de salir, nada de clases, nada de almuerzos con Guilia…

—No.

Sus cejas se juntan y está muy cansado. Hay círculos oscuros bajo sus ojos. Él tiene el peso del mundo sobre sus hombros, y sé que lo estoy haciendo más difícil.

—No —repito—. Puedo ser tu esposa o tu prisionera, Arsen, pero no seré ambas.

Prácticamente puedo escuchar a Guilia animándome. *Dale el infierno, chica.*

Es una pena que, cuando finalmente sigo el consejo, él luzca como si ya hubiera pasado por el infierno.

—¿No escuchaste lo que dije, Laila? Intentó matarme. Y casi lo logró —se levanta la camisa nuevamente, finalmente reconociendo sus heridas. Y el hecho de que Arsen piense que podría haber muerto lo trae todo a la luz.

*Casi lo pierdo.*

*Tal vez sería más fácil hacer lo que dice. Quedarme adentro.*

*Pero…*

—Te escuché. Y te dije las opciones. Así que elige lo que quieres.

—¡No elegiré una maldita cosa! —brama—. Lo que estás preguntando es si te quiero viva o muerta, y elegiré tu vida por sobre todo, cada vez. No hay elección.

Mi corazón se rompe por él. En lugar de estar enojada, las lágrimas brotan de mis ojos. Lentamente, camino alrededor de su escritorio hasta que estoy parada frente a él. Su pecho se agita y sus manos

están en puños apretados a sus costados, pero me deja entrar en su abrazo.

—Tienes tantas vidas en tus manos, y no puedo imaginar lo agotador que debe ser —susurro—. La presión a la que estás sometido nunca termina, tanta gente depende de ti. Debe ser solitario.

No responde, pero siento que se le corta la respiración. Sus brazos rodean mi cuerpo, abrazándome más fuerte.

—Cuando te elegí, te elegí completo, Arsen… lo bueno y lo malo. Sabía que habría peligro.

—Laila…

—Pero eso significa que, si me encierras en esta casa, no somos un equipo. No necesito estar en el frente, pero tienes que dejarme vivir mi vida. *Esta* vida, con todo el caos y el peligro que conlleva. Yo la elegí —me aparto, mirándolo a los ojos—. Te elegí a ti.

Sus dedos encuentran los míos y entrelaza nuestras manos. —No te perderé.

—Nunca. Vamos a superar esto… y lo haremos juntos.

Se aleja un paso de mí y suelta mi mano. Por una fracción de segundo, me preocupa que vuelva a caer en viejos hábitos y me aleje.

En cambio, asiente. —Bueno, entonces supongo que deberías estar conmigo cuando Enzo llegue con sus hombres.

—¿Enzo viene aquí?

—Necesita que le informen de la situación. Tengo la sensación de que él también se verá involucrado en este lío antes de que todo termine.

—¿Y es costumbre que las esposas estén presentes?

—Para nada —se ríe en voz baja—. Supongo que estamos abriendo nuevos caminos. Juntos.

# ARSEN

Dos cabezas de cabello lacio me miran por encima de la barandilla de la escalera. En cuanto me ven mirándolos, se esconden detrás de la media pared con pequeños chillidos.

—Ustedes dos deberían estar en la cama —dice su madre con brusquedad. Lena está más despeinada que nunca, pero eso es porque la despertaron en mitad de la noche por un incendio en la casa.

Ella pone los ojos en blanco y me dedica una sonrisa débil. —Con un solo dormitorio, los niños no duermen muy bien.

—Lena —gruñe Boris. Pasa un brazo por la espalda de su esposa, pero puedo ver la advertencia en él—. El *pakhan* ha sido muy generoso al ofrecernos esta casa segura.

—Como debe ser —su delgada apariencia de cortesía se desintegra al instante—. Nuestra casa fue destruida por culpa de uno de sus hombres. ¡Alguien que se suponía que era tu hermano! ¡Los niños podrían haber muerto quemados!

Como sucede muy a menudo en estos días, la imagen del asiento de auto de Nina destrozado aparece en mi mente.

—¡Lena…!

—Está bien, Boris —le hago un gesto con la mano y me vuelvo hacia su esposa de rostro severo—. Lena, tienes todo el derecho a estar enojada. Yo también estoy enojado. Jasper pagará por lo que hizo pasar a tu familia.

Su enojo se desvanece y puedo ver el dolor detrás. El miedo. —¿Qué tipo de hombre de Bratva recurre a algo tan cobarde como matar a una familia en sus camas?

*El tipo que es expulsado de la Bratva y no tiene otro lugar al que ir.*

No puedo evitar sentirme responsable del camino de guerra que Jasper ha tomado. La misma noche que prendió fuego a la casa de Boris, mi primera destilería también fue destruida.

Parece demasiada destrucción para que un hombre la lleve a cabo solo. Por otra parte, he visto a Jasper cuando está de borrachera. Sin dormir, energía inagotable…

—Un hombre con el que se lidiará —le aseguro—. No se saldrá con la suya.

—Pero ¿por qué nosotros? —grita—. Boris siempre se llevó bien con Jasper. Venía a cenar. ¡Le hice espaguetis, por el amor de Dios!

Boris la abraza a su lado. —Deberías subir, Lena. Acuesta a los niños.

Se oye otro coro de risitas en la escalera cuando los niños se dan cuenta de que no nos hemos olvidado de ellos.

Lena entrecierra los ojos al ver a su esposo mientras se aprieta contra su costado. Se inclina hacia su oído, en voz baja, pero aun así escucho cada palabra. —…quiero que me devuelvas mi casa, Boris. Tu *pakhan* tiene el deber de proteger a sus hombres y a sus familias.

Boris le murmura algo que no oigo. Sea lo que sea, ella no luce contenta mientras sube las escaleras.

En el momento en que desaparece, se gira hacia mí. —Perdóname, *pakhan*. Ha sido una noche larga.

—Ella temía por la vida de sus hijos. Le perdonaré casi cualquier cosa.

—Ella está agradecida por…

Levanto mi mano y él se queda callado. —Tengo un equipo de hombres trabajando en restaurar tu casa. Cuando te mudes de nuevo, tendrás seguridad las veinticuatro horas, al menos hasta que Jasper sea encontrado.

—Eso es… Gracias, *pakhan*.

—Yo cuido de mi gente, Boris —digo entre dientes.

*Al menos lo intento.*

—No entiendo por qué sucedió todo esto —Boris mira hacia la escalera como si estuviera preocupado de que su esposa todavía esté escuchando—. Lena tenía razón: Jasper y yo siempre tuvimos una relación amistosa.

—Está tratando de sembrar dudas en las filas. No creo que esperara ser captado por tu cámara de seguridad.

Si la alianza con Enzo no fuera tan nueva, podría mencionar que Jasper está tratando de culpar a los italianos de esta cadena de destrucción. Tal como están las cosas, no quiero hacerle ningún favor.

—Escuché que uno de los almacenes fue atacado esta mañana. ¿También fue él?

Me tenso. Nunca es bueno que la información circule muy libremente. —¿Dónde escuchaste eso?

—De Vasily.

Tomo aire. Vasily, al menos, es un hermano de la Bratva. —Ten cuidado con quién intercambias historias, Boris. No podemos permitirnos que información poco confiable se filtre en nuestra organización.

—Por supuesto, señor —me levanto y él hace lo mismo—. Lo que necesites, no dudes en preguntar.

Le doy una palmada en la espalda. —Por ahora, solo cuida de tu familia.

Admito que no es el tipo de sentimiento con el que lo habría dejado hace unos años. Pero los tiempos han cambiado. Nunca he sido más consciente de lo importante que es la familia. Especialmente cuando hay tanto en juego.

Mientras camino por la calle hacia mi nuevo auto, saco mi teléfono y miro la transmisión de seguridad en vivo del estudio de Laila. Es una de las muchas mejoras de seguridad que han hecho que su estancia en el estudio sin mí sea medio soportable.

Está llevando a cabo una sesión de yoga para un pequeño grupo de veteranos. Reconozco a varios de ellos de su fiesta de lanzamiento, incluida la barista de al lado, Carrie.

A medida que la sesión se acerca a su fin, los ojos de Laila se mueven hacia la cámara una y otra vez. Es casi como si supiera que la estoy mirando.

En el momento en que termina su clase, toma su teléfono. Sonrío mientras respondo el mío. —Hola, tú.

—¿Me estás acosando otra vez?

—Disfruto viéndote trabajar.

Incluso a través de la grabación, la veo sonrojarse. —No tienes que preocuparte. Todo está bien aquí. Gedeon es como una de esas estatuas de piedra guardianas. Ni siquiera creo que se tome

descansos para ir al baño. Los chicos incluso tienen un detector de movimiento instalado afuera de la puerta.

Me pongo al volante y enciendo el motor. —Si ya has terminado, pasaré a recogerte.

—No pasa nada. Gedeon puede llevarme…

—Ya voy de camino.

Suspira, sonriendo mientras sacude la cabeza hacia la cámara. —Nos vemos pronto.

Veinte minutos después, su sonrisa desaparece cuando la escoltan fuera del estudio con un guardia flanqueándola a cada lado. Gedeon ocupa la retaguardia, mirando de arriba abajo la acera como si esperara que estallaran disparos en cualquier momento.

Laila se separa de ellos en el último tramo y se arroja al asiento del pasajero, cerrando la puerta de un portazo antes de que alguno de ellos pueda tocarla. —Molesto.

—Lo que tú llamas "molesto", yo lo llamo "seguridad".

—Es exagerado —hace un gesto de señalar a cada uno de los doce guardaespaldas que nos observan alejarnos de la acera—. Carrie está convencida de que soy una especie de princesa europea fugitiva. Ni siquiera pude decirle la verdad porque, de alguna manera, la verdad es aún más extraña.

—Tu acento americano es buenísimo.

Frunce el ceño. —No me gusta llamar la atención, Arsen.

—Entonces, quédate en casa y realiza tus clases de yoga virtualmente hasta que la situación de Jasper haya sido contenida.

Esa fue mi idea, y sostengo que es perfecta.

Resopla, cruzando los brazos sobre el pecho. —Vale, llevaré al Equipo de Fuerzas Especiales.

—Bien hecho.

Con un último suspiro, se da vuelta en su asiento para mirarme. —Sé que estoy siendo una malcriada. Tuviste que lidiar con cosas mucho peores hoy que con algunos guardias demasiado entusiastas. ¿Cómo están Boris y su familia?

—Lena está enojada, pero ¿quién podría culparla? Jasper vino por sus hijos —aprieto mi agarre en el volante, imaginando que estoy envolviendo mis dedos alrededor del flacucho cuello de Jasper—. Pero al menos ahora están a salvo.

—¿Aún no hay rastro de él?

—Ninguno todavía. Tengo a todos mis mejores hombres buscándolo. No hay forma de que Jasper esté llevando a cabo ataques tan descarados como este y evitando ser capturado por su cuenta.

Frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Creo que está trabajando con alguien.

—Pero… ¿quién?

Mi mirada se inclina hacia ella. —Esa es la pregunta. El hecho de que no tenga idea significa que probablemente sea alguien escondido a plena vista.

Apoya su mano sobre mi pierna mientras piensa, masajeando distraídamente mi muslo. No tiene idea de cuánto ayuda ese pequeño gesto.

De repente, aprieta fuerte. —Espera. No crees que… No puede ser Enzo, ¿verdad?

No estoy seguro de si me gusta que esté empezando a pensar como si hubiera nacido y crecido en la Bratva.

—Tengo que considerar todas las posibilidades. No importa cuán desagradables puedan ser.

—Es nuestro amigo.

—Es un aliado —corrijo—. Y los aliados pueden convertirse en enemigos más fácilmente de lo que crees.

—Guilia nunca lo permitiría —insiste—. Tú y Enzo pueden ser aliados, pero Guilia y yo somos amigas. Amigas de verdad. Ella no me mentiría, y Enzo no le mentiría a ella. De ninguna manera.

—Por si sirve de algo, me inclino a estar de acuerdo —admito—. No creo que Enzo tenga nada que ver con esto. No lo descarto del todo, pero corre demasiado riesgo de perder trabajando en mi contra. O, en cualquier caso, ama demasiado a su familia.

Suspira con evidente alivio. —Bien. Me alegro de que hayamos aclarado eso.

—Eso no cambia el hecho de que Jasper no está trabajando aislado —reflexiono en voz alta.

Laila vuelve a agarrar mi pierna. —Lo encontrarás. Todo esto terminará pronto.

Espero que tenga razón.

Pero no puedo evitar pensar que, si hubiera rechazado a Jasper ese día que apareció en mi puerta pidiendo otra oportunidad, esto nunca habría comenzado en absoluto.

# ARSEN

Estoy listo para dejar atrás todo este sórdido día y seguir a Laila a la cama cuando Vasily irrumpe por la puerta principal.

—¡Jefe!

Laila salta y me cuesta todo lo que tengo no cargarla por las escaleras e ignorar el nuevo incendio que se supone que debo apagar. Pero me doy vuelta. —¿Y ahora qué?

—Es… —mira a Laila más allá de mí, con la boca cerrada mientras recalibra—. Hay algo que necesito que veas —su mano se mueve hacia su pistolera—. Afuera.

*Bueno, mierda.*

No es bueno. Nada bueno.

Mantengo mi rostro neutral mientras me doy vuelta hacia Laila. Ella ya ha bajado dos pasos por las escaleras hacia mí. —¿Qué sucede?

—No te preocupes —le aseguro—. No es nada. Sube y prepárate para la cama. Volveré pronto.

—Ya he escuchado eso antes —pero ella no está enojada… está asustada. Lo veo en el fruncimiento de sus cejas, en la forma en que me alcanza.

—Esta vez, lo digo en serio.

Su expresión no cambia, pero asiente. —Vale. Por favor, date prisa.

En el momento en que está fuera de la vista, corro hacia la puerta principal con Vasily siguiéndome. —¿Qué sucede?

—Jasper.

—*Blyat'*. No puedo creer que realmente haya tenido la audacia de aparecer aquí. ¿Está solo?

—Eso parece.

Cuando llegamos al final del camino de entrada, la seguridad se ha reunido alrededor de la puerta. La voz de Dominik se escucha por encima del resto. —¡Dame una buena razón por la que no debería matarte donde estás parado, pedazo de mierda inútil!

—¡Porque soy el único hombre en el que Arsen puede confiar! —grita Jasper—. ¡Soy el único aquí que le es leal!

El hombre casi nos mata a los dos y ha estado haciendo estallar mi mierda por toda la ciudad, ¿y a eso le llama lealtad? Si no fuera tan desquiciado, sería ridículo.

—A la mierda con eso —espeta Dom—. Nunca has sido el hombre de Arsen. La única persona de la que sabes cuidar es de ti mismo.

—Basta —mi voz se escucha entre la multitud de hombres. Dominik y Gedeon se apartan para dejarme pasar—. ¿Qué está pasando aquí?

Nadie responde, pero solo porque no es necesario. Jasper está de pie a unos pocos pies de distancia, con un brillo maníaco en sus ojos inyectados en sangre. Parece que no ha dormido en días. Lo que solo hace que las armas en sus manos sean una amenaza mucho mayor.

—No te ves muy bien, Jas.

—Estoy sobrio —gruñe, respondiendo a una pregunta que no hice. Agita un arma en el aire, haciendo que mis hombres se dispersen hacia atrás unos cuantos metros más—. Estoy completamente sobrio. Y estoy aquí por ti.

Observo ambas armas. —¿Qué quieres de mí exactamente?

Sigue mi mirada. —¿Crees que estoy aquí para…? No, no. Nunca te mataría, Arsen. Sigo siendo leal. Estoy trabajando *para* ti.

—No es así como parece.

—Las apariencias no importan. Tus hombres… estos cabrones… —agita sus armas salvajemente una vez más—, no son todos leales. Están trabajando en tu contra, Arsen. Se han pasado al otro bando.

—¿Y cuál es ese bando?

—La maldita escoria italiana, por supuesto. Te dije que esa alianza era una mala idea. ¡Te dije que ese cabrón te traicionaría!

—Tú has sido el único que ha provocado incendios, Jasper. Literal y figurativamente.

Sacude la cabeza con tanta fuerza que le tiemblan las mejillas. —Eso no fui yo.

—Por el amor de Dios —murmuro en voz baja. Ha perdido la cabeza. Hasta ahora, había rastros del Jasper que una vez conocí. Ahora, es un cascarón vacío de sí mismo.

—Ya basta de esta mierda, Arsen —gruñe Dominik—. Termina con esto ahora. Mata a ese cabrón. Esto ya ha durado demasiado.

Mi estómago se revuelve al pensarlo. Pero Dominik tiene razón. Ha tenido razón sobre Jasper todo el tiempo.

—Jasper, necesito que bajes las armas.

—¿Por qué? ¿Porque *él* quiere que lo haga? —su mandíbula se aprieta—. Dominik también te está traicionando. Está trabajando

para derribarte desde adentro.

—Mira a tu alrededor, Jas. Te superan en número. No hagas que esto sea más difícil de lo necesario. Baja las armas.

Como si solo estuviera haciendo cálculos, sus ojos escanean el círculo. Lentamente, una sonrisa enfermiza se extiende por su rostro. —¿Crees que estoy solo? —prácticamente se ríe—. ¿Crees que me presentaría aquí sin refuerzos?

Gedeon, Dominik y yo nos miramos. Ninguno de nosotros sabe de qué diablos está hablando Jasper.

—Está mintiendo —resopla finalmente Dominik.

En ese preciso momento, suena un disparo desde la espesura de árboles, justo detrás de Jasper. Uno de mis hombres cae al suelo, agarrándose el costado.

Dominik y Gedeon se lanzan frente a mí, escaneando la línea de árboles en busca de un enemigo que no podemos ver.

—¡Así es! —grita Jasper, triunfante—. Te dije que no estaba solo. Hay más hombres detrás de mí. Y podrían superarte en número.

Vasily ya está medio volteado hacia la casa, esperando mi señal. Asiento. —Asegúrate de que la seguridad cubra todo el perímetro de la propiedad. No quiero que nadie entre por atrás.

Desaparece, llevándose a un puñado de hombres con él mientras empujo a Ged y Dom a un lado para centrar mi atención en Jasper.

—Te he subestimado, Jas —sonríe por un segundo antes de que agregue—: Claramente estás mucho más jodidamente loco de lo que jamás creí.

La sonrisa desaparece de su rostro. —Tenía que llamar tu atención de alguna manera. Estoy tratando de advertirte. Estás confiando en la gente equivocada, Arsen. Tienes que creerme —su voz se quiebra —. Soy familia.

Hubo un tiempo en el que eso era verdad, pero ya pasó.

—¿Con quién estás aquí? —mi mirada se dirige rápidamente hacia la línea de árboles, pero no puedo ver nada más que oscuridad.

—Amigos —murmura—. Amigos que están dispuestos a brindarte su apoyo si tan solo escucharas…

—Ya terminé de escuchar, Jasper —detrás de mi espalda, hago una señal a mis hombres.

Avanzan, listos para atraparlo.

Jasper retrocede a trompicones. Por un segundo, es un animal acorralado, indefenso y aterrorizado. Luego, sus labios se retraen detrás los dientes mientras levanta sus armas.

—¡Pónganse a cubierto! —advierto.

Pero es demasiado tarde. Las balas vuelan sin rumbo sobre nuestras cabezas. Me agacho y me doy vuelta para quitarme del camino.

Los disparos se detienen tan rápido como empezaron, pero, cuando me levanto, Dominik está agachado sobre un cuerpo. —¡Lo mataste! ¡Lo mataste, maldita sea!

*¿Mataste a quién?* No puedo ver quién cayó.

Jasper todavía está de pie solo, contra los árboles oscuros. Su rostro está pálido como un fantasma mientras mira el cuerpo en el suelo.

—¡Trabajó junto a ti durante meses! —sisea Gedeon, lanzándose hacia Jasper, como si hubiera olvidado que el hombre todavía está armado y loco. Por la mirada en blanco en su rostro, parece que Jasper también lo ha olvidado—. ¡Era uno de los hombres que no pensaba que eras una pérdida de espacio!

Gedeon salta sobre el cuerpo, acercándose a Jasper, y finalmente veo quién es.

*Matvei*. Fue uno de mis primeros reclutas después de que tomé el control de la Bratva. Ha sido leal de principio a fin… y ahora, está muerto. Muerto porque no pude hacer lo que se tenía que hacer. Muerto porque confió en mí y le fallé.

La culpa y la rabia se arremolinan en un cóctel volátil en mi pecho. Miro a Jasper con los ojos entrecerrados. —Esto termina ahora.

—¿Arsen?

Me congelo. El sonido de la voz detrás de mí me llena de terror. Me doy la vuelta. —¡Vuelve adentro!

Pero Laila está coronando la colina. —¿Arsen? —ella no puede oírme. No puede ver lo que está pasando.

—¡Laila! —grito, corriendo hacia el sonido de su voz—. Vuelve adentro ahora.

Jasper aprovecha la oportunidad y corre hacia el bosque.

—¡Tengo la oportunidad! —declara Gedeon levantando su arma.

—¡Armas abajo! —rujo—. ¡Nadie dispare!

Gedeon duda, su dedo ansioso por el gatillo.

—¡Si hay alguien en esos bosques, podrían disparar de vuelta! —puede que hubiera valido la pena el riesgo hace un segundo, pero no ahora. No con Laila aquí.

Laila llega a la cima de la colina y se detiene, examinando la escena debajo de ella con pánico. —¿Arsen?

Agarro su brazo y la arrastro de vuelta a la entrada. —¡Dije que te quedaras adentro!

—Escuché algo. No sabía dónde estabas. Pensé… —se retuerce para soltarse y se aplasta contra mi pecho. Se derrite contra mí—. Pensé que estabas herido. Tenía miedo.

Estoy furiosa con ella, por arruinar mi oportunidad de atrapar a Jasper, por ponerse en peligro. Pero la abrazo fuerte. —Estaré bien, *roza*. No tienes que preocuparte por mí.

—¡Pero Jasper estaba ahí abajo! —grita—. Y yo arruiné todo.

Le aliso el cabello y le beso la frente. —Lo conseguiremos.

—Jefe —una voz resuena en la oscuridad. *Esta noche nunca terminará.*

Me doy vuelta y veo a Vasily caminando hacia mí. —Jefe, es el almacén de Oryx… Acaban de atacarlos.

Me pongo rígido. Y es Laila quien hace la pregunta obvia—: ¿Cuándo?

—Justo ahora. Hace tres minutos.

Gedeon y Dominik aparecen a cada lado de Vasily. Con solo mirarlos, sé que todos estamos pensando lo mismo.

Por más disperso, maníaco y patético que sea Jasper, definitivamente no está trabajando solo.

La única pregunta ahora es: ¿quién ha sido lo suficientemente estúpido como para unirse a él?

# LAILA

—¿Qué posibilidades hay de que Arsen me deje salir de casa un par de horas?

Polina suelta una carcajada mientras entra en la sala de estar, con Nina en la cadera. —Casi las mismas de que deje el juego de la Bratva y se dedique a la meditación.

Todavía se ríe para sí misma cuando me ve deslizarme en el sofá. Ha pasado una semana desde que Jasper apareció en mitad de la noche y mató a Matvei, y apenas he visto el cielo. Arsen está ocupado desde que sale el sol hasta mucho después del anochecer y, sin ofender a nuestra querida hija, me gustaría hablar con alguien que tenga todos los dientes.

—Ah, quiero decir… —Polina lucha por cambiar de rumbo—. Depende de adónde quieras ir. Arsen es un hombre razonable, así que…

—Guárdatelo —arrojo la invitación de Guilia sobre la mesa de café—. Es inútil. Me quedaré aquí. También podría seguir trabajando en la hendidura de mi sofá.

Polina toma la invitación de la mesa y la lee. La he leído tantas veces que podría recitarla palabra por palabra si fuera necesario.

***Hola nena, ha pasado un minuto. ¿Qué tal si hoy almorzamos en Nonna Guilia? Estaré allí a la una. Trae al dulce querubín. La extraño. Besos y abrazos, Guilia.***

Por lo general, Guilia me enviaría un mensaje de texto, pero sabe que me muero por salir de la casa. Probablemente envió la invitación impresa para agregar un poco de pompa y dinamismo por mi bien.

Todo lo que tengo que hacer es mirar por la ventana al enjambre de guardias que patrullan este sector de la casa para saber que no podré ir.

Polina coloca la invitación con cuidado sobre la mesa. —Si Guilia te invitó, tal vez a Arsen no le importe. Enzo también ha reforzado su seguridad desde que Arsen le contó sobre el ataque de Jasper.

—Eso es cierto —algo parecido a la esperanza se instala en mi pecho —. Guilia tiene un montón de seguridad. Tal vez pueda dejar a algunos de mis hombres aquí. Darles un respiro.

Polina hace una mueca. —Bueno… tal vez deberían ir de todos modos.

Descarto esa sugerencia con un gesto de la mano y me dirijo hacia la salida. —Voy a prepararme. ¿Puedes informar a Vasily que me gustaría irme en media hora?

Polina toma la invitación de nuevo. —¿Quién entregó esto?

—¡Ooh! ¡Puedo usar mi nuevo vestido de verano con flores! —la idea de salir de casa me pone realmente eufórica.

—¿Ya le has preguntado a Arsen?

—Lo haré. Pero ha estado muy ocupado. Apenas lo he visto —las pocas veces que lo he llamado, no me devuelve la llamada por horas. El equipo de seguridad le envía actualizaciones cada media hora sobre mi seguridad, así que sabe que estoy viva. En este momento, ese es su principal objetivo.

No quiero molestarlo con algo tan intrascendente como salir a comer con una amiga cuando está tratando de mantener unida a su Bratva. Además, como señaló Polina, Guilia tiene seguridad. Con ella, estoy casi más segura que en casa.

—¿También te llevas a Nina? —pregunta.

Me doy la vuelta y paso una mano por la mejilla regordeta de mi hija. Ella parpadea lentamente, con la cabeza apoyada en los hombros de Polina. Sus ojos se vuelven más pesados a cada segundo.

—Ya casi es la hora de su siesta. Y todavía se está recuperando de ese pequeño resfriado de la semana pasada. Quiero que descanse —me muerdo el labio—. ¿Te importaría si la dejo con…?

—Obviamente —interrumpe, luciendo ofendida de que siquiera fuera a preguntar—. Evelyn llegará pronto. Entre las dos, mantendremos feliz a la princesita.

Beso a mi niña en la mejilla y le doy un apretón a Polina en agradecimiento, luego corro escaleras arriba para arreglarme.

Arsen se enterará del almuerzo más tarde, cuando regrese a casa sana y salva. Puede que esté un poco molesto, pero es más fácil pedir perdón que permiso.

Y realmente, realmente necesito este almuerzo.

~

—El reservado habitual de Guilia —repito, empezando a frustrarme. No soy de las que regañan a los camareros, pero Enzo necesita gente competente para dirigir su restaurante, y a la mujer que tengo delante le faltan unos cuantos colores para llenar un juego de crayones—. Guilia Calcagno.

—Sé quién es —la mujer se acomoda el cabello oscuro y lacio detrás de la oreja y vuelve a examinar la lista de reservas—. La Sra. Guilia no ha reservado su reservado habitual para hoy.

Miro la hora en mi teléfono. Llevo veinte minutos de retraso. Guilia ya debería estar aquí.

—Probablemente esté en uno de los salones privados —a Guilia normalmente le gusta sentarse en el comedor principal con el resto de los invitados. *Mejor para ser vistos, cariño*, dijo la última vez que estuvimos aquí. Pero, teniendo en cuenta todo lo que está pasando, tal vez esté tomando precauciones adicionales.

La mujer niega con la cabeza. —La Sra. Guilia no está aquí.

—Entonces debe haber surgido algo —fuerzo una sonrisa en mi rostro—. Solo muéstrame un reservado y la esperaré.

—Sra. Adamov, no creo que la Sra. Guilia venga hoy. Siempre reserva una mesa.

Mi corazón comienza a latir un poco más rápido, pero estoy decidida a salvar este almuerzo. —Consígame cualquier reservado disponible, por favor. Voy a solucionar esto.

La anfitriona me muestra una mesa privada en la esquina. Mientras se va, cierra la mampara de privacidad detrás de ella, dándome una sonrisa comprensiva que me hace sentir como la mujer patética a la que dejaron plantada en una cita. Lo cual, considerando que Guilia llega veinticinco minutos tarde, podría ser.

Saco mi teléfono. ***Estoy aquí esperándote. ¿Aún puedes venir?***

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, días de energía nerviosa saliendo de mí. Cuando mi teléfono vibra unos segundos después, casi salgo volando de mi asiento.

**GUILIA:** ***¿Teníamos planes para hoy? Lo siento mucho, cariño, pero estoy fuera de la ciudad. Fue un asunto familiar***

***de último momento. Volveré mañana. Hagamos algo entonces. ¡Quizás almorzar en Nonna Guilia!***

Miro la pantalla, tratando de entenderlo. Guilia me envió una invitación formal para almorzar y luego… ¿se le olvidó?

Un escalofrío me recorre la espalda cuando me doy cuenta de por qué la carta estaba mecanografiada en lugar de escrita a mano… y entregada en casa en lugar de enviada por mensaje de texto desde el teléfono de Guilia…

*Ay, Dios...*

Las puertas corredizas se abren y un hombre alto entra en mi espacio y se deja caer en el asiento frente a mí.

—Laila Barnes. Esperaba encontrarte aquí.

48

# LAILA

Me abalanzo hacia mi teléfono, pero Jasper es más rápido. Lo arrebata de la mesa y, de repente, me encuentro frente al cañón de una pistola.

—No, no, no —se ríe entre dientes—. Otro movimiento y me veré obligado a apretar el gatillo.

Me quedo congelada, pero desvío la mirada hacia Jasper en lugar de hacia la pistola. —Tú me enviaste esa invitación.

—En realidad, no. Eso fue obra de mi compañero —mira alrededor de la mesa. Sus ojos se demoran en el asiento vacío a mi lado y el aire sobre mi hombro. Sus dedos se mueven nerviosamente sobre la pistola.

—Estás drogado.

—Solo por necesidad —apoya ambos codos en la mesa y se inclina hacia mí. La pistola permanece escondida en su palma—. Tu esposo es el que me llevó a esto.

—Mi esposo estaba tratando de salvarte.

Resopla. —¿Crees que es un héroe? Tengo noticias para ti, nena: te decepcionará como me decepcionó a mí.

Considero llamar a la camarera, pero no hay nada que ella pueda hacer. Jasper no dudaría en matarla. Parece tan drogado que podría apretar el gatillo sin siquiera darse cuenta de que lo está haciendo.

—Arsen te dio más oportunidades de las que te correspondían.

—¡Me arrojó a los malditos lobos! —la saliva sale volando de su boca, salpicando la mesa.

Me encojo hacia atrás, tratando de no hacer obvio que estoy esperando algún tipo de interrupción. Todo mi equipo de guardia está acampado afuera. La única razón por la que no vinieron conmigo es porque les aseguré que la seguridad de Guilia me cubriría.

Debí haberle dicho a Arsen que venía aquí. ¿En qué estaba pensando?

Las puertas se abren de nuevo y Jasper esconde el arma debajo de la mesa. Cuando la camarera entra con dos aguas, siento el frío metal presionado contra mi muslo.

Jadeo cuando ella se gira hacia mí con una sonrisa nerviosa. —¿Hay algo que pueda traerle, señora?

—Sí, ¿hay algo que quiera, Laila? —pregunta Jasper, con una comisura de su boca curvada en una sonrisa.

Reprimo el escalofrío que recorre mi espalda. —No, no necesito nada —insisto, preguntándome si puedo alertarla de lo que está pasando sin arriesgarme a perder una pierna en el proceso. Jasper me clava la pistola con más fuerza en la piel y… no, probablemente no—. Tenías razón: Guilia no va a venir hoy. Me equivoqué.

—Ah —la camarera sonríe. Su mirada se dirige a Jasper—. Entonces, ¿se quedarán ustedes dos a almorzar?

—No —responde Jasper por mí—. Laila y yo ya nos íbamos.

En el momento en que la camarera sale de la cabina, Jasper se gira hacia mí con una sonrisa lobuna. —Es hora de que te saque de aquí.

—¿Qué quieres de mí, Jasper?

—Lo sabrás pronto. Vamos —presiona su arma contra mi espalda mientras me levanto, empujándome hacia adelante—. Si intentas pedir ayuda, haré que Arsen se quede viudo.

Tal vez no sepa que mi equipo de seguridad está afuera. Si puedo llegar a la acera, Vasily me verá. Alguien me rescatará.

Pero, cuando giro a la derecha hacia la puerta principal, Jasper me susurra al oído. —Debería dispararte solo por eso. Puerta trasera, perra.

Mis posibilidades de rescate se reducen considerablemente cuando me empuja a través del estrecho callejón y dentro del edificio marrón fangoso del otro lado. La entrada está abierta con una piedra, pero Jasper la abre de una patada una vez que estamos dentro.

La puerta se cierra de golpe.

La oscuridad se derrumba sobre nosotros.

Mientras avanzamos a trompicones por un pasillo, mis ojos comienzan a adaptarse. Estrechas rendijas de luz se filtran a través de las pocas ventanas altas del techo que no están tapiadas ni ennegrecidas por décadas de suciedad. El piso está lleno de periódicos viejos, polvo y escombros del edificio que literalmente se está pudriendo a nuestro alrededor.

—¿Por qué estoy aquí? —mi voz hace eco en el espacio vacío.

—Para pagar tus deudas —la voz que responde no es la de Jasper. Viene de lo más profundo del edificio, e incluso a través del ronquido, la reconozco.

No puede ser.

—¿Dónde está la bebé? —gruñe—. Se suponía que traería a la mocosa.

Agradezco a todos los dioses que puedo nombrar por haber dejado a Nina en casa.

Jasper se encoge de hombros. —No importa. Ella es suficiente.

Lentamente, mi padre sale de la penumbra. Sonríe cuando nuestras miradas se encuentran. —Es cierto. Él vendrá por ella.

# LAILA

—No puedes hacer esto.

Pero, mientras lo digo, sé que él puede. Lo hará.

Lo que quedaba de mi padre ha sido vaciado por la codicia y el instinto de supervivencia. Arrojará a cualquiera al fuego para salvarse, incluso a su propia hija.

La lengua de mi padre serpentea sobre sus labios agrietados. —Tú nos hiciste esto, Laila. Si no me hubieras echado de tu vida…

—¡Te fuiste! ¡Fue tu elección! —mi voz ya está ronca por un argumento inútil—. Nos abandonaste a mí y a Mamá cuando más te necesitábamos.

Pone los ojos en blanco. —No otra vez esta historia triste.

Sacudo la cabeza, la ira calienta mi piel de un rosa brillante. —No sé qué vio Mamá en ti. No sé por qué desperdiciaría su amor en un hombre tan repugnante.

Los ojos de Charles se empañan. Baja la mirada por un momento, y espero haber tocado un punto sensible. Uno que activará cualquier pizca de conciencia que le quede.

—Tu madre quería un romance de cuento de hadas, así que, por supuesto, se sintió decepcionada —levanta la vista hacia mí—. Pero

ella me vio con más claridad que nadie jamás…

—Eres un monstruo sin corazón, y siempre lo has sido —escupo, negándome a dejar que me mienta a mí o a sí mismo ni un segundo más.

—¡Y tú eres una pequeña perra malcriada y egoísta! —ruge Charles.

—Joder, ¿podemos adelantar todo este drama familiar? —interviene Jasper, girando distraídamente la pistola en su mano—. Me gustaría terminar con esto de una vez.

Charles traga saliva y se acerca a Jasper, aunque mantiene la vista fija en mí. —¿Tienes su teléfono?

Jasper se lo entrega. Verlos tan sincronizados me da náuseas.

—¿Cómo demonios siquiera se conocen ustedes dos? —me apoyo contra la pared de ventanas detrás de mí, un borde de metal irregular se clava en mi espalda. Paso mis dedos por la pared buscando un pestillo.

De repente, Jasper levanta su arma y me apunta directamente a la cara. —No muevas ni un músculo más. En serio. No estoy de humor para que me pongan a prueba hoy.

—¿Puedes parar? —gruñe Charles—. Ella no vale nada para nosotros muerta.

—Vaya, gracias, Papá —resoplo. Por mucho que me encantaría escaparme, no estoy dispuesta a arriesgarme a que me disparen una bala en la espalda. No importa lo que diga, Jasper está lo suficientemente loco como para apretar el gatillo. Y no tengo idea de lo bueno que es disparando.

Mi padre me ignora mientras se acerca, sosteniendo mi teléfono frente a mí. —Desbloquéalo para mí.

—¿Y si me niego?

Las palabras apenas salen de mi boca cuando su palma golpea mi cara. Me tambaleo hacia atrás mientras mi visión se vuelve borrosa detrás de un velo de estrellas plateadas que giran.

—La próxima vez, probarás sangre —me advierte.

Con una mano temblorosa, uso mi pulgar para desbloquear el teléfono para él. Se lo devuelve a Jasper. Juntos, escriben un mensaje. Oigo el silbido del texto que sale a Dios sabe dónde.

Miro por encima de mi hombro. Las ventanas detrás de mí están manchadas con una pintura que parece grasa. No hay forma de que alguien pueda ver lo que está pasando aquí desde afuera.

Jasper asiente con la cabeza apreciativamente ante su obra. —Sí, eso lo traerá aquí rápido.

Mi corazón se acelera. Es demasiado tarde para deshacer el mensaje, pero tengo que intentar hacer algo. —¿Cuánto tiempo llevan trabajando juntos?

—Meses ya —responde Charles—. Jasper y yo tenemos mucho en común.

¿No lo sé yo? Podría enumerar las razones, pero tengo la sensación de que mi lista solo me traería más problemas.

Aun así, intento adivinar. —¿Te refieres a tu odio por mi esposo?

—A él también. Pero en realidad estaba hablando de los italianos.

—¿Se trata de los italianos?

—Puto Enzo Calcagno —escupe Jasper—. Pensé que ese cabrón sería mejor que su padre. Resulta que son del mismo palo. Ambos hombres exigen su parte.

—¿Le debías dinero al padre de Enzo? —adivino. Siempre se trata de dinero.

—Mis deudas son viejas. Debieron haber sido perdonadas hace mucho tiempo —resopla Jasper—. Me metieron en la cárcel, con la esperanza de que Alessandro las perdonara. Pero el cabrón testarudo nunca perdona una deuda. Cuando Arsen apareció en la máxima seguridad, pensé que él era mi salida.

Jadeo. —¿Lo usaste desde el principio?

La cara de Jasper se cae. —El hecho de que pudiera hacerme un favor no significa que no fuéramos realmente amigos. Yo lo respaldaba y él me respaldaba a mí.

La negación debe ser la forma en que estos dos consiguen dormir por la noche. Otra cosa más que tienen en común.

—Esperabas que te protegiera de Calcagno.

—Y lo hizo… al principio —entrecierra los ojos—. Pero tu esposo siempre ha sido un fanático de su postura alta.

—Él y la gente que lo rodea tienen estándares altos —coincido.

—Pensó que era mejor que yo —gruñe—. Yo le era leal, pero me rechazó solo porque sabía cómo relajarme. Esnifar una raya de vez en cuando le habría venido bien.

Intento no reírme a carcajadas. Debo haberme perdido ese artículo de *Men's Health.*

El labio de Jasper se curva mientras camina de un lado a otro. —Pensó que podía controlar cómo vivía. No me respetaba. En realidad no le importaba; solo me quería bajo su maldito talón.

La pistola brilla mientras la hace girar una y otra vez en su mano. Cierro los ojos, tratando de calmar mi corazón acelerado. —Jasper… estás cometiendo un error.

—El error fue pensar que podíamos empezar de nuevo. El error fue volver a confiar en él.

—Por suerte, intervine —interrumpe Charles—. Le mostré a Jasper lo ingenuo que estaba siendo. Le mostré que había otra manera.

—¿Cuál es esa manera? —pregunto con disgusto—. ¿Secuestrar a tu propia hija y pedir un rescate por ella?

Charles se encoge de hombros. —Tu esposo tiene dinero más que suficiente para pagar mis deudas con los italianos *y* mantenerme de por vida. Estoy harto de luchar por migajas. Quiero vivir bien.

—¿Y tú? —exijo, volviéndome hacia Jasper—. ¿Qué ganas con todo esto?

—Mi orgullo. Mi amor propio. Jodida venganza.

—Venganza —todo esto por algo tan insignificante e intangible como la *venganza*. De repente, me quedo helada. Sé que no tiene sentido discutir con él, pero lo intento de todos modos—. Jasper, no estás pensando con claridad.

—En realidad, estoy pensando con más claridad que en años. Es hora de que Arsen y yo nos las arreglemos de una vez por todas.

—¡Él te salvó la vida!

—¡Yo también salvé la suya! Más veces de las que puedo contar. Ni siquiera estaría aquí si no fuera por mí. Habría muerto en la máxima seguridad, ahogado en su propia sangre.

—Arsen nunca te necesitó. Habría sobrevivido contigo o sin ti. ¡No te debe nada! —le empujo con fuerza el pecho.

Una fracción de segundo después, la culata de su arma hace contacto con el costado de mi cara.

La bofetada de mi padre no fue nada comparada con este dolor. Se me clava profundamente en los huesos y se queda ahí, doliendo en todo el lado derecho de mi cuerpo. Estrellas estallan detrás de mis ojos y puedo saborear la sangre.

Cuando mi visión finalmente se aclara, me doy cuenta de que estoy en el suelo mohoso. Inhalo un suspiro desesperado y casi me ahogo con el polvo.

—Genial —se queja mi padre—. Está sangrando.

—¡Bien! —gruñe Jasper—. Quiero que se ponga furioso cuando me vea. No es divertido si no se defiende —saca una bolsa con polvo blanco y la desenrolla sobre una mesa destartalada en la esquina.

—¿Vas a hacer eso ahora? —pregunta Charles, mientras se ajusta el abrigo para que pueda distinguir la pistola que lleva oculta en el cinturón.

—Tengo que estar listo cuando aparezca Arsen.

Me incorporo lentamente, respirando a pesar del dolor en mi cabeza. Si hay algo que mi cadera me ha enseñado, es que hay formas de seguir adelante a pesar del dolor.

En cualquier caso, mi frente agrietada y mi cadera dolorida son la menor de mis preocupaciones.

Puede que Nina esté a salvo en casa con Polina y Evelyn, pero, desde cualquier otro punto de vista, estoy total y completamente jodida.

50

# ARSEN

—Sé que no es lo ideal, cariño, pero es solo temporal…

Enzo es interrumpido por un agudo chillido que resuena en el teléfono. Hace una mueca de dolor y sale de la habitación.

—Eso me recuerda: debería llamar a mi esposa —Dominik parece demasiado divertido por los problemas de Enzo mientras sale de la habitación para llamar a Kira.

Lo disimula bien, pero sé que Dom está nervioso. Todos lo estamos.

La deserción de Jasper y los ataques recientes han asustado a todos. Una cosa es enfrentarse a un enemigo conocido, pero cuando consideras a alguien como un hermano y se vuelve contra ti, es una píldora mucho más difícil de tragar. Eso y el aumento de la seguridad tienen a todos alerta.

Enzo se desploma de nuevo en la habitación con un suspiro. —Disculpen eso. Guilia está fuera de la ciudad lidiando con un asunto familiar y no aprueba la seguridad adicional que envié con ella.

—Sentí que podía estar molesta —digo arrastrando las palabras.

—Resulta que puede gritarme por teléfono casi tan bien como en persona. Al menos no tengo que preocuparme de que me arrojen

jarrones a la cabeza —Enzo se ríe tristemente—. ¿Cómo se está tomando Laila su arresto domiciliario?

—Todavía no está tirando jarrones de porcelana.

—Qué suerte tienes —murmura Enzo.

—Pero he accedido a soltar un poco las riendas —admito de mala gana—. Aunque supongo que no me has invitado para intercambiar historias sobre nuestras esposas.

El italiano niega con la cabeza. —Tengo nueva información que me ha caído del cielo hoy. Creo que tú también deberías oírla.

Me pongo rígido. —¿Información que no pudiste pasarme por teléfono?

—Esto es un asunto de Calcagno, Arsen. Aliados o no, mi padre probablemente se esté revolcando en su tumba sabiendo que te lo estoy mostrando. Se levantaría de entre los muertos si te enviara una foto por mensaje de texto.

—Es mejor dejar que los muertos se queden en paz —concedo—. Has tomado la decisión correcta.

Asintiendo, saca una carpeta manila y la extiende sobre la mesa de café frente a nosotros. —Estos son los libros de deudas de Calcagno.

Levanto las cejas. —Después de todo, tu padre sí podría resucitar de entre los muertos. ¿De verdad me estás dejando mirarlos?

—Solo porque hay dos deudores ahí que podrían interesarte particularmente.

Tomo la carpeta y la hojeo. Enzo se ha tomado la libertad de marcar varias entradas con un resaltador verde.

Pero, incluso sin el resaltador, un nombre me habría llamado la atención.

—Jasper —susurro, antes de levantar la mirada para encontrarme con los ojos de Enzo—. ¿Cuánto tiempo tiene su deuda?

—Años. Creo que es anterior a su paso por la cárcel.

—No puede ser, joder —murmuro, dando vuelta la página—. *Blyat'*… hay un interés del cien por ciento en este préstamo.

Enzo frunce los labios. —Mi padre no era precisamente conocido por su espíritu caritativo. Le gustaba encontrar hombres desesperados y exprimirlos hasta que tuvieran todo lo que valían. Al final, resultó que no valían mucho.

—Le debía mucho a tu padre.

—Me debe mucho a *mí* —me corrige Enzo—. La deuda sigue vigente. Especialmente, después de que reabrió su cuenta hace unos meses.

—Maldito idiota —paso la página y encuentro otro nombre familiar. Maldigo en voz baja—. Y con otro idiota ya son dos.

—Como dije, pensé que deberías saberlo.

—Charles Barnes —leo—. ¿Un cuarto de millón de dólares?

—Su deuda es mucho más reciente que la de Jasper. También significa que su tasa de interés, al menos en una parte de estos préstamos, es más alta.

Hay dos entradas hechas hace solo unos meses, una para Jasper y otra para Charles. La misma fecha ha sido registrada bajo los nombres de ambos. Me paso una mano por la cara mientras la posibilidad encaja. —Charles y Jasper podrían estar trabajando juntos.

Solo estoy pensando en voz alta, pero la idea no es completamente infundada. Ambos hombres tienen una conexión conmigo y con los italianos. Ambos son codiciosos, desesperados.

Se han construido alianzas sobre mucho, mucho menos.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Miré los libros después de que Jasper causara una escena en la inauguración de mi restaurante. Si alguien tiene un problema conmigo, quiero saber cuál es. Esto es lo que descubrí.

—Aprecio que me dejes echar un vistazo a estos —cierro el libro de contabilidad y me levanto.

Enzo se levanta conmigo. —Si hay algo más que pueda hacer…

—Te lo haré saber —le aseguro mientras me dirijo a la puerta.

Mi mente da vueltas, llena de preguntas y realizaciones que debí haber hecho antes.

Ambos hombres actúan de la misma manera. Son erráticos y poco fiables, siempre en busca del próximo gran golpe.

En el momento en que se oyó ese único disparo desde el bosque, debí haberlo sabido.

—¿Arsen? —me doy vuelta para encontrar a Dominik apoyado contra el auto—. ¿Todo bien?

—Creo que Jasper y Charles están trabajando juntos.

La reacción de Dominik no es sorprendente. Es exactamente la que habría sido la mía hace unos meses. —Sí, claro —resopla. Pero, cuando no reacciono aparte de mirarlo fijamente con tristeza, Dominik palidece—. Mierda. Hablas en serio.

—Enzo me acaba de mostrar los libros de deuda de Calcagno. Esos dos hijos de puta están hasta el cuello con los italianos.

Dominik se aleja de mí. Puedo ver su mente dando vueltas mientras se pone al día con lo que he deducido. Pero, antes de que pueda procesarlo, Enzo irrumpe por la puerta principal. —¡Arsen! Acabo de recibir noticias de Guilia.

A juzgar por su expresión, no viene a contarme nada sobre una disputa matrimonial. —¿Está bien?

—Sí, pero… —traga saliva como si le costara pronunciar las palabras —. Deberías ir a ver cómo está Laila.

—¿Qué se supone que significa eso? —pero ya estoy sacando mi teléfono para llamarla.

—Guilia dijo que Laila le envió un mensaje de texto para reunirse en Nonna Guilia para almorzar, pero Guilia no hizo esos planes.

—No habría salido de casa sin mi permiso —su teléfono suena una vez antes de que se corte la llamada. Lo intento de nuevo, pero sucede lo mismo.

Dominik habla por teléfono con alguien y maldice mientras cuelga. —Polina dijo que esta mañana llegó a casa una invitación en papel de parte de Guilia. Y Laila fue.

—*Blyat'*. Esto es una trampa.

—Voy a llamar al restaurante —anuncia Enzo, con el teléfono pegado a la oreja mientras se da vuelta para caminar por el porche. Habla en italiano rápido, pero el pánico es un idioma universal.

Cuando finalmente se da vuelta, su rostro está pálido.

—¿Qué pasa? —gruño.

—Según una camarera, Laila estaba en el restaurante y se fue hace unos minutos con uno de sus guardaespaldas.

—¿Quién está de servicio hoy? —exijo, volviéndome hacia Dominik.

Él ya está haciendo otra llamada. —Era Vasily. Yo… —se da vuelta cuando la llamada se conecta—. Vasily, ¿dónde está Laila?

No puedo esperar a tener información de segunda mano. Le arrebato el teléfono a Dominik y gruño al receptor. —¿Dónde está mi esposa, Vasily?

—Jefe, yo no… —se aclara la garganta—. Está en el restaurante. En Nonna Guilia.

Mi estómago se desploma mientras me aferro a la esperanza. —¿Está en el restaurante ahora mismo? ¿La tienes vigilada?

—E-ella insistió en que nos quedáramos afuera, jefe —tartamudea Vasily, su voz ahora cargada de nervios—. Dijo que los guardias de la Sra. Guilia podían encargarse de ello. Supuse que te había pedido permiso.

*Joder.*

—Entra en ese restaurante ahora mismo y encuéntrala. Puede que todavía esté en el local.

Vasily cuelga, le devuelvo el teléfono a Dom y cojo el mío. Abro la aplicación de seguridad aunque sé que Laila no estará en su estudio. Una parte más profunda de mí sabe que ella tampoco está en el restaurante, pero tengo que comprobarlo.

—Mi personal también está buscándola —me dice Enzo—. La encontraremos.

Es un consuelo débil, sobre todo cuando se carga el vídeo…

Y me encuentro mirando las ruinas del estudio de yoga de Laila.

Los espejos están destrozados, los muebles destruidos. Hay pintura en aerosol en las paredes y los suelos de madera. Vuelvo a desplazarme por las imágenes hasta que encuentro al autor. Entonces, presiono reproducir y veo cómo una de las ventanas se rompe y un hombre alto con una máscara negra trepa por el cristal roto y procede a diezmar todo por lo que mi mujer ha trabajado tan duro.

—Ese es Jasper —espeta Dominik por encima de mi hombro—. Reconocería ese cuerpo larguirucho en cualquier parte. Pero, ¿cómo pasó la seguridad?

—Porque le enseñé más de lo que debí —digo entre dientes.

Es un testimonio de lo preocupado que está Dominik por Laila que no me dé un merecido *"te lo dije".*

—Pero, ¿por qué destruir el estudio de Laila? —pregunta—. ¿Qué propósito tiene?

—¿Aparte de cabrearme? Nada.

Estoy volviendo a ver el video, con una rabia que nunca había conocido ardiendo en mi pecho, cuando llega el mensaje.

**LAILA:** ***Hola, nene. ¿Quieres acompañarme a un almuerzo tardío en Nonna Guilia? Te extraño.***

—¿Quién es? —pregunta Dominik con urgencia, dando un paso hacia mi lado.

Inclino mi teléfono hacia él. —No es Laila.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella nunca me llama "nene".

—Entonces, eso significa…

—Es otra trampa. Esta vez, para mí.

Dom infla el pecho. —Entonces vámonos, carajo. Acorralaremos a esos idiotas y haremos que se arrepientan del día en que nacieron.

—Cuenta conmigo —Enzo da un paso adelante, con los dientes apretados—. Los dos tienen una deuda que saldar con la mafia Calcagno. Tengo la intención de cobrarla con sangre.

Aprecio la muestra de apoyo, pero mi mente ya está dando vueltas a las opciones. Sé lo que hay que hacer.

—No.

Enzo y Dominik intercambian una mirada antes de que Dom se vuelva hacia mí. —¿Tienes otro plan?

—Quieren que vaya solo.

Ladra una risa amarga. —Sí, porque es una trampa, Arsen. No puedes caer en sus manos.

—Tampoco puedo arriesgar la vida de Laila apareciendo con toda la caballería. Charles y Jasper son cobardes con poco criterio. Matarán a Laila y huirán en cuanto se encuentren entre la espada y la pared.

Dominik sacude la cabeza. —No me gusta esto.

—A mí tampoco —concuerda Enzo—. Estás asumiendo que son solo ellos dos. ¿Y si tienen más hombres detrás de ellos?

—Cruzaré ese puente cuando llegue a él.

—Arsen…

—Ya tomé una decisión —gruño con fiereza—. No voy a arriesgar la vida de Laila. Voy a entrar solo.

—Pero…

—La decisión está tomada, Dominik. No seré cuestionado.

Los labios de Dominik se aprietan en líneas duras, pero no dice ni una palabra.

Enzo no está sujeto al mismo nivel de obediencia, así que sacude la cabeza. —Espero que sepas lo que estás haciendo, Arsen.

Sí.

Yo también.

# ARSEN

En el momento en que pongo un pie en la calle frente a Nonna Guilia, lo veo. Las extremidades delgadas como huesos de Jasper están dobladas en ángulos abruptos mientras se apoya contra la pared del feo edificio al lado. Me mira y se aparta de la pared.

A medida que la distancia entre nosotros se acorta, su mano se mueve hacia el arma que sé que está ocultando. La mía se apoya un poco más pesada contra mi cadera.

Si supiera que Laila saldrá de esto sana y salva, lo mataría allí mismo sin dudarlo un momento.

—No pareces sorprendido de verme, hermano —grita por delante.

Quizás porque su gran plan para traerme aquí era tan sutil como las señales que está usando de nuevo. Su rostro está hundido y sus ojos se mueven rápidamente en todas direcciones, siguiendo algo que solo él puede ver.

—Rara vez me pillan desprevenido, Jasper —le respondo—. Ya deberías saberlo.

Frunce el ceño. —¿Supongo que tus lacayos se esconden en algún lugar cercano?

—Vine solo. Pensé que era lo que querrías.

—Qué inteligente eres.

—Ojalá pudiera devolverte el cumplido.

Me ignora, rascándose la muñeca como si estuviera tratando de atravesar la piel. —Solo desearía confiar en ti.

—Nunca te he dado una razón para no confiar en mí.

—Llama a tus hombres y ordénales que se hagan a un lado —espeta —. Quiero oírte dar la orden.

Lo miro con frialdad. —¿Tienes miedo?

—Sería un tonto si no lo tuviera. Tú tienes la mano de obra y los recursos para borrarme de la existencia. Yo solo tengo mi ingenio.

—Entonces, ¿no mucho?

—Diles que se vayan o tu linda esposa ya no será tan linda.

Me abalanzo hacia él, apenas conteniéndome en el último segundo. —Si la tocas, te arrancaré las manos por las muñecas y te golpearé con ellas. Voy a…

—*Yo* voy a enviar la señal a mi hombre para que apriete el gatillo si no retrocedes de una puta vez —sisea—. Si yo fuera tú, no amenazaría al hombre que controla si tu mujer vive o muere.

—Laila no tiene nada que ver con nada de esto.

—No estoy de acuerdo. Ella tiene sus propios pecados por los que pagar.

Dios, incluso suena como Charles. Sacudo la cabeza con disgusto. —¿En qué diablos estabas pensando, Jas? Has cometido muchos errores, pero ¿alinearte con Charles Barnes? Ese hombre es un roedor.

Los ojos de Jasper brillan y lo sorprendí. Él no sabía que yo sabía sobre su pequeño amigo.

—Como dije —continúo—, rara vez estoy desprevenido.

Se recupera rápidamente y pone cara de desprecio. —Y aun así estás aquí, parado solo al costado de la calle, a mi merced. ¿Qué dice eso de ti?

—Que confío demasiado libremente. Y que debí haberte matado cuando tuve la oportunidad.

Le tiemblan las manos. —Haz la llamada. Y ponla en altavoz.

Con un suspiro, marco el número de Dominik y lo transfiero al altavoz.

—¿Arsen? ¿Qué sucede?

—Mantente alejado de Nonna Guilia —le informo en un tono robótico —. Que nadie se acerque al restaurante.

—¡Eso también se aplica a los matones del italiano! —añade Jasper.

—Arsen…

—Solo hazlo, Dom —espeto—. La vida de Laila está en juego.

Hay una pausa a regañadientes. —Vale. Despejaré el área.

Tan pronto como Dom cuelga, Jasper extiende su mano para tomar mi teléfono. —Tomaré eso.

No me molesto en negarle el teléfono. Se lo entrego y él me hace un gesto para que lo siga. —Por aquí.

Estoy esperando un auto, pero él camina con paso firme por el callejón detrás del restaurante y se detiene en una puerta oxidada que conduce al edificio adyacente.

—Sin armas más allá de este punto. —extiende una mano, esperando a que le entregue la pistola que tengo en la cadera. Cuando lo hago, arquea una ceja—. Y la otra.

Poniendo los ojos en blanco, saco mi segunda pistola y se la ofrezco. Me siento desnudo sin mis armas.

—¿Escondes algo más?

—Puedes cachearme —extiendo mis manos, desafiándolo a que me ponga un dedo encima.

Parece darse cuenta de que le rompería todos los huesos del cuerpo si lo intentara, así que me estudia durante unos segundos más antes de dejarme entrar al edificio.

Inmediatamente, veo a Laila. Es una escena de una película de terror. Está agachada en el suelo sucio, sangrando por un corte en la frente. Tiene el labio partido y hay un moretón morado floreciendo en su mejilla.

—Eres un hijo de *put*…

Estoy a medio camino hacia Jasper, con las manos alcanzando su garganta, cuando siento el cañón de una pistola presionando mi espalda. —Otro paso y apretaré el gatillo.

—¡No, Papá! —grita Laila.

Me doy vuelta lentamente, mirando más allá del arma que ahora apunta a mi cara y a los ojos muertos de Charles. —¿Qué tipo de hombre toma a su propia hija como rehén?

—¿Qué tipo de hombre convierte a su suegro en un mendigo? —me desafía.

—El tipo que quiere proteger a su familia.

—Jesús, ustedes tienen mucho bagaje emocional —se queja Jasper mientras camina lentamente hacia Laila—. Realmente no me interesa el drama familiar.

Casualmente, apunta mi maldita pistola a la cabeza de mi esposa.

No tengo idea si está tratando de provocarme o si realmente tiene la intención de apretar el gatillo. Todo lo que sé es que esa arma también podría estar apuntándome a mí.

—No lo hagas —mi voz es algo entre una orden y una súplica. Estoy desesperado y no me importa si él lo sabe.

—No estás en posición de negociar conmigo. De hecho, te sugiero que hagas exactamente lo que te pedimos, o de lo contrario… —Jasper se pone en cuclillas y agarra un puñado del cabello de Laila —. Las cosas van a ir muy mal para tu linda corderita.

—No la toques, jodido…

Quiero ir hacia ella, pero Charles presiona su arma en mi sien. —No, no. Yo no haría eso si fuera tú.

—¡No! —grita Laila de nuevo. Parece completamente ajena al hecho de que hay un arma apuntándola también—. Por favor, solo… solo déjalo ir. Tu pelea es conmigo.

—Por supuesto que piensas eso, niña. Todo siempre es sobre ti, ¿no? —Charles se ríe entre dientes—. Jasper, creo que deberíamos terminar con esto ahora.

Jasper asiente. —¿Quieres ir primero?

Charles chasquea los labios como si estuviera a punto de sentarse a comer un festín. —Quiero que me transfieran cincuenta millones a mi cuenta bancaria personal de inmediato.

Tengo que contener la risa mientras me inclino alrededor de la pistola que me apunta entre los ojos. —Estás realmente loco. Ni siquiera yo tengo tanto efectivo líquido para transferir.

Jasper pone los ojos en blanco. —Te lo dije.

—¿Cuánto puedes transferir entonces? —la voz de Charles se entrecorta, delatando su pánico.

—Diez. Como máximo.

Se pone de un horrible tono rosa. —Quiero cuarenta, al menos.

—Ese tipo de transferencia de fondos requiere tiempo, idiota —digo —. No se puede hacer con un chasquido de dedos.

Charles se vuelve hacia Jasper, una conversación silenciosa entre ellos. —Podemos esperar.

—¡Y una mierda! —Jasper se pone de pie de un salto, su pistola finalmente apunta lejos de Laila. Siento que puedo respirar de nuevo —. Quiero que esto termine hoy, Charles. No voy a esperar más.

Las manos de Laila están atadas a la espalda y se está moviendo en el suelo detrás de él. Hay rastros de lágrimas secas en sus mejillas, pero sus ojos están concentrados. Afilados. Apostaría la absurda cantidad de dinero que Charles quiere a que ha logrado aflojar sus ataduras.

*Esa es mi chica.*

—Solo un par de días más —insiste Charles en un susurro—. No nos matará.

—Absolutamente sí. Recuerda con quién estamos tratando —gruñe Jasper, mirándome con los ojos entrecerrados—. Tendrá todo el poder de la Bratva Adamov sobre nosotros si prolongamos esto. No podemos darles tiempo para recuperarse.

—¡Necesito ese dinero! —chilla Charles.

—¡Diez millones son suficientes!

Mis ojos se encuentran con los de Laila por encima de sus peleas. Tenemos una conversación silenciosa propia. Pero, a diferencia de nuestros captores, nosotros estamos en la misma página.

*Podemos hacer uso de su distracción.*

Sus cejas se juntan mientras asiente suavemente. *Solo ten cuidado.*

—Diez millones no me durarán mucho —argumenta Charles—. Y no es como si pudiera volver aquí. Necesito asegurarme de que…

Jasper agarra a Charles por el cuello. —Deja de ser un bastardo codicioso y reduce tus pérdidas. Si nos demoramos más, seremos hombres muertos caminando.

El arma de Charles también apunta al suelo ahora, y aprovecho el hecho de que ya no estoy en el extremo equivocado de un arma para deslizarme aún más cerca de Laila. Estoy a mitad de camino a través de la habitación cuando Jasper ruge—: ¡Alto!

Utiliza a su compañero de crimen como un ariete, empujando a Charles hacia mí. Pero el anciano tropieza con sus propios pies y cae. Su cabeza se golpea contra el concreto y pierde el agarre de su arma. Se desliza por el suelo y cae a una esquina, demasiado lejos para que yo o Laila podamos usarla, pero un hombre desquiciado ha sido desarmado y eso es algo positivo.

Charles maldice mientras Jasper hurga en su cintura en busca de mi otra pistola, que inmediatamente me apunta.

—No te muevas, joder. Y tú —le gruñe a Charles, que sigue gimiendo en el suelo, desarmado—, tienes que controlarte. Con los ojos puestos en el premio.

—¡Quería cincuenta millones! —grita Charles.

Cada vez es más evidente que ninguno de los dos ha pensado en este escenario de extorsión hasta el final. El plan apenas ha comenzado y ya se está desmoronando.

De repente, me siento un poco más seguro.

Me acerco a Jasper mientras él está ocupado gritándole al pus humano con el que ha elegido aliarse. Si pudiera acercarme un poco más…

—Escucha, soy un hombre viejo…

—¡Exactamente! ¿Para qué diablos necesitas cincuenta millones? Eso es más de lo que podrías gastar en toda tu vida.

—¡Eso es mucho, viniendo del hijo de puta que acaba de inyectarse metanfetamina por valor de dos mil dólares! ¡Ni siquiera estarías aquí si no fuera por mí! Soy el que tuvo esta idea en primer lugar.

Los ojos de Jasper están desorbitados, por la ira o por la fuerza de las drogas en su sistema, no puedo decirlo. —Hijo de p…

—¡Cuidado! —grita Charles en el último segundo.

Pero es demasiado tarde.

Me lanzo hacia Jasper, agarrándolo por el estómago. Una de sus armas dispara tan cerca de mi cabeza que me zumban los oídos, pero es un disparo descontrolado. Falla.

Arranco una pistola de las manos temblorosas de Jasper. Casi no hace falta nada para dominarlo. Sus ojos se aclaran y, por un momento, vuelve a ser mi viejo amigo.

*Me da un cigarrillo de contrabando en el patio.*

*Me cura después de que me atacaran en las duchas, jurando que nos vengaremos.*

Por un último segundo, es mi hermano y no quiero hacer esto.

Entonces, recuerdo todo lo que ha hecho.

Así que presiono el cañón contra su pecho y aprieto el gatillo.

Jasper se queda sin fuerzas. Los ojos salvajes que dejé de reconocer hace mucho tiempo se apagan mientras la vida se drena de su rostro.

Y luego… se ha ido.

Respiro con dificultad, tratando de controlar el tumulto de dolor y alivio que me recorre el cuerpo. Por fin ha terminado.

Jasper está muerto.

Sin embargo, no hay tiempo para procesar su muerte. Hay un cabrón más del que tengo que encargarme. Pero, cuando me doy la vuelta, Charles no está en el suelo.

Ahora está de pie detrás de mi esposa, con un brazo alrededor de su pecho y una pistola apretada contra su sien.

—O me voy de aquí con mi dinero o con mi hija —respira entrecortadamente—. Tú eliges.

# LAILA

*Todo irá bien. Todo va a salir bien.*

Le grito a Arsen con los ojos, intentando consolarlo mientras me tiran del cabello.

Pero el canal está cerrado. Arsen no me escucha. Su rostro está pálido mientras deja caer el arma a un lado.

—Sí, así es —la voz de mi padre es un graznido furioso en mi oído. Me coloca más firmemente frente a él, mejor para ser su escudo humano—. Deja el arma en el suelo y patéala lejos de ti. Ahora.

Arsen no duda en hacer lo que le dicen.

—Charles —dice Arsen en voz baja—, no quieres hacer esto.

—Yo diría que este es un trato justo, ¿no? Tú te quedas con tu esposa y yo con mi dinero.

—Ya te lo dije: lleva tiempo preparar una transferencia de fondos de ese tamaño…

—¡Me importa una mierda! —grita. Me encojo y me alejo de él, dolor recorriendo mi cadera, pero aprovecho la oportunidad para aflojar un poco más mis ataduras—. Quiero cincuenta millones ahora mismo o le volaré los sesos. Luego acabaré contigo también.

Espero que el miedo me abrume, pero todo lo que encuentro es el inconfundible ardor de la ira.

La vena de la frente de Arsen se hincha. —¿De qué servirá matarnos? Mis hombres verán lo que has hecho. No llegarás a los límites de la ciudad. Estaremos muertos, pero tú también.

Traga saliva y me atrae más fuerte contra él. Sudor agrio empapa su camisa. El olor por sí solo es suficiente para hacerme sentir náuseas, pero me detengo. Mis ataduras ahora están lo suficientemente sueltas como para que la sensibilidad haya regresado a mis manos. Si espero el momento adecuado, puedo alejarme de él.

—No están… Ordenaste a tus hombres que se mantuvieran alejados de Nonna Guilia. Te oí dar la orden.

—Pero ¿me escucharon? —Arsen se encoge de hombros—. Sabían que me estaba metiendo en una trampa preparada por dos idiotas con más desesperación que cerebro. Puede que estén rodeando el edificio mientras hablamos.

—Saldré de esta. He salido de peores —no estoy seguro de si está tratando de convencer a Arsen o a sí mismo.

—No hay nada peor que esto, Charles. Nada podría ser peor que esto, porque nunca te has enfrentado a mí antes.

Charles presiona el arma con más fuerza contra mi sien. —Y, sin embargo, soy yo quien tiene el arma. Tú no tienes nada.

Habla mucho, pero se mueve de un lado a otro detrás de mí, buscando la salida. Su respiración es pesada contra mi cuello.

Por suerte, está tan distraído que no se da cuenta de que he logrado liberarme de mis ataduras. La cuerda se desliza hacia el suelo con un ruido sordo, pero su atención está centrada en mi esposo, por lo que no lo oye.

—Tengo más de lo que tú jamás tendrás, Charles —dice Arsen con calma.

—¿Nos estamos poniendo filosóficos ahora? —Charles se ríe histéricamente—. Ese es el problema con la gente como tú y mi hija y mi esposa.

—¡No te atrevas a hablar de mi madre! —grito, sin poder evitarlo—. Ella dejó de ser tu esposa en el momento en que te fuiste. Nunca la mereciste.

—¡Basta! —me ruge en la cara—. ¡Ya terminé de que me culpes y me cuestiones, puta desagradecida! Tu madre era una rata de alcantarilla sin familia cuando la conocí. Le di una vida decente, estabilidad… le di un maldito *futuro* —sus uñas se clavan en mi piel, rota y amarillenta—. ¡Yo ni siquiera te quería! Ella fue la que me rogó por un hijo. Entonces, ¿qué hice? También le di eso.

—Basta, Charles —advierte Arsen. Intento mirarlo a los ojos, pero está fulminando con la mirada a mi padre.

—¿Por qué? Ella debería saber la verdad antes de morir.

—Ya sabía la verdad —doblo las manos detrás de la espalda, tratando de quitarme el último cosquilleo mientras mi flujo sanguíneo vuelve a la normalidad—. Lo supe incluso antes que Mamá.

—Ella siempre aprendió despacio. Tienes suerte de parecerte a mí en ese aspecto —se burla—. Es irónico.

—No soy como tú. Y nunca lo seré.

Dicho esto, hundo el codo en el estómago de Charles. Su cuerpo se dobla a mi alrededor, y siento que el aire sale de él. Se ahoga con nada y su arma cae al suelo.

Todo sucede tan rápido y tan lentamente mientras me giro para escapar de su alcance, cayendo al suelo para evitar el arma por si acaso se dispara.

Arsen grita mi nombre, pero lo único que puedo oír es la sangre corriendo por mis oídos mientras me apresuro a avanzar, decidida a

alcanzar el arma antes que Charles.

—¡No! —grita, clavando sus manos en mi pantorrilla.

Le doy una patada en la cara, en el brazo, no sé qué, pero se arroja sobre mí.

Nuestras manos están a medio centímetro de la pistola cuando, de repente, alguien la patea al otro lado de la habitación.

Se aleja de nosotros y desaparece debajo de una de las mesas polvorientas de la esquina.

—¡No…! —dice Charles con voz entrecortada. Sus ojos se agrandan por el pánico. Intenta agarrarme, pero se cae hacia atrás cuando suena un disparo.

Está aullando, retorciéndose en el suelo, cuando el brazo de Arsen rodea mi cintura. Me levanta y me sujeta contra él. —¿Estás bien?

Miro mi cuerpo y me doy palmaditas. —S-sí… creo que sí.

Presiona sus labios con fuerza contra mi frente. —Por un segundo… —me sostiene con la fuerza de un hombre que no planea soltarme en un futuro próximo. Dice todo lo que sus palabras no dicen.

Charles sigue agarrándose la pierna derecha, pero sus gritos se han reducido a gemidos lastimeros. —P-por favor —suplica—. No me mates. Sigo siendo tu padre…

—Y Laila es tu única hija. Eso no te impidió usarla como moneda de cambio y amenazar su vida —gruñe Arsen, apuntando su arma a la cara de Charles—. Es hora de terminar con esto.

—Por favor —un gemido ahogado escapa de sus labios mientras me mira a los ojos—. Laila… mi Laila…

Me estremezco. Nunca me ha llamado "suya". Incluso de niña era una carga para él. Una tarea.

Y aun así, lloré por él durante el accidente.

Tenía siete años y estaba asustada.

Quería a mi padre.

¿Y qué hizo? ¿A dónde fue? ¿Cómo nos dejó?

—Laila… —murmura—. Mi Laila…

— ¿Cómo te atreves a decir su nombre después de todo lo que has hecho? Pero supongo que es apropiado… —Arsen amartilla su arma — que mueras con su nombre en tus labios.

—N-no…

—¡No!

Mi voz sorprende a todos. Los ojos de Arsen se fijan en los míos. — Laila, este hombre no vale el aire que respira. Merece morir. Mientras él viva, tú y Nina nunca estarán a salvo.

Extiendo la mano y ahueco la cara de Arsen con mi palma. —Lo sé, mi amor.

Tomo suavemente la pistola de su mano.

Luego, apunto a mi padre yo misma.

—Mi hija nunca estará a salvo mientras vivas —le digo, haciendo eco de lo que acaba de decir Arsen—. Sé que nunca me has amado. Ni a mi madre. Y sé que todo este plan fue idea tuya.

—¡No! No fui yo. ¡Jasper! Fue Jas…

—Escuché que te llevaste el crédito por este plan —interrumpo sin levantar la voz—. No te molestes en rogar. No te va a hacer ningún bien. Arsen tiene razón: esto tiene que terminar, y quiero ser yo quien lo termine.

Arsen se pone a mi lado, su mano se posa sobre mi cadera. —¿Estás segura, *roza*? Puedo encargarme de la escoria por ti.

—No, quiero ser yo quien lo haga —insisto, sin apartar la mirada de Charles—. Tengo que hacerlo. Por Nina y mi mamá. Pero también por mí.

—No p-puedes hacer esto, Laila…

Respiro profundamente. —Solo observa.

Luego, aprieto el gatillo.

El disparo de la pistola resuena en mis oídos, ensordecedor.

Pero me siento más ligera.

Se ha ido. Nada ha cambiado, en realidad. Siempre se había ido de una forma u otra. Tal como estaba cuando estaba vivo. Tal como estaba cuando más lo necesitaba.

Los ojos vacíos de mi padre me miran fijamente. No se aleja tanto de la forma en que me miraba en vida.

Bajo el brazo, el arma de repente pesa en mi mano. Quiero alejarme un paso del creciente charco de sangre, pero tropiezo. Al instante, Arsen está a mi alrededor.

—Lo hiciste bien —murmura en mi oído. Me acaricia la cara, una chispa ardiente brillando en sus ojos—. Estuviste magnífica.

—Hice lo que tenía que hacer por mi familia.

—Exactamente —asiente, cada sílaba impregnada de orgullo—. *Exactamente*. Eres Bratva de pies a cabeza, *roza*. Mi hermosa rosa con espinas.

Mis ojos se están cerrando. Mis extremidades se sienten atascadas. Me hundo contra su cuerpo. —Arsen…

—Está bien —me asegura mientras caigo sin fuerzas contra su pecho —. Te tengo.

# LAILA

Todavía estoy sumida en las aguas turbias entre la conciencia y la inconsciencia cuando oigo un jadeo. —Está despierta.

Alguien se ríe. —Quizá quieras darle un poco de espacio, nena.

Reconozco las voces, pero no puedo ponerles nombres ni rostros. El esfuerzo es agotador. Quiero volver a deslizarme bajo la superficie de mi mente.

Estoy a punto de hacer exactamente eso cuando siento una mano en mi cara. —Ella no necesita espacio. No de mí.

Parpadeo para abrir los ojos, encogiéndome ante las brillantes luces del hospital. Alguien las apaga y estoy a punto de darle las gracias cuando un rostro llena mi visión.

Me está sonriendo. De alguna manera, encuentro la energía para devolverle la sonrisa. —Se suponía que me encontrarías para almorzar.

Mi voz es ronca. No estoy segura de que pueda entenderme, pero Guilia resopla y me aprieta la mano, como si temiera que desaparezca. —Si alguna vez vuelves a recibir una invitación impresa mía, tírala a la basura y escríbeme un mensaje. Soy una chica del siglo XXI.

—Entendido.

Me besa el dorso de la mano y mira por encima del hombro. —Enzo, ve a buscar a Arsen. Querrá estar aquí.

En cuanto Enzo se va, baja la voz. —Tu esposo ha estado muy preocupado. Los médicos le dijeron que solo necesitabas descansar, pero probablemente esté al final del pasillo financiando nuevos estudios de investigación mientras hablamos. Diablos, podría estar dirigiendo los estudios él mismo.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Dieciséis horas. ¿Cómo te sientes?

—Como si pudiera dormir dieciséis horas más —bromeo. Pero me tomo un momento para pensarlo. Aparte de la rigidez en las piernas y un ligero dolor de cabeza, me siento bien.

—Debes sentirte ruda —dice Guilia riéndose—. Escuché todo sobre tus hazañas heroicas. Estoy impresionada. Sabía que eras dura, pero no sabía que eras dura como en una película de acción.

Parpadeo y veo el rostro vacío de mi padre… la sangre formando charcos alrededor de su cuerpo en el suelo…

—No tenía otra opción —digo en voz baja.

Como si pudiera leer mis pensamientos oscuros, Guilia me da una palmadita en la mano. —Estuve tentada de construir un santuario en el lugar exacto donde te pusiste como *Tomb Raider* con Charles y Jasper, pero Enzo cree que deberíamos demolerlo todo. Está planeando comprar la propiedad y derribarla. La convertiremos en algo agradable. Un jardín, tal vez.

Un peso invisible que no sabía que llevaba se levanta de mis hombros. —Es bueno escuchar eso.

La puerta se abre y sé que está aquí incluso antes de verlo.

Guilia se hace a un lado sin decir palabra y luego él se coloca frente a mí, abrazándome. Una sensación de calor inunda mi cuerpo mientras me aferro a él.

—*Roza* —susurra Arsen, sus labios revoloteando contra los míos por un breve instante—. Estás bien. Estás bien.

—Y está al tanto de todo —le informa Guilia desde el rincón donde se ha retirado—. No tienes de qué preocuparte, Arsen. Ni siquiera una conmoción cerebral puede frenar a nuestra chica.

Enzo se aclara la garganta. —Guilia, tal vez deberíamos marcharnos. ¿Darles algo de privacidad a Arsen y Laila?

—Si es necesario —suspira Guilia. Su mano roza mi brazo—. Eres increíble, Laila. Me alegro de que estés a salvo.

En cuanto nuestros amigos se van, Arsen se desliza en la cama a mi lado. Se enrosca a mi alrededor, acurrucándome contra su cuerpo justo como quiero. Sus músculos tensos, el agarre de acero con el que me sostiene… todo en él es tan condenadamente *sólido*. Me ancla a la realidad, al futuro que nos hemos asegurado al encargarnos de los hombres que intentaron robárnoslo.

—¿Cómo estás? —pregunto, deleitándome con la sensación de él.

—Estuve bien en el momento en que supe que tú lo estabas.

—Ahórrate la charla de tío duro, Arsen —me aparto un poco para poder echarle un buen vistazo—. ¿Sin heridas, lesiones? —tiro del dobladillo de su camisa—. ¿No tienes balas alojadas en el esternón?

—Ninguna en absoluto. Salí de ese edificio con un par de raspones y moretones. Nada de lo que no pueda salir caminando en un día —luego sacude la cabeza, una pequeña y maravillosa sonrisa se dibuja en sus labios.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué es tan gracioso?

—Cada vez que pienso que no puedes sorprenderme más, lo haces —enrosca un mechón de cabello en su dedo, tirando como si quisiera asegurarse de que soy real—. Dos locos delirantes te apuntaron con una pistola y todavía estás preocupada por mí.

—Eres mi esposo. Por supuesto que estoy preocupada.

Sonriendo, acerca sus labios a los míos. —¿Cómo te sientes?

—Ya le dije a Guilia: me siento bien. Un poco de dolor de cabeza, pero…

—No aquí afuera —dice, suavizando un poco el tono. Me da una palmadita en el corazón—. Aquí adentro. Lo que hiciste allí atrás… fue grande.

—Maté a un hombre —susurro, encontrando su mirada—. Maté a mi propio padre.

Decirlo en voz alta me hace comprender la realidad y respiro con fuerza.

—Hiciste lo que tenías que hacer —me recuerda.

—Lo sé. ¿Pensarías menos de mí si te dijera que en realidad no siento nada más que alivio?

Sus ojos brillan por un momento y se me encoge el estómago.

*Él piensa que soy un monstruo.*

Luego, me toca la barbilla con un dedo y me obliga a mirarlo a los ojos. —*Roza*, no hay nadie en este planeta que piense mejor de ti que yo.

Mi barbilla tiembla, pero ya he llorado más que suficiente para toda la vida. —Creo que en ese momento me di cuenta… que era él o yo. Y, después de todo lo que nos hizo pasar a mí y a Mamá, no podía dejar que fuera él quien sobreviviera.

—Claro que sí.

Le aprieto la mano. —¿Y tú? También hiciste algo muy importante allí.

Arsen suspira suavemente. —Eso también era necesario. Debí haberlo hecho antes. Era Jasper o mi familia, y no había competencia. Nunca volveré a comprometer tu seguridad de esa manera.

—No lo hiciste, Arsen.

—Sí lo hice —insiste—. En el momento en que decidí dejar que Jasper volviera a mi vida… y, por asociación, a tu vida… te puse en riesgo. A partir de ahora, es solo el círculo íntimo. Nadie más recibe la confianza entregada en bandeja de plata.

—¿Qué hay de Enzo y Guilia? —me aventuro—. ¿Cuentan como parte del círculo íntimo?

—Después de que perdiste el conocimiento, llamé a Dominik y Gedeon. Llegaron con Enzo, que aparentemente se había negado a irse sin darnos apoyo.

Sonrío. —Es un buen amigo.

Arsen se encoge de hombros con indiferencia. —Es un buen aliado. "Amigo" está muy lejos.

Me río y pongo los ojos en blanco. —Chicos. No están dispuestos a ser sentimentales el uno con el otro.

Arsen silencia mi risa con sus labios. Solo se aparta cuando entra el médico, con un portapapeles.

—Sra. Adamov, me alegra decir que no hay ninguna razón médica para que la tengamos con nosotros por más tiempo. Estoy aquí para firmar sus papeles de alta. Tiene autorización para irse —hace un gesto de firmar en el portapapeles—. El moretón en su frente requirió tres puntos. Me temo que dejará una cicatriz.

Parece desconcertado por la sonrisa en mi rostro. Arsen envuelve un brazo alrededor de mi hombro y me da un beso en la sien.

—Está bien, doctor —murmura alegremente—. En esta familia, no nos importan las cicatrices.

# EPÍLOGO: LAILA

Cinco Años Después

—¡Evalina! —grito—. ¿Dónde está tu vestido?

Los ojos azul botella de mi hija se agudizan mientras camina hacia mí sin nada más que sus zapatos de encaje Gucci. —¡Mamá, yo no Evalina! ¡Yo Lynn!

Exhalo un suspiro, canalizando todos mis muchos años de entrenamiento de yoga para mantener la calma. Principalmente porque también tuve que canalizar mi entrenamiento de yoga para atar a mi niña *dentro* de su vestido en primer lugar. Y ahora, solo el diablo sabe dónde lo ha escondido.

—Lynn, cariño —suspiro, agachándome para estar a la altura de sus ojos—. ¿Por qué andas por ahí en ropa interior?

—Vestido bonito picaba —se da una palmadita en el pañal, sonriendo por su resolución de problemas. Sin previo aviso, se da la vuelta y señala con una mano regordeta la mesa del buffet—. ¡Mamá, más pastel! ¡Me encanta choco!

—¿Y quién podría culparte? —Arsen aparece de la nada y toma a Lynn en sus brazos. Él le da un beso en el vientre desnudo, haciéndola reír.

—¡Pastel, Papá! —exige.

Entrecierro los ojos hacia mi esposo, que no menciona la desaparición repentina y misteriosa de un vestido de quinientos dólares con lentejuelas que se podía ver desde el espacio. —Ya se comió dos rebanadas, Arsen.

—Es una noche especial —objeta—. Mamá está abriendo otro estudio de yoga, expandiendo su imperio.

Resoplo. —Cinco estudios de yoga no equivalen a un "imperio".

—No estoy de acuerdo. Pero, si no estás satisfecha, siempre podemos agregar un cero a esa cifra.

No se equivoca… Dios sabe que no faltan empresarios e inversores que llamen a mi puerta y agiten cheques gigantes en mi cara. El Jardín de Rosas es un producto muy cotizado en el mundo de los estudios de yoga boutique, pero ninguna cantidad de dinero vale la pena si se me quita mi control creativo. Mi nombre y mi rostro están ligados a mi marca, lo que significa que tiene que reflejarme a mí, no a una entidad corporativa sin alma.

—Estoy bien con mi pequeño rincón del universo. Puedo dirigir mis estudios y pasar tiempo con mi familia. Es lo mejor de ambos mundos.

Arsen me observa atentamente. Pero al final, simplemente se encoge de hombros. —Como quieras, *roza*.

—¡Papá! —grita Lynn—. ¡Pastel, por favor!

Arsen le guiña el ojo a Lynn. —Eres tan decidida como tu mamá.

—Y tan terca como su papá —le toco el pequeño hoyuelo en la mejilla—. Ve a buscar tu vestido y tal vez consigas otro trozo de pastel.

Ella se libera de los brazos de Arsen y corre en busca de su prenda perdida.

Sacudo la cabeza detrás de ella. —Esa va a ser difícil. Especialmente cuando sea una adolescente.

—Nunca va a ser una adolescente. Se quedará así para siempre.

—También dijiste eso cuando era un bebé, y mírala ahora… camina, habla y da órdenes como si fuera la verdadera líder de la Bratva.

Arsen sonríe y me envuelve con sus brazos desde atrás, llevándome en dirección a nuestra hija mayor. Está acurrucada en la esquina del estudio con el hijo de Dom, Misha, su suave cabello castaño recogido contra sus rizos rubios.

—Tengo la sensación de que Nina va a ser natural en eso.

Me retuerzo como siempre lo hago cuando Arsen menciona el hecho de transmitir su legado a las chicas. —Nunca antes ha habido una líder femenina de la Bratva.

—Para todo hay una primera vez —dice Arsen—. ¿Por qué nuestras chicas no deberían romper las barreras laborales?

—Odio ser la poco feminista entre nosotros dos, pero…

—Laila, conozco tus preocupaciones —dice Arsen, interrumpiéndome —. Y las entiendo. Pero depende totalmente de Nina y Lynn si quieren un pedazo de lo que he construido. Si no, no me interpondré en su camino. De hecho, las apoyaré en cualquier sueño que quieran. Ya sea pelear con leones en una carpa de circo o cruzar el océano en kayak.

—¿Son esas las únicas opciones?

Se ríe entre dientes. —Lo que quiero decir es que nuestras hijas serán magníficas en lo que sea que se propongan hacer. Solo quiero que sean felices.

Cojo su rostro con las manos y me hundo en su pecho. —Sé que sí. Eres un papá maravilloso, Arsen Adamov. No podría haber pedido un mejor padre para mis hijas.

Levanta una ceja oscura. —Y, sin embargo, no quieres tener más. Si yo fuera tan buen padre, parece que querrías bendecir a más niños con mi guía magnánima y mi amor sin límites y…

Le doy una palmada en el pecho. —¿De verdad vas a hacerme sentir culpable la noche de apertura de mi nuevo estudio de yoga?

—No tengo reparos en pelear sucio.

—Y no tengo reparos en sobornar. Pórtate bien esta noche y lo consideraré —le guiño un ojo y me levanto de sus brazos antes de que pueda ver la verdad escrita en mi rostro.

Encuentro a Kira y Guilia en la mesa del buffet, instruyendo al personal sobre cómo dividir la comida sobrante. Después de lo serviciales que fueron con mi primer estudio, hice lo inteligente y las contraté tan pronto como abrí mi segundo.

Guilia es la vicepresidenta de la organización sin fines de lucro que inicié junto con El Jardín de Rosas y Kira es la directora de mi equipo de marketing.

—¿Sigues aquí? —Guilia se resiste cuando me ve—. Habría pensado que ya estarías en el avión rumbo a St. Barts.

—No podía dejarlas a las dos limpiando el desastre.

Kira sienta a la pequeña Madeline en la cadera. —Por favor. Para eso estamos aquí. Has trabajado muy duro en este último lanzamiento, te mereces un tiempo a solas con tu esposo.

—Lo espero con ansias —admito.

Gilia me mira de arriba abajo. —Estás absolutamente radiante esta noche, Laila.

Sonrío inocentemente. —Gracias. La inauguración de esta noche fue un éxito. Es suficiente para hacer brillar a cualquiera.

—Ay, no sé sobre eso.

Me guiña el ojo y estoy segura de que ya ha adivinado mi pequeño secreto. Pero no voy a confirmarle la noticia a nadie antes de contárselo a Arsen.

—¿Estás segura de que puedes ocuparte de mis dos niñas esta semana, Guilia? —pregunto de nuevo, mirando a Nina y Misha.

Mi pequeña Evalina puede que nos extrañe, pero no tengo que preocuparme por Nina. Ella y Misha están prácticamente atados de la cadera. A Kira y a mí nos gusta bromear diciendo que algún día cuidaremos juntas a nuestros nietos. Pero a Arsen y Dominik no les parece tan divertido como a nosotras.

Guilia pone los ojos en blanco. —Por supuesto. Grigory está encantado de que sus primas vayan a pasar cuatro noches enteras con nosotros. Y Kira dijo que traería a Misha y Madeline este fin de semana para que puedan jugar todos juntos.

De repente, Evalina corre hacia mí y me rodea las piernas con sus bracitos. —¡Abrazos, Mamá!

Le doy una palmadita en la espalda, que está desnuda porque todavía no lleva vestido. Pero se le nota pegajosa, porque ahora está cubierta con una gruesa capa de glaseado de chocolate.

Guilia la aparta de mí y la sujeta con todo el cariño que puede a la distancia de un brazo. —Estaremos bien. Polina y Evelyn también vendrán a darnos un par de manos extra —lleva a Evalina hacia el lavabo en la parte trasera del estudio—. Ve y disfruta de tu escapada romántica con tu ardiente esposo. Aquí estamos todos listos.

No puedo evitar sonreír. —Ah, tengo la intención de hacerlo.



—¿Arsen? —digo por encima del hombro—. No puede ser legal disfrutar de una vista como esta sola.

Estoy tumbada en el sillón acolchado de nuestro balcón que parece sacado de *Aladdín*. Lo sé porque resulta que es la película de Disney favorita de Nina. Incluso Arsen puede cantar a viva voz cada palabra de *"Un Mundo Ideal"*… un hecho que niega con vehemencia a todo el mundo, excepto a mí.

El hombre aparece en el balcón, sin camiseta y con la ropa deportiva colgando hasta las caderas. —Lo siento, quería llamar a Polina para ver cómo están las chicas.

—¿Y?

—Están bien. Ya están durmiendo.

Pensé que yo sería la ansiosa, llamando cada pocas horas para ver cómo van las cosas en casa, pero el aire cálido y el silencio han hecho maravillas con mis nervios. Arsen es el que tiene problemas para soltarse.

—Me encanta lo protector que eres con ellas —suspiro, cruzando las piernas para que mi bata de seda se abra a la altura de los muslos —. Es muy excitante.

Sus ojos se posan en mí con una concentración singular. —¿Te excita igual si dejamos de hablar de las niñas y en su lugar te hago cosas indescriptibles en este balcón?

—Tal vez. ¿Quieres venir aquí y averiguarlo?

Arsen se deja caer de rodillas junto a mi sillón. La barandilla bloquea la vista de la playa de abajo, así que miramos el océano. Es una noche clara y las estrellas nos titilan en todo su esplendor dorado. Si estuviera aquí con alguien más, no podría apartar la mirada.

Pero lo único más hermoso que el cielo azul oscuro es el hombre que me mira. Sus ojos avergüenzan a la luna.

—Estoy tan orgulloso de ti.

No puedo evitar sonrojarme. —Ya estoy excitada. No tienes que adularme.

Separa mis piernas y desliza su mano debajo de mi bata. —Has construido tu negocio y has cuidado de nuestra familia. Eres imparable.

—No podría haber hecho nada sin ti.

—Amo a nuestras niñas —dice suavemente—. Pero me alegro de que seamos solo nosotros dos durante los próximos cinco días.

Enrosco mis manos alrededor de su cuello. —Bueno, sobre eso… Hay algo que quiero decirte.

—Hm —gruñe distraídamente, sus dedos deslizándose entre mis piernas—. Tal vez pueda esperar.

—Actúas como si no hubiéramos tenido sexo en semanas.

—Se siente así.

Me río. —Tuvimos sexo dos veces ayer.

—Rapiditos —se burla con desdén, haciendo círculos con su dedo sobre mi piel—. No cuentan.

—¡Díselo a mi espalda! Esa última ronda en el lavadero fue demasiado acrobática para una mujer que ha tenido dos hijas.

Me da una sonrisa comprensiva que dice que con gusto lo haría todo de nuevo. —La próxima vez te pondré un cojín.

—Todo un caballero.

—Ese soy yo —tira del lazo de mi bata y empuja la seda hacia los lados, exponiendo mi cuerpo desnudo a las estrellas—. Un perfecto caballero.

Antes de que pueda discutir, me da un beso entre las piernas. Me abre con su lengua, tocándome de una manera que solo alguien que

me ha estado tocando a diario durante los últimos seis años podría hacer. Conoce mi cuerpo tan bien como el suyo.

Aun así, los juegos previos se han vuelto cada vez más raros en estos días. Entre dirigir nuestro propio negocio y cuidar de las niñas, no queda mucho tiempo para hacer el amor. La eficiencia es el nombre del juego.

Pero no esta noche.

Esta noche, no hay trabajo.

No hay niñas.

No hay distracciones.

Enrosco mis dedos en el cabello de Arsen mientras me hace sexo oral, comiéndome como si no acabáramos de disfrutar de un menú degustación privado de siete platos.

Pasa sus manos por mi cuerpo, masajeando suavemente mis pezones mientras hago rodar mis caderas contra su rostro.

—¡Dios, sí! —mi voz es pequeña contra el cielo abierto, lo cual es bueno, porque, cuando Arsen empuja su lengua dentro de mí, me corro con un grito para que todas las estrellas lo escuchen.

Cuando vuelvo a la cordura, Arsen besa lentamente su camino hacia arriba por mi cuerpo. Enrosco mis piernas alrededor de él e intento arrastrarlo más arriba. —Es tu turno.

Pero él se contenta con prodigarme atención en los senos hasta que estoy toda excitada de nuevo. —Ah, no… todavía no he terminado contigo.

Años de ir directo al grano aparentemente me han vuelto impaciente. Le rodeo el cuello con la mano y acerco su frente a la mía. —Te quiero dentro de mí —murmuro—. Quiero que me llenes.

Sus pupilas se dilatan. —Ten cuidado con lo que deseas, *roza*. Puede que elija malinterpretar esa petición y poner otro bebé dentro de ti.

—Eso no va a suceder.

Suspira, pasando las manos por mi estómago. Estrías descoloridas se entrelazan alrededor de mis caderas, mezclándose con mi otra cicatriz. —No quiero presionarte, pero tampoco entiendo por qué no quieres esto. Te encanta ser madre. Y nuestras niñas son perfectas.

Presiono un dedo contra sus labios. —No es lo que quise decir.

—Entonces, ¿qué quisiste decir?

—Quiero decir, eso no va a suceder porque… ya sucedió.

Me mira sin pestañear por un momento. Luego, baja la mirada hacia mi vientre plano. —No estás… ¿Estás embarazada?

Una alegría entre sollozo y risa brota de mí. —La semana pasada me hice un examen.

—Pero… ¿cómo? —me mira boquiabierto—. Tomas anticonceptivos.

—Lo hacía… hasta que la tiré a la basura hace dos meses. Pensé en darte una pequeña sorpresa.

Arsen me acurruca contra su pecho y se para, levantándome en el aire. Grito, el viento frío golpea nuestros cuerpos desnudos mientras nos hace girar y ruge—: ¡Esta es la mejor jodida noticia! —de repente, me baja y me mira profundamente a los ojos—. ¿Y estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada —sus ojos se iluminan y presiono mi palma contra su corazón—. Vas a ser papá otra vez. Creo que, esta vez, será un niño.

—La verdad es que no me importa. Solo quiero otro hijo que sea mitad tú y mitad yo.

Me acaricio el estómago. —Puedo manejar eso.

Me sonríe, pero, poco a poco la mirada en sus ojos cambia y se oscurece. Me pone de pie y me lleva a nuestra habitación.

—¿No quieres quedarte en el balcón?

Sacude la cabeza y me tumba en la cama, masajeando con los dedos cada centímetro de mi cuerpo como lo ha hecho durante años, aliviando el dolor de cadera que ya casi no me molesta.

Resulta que Arsen Adamov es el único analgésico que necesito.

—Necesito espacio para lo que tengo planeado. Espacio y tiempo — saca una almohada de la parte superior de la cama y la coloca debajo de mis caderas, haciéndome reír—. Así que deberías ponerte cómoda. Puede que estemos aquí un rato.



## Epílogo Extendido: Arsen

Trece Años Después

**Descarga el Epílogo Extra para echar un vistazo 13 años en el futuro!**